This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

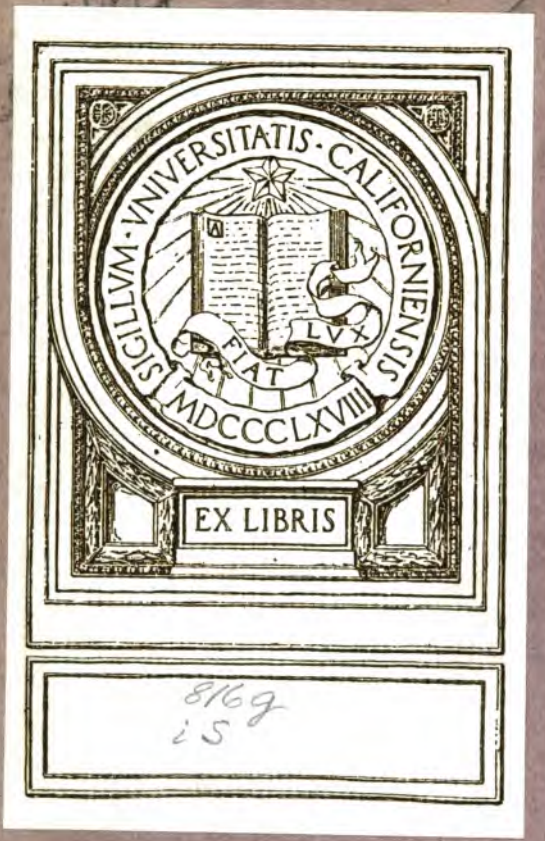
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Digitized by Google



8169
i5

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

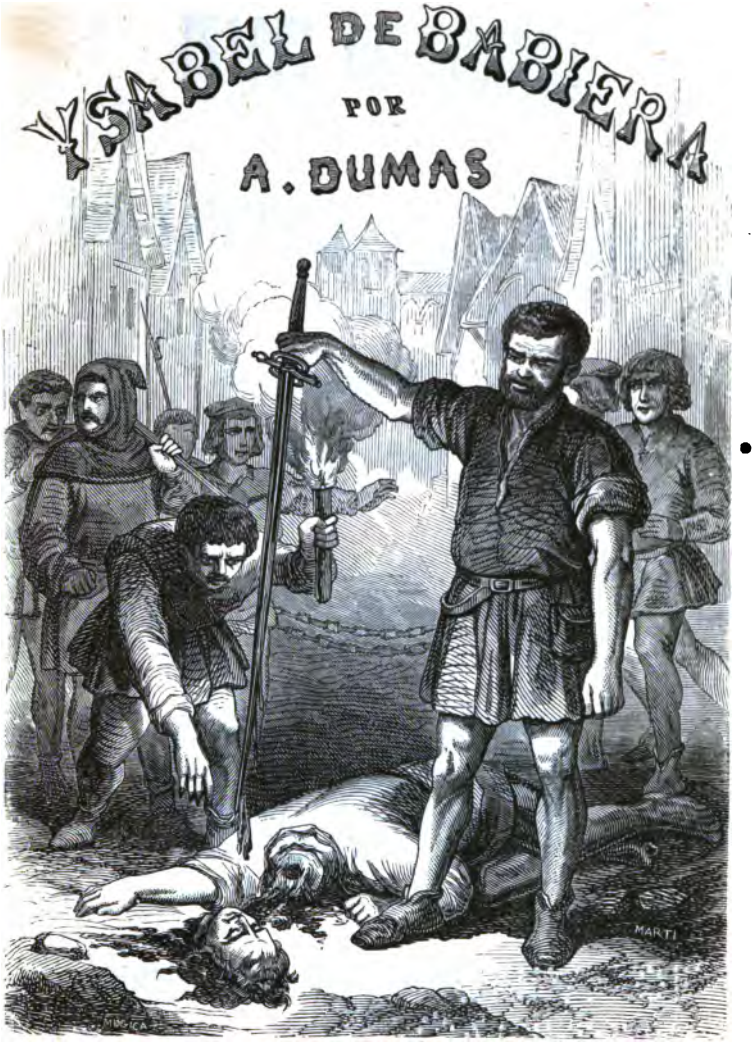
ISABEL DE BABIERA.

Digitized by Google

ESTA OBRA ESTÁ APROBADA POR LA CENSURA.

IMPRENTA DE MANUEL MINUESA,
calle de Valverde, núm. 5.

Digitized by Google



Digitized by Google

Digitized by Google

ISABEL DE BABIERA,

Ó

LA LOCURA DE UN REY.

POR

Alejandro Dumas.

TOMO ÚNICO.

MADRID.
GALERÍA LITERARIA DE LOS SS. MURCIA Y MARTI,
calle de Jacometrezo, núm. 44.

1858.

Digitized by Google

ISABEL DE BAVIERA,

o

LA NODRIZA DE LA REY.

por

Alejandro Dumas.

Digitized by Google

PRÓLOGO.

Uno de los mayores privilegios de que goza el historiador como rey de lo pasado, es el poder resucitar los hombres con solo tocar con su pluma los cadáveres, y reedificar los palacios con solo tocar sus ruinas: al sonido de su voz se reunen los diseminados huesos, la carne los cubre de nuevo, y vuelven tambien los suntuosos trajes á vestir á los que su pluma reanima. Si le place elegir algun personaje entre el inmenso concurso de este Josafat, donde tres mil siglos vienen á amontonar sus hijos, le basta llamarlo por su nombre para que el elegido, sacando la cabeza de la tumba y recogiendo los pliegues de la mortaja, le responda como Lázaro á Cristo: «Aquí estoy, señor: ¿qué me quereis?»

Necesítase, sin duda, bajar con segura planta á las

810461

Digitized by Google

profundidades de la historia, necesaria es una voz imperiosa para interrogar las fantasmas, y una mano que no tiemble al escribir las palabras que ellas dictáren. Los muertos han bajado consigo á la tumba, mas de una vez, secretos bien terribles, que el sepulturero ha enterrado al mismo tiempo que á ellos. Los cabellos del Dante emblanquecíéronse al oir las narraciones del conde Ubolino, y sus ojos conservaron un mirar tan sombrío, y una palidez tan mortal sus mejillas, que cuando Virgilio le volvió á la superficie de la tierra, las mujeres de Florencia, adivinando de dónde venia aquel viajero, decian á sus hijos enseñándoseles: «Veis ese hombre tan grave y tan triste, pues ha estado en el infierno.»

II

Puédesenos ahora comparar exactamente con Dante y Virgilio, esceptuando, por supuesto, de esta comparacion la parte que tiene relacion con el talento: las puertas de los subterráneos de San Denis, que van á abrirse al vernos, tienen mas de un punto de semejanza con las del infierno: la misma leyenda puede aplicarse maravillosamente á ambos; de modo que si tuviésemos la antorcha de Dante y nos guiase Virgilio, no necesitaríamos malgastar mucho tiempo en medio de las tres razas reales que pueblan los sepulcros de la caduca abadía, para encontrar algun asesino cuyo crímen no fuese menos refinado que el del arzobispo Rogiero, ni alguna víctima cuyas tribulaciones fuesen menos dignas de lástima que las del preso de la torre de Pisa.

Digitized by Google

Uno hay entre aquellos sepulcros, por cuyas inmediaciones jamás nos ha sido dado pasar sin detenernos, cruzar los brazos y humillar la frente. Está este sepulcro de mármol negro en una de las galerías de la izquierda; vénse en él recostadas dos estátuas juntas, la una de hombre y la otra de mujer. Vá ya para cuatro siglos el tiempo que hace que están descansando con las manos juntas y orando, porque el hombre pidió á Dios cuenta de su cólera y la mujer implora el perdon divino por su traicion: ha de saber el lector que estas estátuas son la de un imbécil y la de una adúltera: la locura de uno y los amores de la otra ensangrentaron durante veinte años la Francia; y puede asegurarse sin temor de ser desmentido, que no faltó razon al que escribió despues estas palabras alrededor del mármol frio que los reunió:

«Aquí yace el rey Cárlos el bien amado, sesto de este nombre, é Isabel de Babiera. Pedid á Dios por su alma.»

Pues que nos hallamos en San Denis, vamos á abrir los archivos misteriosos de aquel reinado que pasó, como ha dicho uno de nuestros poetas, «entre la aparicion de un anciano y de una pastora, no dejando mas huella de su existencia que una amarga irrision de lo que es el destino de los imperios y la fortuna de los hombres; un juego de náipes.»

Para una página que hallemos pura y blanca en este

Digitized by Google

libro, encontraremos otras mil salpicadas de sangre, y otras muchas enlutadas, porque Dios quiso que este miserable mundo participase de estos tres colores: así que, cuando hizo el escudo de armes de la vida humana, le puso por divisa: «INOCENCIA, PASIONES Y MUERTE.»

Ahora vamos á abrir este libro, como Dios abre la vida, por las páginas blancas, demasiado pronto llegaremos á las de sangre y á las de luto.

CAPITULO PRIMERO.

La reina Isabel.

El domingo 20 de agosto de los años de 1389, amaneció alumbrando la inmensa concurrencia, que aumentábase á cada instante, en el camino de San Denis á Paris.

Acudia ansioso el pueblo tan de madrugada, porque la

Digitized by Google

reina Isabel, hija del duque Esteban de Babiera y mujer del rey Cárlos VI, hacia su primera y solemne entrada como soberana en la capital del reino.

Debe en verdad decirse para justificar tanta curiosidad, que se contaban mil maravillas de la princesa; sabíase que la primera entrevista que con el rey tuviera habia sido en viernes; sabíase igualmente que el rey se habia prendado tan apasionadamente de ella, que solo á duras penas consiguió de Cárlos el duque de Borgoña que le concediera hasta el lunes siguiente para hacer los preparativos de las bodas.

Con las mayores esperanzas saludaba todo el reino esta alianza: no se ignoraba que el rey Cárlos VI habia manifestado poco antes de morir deseos de que su hijo contrajera matrimonio con la princesa de Babiera, para contrarestar la influencia de Ricardo de Inglaterra, que acababa de casarse con la hermana del rey de Alemania. El amor del príncipe habia, pues, milagrosamente convenido con los deseos de su padre; tambien las matronas, despues de haber examinado á la novia, habian declarado que era apta para dar herederos á la corona: el nacimiento de un hijo confirmó al cabo de un año los pronósticos de su esperiencia. No faltaron algunos vaticinadores de desgracias, como acontece siempre al principio de todos los reinados, que dijeron que todo aquello no podia parar en bien, porque el viernes era el peor dia que podia escogerse para una entrevista nupcial; pero nada hasta entonces confirmaba sus vaticinios. En vano hubieran querido hacer oir su voz, pues hubiese sido sofocada por los gritos de alegría que por todas partes resonaban en el momento en que empezamos esta narracion.

Digitized by Google

Como los principales personajes que harán papel en esta novela deben por su cuna ó por su dignidad venir al lado de la reina ó formar parte de su comitiva, nos permitirá el lector que sigamos los pasos de la dicha comitiva, que solo espera para romper la marcha la llegada del duque Luis de Turena, hermano del rey. Algunos aseguraban que el tardar del príncipe se debia al tocador; y no faltaron tampoco malas lenguas que aseguraseu que el verdadero motivo era una noche pasada entre las delicias del amor. Este medio de dar conocimiento á los lectores de los hombres y de las cosas, ya que carece de la ventaja de la novedad, es al ménos el mas cómodo; y mucho nos hemos de equivocar si los detalles del cuadro que vamos á bosquejar, lo hacemos mal que podamos, carecen de interés y de originalidad.

Repetimos que era domingo, y añadimos que era un gusto ver reunido tanto pueblo fuera de Paris, ni mas ni menos como si se lo hubiesen mandado por órden espresa.

No podia echarse un alfiler en el camino, donde estaban hombres y mujeres tan apiñados como espigas en un trigo: la comparacion es tanto mas exacta, cuanto que el menor accidente hacia ondular aquella concurrencia cual si fuese un sembrado; pues como formaba la multitud un todo tan compacto, el menor sacudimiento que esperimentara cualquiera de sus partes, se comunicaba instantáneamente á la masa entera.

Las once acababan de dar: los gritos que se oyeron á la cabeza de la masa, y el estremecimiento que la recorrió en toda su longitud, venian á anunciar á la impaciencia general que iba á pasar algo de nuevo. En efecto, venia la reina Juana y la duquesa de Orleans su hija, que merced á los algu-

Digitized by Google

giles que traian delante pegando al pueblo con sus varas, pudieron abrirse camino por medio de aquellas masas humanas; y para impedir que volviesen á unirse estas despues de pasar dichas señoras, seguia á caballo en dos filas por los dos lados del camino la flor y nata de los vecinos de Paris, en número de mil doscientos. Los elegidos para formar esta guardia de honor vestian largos ropones de seda verde y bermejo, y cubrian sus cabezas con unas tocas, cuyas puntas caian sobre sus hombros cuando les azotaba algun vientecillo, que venia á refrescar la pesada atmósfera del estío, tanto mas sofocante aquel dia, en que la marcha de hombres y caballos levantaban una nube de polvo. Impelido el pueblo y empujado por la comitiva de que acabamos de hablar, se desbandó por los campos que lindaban con el camino, cuyo centro formaba una especie de canal, del que las orillas eran los vecinos de Paris, y por cuyo cauce podia circular libremente la comitiva real. Este movimiento se hizo con menos dificultad de lo que puede imaginarse.

En aquella época, cuando el pueblo salia al encuentro de sus reyes, los recibia con tanto amor y respeto como curiosidad; porque si bien entonces la monarquía bajaba algunas veces hasta él, jamas se le habia ocurrido todavía al pueblo subirse hasta la monarquía. Por lo dicho no se estrañará, pues, que cada individuo tirase gozosamente por su lado sufriendo alegremente aquella especie de espropiacion, que en el dia costaria algunos gritos, blasfemias y bayonetas. Era por aquel punto mas bajo el campo que el camino; circunstancia que hizo á la turba ganar á la carrera todos los puntos culminantes desde donde le fuera posible dominar el camino.

Digitized by Google

En un abrir y cerrar de ojos fueron invadidas todas las casas y árboles de los alrededores, que en menos tiempo de lo que nos cuesta decirlo, se vieron cargados de nuevos frutos y nuevos inquilinos, y con tal abundancia, que desde la copa de los árboles hasta su tronco, y desde el tejado hasta los cimientos, no había desperdiciado un solo punto que pudiera sostener algun curioso. No faltaron algunos que no arriesgándose á intentar aquella peligrosa ascension, se escalonaron en el declive ó repecho del camino, cuya cresta coronaba la guardia urbana: las mujeres se empinaban sobre las puntas de los piés: los niños se subian sobre los hombros de sus padres; cada uno, en fin, se colocó bien que mal, los unos dominando con la vista las tocas de los maridos de la guardia y los otros pasando las miradas modestamente por entre las piernas de los caballos.

Apenas se había calmado la especie de desórden producido al pasar la reina Juana y la duquesa de Orleans, que se adelantaban á palacio, donde las esperaba el rey, cuando se vió por fin asomar por la calle principal de San Denis la tan esperada litera de la reina. Reinaba, como hemos dicho, la mayor curiosidad en aquella inmensa muchedumbre de ver una princesa que apenas rayaba en los diecinueve años, y en la que cifraban la mitad de las esperanzas de la monarquía. No podría negarse que la primera mirada que el ansioso pueblo la dirigiera justificó mal la reputacion de hermosura que la había precedido en la capital, porque á decir verdad, su belleza era de un género tal, que era preciso habituarse á ella para conocer su mérito. Nacía esta singularidad del contraste que formaban sus cabellos, de un rubio casi dorado, con sus

Digitized by Google

cejas negras como el ébano, tipos opuestos y carácter hibrido de las razas del Norte y del Mediodia, las que habiéndose cruzado en esta mujer, dotaron su corazon de todas las pasiones ardientes de una italiana y su frente de la altanería de una princesa alemana.

Del resto de su persona solo diremos que un estatuario no hubiera podido desear proporciones mas armoniosas para el modelo de una diana en el baño. Su rostro formaba ese óvalo perfecto al cual dos siglos despues dejó su nombre Rafael. Los ceñidos vestidos y las estrechas mangas que en aquella época se usaron, no dejaban duda acerca de lo bien formado de su talle ni de la perfeccion de sus contorneados brazos; su mano, que por coquetería, ó tal vez tambien por distraccion, tenia abandonada en la portezuela, destacándose sobre la tela de que estaba forrado el carruaje, parecia un bajorelieve de alabastro sobre un fondo de oro. Aunque es cierto que el resto de su persona iba medio oculto dentro de la litera, sin embargo, podíase adivinar fácilmente la estatura de su esbelto y aéreo cuerpo.

La sensacion singular que se sentia al verla, se disipaba inmediatamente que se la habia visto; y el mirar ardiente y suave de sus ojos recuperaba ese imperio fascinador en que Milton y todos los poetas que le han seguido, han hecho consistir la belleza característica y fatal de los ángeles malos.

Los seis señores primeros de la Francia acompañaban la litera de la reina; venian á la cabeza los duques de Turena y de Borbon. No llevará á mal el lector que advirtamos, para evitarle tal vez una equivocacion, que este duque de Turena era el mas jóven de los hermanos del rey Cárlos, el gentil y

Digitized by Google

gallardo Luis de Valois, que apenas trascurridos cuatro años, ya poseia el título de duque de Orleans; título que tan célebre hizo su talento, sus amores y sus desgracias; un año contaba ya de casado con la hija de Galeas Visconti, graciosa aparicion histórica poetizada con el nombre de Valentina de Milan, cuya hermosura, en su primera flor todavía, no habia tenido suficientes atractivos para fijar aquella mariposa real de alas de oro. Preciso es confesar que era el galan mas hermoso, mas rico y mas elegante de toda la córte. Con solo mirarle se conocia á tiro de ballesta que todo era en él alegría y juventud; que habia recibido la vida para vivir, y que en efecto vivia; que las penas tal vez podrian venir á mortificarle, pero que jamás iria él en pos de ellas; que era imposible que aquel lindo y pacífico rostro de paje con los cabellos rubios y los ojos azules, pudiese conservar mucho tiempo un secreto ni un triste pensamiento, y que ambos se escaparian fácilmente; pues sus lábios, sonrosados é inconsecuentes como los de una mujer, no tardarian en abrirles paso. Con una gracia que solo á él era dado poseer, llevaba este dia un maravilloso traje, hecho espresamente para aquella solemnidad. Consistia en una túnica de terciopelo negro forrada de bermejo, por cuyas mangas bajaba un ancho bordado imitando una grande rama de rosal: el tronco, que era de oro, sostenia por ambos lados las hojas de esmeralda, en medio de las cuales brillaban en ambos brazos once rosas de rubíes y de zafiros: los ojales estaban bordados, en memoria de una órden instituida por los reyes de Francia, imitando á la retama, cuyas vainillas eran de perlas: el faldon que cubria el muslo del lado opuesto al de la litera, estaba enteramente cubierto con el resplande-

Digitized by Google

ciente sol de oro que el rey había escogido para divisa suya, y que Luis XIV renovó en su tiempo. El otro, sobre el que la reina había fijado mas de una vez sus miradas, porque encerraba evidentemente algun emblema que quería sin duda descifrar, el otro, repito, representaba un leon jóven de plata, encadenado y con un bozal en la boca, á quien conducia una mano perdida entre las nubes con estas palabras: *Adonde yo quiera.* Servia de complemento á este traje un capuz de terciopelo bermejo, entre cuyos pliegues estaba engastada una magnífica cadena de perlas, de la que ambas puntas caian tanto como las del capuz, y con la cual el duque iba jugando con la mano que le dejaba libre la brida de su caballo, sin interrumpir por esto la conversacion que con la reina sostenia.

Poco nos detendremos con el duque de Borbon: era uno de esos príncipes cuyos nombres ha inscrito la historia, porque fué hijo y abuelo de grandes hombres.

Seguian á estos el duque Felipe de Borgoña y el duque de Berry, hermanos de Cárlos V y tios del rey. Aquel era el duque Felipe, que habiendo corrido los mismos peligros que corrió el rey Juan en Poitiers, á quien siguió en su cautividad á Lóndres, mereció en el campo de batalla y en las prisiones el sobrenombre de *Intrépido*, sobrenombre que le había puesto su padre, y que le fué confirmado por Eduardo el dia en que habiendo servido el copero del rey de Inglaterra en un banquete á su señor antes que al rey de Francia, le descargó Felipe una bofetada diciéndole: ¿quién te ha enseñado á servir al vasallo antes que al señor? El otro era el duque de Berry, que fué regente de Francia con el duque de Borgoña

Digitized by Google

delante la demencia del rey, y el mismo que contribuyó á arruinar el reino con su avaricia, tanto por lo menos como el duque de Orleans con sus prodigalidades.

En la comitiva de estos venian el hidalgo Pedro de Navarra y el conde de Ostreban. Como deben figurar poco en los hechos que vamos á contar, diremos al lector que quiera contraer con ellos conocimientos mas íntimos, que puede acudir á las varias biografías que hablan de ellos, donde encontrarán cuanto puedan apetecer.

Detrás de la litera de la reina venia cabalgando en un palafren ricamente enjaezado la duquesa de Berry; caminaba lentamente conducido su coqcel por los condes de Nevers y de La Marche. Aquí tropezamos tambien con dos nombres, de los que el mas pequeño irá á perderse tambien con el tiempo y á desaparecer en la sombra del mayor; porque este conde de Nevers, hijo de Felipe y abuelo de Cárlos, será un dia conde de Borgoña. Su padre se apellidaba el Intrépido, llamaron el Temerario á su nieto, y la historia le tiene ya reservado el sobrenombre de Sin-miedo.

En 12 de abril de 1385 casó con Margarita de Haynault el conde de Nevers, que contaba por aquel tiempo veintidos años: era robusto y admirablemente formado, aunque de estatura no muy aventajada: el mirar de sus azules y pequeños ojos, como los del lobo, era decidido y amenazador: del color de sus largos y tersos cabellos solo puede formarse idea comparándolos con el plumaje negro amostazado del cuervo: como llevaba afeitada la barba, descubrian en toda su estension su rollizo rostro respirando fuerza y salud. Por la poca atencion con que manejaba su corcel y conocia la confianza del caba-

Digitized by Google

fiero en sus manos. Aunque todavía era muy jóven y no habia tenido el honor de ser armado caballero, le eran ya familiares los arneses de la guerra, pues no habia desperdiciado ocasion alguna para acostumbrarse á las privaciones y endurecer su cuerpo para toda clase de fatigas; tan severo para con los demás, como para consigo mismo, insensible al hambre y á la sed, al frio y al calor, parecia un hombre de estuco, sin las necesidades comunes á los demás hombres; altanero con los grandes, y afable con los que eran menos que él, se hizo odiar constantemente de sus iguales y amar de sus inferiores; susceptible á todas las pasiones violentas, sabia dominarse y encerrarlas dentro de su pecho, y su pecho dentro de su coraza. Ese doble forro interior, ese baluarte de acero y de carne, era un abismo donde no podian penetrar las miradas de los hombres y en el que ardia un volcan, que aunque en la apariencia estaba apagado, sin embargo le corroia las entrañas, hasta que llegaba el momento favorable; pues entonces reventando con furia destruia cuanto encontraba al paso, la lava ardiente de su cólera. Su traje en el dia de que vamos hablando, era de una sencillez tan exagerada, que podia asegurarse que lo habia vestido solo para que hiciera contraste con el de Luis de Turena. Componiase de una bata de terciopelo verde, mas corta de lo que generalmente se llevaba, con mangas abiertas y perdidas, sin adornos ni bordados, ceñida al cuerpo con un cinturon de mallas de acero, que sostenia una larga espada de hierro bruñido; y la abertura que las solapas dejaban en el pecho permitia ver una ropilla azul celeste, sujeta alrededor del cuello con un collar de oro cincelado, que hacia las veces de cuello; su capuz era negro, y un solo dia-

Digitized by Google

manto sujetaba todos sus pliegues. Este diamante era el que con el nombre de *Sancy* (1) hizo parte despues de la joyería de la corona de Francia.

Nos hemos detenido particularmente en hacer conocer á estos nobles señores, que constantemente encontraremos alrededor del rey, porque despues del triste y poético rostro de Cárlos, y despues de la ardiente y enamorada Isabel, fueron los dos personajes mas importantes de aquel desgraciado reinado.

Ellos fueron la causa de que la Francia se dividiese en dos partidos, combatiendo el uno en nombre de Orleans, y el otro en el de Borgoña. Al escoger cada partido un gefe, recibió con él un amo y con el amo sus pasiones; amó lo que su señor amaba, y aborreció lo que su señor aborrecia: lo olvidó todo por él, todo, hasta el rey, que era su señor, y á la Francia, que era su madre.

Sobre un blanco corcel y por uno de los lados del camino, venia fuera de las filas madama Valentina, de quien ya hemos hablado á nuestros lectores, diciendo que era la mujer

(1) Cuando se dió la batalla de Grassen estaba este diamante en el tesoro de Cárlos el Temerario; habiendo caido aquel dia en poder de los suizos, fué vendido en 1492 por 5,000 ducados en Lucerna, desde donde pasó á Portugal y á poder de don Antonio, prior de Crato. Este último descendiente de la rama de Braganza, despues de haber perdido el trono, vino á París, donde murió; por aquel tiempo lo compró Nicolás Harlay, señor de Sancy, de quien le viene el nombre que lleva. La última tasacion que se ha hecho de este diamante hace ascender su valor, si mal no recuerdo, á 1.820,000 francos.

Digitized by Google

del jóven duque de Turena. Era la primera vez que venia á Francia, adonde llegaba á la sazon desde su patria, la Lombardía, y cuanto en el nuevo pais veia le parecia hermoso y seductor. Llevaba á su derecha al hidalgo Pedro de Craon, favorito predilecto del duque de Turena, vestido con un traje casi semejante al del duque, quien en muestra de su amistad se le habia mandado hacer con tamaña semejanza. Era de la misma edad y hermosura que el duque, y afectaba como él la mayor jovialidad: mirándole, sin embargo, detenidamente, era facil conocer que agitaban su alma todas las pasiones de un corazon violento, y que su voluntad era una de esas voluntades de hierro que caminan siempre derechas al blanco de sus deseos, sea de odio ó sea de amor; y por último, que podia esperarse muy poco de su amistad y temerse mucho si se le llegaba á tener por enemigo. Con una armadura de hierro, que llevaba con la misma soltura que los otros señores sus trajes de terciopelo, venia á la izquierda de la reina: Oliverio de Clisson, condestable de Francia, llevaba levantada la celada, por lo que veiase el rostro honrado y franco de aquel veterano dividido por una larga cicatriz, recuerdo sangriento de la batalla de Auray y prueba de que la espada de flores de lis que pendia de su cinturon era un premio de sus buenos y leales servicios, y no una gracia debida á la intriga ó al favor.

La Bretaña habia visto nacer á Clisson y se habia educado en Inglaterra; pero habiendo vuelto á Francia á la edad de dieziocho años, combatió desde aquel tiempo ardiente y constantemente en los ejércitos reales.

Despues de haber enterado á nuestros lectores de las per-

Digitized by Google

sonas de que llevamos hecha mencion, nos contentaremos con nombrar los que venian en sus comitivas: la duquesa de Borgoña y la condesa de Nevers, seguian conducidas por Enrique de Bar y el conde de Nphurs.

El diestro del palafren de la duquesa de Orleans, ricamente enjaezado, lo llevaban Jacquemes de Borbon y Felipe de Artois.

La duquesa de Bar y su hija seguian despues acompañadas de Cárlos, de Albret y del señor de Coucy, cuyo nombre solo despertaria un memorable recuerdo si nosotros no nos apresurásemos á traerlo á la memoria repitiendo la divisa mas modesta ó mas altanera tal vez de aquella época:

Ne suis prince, ni Duc aussy
Je suis le seigneur de Coucy.

Ninguna mencion haremos de señores, señoras y señoritas que venian detrás, ya cabalgando, ya en carros cubiertos ó palafrenes. Bástenos decir que la comitiva donde iba la reina entraba ya en los arrabales de la capital cuando los pajes y escuderos que formaban la cola no habian salido todavía de San Denis. La reina habia sido recibida en todas partes á su paso con las aclamaciones de navidad, que se usaban entonces en vez de las de viva el rey, porque el pueblo no habia encontrado aun en aquella época de creencias una palabra que espresase mejor su alegría que la que recordaba el dia del nacimiento de Cristo. Inútil nos parece ya añadir que Isabel de Baviera y madama Valentina de Milan se llevaron tras sí las miradas de los hombres, así como las de las dos mujeres si-

Digitized by Google

guieron largo espacio al duque de Turena y al conde de Neverd.

Detúvose la reina al llegar á la puerta de San Denis, donde la tenian dispuesta la primera parada. Era una especie de altar grande forrado todo de raso azul con un cielo estrellado de oro. Veíanse en las nubes que cubrian este cielo grupos de niños vestidos de ángeles, que cantaban dulce y melodiosamente, acompañando una hermosa jóven, que representaba á Nuestra Señora, y tenia sobre sus rodillas una imágen del niño Jesus. El sol resplandeciente que hemos dicho ser la divisa del rey, alumbraba aquel estrellado cielo, del que pendian unidos los escudos de Francia y de Babiera. La reina quedó agradablemente sorprendida con este espectáculo, cuyo buen órden alabó mucho. Despues que los ángeles acabaron su cántico y que se calculó que la reina lo habia examinado todo detenidamente, se abrió el fondo del altar; trasformacion que dejó ver la calle entoldada como una desmesurada tienda, cuyas casas todas estaban colgadas de camelote y de telas de seda, con tal profusion, que como dice Froissar, parecia que los paños se habian dado por nada, ó que habia sido uno trasportado á Alejandría ó Damasco.

Detúvose la reina algunos instantes como no atreviéndose á lanzarse en aquella capital, donde la esperaban con tanta impaciencia y donde era recibida con tanto amor. Un presentimiento interior la decia que su jóven y hermosa persona, rodeada ahora y recibida con tantas pompas y obsequios, seria algun dia maldita y sacado su cadáver en los hombros de un barquero, encargado por el consejo de San Pablo de entregar los restos de Isabel de Babiera á los reti-

Digitized by Google

giosos de San Denís. Volvió á romper la marcha la comitiva; pero se vió palidecer á la reina al entrar en aquella larga calle y al pasar entre aquella turba inmensa formando dos calles de carne humana, que con solo juntarse la una con la otra, hubiesen podido despedazar caballos, reina y litera. Sin embargo, ningun accidente acaeció: la guardia urbana conservó siempre su formacion. Al poco rato llegó la comitiva al frente de una fuente cubierta de paños de azul sembrados de flores de lis de oro; en torno de esta fuente habia infinidad de columnas pintadas y cinceladas, en las que estaban colgados los escudos de la flor y nata de la nobleza francesa. En vez de agua manaba esta fuente abundantes bebidas y perfumes aromáticos del Asia, y velanse de pié en torno de las columnas grupos de lindas doncellas con copas de oro y jarrones de plata en la mano, con las cuales ofrecieron de beber á la reina y á los príncipes de su comitiva. Cogiendo la reina una de aquellas copas la llevó á los lábios, tan solo para hacerles este honor, devolviéndola en seguida; mas el duque de Turena se apoderó de la misma copa, arrebatándola de la mano de la doncella, se puso á buscar, al parecer, el sitio que habian tocado los lábios de la reina, y aplicando los suyos al mismo paraje, se bebió de una sola vez el licor que la boca de la soberana apenas habia desflorado. Los perdidos colores de Isabel se presentaron rápidamente en sus mejillas; esta accion del duque no dejaba género alguno de duda; así es que fué notada, á pesar de la rapidez con que pasó, de modo que aquella noche fué el objeto de muy diversas conversaciones en la córte, conviniendo, sin embargo, aun los mas opuestos en opiniones, que habia sido demasiada temeridad en el du-

Digitized by Google

que tomarse semejante libertad con la mujer de su señor y amo. Tambien estuvieron los pareceres acordes en declarar que la reina habia estado algun tanto mas indulgente que lo regular en no haber desaprobado semejante conducta de un modo mas espresivo.

Felizmente, un nuevo espectáculo vino á distraer al público de este incidente: estaban entonces frente al convento de la Trinidad, delante de cuya puerta se habia construido un tablado en forma de teatro, sobre el que iba á representarse el paso de armas del rey Salhi-Eddin. Estaban, pues, los cristianos colocados en un lado y los sarracenos en el otro; veíanse en ambas tropas los grandes personajes que habian figurado en aquellas hermosas justas: los actores que los representaron llevaban las armaduras del siglo trece y los escudos y divisas de aquellos cuyos papeles hacian. El rey Felipe Augusto estaba sentado en el fondo, y en pié alrededor suyo los doce pares de Francia. Así que la litera de la reina hizo alto, salió de entre las filas Ricardo Corazon de Leon, se acercó al rey Felipe, é hincando una rodilla en tierra le pidió permiso para ir á combatir á los sarracenos: el rey le concedió bondadosamente su permiso. Levantándose entonces Ricardo se unió con su gente, la puso en órden de batalla y cargó sobre los infieles. Obstinado fué el combate, pero al fin los cristianos quedaron vencedores, poniendo en completa derrota á sus enemigos. Parte de los fugitivos se salvaron huyendo por las ventanas del convento, que estaban á piso llano con el tablado, y abiertas con este objeto; sin embargo, no todos pudieron huir, pues cayeron muchos en poder de sus adversarios. Ricardo Corazon de Leon condujo á los piés de

Digitized by Google

la reina á los prisioneros; Isabel pidió su libertad y dió un brazalete de oro por su rescate.

—¡Oh! dijo entonces el duque de Turena apoyando su mano sobre la litera, si hubiera sabido que reservábais esa recompensa al vencedor, os juro que nadie mas que yo hubiera hecho el papel de Ricardo.

Isabel fijó entonces la vista en el segundo brazalete que adornaba todavía uno de sus brazos, reprimiendo este primer movimiento que habia manifestado lo que en su interor pasaba.

—Sois un loco, señor conde, le dijo; semejantes juegos solo son propios de los farsantes y bufones, y sentarian muy mal en la persona del hermano del rey.

El duque de Turena iba á contestar, sin duda, mas Isabel mandó continuar la marcha, y volviéndose hácia el duque de Borbon, trabó con él tan animada plática, que llegaban ya á la segunda puerta de San Denis, conocida por la de los Pintores, y demolida en tiempo de Francisco I, y todavía la reina no habia vuelto á mirar á su cuñado. Al frente de esta puerta veíase un castillo perfectamente imitado, en cuyo cielo, estrellado como el de la primera puerta, resplandecian con toda su majestad el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo: veíanse en torno de la Santísima Trinidad crecido número de niños cantando dulcemente el *Gloria* y el *Veni Creator*: no bien habia pasado la reina, cuando abriéndose la puerta del paraiso dió paso á dos ángeles circundados de aureolas de oro, pintadas las alas, vestidos de color de rosa el uno, y de azul el otro, y calzando sus piés vistosas sandalias bordadas de plata. Al desprenderse de aquel hermoso cielo, traian en las

Digitized by Google

manos una rica corona de oro guarnecida de piedras preciosas, y volando hasta ponerse al lado de la reina, en cuya cabeza colocaron la corona, cantaron esta cuarteta:

Dame enclose entre fleurs de lys
Vous etes roine de Paris,
De France, et de tout le pays,
Nous en rallons en Paradis (1).

Al llegar al último verso se remontaron otra vez al cielo, cuyas puertas se cerraron detrás de ellos. Sin embargo, nuevos personajes esperaban á la reina al otro lado de la puerta, de cuya presencia vinieron á avisarla para que su aspecto no la asustase, lo que probablemente hubiera sucedido sin esta precaucion; presentáronse, en efecto, los diputados de los seis gremios de mercaderes, que traian un pálio y venian á reclamar el antiguo privilegio que les autorizaba á acompañar á los reyes y á las reinas de Francia cuando entraban en París, desde la puerta de San Denis hasta palacio. Seguianles los representantes de los diferentes gremios de artesanos vestidos con trajes de ceremonia, figurando los siete pecados mortales, soberbia, avaricia, pereza, lujuria, envidia, cólera y gula; y en contraposicion las siete virtudes cristianas, fé, esperanza, caridad, templanza, justicia, prudencia y fortaleza, y en medio estaban dos

(1) Te saludamos, hermosa dama, que vienes circundada de flores de lis, porque eres la reina de París, de Francia y de todo el pais, y nos volvemos al paraiso.

Digitized by Google

mando un grupo aparte la muerte, el purgatorio, el infierno y el paraiso. A pesar de que la reina estaba prevenida, no pudo menos de sentir cierta repugnancia en entregarse en manos de aquella mascarada. Dolíale en el alma al duque de Turena dejar el sitio que ocupaba al lado de la reina, pero no hubo remedio, porque el pueblo rodeaba á S. M. pidiendole el cumplimiento de sus privilegios vigentes. El duque de Borbon con los demas nobles y grandes se habia separado ya del coche; solo el conde de Turena se obstinaba en no abandonar la litera.

—¿Os place, caballero, ceder vuestro puesto á esas buenas gentes, ó esperais por ventura á que yo os despida?

—Si, mi reina y señora, respondió el duque, esperaba vuestras órdenes y una mirada que me diese fuerza para obedecerlas.

—Señor, dijo Isabel inclinándose hácia el duque, no sé si nos volveremos á ver esta noche; espero, pues, no olvidareis que mañana seré, no solo reina de Francia, sino tambien de las justas, y que este brazalete será el premio del vencedor.

El duque se inclinó profundamente. Los que estaban lejos del paraje donde pasaba esta escena, solo vieron en el saludo una de las señales de respeto que todo vasallo, aunque sea príncipe, debe á su reina; sin embargo, no faltó alguno de los que estaban mas inmediatos, que clavando su mirada investigadora en el estrecho intervalo que mediaba entre el caballo y la litera, creyese observar que los labios del duque se habian aplicado con mas ardor en la mano de la reina y la habian besado mas largo tiempo del que permitia la etiqueta de un besamanos.

Digitized by Google

Tuviesen ó no razon estos maliciosos observadores, nosotros solo diremos que el duque rebosaba alegría y felicidad al separarse de Isabel, la que cubriéndose el rostro con las largas bandas que caian de su tocado, se miraron ambos con una mirada de fuego por medio de aquella gasa complaciente: el duque, picando entonces á su caballo, fué á ocupar al lado de su mujer el sitio del condestable de Clisson. Mientras pasaba esto, los seis gremios de marcaderes se colocaron tres á cada lado de la litera sosteniendo el pálio, bajo el cual llevaban á la reina; seguian á estos las virtudes cristianas y los pecados mortales, detrás de los cuales venian con toda la gravedad que de suyo exigia el papel que representaban la muerte, el purgatorio, el infierno y el paraiso. La comitiva volvió, pues, á romper la marcha, cuyas ordenadas filas se vieron interrumpidas por un accidente singular.

Dos hombres montados en un mismo caballo causaban el mayor estrépito hácia la confluencia de la calle de los Lombardos y la de San Denis: parecia imposible que hubiesen podido llegar hasta tal punto penetrando por la inmensa turba que obstruia la calle; aunque á decir verdad, tanto caso hacian ellos de las amenazas de los pobres diablos que atropellaban, como si nada les dijesen: habia llegado su audacia hasta el estremo de despreciar hasta á los alguaciles, recibiendo con valor estóico los zurriagazos con que estos se lisonjeaban hacerlos volver atrás, pero perdieron el tiempo, la paciencia y los zurriagazos; pues los tales hombres seguian impávidos su camino devolviendo con usura á diestro y siniestro los golpes que recibian. Sin hacer caso de gritos, ni de amenazas, ni de lamentaciones, continuaban su camino

Digitized by Google

lentamente, pero con no interrumpido paso, empujando al pueblo con el pecho de su caballo, cual un navío corta la mar con su proa abriéndose paso entre las olas que tras él vuelven á juntarse: de este modo llegaron bastante á tiempo para ver pasar la comitiva; todo el mundo creia que aquellos entes originales se contentarian con verla desfilar tranquilamente: ¡vanas esperanzas! porque así que la reina Isabel llegó á su lado, el que tenia las riendas recibió, al parecer, una órden de su camarada. Esta órden fué tan pronto ejecutada como recibida, pues con una agilidad sorprendente descargó dos sendos bastonazos en la cabeza y en la grupa de los caballos de la milicia urbana que les obstruia el paso; al verse así tratados los animales, el uno se adelantó, como era natural, y el otro recaló; este movimiento produjo cierta especie de brecha en las filas de los ciudadanos armados. Aprovechándose de esta circunstancia los condes, se plantaron en medio de la comitiva y pasaron tocando con el caballo de la duquesa de Turena, que asombrado con tan brusca aparicion, hubiera sin duda dado en tierra con su señora, á no ser por la oportunidad con que el señor de Craon lo sujetó en el momento en que iba á encabritarse. Nuestros hombres, sin hacer caso de este incidente, se precipitaron hácia la reina atropellando y echando á rodar al paraiso sobre el infierno, á la muerte sobre el purgatorio y á las virtudes cristianas sobre los pecados mortales. Gracias á tanta audacia, llegaron al lado de la litera en medio de la gritería del pueblo, quien los tenia por locos, ó cuando ménos por gente de mala cabeza; y perseguidos por los duques de Turena y de Borbon, que espada en mano acudian á defen-

Digitized by Google

der á la reina, suponiéndoles no muy buenas intenciones.

Tanto estrépito no dejó de causar sérios temores á la reina. Ignoraba aun la causa de semejante alboroto, cuando se presentaron á su vista los dos culpables en el espacio que mediaba entre los que llevaban el pálio y la litera. Su primer movimiento fué el echarse hácia atrás; mas el caballero que venia á la grupa le dijo algunas palabras á media voz, y quitándose su capuz, soltó de él una gruesa cadena de oro enriquecida con flores de lis de diamantes y la pasó alrededor del cuello de la reina, quien se inclinó con la mayor amabilidad para recibir aquel regalo; hecho esto, metió espuelas al caballo el desconocido, que partió como una flecha. Casi al mismo tiempo llegaron los duques de Turena y de Borgoña blandiendo las espadas y gritando: ¡mueran, que mueran los traidores! pues solo habian visto de lo pasado el que Isabel habia caido en poder de los desconocidos. Como el pueblo estaba tan apiñado, era mas que probable que estos fuesen alcanzados, con tanta mas razon, cuanto que tenian que vencer la misma resistencia para salir de la calle que la que habian encontrado para penetrar en ella. Todo el mundo se temia una catástrofe; mas la reina, viendo lo que se trataba, levantándose en la litera y estendiendo los brazos hácia su cuñado y su primo, gritó:

—Señores, ¿qué vais á hacer? ¡Es el rey!... les dijo.

Paráronse los dos duques al instante, temiendo á su vez no sucediese algun accidente á su soberano; así que, enderezándose sobre los estribos, y tendiendo las espadas hácia la turba, con gesto imperativo gritaron:

—Señores, ¡es el rey!

Digitized by Google

Y quitándose entonces los capuces, añadieron:

—¡Honor y respeto al rey!

El rey, porque en efecto era el mismo Cárlos VI el que venia á la grupa de Cárlos de Savoya, contestó á estas palabras quitándose á su vez el capuz. El pueblo pudo entonces reconocer en sus cabellos castaños, en los ojos azules, en la boca un poco grande, pero adornada de dos magníficas filas de dientes, en lo galan, y particularmente en el aspecto hondadoso que respiraba toda su persona, pudo reconocer, repetimos, á aquel soberano, á quien habia conservado el nombre de bien amado con que se saludó el dia que subió al trono, á pesar de las desgracias que afligieron á la Francia durante su reinado.

Oyéronse de nuevo los gritos de navidad por todas partes: los pajes y escuderos agitaron las banderas de sus amos y las damas sus pañuelos, y moviéndose entonces con nueva vida aquella serpiente gigantesca que se movia en la inmensa calle de San Denis, no hubo uno solo de sus infinitos anillos entrelazados que no se agitase, pues todos hicieron un movimiento comun para ver al rey, el que aprovechándose del camino que el respeto le abrió, habia desaparecido ya.

Mas de una media hora bien larga se necesitó para que el desórden causado por este incidente se calmase: reinaba todavía un resto de agitacion en el pueblo, que impedia volverse cada uno á su puesto: el señor de Craon se aprovechó de esta ocasion para hacer notar á madama Valentina que su marido, único que podia abreviar esta detencion volviendo á su lado, la prolongaba, por el contrario, hablando con la reina, pues con esta conversacion impedia el que se diese la

Digitized by Google

órden para volverse á poner en marcha. Madama Valentina procuró sonreirse; mas un suspiro mal comprimido que salió de su pecho vino á desmentir lo que sus ojos querian decir, y en seguida añadió con una voz cuya emocion queria en vano ocultar:

—Vos que sois su amigo íntimo, ¿por qué no haceis esa observacion al conde?

—Me guardaré muy bien de hacerlo sin una órden espresa vuestra.

—¿Olvidais que su regreso me privaria del privilegio que me dá su ausencia de velar sobre vos?

—El verdadero y único guarda es el duque de Turena; pues que esperábais mis órdenes, podeis ir á decirle que le estoy esperando.

Inclinándose entonces Pedro de Craon, fué á llevar el mensaje de madama Valentina á su marido.

Ambos venian ya á reunirse con ella, cuando se oyó salir de la turba un grito penetrante; una jóven acababa de desmayarse. Este suceso era demasiado comun para llamar la atencion de los altos personajes de que vamos hablando. Sin dignarse siquiera echar una mirada hácia el punto donde habia acaecido aquel suceso, colocáronse al lado de la duquesa de Turena; y como si toda la comitiva hubiera estado esperando esta señal, rompió la marcha inmediatamente, marcha que á los pocos instantes vino á interrumpir otra nueva causa.

Tropezó la comitiva al llegar á la puerta del Chatelletto de París con un tablado que representaba un castillo de piedra sillería, y en cuyos cuatro ángulos se veian cuatro ador-

Digitized by Google

tres garitas, por las que se asomaban cuatro centinelas armados de punta en blanco. Todo el piso bajo de este castillo estaba espuesto á las miradas del pueblo, cual si le hubieran quitado las murallas que miraban á la calle: en él había una cama colgada y adornada tan ricamente como la que tenía el rey en su palacio de San Pablo, y en esta cama, que figuraba la cama de justicia, estaba echada una jóven, que representaba á nuestra Señora Santa Ana.

En torno del castillo habian plantado tantos y tan hermosos árboles verdes, que no parecia sino que había nacido allí un espeso bosque; en él corrian multitud de liebres y conejos, y pájaros de todos colores revoloteaban de rama en rama, dejando al buen pueblo con la boca abierta de admiracion, pues no se le alcanzaba cómo podian haberse domesticado hasta tal punto tales animales. La admiracion general llegó á su colmo, al ver salir de aquel bosque un hermoso ciervo blanco del tamaño de los que tenia el rey en su palacio, tan artísticamente trabajado, que á duras penas lograba uno persuadirse que era obra del hombre, porque movia los ojos, abria la boca y andaba solo, merced al hombre que iba oculto dentro de él. Tenia los cuernos dorados, y puesta en el cuello una corona, semejante á la corona real; veíase pendiente de su pecho el escudo azul con las tres flores de lis de oro representando las armas del rey de Francia. Erguido y hermoso se dirigió el animal hácia la cama de justicia, separó con su pata derecha la espada, símbolo de aquella, y levantándola en el aire la hizo temblar. No bien había hecho este ademan, cuando se vieron salir por la parte opuesta del bosque un lobo y un águila, símbolos de la fuerza, que vie-

Digitized by Google

lentamente intentaron apoderarse de la espada; mas no bien se habian dirigido hácia el cierro, cuando se presentaron doce jóvenes doncellas vestidas de blanco, con un rosario en una mano y una espada desnuda en la otra, símbolos de la religion, que rodeándolo se pusieron en actitud de defenderlo. En vano intentaron el leon y el águila llevar á cabo su empresa, pues vencidos tuvieron que volverse á ocultar en el bosque. Abriéndose entonces aquel baluarte vivo que defendia la justicia, se dirigió gentilmente el cierro á echarse de rodillas delante de la reina, quien le acarició con la misma amabilidad con que solia hacerlo con los que el rey tenia en palacio. Mucho gustó, segun cuentan, á la reina y á los señores de su comitiva esta invencion.

Ya habia anochecido, porque el lento paso con que tuvieron que andar y los diferentes espectáculos escalonados en toda la estension de la carrera, habian retardado mucho la marcha de la comitiva; al fin estaba ya cerca de Nuestra Señora, adonde se dirigia la reina. Restábale tan solo pasar el Puente-au-Change, y á nadie se le ocurria ya que pudiesen haber preparado nada de nuevo, cuando un espectáculo inesperado y maravilloso vino á sorprender á todos. Un hombre se apareció en la veleta de la torre de Nuestra Señora con una antorcha en cada mano, viósele andar por una cuerda tan fina que costaba trabajo el distinguirla, y bajando por encima de los tejados de las casas, como quien se desliza milagrosamente por el aire, vino despues de una porcion de rodeos y vistosas suertes á colocarse sobre una de las casas contiguas al puente. La reina le prohibió el volver que se volviese por donde habia bajado, temiendo alguna desgracia, mas

Digitized by Google

él, sin hacer caso de las tales órdenes, conociendo sin duda la razon por qué habian sido dadas, volvió á subir de espaldas para dar siempre frente á la reina, y de este modo llegó hasta lo alto de la torre de la catedral y desapareció por una de sus ventanas. La reina preguntó quién era aquel hombre tan ligero y tan diestro, y la contestaron que era un genovés, maestro de toda clase de juegos.

Durante esta última maravilla, un considerable número de mercaderes de pájaros, con una caja llena de gorriones, se habian reunido y colocado en el camino mismo que debia traer la reina; cuando la comitiva llegó á pasar por su lado abrieron la caja y soltaron los pájaros. Antigua costumbre era esta, que hacia alusion á la esperanza que el pueblo abrigaba siempre de que un nuevo reinado daria vuelo á nuevas libertades: la costumbre se ha perdido, pero la esperanza aun sigue.

El obispo de París, revestido con mitra y estola, casco y coraza de Nuestro Señor, el cabildo de la catedral y los diputados de la universidad, recibieron á la reina en las gradas de la catedral, agraciándola con el título de hija querida que le daba el rey por el privilegio de asistir á las coronaciones. Bajóse entonces la reina de la litera, siguieron las damas de su comitiva, los caballeros entregaron sus cabalgaduras á sus pajes y escuderos, y acompañada de los duques de Turena, de Berry y de Borgoña, entró en la iglesia precediendo al obispo y al clero, que habian entonado en alta voz himnos en alabanza á Dios y á la Virgen Santísima.

Al llegar al altar mayor se arrodilló devotamente Isabel, en donde despues de haber rezado sus oraciones, regaló á la

Digitized by Google

iglesia de Nuestra Señora los cuatro paños de oro y la corona que los ángeles habian colocado sobre su cabeza en la segunda puerta de San Denis. Los señores Juan de la Souvière y Juan de Mervier trajeron para sustituirla otra mas hermosa y mas rica, semejante á la que el rey usaba cuando se sentaba en el trono. Cogiéndola entonces el obispo por la flor de lis que la cerraba, y sosteniéndola con la mano los cuatro duques, la colocaron suavemente sobre la cabeza de Isabel. Estrepitosa gritería retumbó entonces por todas partes; solo desde aquel momento podia decirse que Isabel era reina de Francia.

La reina y su comitiva salieron entonces de la iglesia y subieron como antes en las literas, palafrenes y caballos; seiscientos servidores esperaban en ambos lados á la comitiva con seiscientas antorchas tan brillantes, que parecia que el sol alumbraba todavía en la calle. De este modo fué conducida la reina al palacio de París, donde la esperaba el rey, la reina Juana á su derecha y la duquesa de Orleans á su izquierda. Al llegar Isabel á su presencia hincó, así como en la iglesia, una rodilla en tierra en señal de que reconocia por señor suyo, á Dios en el cielo y al rey en la tierra. El rey, levantándola, la estrechó en sus brazos. El pueblo repitió sus gritos de navidad, porque al verlos tan unidos, tan jóvenes y tan hermosos, creyó que los dos ángeles tutelares de la Francia habian bajado de la izquierda y de la derecha del Señor.

Despidiéronse entonces todos del rey y de la reina para retirarse cada uno á su alojamiento; solo quedaron en palacio los que pertenecian á él, y en la calle el pueblo, que debajo de las ventanas continuó con sus gritos de navidad, hasta que desapareció el último paje detrás del último caballero; cer-

Digitized by Google

ráronse las puertas, las luces que ardian en la plaza se apagaron poco á poco, la turba se desvandó por mil calles divergentes, que cual otras tantas venas y arterias, llevan la vida á todas las estremidades de la capital: al poco rato todo aquel bullicio y estrépito se redujo á un sordo murmullo, y este murmullo se apagó poco á poco. Una hora despues todo era silencio y oscuridad; oíase solo el vago y sordo rumor que se compone de esos sonidos nocturnos indefinibles que parecen la respiracion de un gigante profundamente dormido.

Nos hemos detenido tanto en la entrada de la reina Isabel en la ciudad de París, con los personajes que la acompañaban y con las fiestas con que fué recibida, no solo para dar conocimiento á nuestros lectores de los usos y costumbres de aquel tiempo, sino tambien para manifestarle cuál fué el orígen de los amores funestos y de aquellos rencores mortales, que habiendo nacido aquel dia alrededor del trono, tímidos y débiles cual lo son los rios en sus manantiales, los veremos ahora agitarse con todos los vientos, engrandecerse con todas las tempestades, y fatales atravesar la Francia, donde dejarán profundas huellas, asolando con su desencadenamiento todo un reinado.

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Odetta en la Cámara Real.

Digitized by Google

CAPITULO II.

Odette.

No hay romancero ó historiador que haya dejado de hacer su amplificacion metafísica sobre las causas mínimas y los grandes efectos; es imposible sondear las profundidades de la historia y los dobleces del corazon sin quedarse aterrado al ver cuán fácilmente el menor accidente, que en un principio pasó sin que nadie sospechase su existencia en medio de la de otros infinitos acontecimientos de poca monta que componen la vida, puede al cabo de cierto tiempo llegar á ser una catástrofe hasta para un imperio; así que, el estudio mas inte-

Digitized by Google

resente del poeta y del filósofo es el penetrar en uno de esos grandes acontecimientos que la historia nos presenta como el cráter de un volcan apagado, y siguiendo todas sus ramificaciones, subir hasta su origen. No puede negarse que aquellos cuyo genio les induce á practicar semejantes investigaciones, y que en efecto se entregan á ellas por largo tiempo y con estremada aficion, se esponen á cambiar, sin que ellos lo perciban, sus antiguas ideas por otras nuevas; y á medida que marchan guiados por la antorcha de la ciencia ó la estrella de la fé, se convierten en ateos si eran religiosos, ó por el contrario, en religiosos si eran ateos; porque en el encadenamiento de las circunstancias creen ver unos la mano inteligente de Dios, al paso que otros no reconocen mas inteligencia que la casualidad. Los unos dicen como Foscolo *fatalidad*, y los otros como Silvio Pellico *providencia*; y todos han pronunciado dos palabras que tienen sus equivalentes exactos en nuestra lengua: *resignacion y desesperacion*.

El desprecio con que han tratado nuestros historiadores estos detalles y curiosas investigaciones, es una de las cosas que han hecho tan árida y fatigante la lectura de la historia (1). Lo mas interesante de la organizacion humana son los músculos, que recibiendo de ella la fuerza y combinacion, hacen circular en las venas la sangre por todas partes.

Tal vez incurriremos, por huir de la crítica que queremos evitar, en el estremo opuesto; pero esto dependerá de la conviccion en que estamos, de que así como en la organizacion

(1) Adviértase que de ningun modo están comprendidos en estos ataques Guizot, Chateaubriand y Thiers.

Digitized by Google

material de la naturaleza, en la existencia moral del hombre, en la sucesion de los séres y en los acontecimientos de la vida, nada está fuera de su sitio, ningun escalon de la escalera de Jacob está roto, y así como cada especie tiene su lazo, así tambien cada cosa tiene su precedente.

En cuanto esté de nuestra parte, jamás dejaremos que se rompa el lazo que une los pequeños acontecimientos á las grandes catástrofes; de este modo nuestros lectores podrán recorrer, con solo seguirle, las mil enrevesadas del jardin de Dédalo. Este exordio nos ha parecido muy necesario al principio de este capítulo, pues sin él podria parecer enteramente estraño al que acabamos de escribir y sin ninguna relacion con los siguientes: es cierto que pronto saldrian de su error los que así nos juzgasen, pero cedemos á una especie de temor que nos inspira la esperiencia y que nos hace temer el ser juzgados teniendo á la vista sola una parte, sin esperar á formar juicio por el todo y conjunto de la obra. Supuesta esta esplicacion volveremos á nuestro propósito.

Si el lector no teme arriesgarse con nosotros en las calles de París, de que le hemos hablado en el capítulo precedente, tan desiertas y tan oscuras, le trasportaremos á un ángulo de la calle Coquillière y de la de Sejour: apenas habremos llegado á ella, veremos salir de una puerta secreta del palacio de Turena, que despues pasó á la familia de Orleans, un hombre bien embozado en una de esas sopalandas, cuya capucha se calaba hasta los ojos cuando el que la llevaba queria ocultar que le conocieran. Despues de haberse parado este hombre para contar las diez que estaban dando en el macizo reló del Louvre, cree sin duda que la hora no ofrece la mayor se-

Digitized by Google

guridad, y para que no le cojan desprevenido desenvaina la espada, y despues de haberla hecho formar un arco apoyando la punta en el suelo, como para asegurarse de su buen temple, echó á andar con la mayor indiferencia del mundo, satisfecho sin duda del exámen que acaba de hacer; acompañaba sus pasos haciendo saltar miles de chispas del empedrado con la punta del acero, y cantando á media voz una antigua cancion del castellano de Covhicy.

Sigámoslo por la calle de los Etuves, pero sin correr, por que se vá á parar al pié de la cruz del truoir para rezar; levantándose despues, vuelve á entonar su cancion y se dirige por la ancha calle de Saint-Honoré, y á medida que se vá acercando á la de la Ferronnerie, baja la voz; así que llega á ella, cesa de cantar enteramente y se desliza con el mayor silencio siguiendo la pared del cementerio de los Santos Inocentes hasta los dos tercios de su estension; de repente, pasando la calle con la mayor rapidez y en línea recta, se para al lado de una portezuela, donde dá tres golpes por lo bajo: segun toda la apariencia, le están esperando, porque á pesar de lo ligero que fueron los golpes, respondieron al momento, preguntando: ¿sois vos, maese Luis? Oida la respuesta afirmativa, abrieron dulcemente la puerta, que se cerró detrás del desconocido.

El personaje que hemos visto venir y oido nombrar Luis, se para, envaina la espada, y echando en el brazo de su introductora la especie de capote con mangas, se queda en un traje sencillo, pero elegante. Este traje, que era el que usaban los escuderos en las casas ilustres, se componia de toquilla de terciopelo negro y de una ropilla de la misma tela y

Digitized by Google

color, abierta desde los puños hasta los hombros para dejar ver una ancha manga de cendalo verde; un pantalon ajustado de tela, color violeta, completaba el traje; en uno de los muslos de este pantalon se veia bordado un escudo con tres flores de lis de oro y una corona ducal.

Cuando se quedó Mr. Luis desembarazado de la capa, á pesar de que no tenia espejo y estaba á oscuras, consagró un ligero instante á arreglar su traje y peinado; de manera que despues de haber estirado las aldillas de su ropilla para que no hiciera arrugas en su esbelto talle, y despues de haberse asegurado que sus hermosos y rubios cabellos caian bien tersos y cuadrados sobre sus hombros, dijo con voz llena de amabilidad:

—Buenas noches, comadre Juana; no me habeis hecho esperar, tantas gracias. ¿Qué hace vuestra linda ama?

—Os está esperando.

—Pues ya me tiene aquí. En su chirivitil, ¿no es verdad?

—Sí, señor.

—¿Su padre?

—Acostado.

—Tanto mejor.

En este momento la punta de su daga tropezó con el primer escalon de caracol que conducia á los últimos pisos de la casa, y aunque nada se veia, subió con el desembarazo y ligereza familiares al que conoce bien el terreno. Al llegar al segundo piso vió pasar un rayo de luz por la rendija de la puerta: se acercó con el mayor cuidado, y le bastó empujarla con la mano para encontrarse en medio de un cuarto, cuyos muebles parecian pertenecer á una persona de la clase media:

Digitized by Google

el desconocido habia entrado de puntillas sin ser oido. Tuvo, pues, tiempo para considerar el hermoso cuadro que se presentaba á su vista.

Al lado de una cama de columnas torneadas y colgada de damasco verde, velase una jóven arrodillada en un reclinatorio; tenia puesto un vestido blanco, cuyas largas mangas, pendientes hasta el suelo, dejaban ver desde el codo dos lindísimos brazos, que terminaban en dos mas lindísimas manos, sobre las cuales descansaba en este momento la cabeza; sus largos cabellos rubios, que caian por sus hombros siguiendo las ondulaciones de su talle, parecian cubrirla con una red de oro. Era tan sencillo, tenia un no sé qué de celestial este traje, que ciegamente se hubiera creido que la persona que lo llevaba pertenecia á otro mundo; y á no ser por los sollozos sofocados que exhalaba, no hubiera nadie creido ver en ella una hija de la tierra nacida de mujer y hecha para sufrir.

Al oir estos sollozos, hizo un movimiento el desconocido: la jóven se volvió, y al verla tan triste y pálida se quedó inmóvil.

Levantándose entonces la doncella, se dirigió lentamente hácia maese Luis, que atónito y silencioso la contemplaba; algunos pasos antes de llegar á él se puso de rodillas.

—¿Qué haceis, Odetta? le dijo: ¿qué significa esa actitud?

—Significa, señor, respondió la jóven meneando dulcemente la cabeza, que así es como debe presentarse una pobre muchacha como yo á un gran príncipe como vos.

—¿Estais soñando, Odetta?

—¡Pluguiera al cielo que estuviese soñando, monseñor, y

Digitized by Google

que al despertarme me encontrara cual yo vivia antes de veros, sin lágrimas en los ojos y sin amor en el corazon!

—Juraria que os habeis vuelto loca, ó por lo menos que os han dicho alguna solemne mentira. Vamos....

Al pronunciar estas palabras, pasó en torno del talle de la doncella su brazo y la levantó del suelo; mas ella se apartó.

—Os equivocais, Odetta; habreis visto alguno que se parece á mí, y eso es todo.

—Así quiero creerlo, y tal vez lo hubiera creido; pero otro caballero se acercó á hablaros, y reconocí al que vino anteayer con vos, que le llamais amigo, y que segun dijisteis, está tambien al servicio del duque de Turena.

—¿Pedro de Craon?

—Sí, ese es su nombre, creo.... que me lo dijeron.

Guardó un momento de silencio, y luego continuó tristemente:

—No me visteis, monseñor, porque vuestras miradas se dirigian todas á la reina; no oisteis el grito que arrojé cuando caí desmayada y creí morir, porque solo escuchábais la voz de la reina!... nada mas natural... ¡es tan hermosa! ¡Ah!... ¡ah! ¡Dios mio! ¡Dios mio!

A estas palabras el corazon de la infeliz jóven se derritió en sollozos.

—Y bien, Odetta, dijo el duque, ¿qué importa que yo sea el que fuere, si el amor que te tengo no conoce límites?

—¡Qué importa, monseñor, replicó Odetta arrancándose de sus brazos, qué importa! decis. No os comprendo.

Casi al mismo tiempo, y como fatigada de aquel esfuerzo,

Digitized by Google

dejó caer la cabeza encima del pecho, pero sin apartar los ojos del duque.

—¿Y qué hubiera sido de mí, añadió, si creyéndose mi igual, hubiese accedido á vuestras súplicas, con la esperanza de que serías mi esposo, cuando así me lo prometisteis puesto de rodillas á mis pies? Esta noche me hubiérais encontrado muerta. ¡Oh! pero muy pronto hubiera sido olvidada; ¡es tan hermosa la reina!...

—Verdad es, Odetta: cuando te dije que era un simple escudero, te engañé. Soy el duque de Turena.

Odetta lanzó un profundo suspiro.

—Pero, dime, ¿no me amas mas rico y brillante como me viste ayer, que sencillo y pobre como me ves ahora?

—Yo, monseñor, no os amo.

—¡Cómo! Tú me has dicho veinte veces...

—Yo amaría al escudero Luis, yo amaría al que es mi igual, y le amaría hasta el estremo de darle, con la sonrisa en los lábios, mi sangre y mi vida; tambien daria una y otra por servir al duque de Turena.... Empero, ¿de qué le servirían mi vida y mi sangre al noble marido de madama Valentina de Milan, al galan caballero de la reina Isabel de Baviera?

El duque iba á responder, cuando en aquel momento entró la nodriza sumamente asustada.

—¡Oh! ¡pobre hija mia! dijo dirigiéndose á Odetta; ¿qué quieren de vos?

—¿Qué decís? preguntó el duque.

—¡Oh, maese Luis! vienen á buscar á la señorita.

—¿Y de dónde?

Digitized by Google

—De la córte.

El duque fijó los ojos en Odetta, frunció las cejas, y dijo:

—¿De la córte? ¿Sabrás quién la mandó buscar? ¿Este no será un secreto? añadió mirando á Juana con desconfianza.

—Madama Valentina de Milan.

—¿Mi mujer? esclamó el duque.

—¡Su mujer! repitió Juana asustada.

—Sí, su mujer, dijo Odetta apoyando la mano en la espalda de su nodriza. Este caballero que aquí veis, es hermano del rey, está casado, y sobiéndose habrá dicho á su esposa: en la calle de la Ferronnerie, frente por frente del cementerio de los Santos Inocentes, vive una jóven que me recibe todas las noches en su casa mientras que su anciano padre.... ¡Oh, es milagroso lo que ella me ama! (Odetta se puso á reir amargamente.) Esto es lo que ha dicho, y su esposa sin duda querrá conocerme.

—¡Odetta! interrumpió con violencia el duque, ¡muera yo en este instante, si es cierto lo que dices! Cien mil libras daria gustoso con tal que no hubiera sucedido nada de todo eso. ¡Oh! os juro que descubriré quién ha revelado nuestros secretos; y ¡desgraciado del que se haya burlado de mí!

Y dió algunos pasos hácia la puerta.

—¿A dónde vais, monseñor? dijo Odetta.

—Nadie mas que yo tiene derecho para dar órdenes en el palacio de Turena; voy á mandar que se retiren al instante los que abajo se hallan.

—Sois dueño de hacer lo que os parezca, monseñor; pero estos hombres os conocerán, y dirán á madama Valentina que estais aquí, lo que quizás ignora, me acusará tras culpable

de lo que soy, y no habrá entonces misericordia para mí.

—¿Pero no ireis al palacio de Tureno?

—Es indispensable. Veré á madama Valentina, y si no tiene mas que sospechas, se lo revelaré todo, me arrodillaré luego á sus piés y me perdonará. En cuanto á vos, monseñor, os perdonará tambien, y lo conseguireis mas fácilmente que yo.

—Haced lo que querais, Odetta, dijo el duque; siempre teneis razon y sois un ángel.

Odetta se sonrió tristemente, é hizo seña á Juana para que le diese un velo.

—¿Y cómo vais á palacio?

—Esos hombres traen una litera, respondió Juana colocando el velo en los hombros de su señora.

—Cuidaré de vos.

—Dios ha cuidado ya de mí, monseñor, y espero que en lo sucesivo me hará la gracia de no abandonarme.

Saludó al duque con respeto y dignidad, y bajando la escalera:

—Señores, dijo á los que la aguardaban: estoy á vuestras órdenes; conducidme donde querais.

El duque permaneció un momento inmóvil y silencioso en el sitio en que Odetta le dejó: precipitándose luego fuera de la habitacion, bajó con rapidez la escalera, se detuvo un instante á la puerta para ver qué direccion tomaban los hombres que conducian la litera, y la vió que avanzaba entre dos hachones hácia la calle de Saint-Honoré. Sin perder momento se dirigió el duque por la de San Denis, dió la vuelta por la de Feus, y atravesando el Mercado, llegó al palacio de Tu-

na, á tiempo que pudo divisar el cortejo al estremo de la calle de Etubes: cerciorado de que se habia adelantado á él algunos minutos, entró entonces por la puerta falsa que le vimos salir, y atravesando su habitacion, se dirigió á un gabinete que comunicaba con la alcoba de madama Valentina, á través de cuyas vidrieras podia ver cuanto pasaba en aquella pieza.

Madama Valentina estaba de pié, irritada é impaciente; al mas leve ruido, dirigia sus miradas á la puerta de entrada, y sus hermosas cejas negras, que formaban un arco perfecto cuando estaba tranquilo su semblante, se contraian con violencia; por lo demás, llevaba un rico traje, que realzaba sobremanera su hermosura, y sin embargo, de vez en cuando se colocaba enfrente de un espejo, estudiaba el modo de dar á su semblante aquella espresion de afabilidad que formaba el carácter principal de su fisonomía, y luego añadia algun adorno á su peinado, porque queria humillar á la mujer que habia tenido la audácia de ser su rival, ora con la dignidad de su clase, ora con el esplendor de su hermosura.

Por fin oyó un ruido verdadero en la habitacion que precedia á la suya; se detuvo á escuchar, y llevó una mano á su frente, mientras que con la otra buscaba un punto de apoyo en el alagado respaldo de un esculpido sillon, porque su vista se ofuscaba y sus rodillas temblaban. Abrióse la puerta, y apareció un criado anunciando que la jóven que la duquesa deseaba ver, aguardaba el permiso para entrar: la duquesa hizo seña de que estaba pronta á recibirla.

Odetta habia dejado su velo en la antesala, y se presentó con aquel sencillo adorno que la hemos visto ya; tan solo habia hecho una trenza de sus largos cabellos, y como no habia

Digitized by Google

encontrado en la litera con qué sujetarla, se desprendia de su cabeza y bajaba hasta sus rodillas. Se detuvo á la puerta, que se cerró detrás de ella.

Inmóvil y muda se quedó la duquesa delante de aquella pura y blanca aparicion, admirándose al encontrar tan modesta y tan honrada á aquella jóven, de la que sin duda habia formado otra idea muy diferente. Conoció, en fin, que debia ser la primera que hablase, porque era la única que en aquella escena estaba confusa.

—Acercaos, le dijo con voz conmovida.

Odetta se adelantó con los ojos bajos, pero apacible la frente, y cuando llegó á tres pasos de la duquesa, puso una rodilla en tierra.

—¿Sois vos, continuó madama Valentina, la que quereis arrebatarme el amor de monseñor, y que creeis despues de esto que con arrodillaros habeis hecho ya lo suficiente para que os perdone?

Odetta se levantó con viveza, y un rubor ardiente coloreó sus mejillas.

—Me he arrodillado, señora, dijo, no para que me perdoneis, porque gracias al cielo, nunca os ofendí; me he arrodillado, porque sois una princesa, y yo una jóven del pueblo. Pero ahora que he tributado este homenaje á vuestra elevada clase, os hablaré de pié; puede preguntarme V. A., que estoy pronta á contestar.

Madama Valentina no aguardaba aquella tranquilidad; conoció que el candor era lo único que podia sostenerla, ó el descaro lo único que podia imitarla. Vió aquellos hermosos ojos azules tan interesantes y tan trasparentes, que parecian

Digitized by Google

estar colocados para que por ellos se viese el fondo del corazon, y conoció que aquel corazon debia ser puro como el de la Vírgen. La duquesa de Turena tenia muy buen alma; así que desapareció el primer momento de celos que la habia obligado á obrar y á hablar, alargó la mano á Odetta y le dijo con una amabilidad de voz indefinible:

—Acercaos.

Este cambio en el tono y en las maneras de la duquesa, causó una súbita revolucion en la pobre muchacha. Iba prevenida contra la cólera y no contra la indulgencia. Se apoderó de una mano de la duquesa y selló en ella sus lábios.

—¡Oh! dijo sollozando, ¡oh! os juro que no tengo la culpa. Fué á casa de mi padre como simple escudero del duque de Turena, y con el pretesto de comprar unos caballos para su amo. ¡Le ví, le ví! ¡es tan hermoso! Le miré sin desconfianza: le creia mi igual. Se acercó á mí y me habló; nunca habia oido una voz tan agradable, sino en mis sueños infantiles, en aquella época en que los ángeles bajaban á custodiar mi lecho. Ignoraba que estuviera casado, que fuese duque, que fuese príncipe. Si hubiese sabido que era vuestro esposo, señora, si os hubiese conocido tan bella y tan poderosa como sois, hubiera adivinado al instante que se burlaba de mí. En fin... él no me ha amado, y... y yo ya no le amo.

—¡Pobre muchacha! dijo Valentina mirándola; ¡pobre muchacha, que cree que la amaron una vez y que la olvidan!

—No he dicho que le olvidaria, respondió tristemente Odetta, he dicho que dejaria de amarle; porque solo es permitido amar á su igual, porque solo es permitido amar al hombre que nos puede dar el título de esposa. ¡Oh! ayer, ayer, cuando

Digitized by Google

le vi vestido de oro en aquel magnífico cortejo, cuando reconocí á Luis, que creia mio, en Luis, duque de Turena, ¡oh! os lo juro, creí que me habian maldecido y que me engañaban mis ojos. Habló, y por escucharle no respiraba mi vida. Era su voz, y hablaba á la reina. ¡Oh! la reina!

Odetta se puso á temblar convulsivamente, y la palidez se asomó en el semblante de la duquesa.

—Pues qué, ¿no aborreceis á la reina? añadió Odetta con una espresion de dolor que no puede describirse.

Madama Valentina puso vivamente su blanca mano en la boca de la hermosa jóven.

—¡Silencio, muchacha! le dijo, Isabel es nuestra soberana. Dios nos la ha dado por señora, y debemos amarla.

—Así me contestó mi padre, añadió Odetta, cuando entré moribunda y le dije que no amaba á la reina.

La duquesa clavó los ojos en Odetta, espresando suma complacencia y mas bondad. En aquel momento levantó los suyos la jóven. Las miradas de las dos mujeres se encontraron: la duquesa abrió los brazos, y Odetta se precipitó á sus piés y besó sus rodillas.

—Ya nada tengo que deciros, respondió madama Valentina... prometedme tan solo que no volvereis á verle.

—Por mi desgracia, no puedo prometéroslo, señora, porque el duque es rico y poderoso. Si él puede entrar en París, puede penetrar hasta mí; si me alejo, puede seguirme; así no me es dado prometéros que no volveré á verle, pero puedo juraros que moriré, si vuelvo á verle y vos le exigis.

—Sois un ángel, dijo la duquesa, y espero ser feliz en este mundo, si me prometeis rogar á Dios por mí.

Digitized by Google

—¡Rogad á Dios por vos, señora! No sois una de aquellas princesas afortunadas que tienen una hada por madrina; sois jóven, bella, poderosa, y os es permido amarle.

—En ese caso rogad á Dios para que me ame.

—Procuraré hacerlo, dijo Odetta.

La duquesa tomó un silbato de plata que estaba encima de una mesa, y silbó.

El mismo criado que anunció á Odetta abrió la puerta.

—Acompañad á esta jóven á su casa, dijo la duquesa, y cuidad de que no le suceda ningun contratiempo. Odetta, añadió, si alguna vez necesitais ayuda, proteccion ó socorro, acordaos de mí y venid á buscarme.

Y le dió la mano como á una hermana.

—Poco necesitaré en lo sucesivo, señora; pero estád bien persuadida de que no será preciso que os necesite para que me acuerde de vos.

E inclinándose delante de la duquesa, salió.

Luego que se quedó sola Valentina, se sentó y cayó en una profunda meditacion. Algunos minutos hacia que estaba toda entregada á sus pensamientos, cuando se abrió con mucho tiento la puerta del gabinete. El duque entró sin ser oido, y acercándose á su mujer de modo que no le viese, fué á apoyarse en el respaldo del sillon en que estaba sentada. Al cabo de un instante, viendo que no notaba su presencia, se quitó un collar de magníficas perlas, y suspendiéndole encima de la cabeza de la duquesa, le dejó caer sobre su espalda. Valentina dió un grito, y levantando la cabeza reparó en el duque.

La mirada que le dirigió fué rápida y profunda; pero el duque estaba preparado para aquella investigacion, y la sos-

Digitized by Google

tuvo con la tranquila sonrisa de un hombre que ignoraba cuanto acababa de suceder. Hizo mas; cuando la duquesa bajó la frente, le pasó la mano al cuello, y levantándola la cabeza se la inclinó suavemente hácia atrás, obligándola á que le mirase otra vez.

—¿Qué quereis de mí, monseñor? dijo Valentina.

—Verdaderamente es una vergüenza para Oriente, dijo el duque tomando entre sus dedos la cadena que acababa de dar á su mujer, y separándole los lábios con las perlas: el rey de Ungría, Segismundo de Luxemburgo, me ha enviado este collar como si fuera una maravilla; cree hacerme un regalo de emperador, como si no tuviera yo perlas mas blancas y mas preciosas que las suyas.

Valentina suspiró, y el duque fingió que no lo habia notado.

—¿Sabeis, continuó el duque, que no he visto nada que se os pueda comparar, y qué soy feliz con poseer un tesoro tan grande de hermosura? Hace algunos dias que mi tio el de Berry me ponderó sobremanera los ojos de la reina, que nunca me habian llamado la atencion, y ayer me aproveché del puesto que ocupaba á su lado para examinarlos á mi placer.

—¿A qué viene eso? dijo Valentina.

—Me esplicaré. Recuerdo haber visto dos, no sé dónde, que podrian sostener ventajosamente la comparacion con los suyos. Miradme, ah! sí: los ví en Milan, en el palacio del duque de Galéas; brillaban bajo las dos cejas negras mas hermosas que el mejor pincel pudiera trazar en la cara de una italiana; pertenecian á una tal Valentina, que casó luego no

se con que duque de Turena: lo que sí es preciso confesar, que el esposo no merecia tanta dicha.

—¿Y creeis que haya apreciado esa dicha en su justo valor? dijo Valentina dirigiéndole una triste mirada llena de amor.

El duque cogió la mano de Valentina, que esta trató de retirar, la sujetó entre las suyas y la colocó sobre su corazon, y sacando una preciosa sortija de su dedo, la pasó al de su esposa.

—¿Qué significa esta sortija? dijo Valentina.

—Es una alhaja que os pertenece de derecho, porque me la habeis hecho ganar. Preciso es que os cuente cómo.

El duque dejó el puesto que ocupaba detrás del asiento de su esposa, se sentó en un taburete á sus piés y apoyó los codos en el brazo del sillon.

—Sí, me la habeis hecho ganar, repitió, y al señor de Coucy.

—¿Y cómo ha sido?

—Lo sabreis, y os aconsejo que le guardeis rencor, porque pretendia haber visto dos manos, cuando ménos tan hermosas como las vuestras.

—Y dónde las habia visto?

—Al ir á comprar un palafren, en la calle de la Ferronerie.

—¿Y á quién?

—A la hija de un chalan. Ya conocereis que yo negué la posibilidad de semejante tontería: él por obstinacion sostuvo lo que me habia dicho, y me apostó esa sortija contra este collar de perlas á que era cierto. (Valentina miraba al duque

Digitized by Google

como para leer en el fondo de su alma.) Entonces me disfracé de escudero con objeto de ver aquella maravilla, y fuí á casa del anciano de Champs-Divers á comprar á un precio bárbaro los dos caballos peores que jamás ha montado caballero que ciñe corona de duque, en castigo de sus culpas, y ví á la diosa de los blancos brazos, como la hubiera llamado el divino Homero. Preciso es confesar que Coucy no exageraba, como al principio creí, siendo maravilloso que una flor tan hermosa haya brotado en tan inmundo jardin. Sin embargo, no me dí por vencido, y como valiente caballero sostuve el honor de la dama de mis pensamientos. Coucy se mantuvo en lo dicho, y ya íbamos á pedir al rey que autorizase una justa para decidir el asunto, cuando convenimos en que nos sujetaríamos á la decision de Pedro de Craon, juez del campo, muy esperto en semejantes materias. Hace... hace... tres dias, sí, tres dias que fuimos á casa de la hermosa jóven. ¡Oh! Craon es un escelente juez; en el dedo teneis la prueba. ¿Qué os parece esta historia?

—Ya lo sabia, monseñor, dijo Valentina mirándole; como quien duda de lo que oye.

—¿Pues quién os lo ha revelado? Coucy es demasiado galan para haceros semejante confianza.

—Nada me ha dicho.

—¿Pues quién ha sido? preguntó Luis afectando la mayor indiferencia.

—Vuestro juez del campo.

—¿Pedro de Craon? ¡Ah!...

Las cejas del duque se juntaron, y sus dientes rechinaron con violencia; pero al instante recobró su aire risueño.

Digitized by Google

—Comprendo, continuó. Pedro sabe que le considero como compañero y que posee mi confianza, y habrá querido merecer igualmente la vuestra. ¡Divino! ¿Pero no os parece que es demasiado tarde para hablar de cosas indiferentes? Acordaos que el rey nos aguarda mañana á comer, que habrá justa cuando nos levantemos de la mesa, y que yo sostendré con la punta de mi lanza que sois la mas hermosa, y que allí no tendré por árbitro á Pedro de Craon.

Y dirigiéndose á la puerta, pasó en sus anillos la barra de madera cubierta de terciopelo delicado, destinada á cerrarla por dentro: Valentina le siguió con los ojos. Cuando volvió á acercarse á ella se levantó, y echándole los brazos al cuello:

—¡Oh, monseñor! le dijo: ¡muy culpable sois si me engañais!

Digitized by Google

—Comprendo, continuó Pedro sabe que le consideran como compañero y que posee mi confianza, y habrá querido precaverme oportunamente la vuestra. ¡Javier! ¡Pero es posible que se desmande tanto para hablar de cosas tan serias? Acordaos que el rey nos ayuda mientras á creer, que brilla nuestra fortuna de la misma, y que yo soy quien la guía por un camino de la gloria que á fin nos conduzca, y que allí no tenga de un lazo que á fin nos ahorque.

Y dirigiéndose á la puerta, pasó en sus ojos la otra de mudera valiente de terciopelo delicado. Asintió á verla por dentro: Valentina le siguió con los ojos. Cuando volvió á acercarse á ella se bordó, y colocando los brazos al cuello:

—¡Ah, perdonad! le dijo: pero cuando sois así no os ama-

Digitized by Google

CAPITULO III.

El torneo.

Al dia siguiente el duque de Turena se levantó muy temprano y fué á palacio, donde encontró al rey, que se estaba preparando para oir misa. Cárlos, que le queria en estremo, le salió al encuentro sonriéndose, pero advirtió que el duque estaba bastante triste, dióle la mano y clavando en él sus ojos:

—Hermano, le dijo, alguna pena os aflige; estais muy turbado.

—Es cierto, monseñor, contestó el duque.

—Vamos, confiádmelo, dijo el rey agarrándose de su brazo y conduciéndole á una ventana; quiero saber lo que os pasa, y si alguien os agravió, corre por mi cuenta haceros justicia.

Contóle entonces el duque la escena que habia ocurrido la noche anterior, y que ya conocen nuestros lectores. Díjole que Pedro de Craon habia vendido su confianza contando sus secretos á madama Valentina, con muy dañada intencion; y luego que vió que el rey tomaba parte en su resentimiento, añadió:

—Monseñor, por el respeto que os debo, os juro que si no me haceis justicia, llamaré traidor y embustero á ese hombre cuando se halle hoy reunida toda la córte; y os juro tambien que morirá á mis manos.

—Nada hareis, dijo el rey, porque os lo suplico, ¿no es verdad? Pero yo mandaré que se le diga, á mas tardar esta noche, que desocupe mi palacio y que me son inútiles sus servicios. De todos modos, no es esta la primera queja que de él ha llegado á mis oidos; y si no he parado en ello la atencion, á vos debe agradecerlo, porque era vuestro amigo inseparable. A mi hermano el duque de Anjou, rey de Nápoles, de Sicilia y de Jerusalen, donde está el Calvario (Cárlos se santiguó), le ha malversado sumas considerables. Por otra parte es primo del duque de Bretaña y que no respeta mi voluntad, como todos los dias me lo prueba, pues nada ha cumplido aun de la reparacion que le exigí con respecto á mi buen condestable. Me acuerdo tambien que ese mal duque se obstinó en no reconocer la autoridad del Papa de Aviñon, que es el verda-

Digitized by Google

dero, y que sigue, á pesar de haber yo mandado lo contrario, acuñando moneda de oro, siendo así que á un vasallo tan solo le es permitido acuñar la de cobre. Sé además, continuó el rey animándose por momentos, y lo sé por buen conducto, que sus ministros de justicia no reconocen la jurisdiccion del Parlamento de París, cuando esto es un crímen de alta traicion, pues recibe el juramento absoluto de sus vasallos, atentando de este modo á mi eminente dominio. Todas estas cosas reunidas á otras muchas, me ponen en la precision de que todos los parientes y amigos de ese duque no puedan serlo mios, y es muy oportuna la queja que teneis de Pedro Craon, contra quien empezaba yo á sospechar. No hablemos mas por hoy de este particular; manifestadle, sí, esta noche vuestra voluntad, que yo tambien le manifestaré la mia. En cuanto al duque de Bretaña, es cuestion de soberano á vasallo; y si el rey Ricardo me concede la tregua de tres años que le he pedido, aunque le apoye mi tio de Borgoña, con cuya sobrina está casado, veremos quién de los dos es el rey de Francia.

El duque dió gracias al rey por la mucha parte que habia tomado en su injuria; y ya iba á retirarse, cuando la campana de la real capilla tocó á misa, y el rey le convidó á que asistiese á ella, con tanta mas razon, cuanto que debia decirla el arzobispo de Ruen, Guillermo de Viena, y oirla la reina.

Concluida que fué, el rey Cárlos, la reina Isabel y el duque de Turena entraron en el salon del festin, donde encontraron reunidos y aguardándolos á todos los caballeros y demás que su clase, su dignidad, ó el gusto del rey ó de la reina, habian convidado al banquete.

Servíase la comida en la gran mesa de mármol, y en una

de las columnas del salon estaba apoyado el aparador del rey, ricamente cubierto y adornado con bajillas de oro y plata, alrededor de la mesa habia una barrera guardada por ugieres y maceros, á fin de que solo llegasen á ella los que debian servirla, quienes á duras penas podian hacerlo, á pesar de tantas precauciones, porque era innumerable el gentío que presenciaba aquel espectáculo.

Luego que el rey, los prelados y las damas se hubieron lavado las manos en ricas palancanas de plata, que los criados de palacio les presentaron puestos de rodillas, el obispo de Noyon, que presidia la mesa, tomó asiento, y trás él lo verificaron el obispo de Langres, el arzobispo de Ruen y el rey. Su vestido era de terciopelo carmesí forrado de armiños, y ceñia sus sienes la corona de Francia; á su lado se sentó madama Isabel, á la que tambien adornaba una corona de oro; á la derecha de la reina estaba el rey de Armenia, y seguian á este en el órden siguiente, la duquesa de Berry, la de Borgoña y la de Turena, y las señoras de Nevers, Bonne de Bar, de Coucy, de Harcourt y de Sully, esposa de Guy de La Trimouille.

Ademas de esta mesa habia otras dos, cuyos honores hacian los duques de Turena y de Borbon, de Borgoña y de Berry, y alrededor de ellas estaban sentadas mas de quinientas personas entre caballeros y damas.

Esta clase de espectáculos, que en aquella época dividia en dos la comida, estaban en boga y eran muy apreciados. Luego que se acabó el primer servicio, los convidados se levantaron y fueron á posesionarse, quien de las ventanas, quien de las gradas, quien de las mesas que para el efecto se

Digitized by Google

habian colocado alrededor del patio; en fin, cada cual donde pudo. Era tanto el gentío, que el balcon donde estaban el rey y la reina se llenó tambien de damas y caballeros.

En medio del patio de palacio, un sinnúmero de trabajadores habian levantado en menos de dos meses un castillo de madera de cuarenta piés de alto y sesenta de largo: en cada uno de sus ángulos habia una torre, y otra en el centro, mucho mas alta que las demás. Aquella fortaleza representaba la inespugnable y gran ciudad de Troya, y la torre alta el palacio de Ilion; alrededor de las murallas se veian grabadas en ricos estandartes las armas del rey Priamo, del valiente Héctor, su hijo, y de los reyes y príncipes que con ellos se encerraron en Troya. Habia sido colocado aquel edificio encima de cuatro ruedas, por medio de las cuales algunos hombres que estaban dentro le movian cuando y como convenia para defenderle. Muy pronto se puso á prueba su destreza, porque avanzaron por dos costados para asaltarle al mismo tiempo, y auxiliándose recíprocamente una tienda y una nave: la primera representaba el campo y la segunda la escuadra de los griegos: las dos estaban empavesadas con las armas de los caballeros mas valientes que siguieron al rey Agamemnon, desde el ligero Aquiles hasta el prudente Ulises. Bien se contarian hasta doscientos hombres, tanto en la tienda como en la nave, y en una puerta de las caballerizas reales asomaba la cabeza el caballo de madera, que tranquilamente aguardaba el momento de entrar en escena. Pero con gran sentimiento de los concurrentes, no pudo llegar la fiesta á aquella interesante situacion, porque en el momento en que los griegos de la nave y de la tienda, teniendo á su cabeza á Aquiles, ataca-

Digitized by Google

ban con el mayor valor á los troyanos del castillo, maravillosamente defendido por Hector, sonó un estrepitoso estallido, seguido de movimientos y murmullos espantosos: motivó aquella novedad un tablado que se hundió delante de la puerta del Parlamento, arrastrando en su caida á cuantos sostenia.

Entonces, y como sucede siempre en semejantes ocasiones, temiendo cada cual por sí igual incidente, se puso á gritar lo mismo que si este incidente hubiera llegado ya; aquella multitud se apretó, se empujó, se confundió, porque todos quisieron bajar á la vez, y se precipitaron en las gradas, que se rompieron: aunque la reina y las damas nada tenian que temer, el miedo se apoderó tambien de ellas de un modo pánico; y bien fuese terror infundado por un peligro que no corrian, bien fuese á fin de no presenciar la escena de confusion que á su vista pasaba, se retiraron para entrar en el salon del banquete: pero detrás de ellas se habian estacionado y amontonado un sinnúmero de criados, de escuderos y de pajes, y detrás de estos estaba el pueblo, que se aprovechó del apresuramiento con que los ugieres y maceros se dirigieron á las ventanas para invadir la habitacion, de modo que madama Isabel no pudo romper aquella muralla de carne y cayó desmayada en los brazos del duque de Turena, que se hallaba á su lado. El rey mandó que se suspendiesen los juegos: levantáronse las mesas, en las que se habia dispuesto ya el segundo servicio, y quitóse la barrera que los rodeaba; de modo que en el espacio que quedó vacío pudieron espaciarse libremente los convidados.

Felizmente no ocurrió ningun accidente desagradable: solo madama de Couey recibió una leve contusion, y madama Isa-

Digitized by Google

del seguia desmayada: llevaronla á una ventana aislada, y la derribaron para que cuanto antes le diera el aire, á favor del cual se recobró al instante. Pero era tal el terror que se habia apoderado de ella, que quiso marchar al momento: en cuanto á los espectadores del patio, algunos murieron, y muchos salieron mas ó menos gravemente heridos.

En consecuencia, la reina subió á su litera, y acompañada de damas y caballeros, que formaban á su alrededor un cortejo de mas de mil caballos, llegó al palacio de Saint-Paul. El rey se embarcó en un esquife, y subió el Sena con los caballeros que iban á tomar parte en la justa que él debia dirigir.

Cuando llegó á su palacio, encontró un hermoso regalo que le presentaban cuarenta menestrales en nombre de todos los de París: iba colocado en una litera, cubierta con un crespon de seda, á través del cual se traslucian las joyas de que se componia, y consistian en cuatro vasijas, cuatro tazas y seis platos, todo de oro macizo y del peso de cincuenta marcos.

Cuando se presentó el rey, los portadores de la litera, que estaban vestidos de indios, la colocaron delante de su real persona en medio de la cámara, y uno de los menestrales que la acompañaban, doblando una rodilla, le dijo:

—Muy querido señor y noble rey: vuestros menestrales de París os presentan, con motivo del fausto advenimiento á vuestro reino, todas las joyas que se hallan en esta litera, y otras semejantes se ofrecen en este momento á la reina y á la duquesa de Turena.

—Gracias, respondió el rey; este regalo es hermoso y rico, y nunca nos olvidaremos de los que nos le hacen.

Digitized by Google

En efecto, dos literas iguales aguardaban á la reina y á la duquesa de Turena en sus habitaciones respectivas; llevaban la de la reina dos hombres disfrazados, el uno de oso y el otro de unicornio, y contenia un aguamanil, dos frascos, dos saleros, dos vasijas, seis tazas de oro puro y macizo, doce lámparas, veinticuatro copas, seis platos y dos fuentes de plata; todo pesaba trescientos marcos.

Los que conducian la litera destinada á la duquesa de Turena, iban vestidos de moro, se habian teñido la cara de negro, llevaban turbantes blancos, como si fueran sarracenos ó tártaros, y cubrianles ricas telas de seda. Las alhajas de oro consistian en una vasija, una fuente, dos cajas, dos platos y dos saleros; y las de plata, en seis copas, seis platos, veinticuatro tazas y veinticuatro saleros; y todo, tanto en oro como en plata, pesaba doscientos marcos. El valor general ascendia, segun Froissar, á mas de 60,000 coronas de oro.

Los menestrales, al ofrecer estos regalos á la reina esperaban por este medio obtener su proteccion y que se le disminuyesen los impuestos; pero sucedió todo lo contrario, porque se aumentó la gabela y se prohibió la moneda de plata de doce y de cuatro dineros que circulaba desde el reinado de Cárlos V; y como esta moneda era la del pueblo bajo y la de los mendigos, se vieron estos privados de los renglones de primera necesidad.

Por lo demás, aquellos regalos complacieron estremadamente á la reina y á madama Valentina, quienes dieron las gracias á los que se los habian llevado, y se dirigieron en seguida al campo de Santa Catalina, en el que estaba prepara-

Digitized by Google

da una liza para los caballeros y establecidos tablados para las señoras.

De los treinta caballeros que debian combatir en aquel dia, y á quienes se denominaba los caballeros del sol dorado, porque en sus broqueles llevaban esta insignia, veintinueve aguardaban ya en la liza armados de punta en blanco. El único que faltaba se presentó, y rindiéronse todas las lanzas para recibirle: era el rey.

Un murmullo prolongado anunció casi al mismo tiempo la llegada de la reina: sentóse en la galería que estaba preparada para ella, teniendo á su derecha á la duquesa de Turena y á su izquierda á madama de Nevers. Detrás de las dos princesas estaban de pié el duque Luis y el duque Juan dirigiéndose de vez en cuando una que otra palabra, con aquella fria política, tan familiar en aquellos cuya posicion obliga á disimular sus pensamientos. Cuando se hubo sentado la reina, las demás damas, que solo aguardaban aquel momento, se precipitaron al cerco que les estaba reservado.

Los caballeros que debian justar se colocaron uno tras de otro, teniendo al rey á su cabeza; seguíanle los duques de Berry, de Borgoña y de Berbon, y á estos los veintiseis sostenedores restantes, marchando segun su clase y dignidad. Todos al pasar por delante de la reina inclinaron su lanza hasta el suelo, y la reina saludó tantas veces cuantos eran los caballeros.

Cuando se terminó esta evolucion, los sostenedores se dividieron en dos bandos. El rey tomó el mando del uno y el condestable el del otro. Cárlos condujo los suyos al pié del balcon de la reina, y Clisson se retiró al estremo opuesto.

Digitized by Google

—Monseñor de Turena, dijo entonces el duque de Nevers, ¿no se os ha ocurrido confundiros con esos nobles caballeros y romper una lanza en honor de madama Valentina?

—Primo, respondió con sequedad el duque, el rey mi hermano me ha permitido que sea el único sostenedor de la jornada de mañana; no es en una refriega, es en una justa; no es uno contra uno, sino solo contra todos, como quiero yo sostener la hermosura de mi dama y el honor de mi nombre.

—Y debiérais añadir, monseñor, que una y otro podian ser sostenidos con armas que no fuesen juguetes de niños, como suelen emplearse en semejantes juegos.

—Estoy pronto á sostenerlos con aquellas de que se valgan para atacarlos. En la puerta de mi tienda habrá dos escudos, uno de paz y otro de guerra: los que toquen el escudo de paz me honrarán; los que toquen el escudo de guerra me complacerán.

El duque de Nevers se inclinó como un hombre que, habiendo sabido cuanto queria saber, desea que la conversacion no pase mas adelante.

Por lo que hace al duque de Turena, no comprendió al parecer el objeto de aquellas preguntas, y distraido se puso á jugar con el puño de su espada.

En aquel momento sonaron los clarines; y los caballeros, á esta llamada que les anunciaba que la refriega iba á empezar, se ataron al cuello los escudos, se afirmaron en sus arzones y enristraron sus lanzas, de modo que cuando se perdió en el aire la última nota del clarin, se oyó la voz de los jueces del campo, que gritaban al mismo tiempo y desde los dos lados de la liza: «Partid.»

Digitized by Google

Apenas se pronunciaron estas palabras, cuando desapareció el sol debajo de las olas de polvo, á través de las cuales era imposible seguir á los combatientes. Casi al mismo tiempo se oyó el ruido que hicieron los dos bandos al chocarse: la liza apareció entonces á las miradas como un mar agitado en el que ruedan olas de oro y de acero. De cuando en cuando se veia en la cima de una de ellas algun noble penacho blanco que parecia un copo de espuma; pero casi todas las hazañas de aquel primer choque se perdieron, y solo se conoció á qué lado se habia inclinado la ventaja cuando los clarines tocaron la tregua y cuando los dos bandos se retiraron á sus respectivos campos.

Ocho caballeros montados y armados quedaban todavía alrededor del rey, y eran el duque de Borgoña, messire Guillermo de Namur, messire de La Tremouille, messire Juan de Harpenne, el baron de Iverg, messire Regnault de Roye, messire Felipe de Bar y messire Pedro de Craon.

Bien se le ocurrió al rey mandar que este último no tomase parte en la justa, á causa de la cólera que contra él mismo escitara; pero reflexionó que su retirada desorganizaria la refriega, para lo que era de toda necesidad el número par.

Seis tan solo acompañaban al condestable y eran el duque de Berry, messire Juan de Barbanzon, el señor de Beaumanoir, messire Jeoffrey de Chary, messire Juan de Vienne y messire de Gouey. Los demás habian sido derribados y no tenian derecho para volver á montar á caballo, ó habian tocado la barrera retrocediendo delante de sus contrarios, y por este hecho estaban considerados como vencidos: el honor del primer

Digitized by Google

encuentro fué para el rey, porque habia conservado mas caballeros.

Los pajes y los escuderos, aprovechándose de aquel momento de descanso, regaron la liza á fin de que desapareciese el polvo: las damas aprovecharon estraordinariamente aquella determinacion, y los caballeros, seguros de que sus proezas serian en lo sucesivo vistas y aplaudidas, redoblaron su valor: cada cual llamó á su paje ó á su escudero, le mandó arreglar su armadura, apretar las cinchas á su caballo, sujetar con mas fuerza su escudo, y se preparó para el nuevo combate.

No se hizo desear por mucho tiempo la señal: segunda vez sonaron los clarines, enristráronse las lanzas, y á la voz «partid,» los dos bandos, disminuidos en mas de la mitad, cayeron uno sobre otro.

El rey eligió por antagonista á messire Oliverio de Clisson, y aquellos dos personajes llamaron la atencion general. A medio camino de la liza se encontraron: el rey alcanzó á su adversario en medio del escudo, y fué tan fuerte el bote, que la lanza se rompió: el veterano se mantuvo firme en los estribos, solo flaqueó su caballo del cuarto trasero; pero al primer espolazo se levantó noblemente. El condestable enristró su lanza como para amenazar al rey, y cuando estuvo cerca de su sagrada persona la rindió, indicando de este modo que se honraba en justar con el soberano, pero que le respetaba demasiado para herirle, aunque solo fuese en un juego.

—Clisson, Clisson, le dijo Cárlos riéndose, si no haceis mejor uso de vuestra espada de condestable que de vuestra lanza de caballero, por mi honor que os quitaré la hoja y tan solo os dejaré la vaina; y os aconsejo tambien que vengais en lo

Digitized by Google

sucesivo á las justas con una caña, pues os hará el mismo servicio que vuestra lanza, si contais serviros siempre de ella como en esta ocasion.

—Monseñor, respondió Clisson, con una caña haria frente á los enemigos de V. A., y con el auxilio de Dios triunfaria de ellos; porque el amor y el respeto que os tengo me infundirian tanto valor para defenderos, como miedo me han infundido para atacaros. Por lo que toca al uso que pienso hacer de mi lanza con cualquier otro que no seais vos, podreis conocerlo ahora mismo. Mirad, monseñor.

En efecto, messire Guillermo de Namur, despues de haber derribado de la silla á Jeoffroy de Chary, buscaba con la vista contra quién ir á combatir, pero todos estaban ocupados; y aunque habria podido socorrer á los de su partido que mas apurados estuviesen, despreció aquella desigualdad. En el mismo momento oyó la voz del condestable que gritaba:

—A mí, si os place, messire de Namur.

Guillermo inclinó la cabeza en prueba de que aceptaba el desafío, se afirmó en los estribos, enristró la lanza y corrió contra messire Oliverio, quien sacó su caballo á galope para ahorrar á su adversario la mitad del camino: se encontraron.

Namur habia dirigido la punta de su lanza al casco de Clisson, y el golpe estaba tan bien calculado, que se lo arrancó de la cabeza. Al mismo tiempo la lanza de Oliverio hirió á su adversario en medio del escudo. Namur era demasiado buen ginete para perder los estribos; pero la violencia del golpe fué tal, que rompió las cinchas, y ginete y silla rodaron á diez pasos del caballo. Un aplauso general resonó y las damas

Digitized by Google

agitaban en el aire sus pañuelos. Era el mejor bote de lanza que se había dado.

Clisson no tuvo tiempo de pedir otro casco, porque vió que sus compañeros se hallaban en grande apuro. Se precipitó con la cabeza descubierta en medio de la refriega, rompió su lanza, cansada ya de tres encuentros, en el casco de Harpedonne, y desenvainando su espada le acosó tan vivamente antes de que se recobrase, que le obligó á tocar en barrera. Volvió al campo de batalla: solo dos caballeros sostenian el combate: eran Craon y Beaumanoir. El rey había permanecido mero espectador de la justa y no había tomado parte en ella desde que corriera contra Clisson. El condestable imitó su ejemplo, y aguardó el resultado del combate de su último caballero contra su último antagonista. La ventaja estaba de parte de Beaumanoir cuando su espada se rompió en el broquel de Pedro de Craon. Como solo era permitido servirse de la lanza y de la espada, y Beaumanoir había roto estas dos armas, no pudo, muy á su pesar, continuar el combate, é hizo seña con la mano que se declaraba vencido. Pedro de Craon se volvió, creyendo ser el único sostenedor del campo, cuando divisó á distancia de unos diez pasos á Clisson que le miraba sonriéndose. El honor de la jornada iba á decidirse entre los dos.

Pedro de Craon se sonrojó, porque aunque era buen ginete y muy diestro en el manejo de toda clase de armas, conocia al hombre de hierro contra el cual iba á luchar; sin embargo, no vaciló un momento, y soltando las riendas á su caballo, se apoyó contra su grupa, tomó su espada con las dos manos y corrió contra el condestable. En la carrera se vió dar dos rápidas vueltas á aquella flamígera espada, y luego se dejó

Digitized by Google

caer produciendo un ruido igual al de un martillo que hiere un yunque sobre el escudo, á favor del cual libraba Clisson su cabeza descubierta. Si aquella espada hubiese estado afilada, el escudo de Clisson no hubiera podido resistir tan fuerte golpe; pero como se combatia con armas sin punta y sin filo, le causó al condestable el mismo efecto que el de una varita de sauce agitada por la débil mano de un niño. El veterano se dirigió hácia Pedro de Craon, que le aguardaba ya puesto en guardia. Esta vez era el condestable el que atacaba y Pedro el que se defendia. El ataque fué sencillo: Oliverio apartó con su espada la del enemigo, y agarrando luego su arma con las dos manos y como si se desdeñase de servirse de la hoja, asentó con el puño un golpe tan violento en el casco de Craon, que se lo abolló como hubiera podido hacerlo con una maza de armas. El ginete tendió el brazo y cayó desmayado sin pronunciar una sola palabra. Avanzando entonces el condestable hácia el rey, se apeó de su caballo, y tomando su espada por la punta se la presentó, declarando de este modo que se daba por vencido y que cedia á su alteza el honor de la jornada; pero el rey, que vió que aquella accion era mera cortesía, se apeó tambien, abrazó á Clisson y le condujo en medio de los aplausos de las damas y caballeros al pié del balcon de la reina, donde fué felicitado por madama Isabel y por el duque de Turena, que habian visto con placer la desgracia de Craon, y por el duque de Nevers, que aunque poco amigo del condestable, era demasiado buen justador para no admirar las grandes hazañas que habia hecho.

En aquel mismo momento una cabalgada se detuvo enfrente de la puerta de la iglesia de Santa Catalina: el gefe se

Digitized by Google

apeó del caballo, y entró en la liza con botas y cubierto de polvo; dirigióse al rey, y doblando una rodilla le presentó una carta sellada con las armas del rey de Inglaterra. Cárlos la abrió; contenia la tregua concedida por el rey Ricardo y sus tios, cuya tregua debia durar tres años por tierra y por mar, á saber: desde el 1.° de agosto de 1389, hasta el 19 del mismo mes de 1392. El rey la leyó en alta voz, y aquella noticia que todos aguardaban con impaciencia y que llegó en tan oportuna ocasion, parecia un nuevo presagio de la felicidad que se esperaba de un reinado que empezaba con tan buenos auspicios. El señor de Cheateaumorand, que era portador de aquel mensaje, fué muy cumplimentado de la córte; y el rey, para manifestarle su aprecio y su agradecimiento, le convidó á comer á su mesa, y se le llevó, sin permitirle que fuese á mudarse de traje.

La noche de aquel mismo dia el señor de La Hiviere y messire Juan Lemercier de parte del rey, messire Juan de Bessil y el Senescal de Turena de parte del duque, se presentaron en el palacio de Pedro de Craon, que estaba situado cerca del cementerio de San Juan, y le manifestaron, en nombre del rey y del duque, que les eran inútiles sus servicios.

La noche siguiente, aunque padecia mucho de resultas del golpe que habia recibido, salió Pedro de Craon de Paris y tomó el camino de Anjou, donde poseia un fuerte castillo denominado Sablé.

Digitized by Google

CAPITULO IV.

El reto.

Al amanecer del dia siguiente, cuatro heraldos con la librea del duque de Turena recorrian las calles de Paris precedidos de clarines, se paraban en todas las encrucijadas y calles, y leian los carteles de desafio que con un mes de anticipacion se habian dirigido á todo el reino y á las principales ciudades de Inglaterra, Italia y Alemania; estaban concebidos en estos términos:

«Nos, Luis de Valois, duque de Turena, por la gracia de »Dios hijo y hermano de los reyes de Francia, por el deseo »que tenemos de ver y conocer á los hijos-dalgos, caba-

Digitized by Google

»lleros, escuderos, tanto del reino de Francia, como de los »otros reinos, hacemos saber, no por orgullo, odio ó mala vo»luntad, sino por el gusto de participar de su honorífica com»pañía y mediante el consentimiento del rey nuestro hermano, »que sostendremos la liza desde las diez de la mañana hasta »las tres de la tarde contra todos los que se presenten; y á la »puerta de nuestra tienda se colocarán dos escudos, uno de »guerra y otro de paz. El que quisiere justar, enviará á su es»cudero ó irá él mismo á tocar nuestro escudo con el asta de »su lanza, si quiere la justa de paz, y con el hierro si la quie»re de guerra; y para que llegue á noticia de todos los hijos»dalgos, nobles, caballeros y escuderos, hemos mandado pu»blicar estos carteles, y los hemos sellado con el de nuestras »armas. Escritos, hechos y dados en París en nuestro palacio »de Turena en 20 de junio del año 1389 del nacimiento de »Nuestro Señor Jesucristo.»

El anuncio de una justa en la que el primer príncipe de la sangre debia sostener la liza, hacia ya tiempo que llamaba la atencion general. Los consejeros del rey se habian opuesto, cuando el duque de Turena fué á pedir á su hermano permiso para esta empresa, con motivo de la entrada de madama Isabel: el rey, que gustaba de esa clase de juegos, y que brillaba en el manejo de las armas, llamó, sin embargo, al duque para suplicarle que renunciase á aquel proyecto, pero éste respondió que se habia comprometido para aquella justa en presencia de las damas de la córte, y el rey, que conocia todo el valor de semejante palabra, accedió á sus deseos.

Además, ningun peligro se corria, porque casi siempre combatian los adversarios con armas sin punta y sin filo, y

Digitized by Google

el escudo de guerra estaba colocado á la puerta de la tienda para indicar tan solo que su amo no retrocedia delante de ninguna empresa, y que estaba dispuesto á aceptar toda clase de desafios; sin embargo, sucedia algunas veces que resentimientos particulares, aprovechando esta ocasion, se deslizaban como amigos en la liza, y en ella, descubriéndose de repente, provocaban un combate real en vez de un combate simulado, para cuyo efecto habia siempre en la tienda provision de armas afiladas y un caballo cubierto de acero.

Madama Valentina, aunque participaba del entusiasmo caballeresco de aquella época, la tenia muy inquieta el dudoso resultado de la jornada: la súplica del consejo le habia parecido muy arreglada á justicia, y su corazon temia lo que otros habian pensado. Estaba sumergida en un mar de reflexiones parecidas á las que acabamos de esponer, cuando se le dijo que la jóven que habia mandado á buscar la antevispera, esperaba en la antecámara. Madama Valentina dió algunos pasos hácia la puerta, y Odetta entró.

Una palidez mortal cubria su hermosa cara.

—¿Qué teneis? le preguntó la duquesa al verla tan desmejorada; ¿á qué debo la felicidad de veros?

—Habeis sido tan generosa conmigo, respondió Odetta, que no he querido encerrarme en un convento sin despedirme de vos.

—¿Tomais el velo? dijo madama Valentina enternecida.

—Todavía no, porque mi padre me ha hecho prometer que no pronunciaria ningun voto mientras que él viva; pero he llorado tanto y tanto sobre su pecho, he suplicado tanto y tanto á sus piés, que me ha permitido retirarme en clase de pensio-

Digitized by Google

naria al convento de la Trinidad, del que es superiora mi tia.

La duquesa le agarró la mano diciendo:

—Algo mas teneis que confiarme, ¿no es verdad?

Quedaba en los ojos de la jóven una escesiva espresion de tristeza y de temor.

—Sí, queria hablaros de...

—¿De quién?

—¿Y de quién quereis que os hable sino de él? ¿por quién quereis que tema sino por él?

—¿Qué podeis temer?

—Perdonadme si os hablo á vos, madama Valentina, del noble duque de Turena; pero si algun peligro...

—¿Qué peligro? esclamó madama Valentina. Esplicaos.

—El duque sostiene hoy la justa, ¿no es verdad?

—Sí; ¿y qué?

—¿Y qué?... Ayer fueron á casa de mi padre tres hombres y le dijeron que les enseñase el caballo de guerra mas fuerte y de mas resistencia que tuviese de venta. Mi padre les preguntó si le querian para la justa de hoy, y contestaron afirmativamente, añadiendo que un caballero estranjero queria pelear.

—¿Luego habrá una justa de guerra? replicó mi padre.

—Y sangrienta, respondieron sonriéndose.

Bajaron en seguida á la cuadra, y yo los seguí temblando; eligieron el caballo de mas poder, y le probaron una testera de batalla. Odetta sollozó. ¿Comprendeis, señora? ¡Oh! Decidselo al duque; decidle que se atenta contra su vida; decidle que se defienda con toda su destreza. Cayó de rodillas. Que se defienda por vos, que sois tan hermosa y que le amais tanto.

Digitized by Google

¡Oh! Decídselo como os lo digo, puesta de rodillas y con las manos juntas; decídselo como se lo diria si fuese yo madama Valentina.

—Gracias, gracias, hija mia.

—Direis á sus escuderos que le elijan la armadura mas fuerte: cuando fué á buscaros á Italia traeria alguna de Milan, que segun dicen, son las mejores del mundo; decidle que se sujete bien el casco; en fin, si viéseis, lo que es imposible, porque el duque de Turena es el mas hermoso, el mas valiente y el mas diestro caballero del reino, ¿qué digo?... ¡Ah! sí: si viéseis que flaquease, porque su adversario podria emplear algun maleficio contra él, suplicad al rey: el rey estará allí, ¿no es verdad? suplicadle que mande cesar la justa; tiene derecho para hacerlo, se lo pregunté á mi padre. El combate cesa cuando los jueces del campo arrojan su baston entre los combatientes. Suplicádselo, señora, y cese, ya que al menos desgraciadamente no pudo impedirse; y yo, mientras tanto... Se detuvo.

—¿Qué hareis? dijo con frialdad la duquesa.

—Me encerraré en la iglesia del convento; ahora que mi vida está consagrada á Dios, debo rogar por todos los hombres, y en particular por mi soberano, sus hermanos é hijos. Rogaré por él, y diré á Dios que reciba mi vida, que para nada me sirve, en cambio de la suya; y Dios me oirá, y tal vez me concederá la gracia que le pido. Rogad vos tambien; sin duda oirá el Señor vuestra voz antes que la mia. Adios, adios, señora.

Odetta se levantó, besó por última vez la mano de la duquesa, y se precipitó fuera de la habitacion.

Digitized by Google

Madama Valentina pasó inmediatamente á la de su marido, quien hacia ya mas de una hora que estaba en su tienda armándose de punta en blanco.

En aquel momento fueron á decirla que la reina aguardaba para ir al campo de Santa Catalina.

La justa se habia preparado en el mismo sitio en que se verificó la del dia anterior. Dentro del cerco y debajo del balcon del rey se habia levantado la tienda del duque de Turena, que comunicaba con una gran pieza de madera, en la que estaban los escuderos y los caballos, estos últimos en número de cuatro, tres para las justas de paz y uno para la de guerra. Al lado izquierdo de la tienda estaba el escudo de guerra del duque, sin otro blason ni divisa que un baston anudado con estas palabras: *Desafío á todo el mundo*. Al lado derecho estaba el escudo de paz, en cuyo centro se veian tres flores de lis de oro en campo azul, que eran las armas de los hijos de Francia. Enfrente y á la estremidad de la liza habia una puerta por la que debian entrar los caballeros.

Luego que el rey, la reina, las damas y caballeros de la córte tomaron asiento, un heraldo presidido de dos clarines leyó en alta voz los carteles de desafío que ya conocen nuestros lectores. Los jueces del campo les añadieron una cláusula relativa al modo de justar, á saber: que todo caballero ó escudero que tocase el escudo de paz, se comprometia á no correr mas que dos lanzas. En cuanto á los que tocasen el escudo de guerra, quedaban á su eleccion las armas, segun era costumbre.

Hecha esta proclamacion regresó el heraldo á la tienda. Los dos jueces del campo, que eran Oliverio de Clisson y el du-

Digitized by Google

que de Borbon, se colocaron á los dos lados del palenque y los clarines dieron la señal del combate. Madama Valentina estaba pálida como la muerte. Hubo un momento de silencio, hasta que otro clarin repitió desde fuera la misma sonata. Las puertas del fondo se abrieron y apareció un caballero; y como llevaba la visera levantada, pudieron todos reconocer en él al jóven Boucicaut; al verle respiró la duquesa.

Los caballeros saludaban con la mano y las damas agitaban sus pañuelos, porque el paladin que habia entrado era de los mas valientes y mejores justadores de la época.

Boucicaut se inclinó para dar gracias á los espectadores por el recibimiento que le habian hecho; marchó luego en direccion al balcon de la reina, y la saludó bajando la punta de su lanza hasta el suelo; calóse despues la visera con la mano izquierda, tocó con el asta de su arma el escudo de paz del duque de Turena, y sacando su caballo á galope fué á colocarse al estremo opuesto de la liza.

Al momento se presentó el duque armado, preparado el escudo y la lanza enristre. Traia una armadura milanesa de finísimo acero incrustada de oro, los caparazones del caballo eran de terciopelo bermejo, y todas las piezas que de ordinario son de hierro, como bocado y estribos, eran de pura plata; agréguese á esto que la coraza le caia tan bien y estaba tan artísticamente trabajada, que se prestaba á todos los movimientos con la misma flexibilidad que si hubiese sido un peti de cota de malla ó de paño.

Los aplausos con que fué recibido el duque, igualaron cuando menos al murmullo con que fué saludado el caballero Boucicaut, porque no podia pedirse ni mas gracia ni mas sol-

Digitized by Google

tura en los saludos que hizo al presentarse; y fué tal el entusiasmo que produjo en la concurrencia, que la algazara no cesó hasta el momento en que se caló la viscra. Retumbó entonces el sonido del clarin: los dos adversarios ponen las lanzas enristre y los jueces del campo gritan: «Partid.»

Ambos salieron al campo el uno contra el otro, y ambos rompieron sus lanzas: los caballos, no pudiendo resistir tan fuerte choque, clavaron sus ancas en el suelo, y temblando aun, volvieron á levantarse, sin hacer perder á sus ginetes ni un solo estribo: volvieron caras inmediatamente y cada uno tomó nuevas lanzas de las que sus escuderos les tenian preparadas.

No bien se habian repuesto para esta segunda carrera, cuando los clarines dieron la señal, y con mas rapidez que en la primera, se lanzaron los combatientes; pero los dos variaron esta vez la direccion de su lanza: ambos se alcanzaron en la celada, haciendo perder el casco á su contrario, y sin que semejante encuentro detuviese su carrera pasaron de largo; mas volviéndose despues se saludaron cortesmente. Imposible parecia que hubiesen combatido con una igualdad tan perfecta; así que generalmente se opinó, que este combate honraba igualmente á ambos.

Los dos caballeros dejaron al cuidado de sus escuderos el recoger los cascos, y salieron con la cabeza descubierta, el caballero Boucicaut por la misma puerta que habia entrado, y el conde de Turena volvió á la tienda de donde habia salido.

Un lisonjero murmullo acompañó á este hasta el pabellon, porque estaba tan hermoso con sus largos cabellos rubios, sus

Digitized by Google

ojos cándidos como los de un niño y su sonrosada tez como la de una doncella, que parecia al arcángel San Miguel.

La reina se inclinó toda fuera del barandado para seguirle con sus miradas hasta perderlo de vista; y madama Valentina, recordando lo que habia dicho Odetta y aterrada con un fatídico presentimiento, miró á la reina.

Trascurridos que fueron algunos cortos instantes, anunciaron que el duque estaba ya pronto para otro nuevo combate. Mucho rato pasó sin que recibiesen contestacion aquellos bélicos sonidos; y ya empezaban los concurrentes á preguntarse si tan magníficas justas se reducirian á lo visto por falta de combatientes, cuando se oyó un clarin, que á juzgar por lo que tocaba, parecia estranjero: al instante se abrieron las puertas, y entró un caballero con la celada calada y escudo en brazo.

Madama Valentina se estremeció al ver aquel desconocido adversario, porque el vago y continuo temor que le causaban aquellas justas, se aumentaba á medida que el desconocido se iba acercando al pabellon: al llegar este debajo del balcon real paró el caballo, dió en tierra con el regaton de la lanza, y sujetándola con la rodilla se alzó la celada, presentando al público el pálido y altanero rostro de un jóven hermoso que parecia contar apenas veinticinco años: la mayor parte de los asistentes no conocian á este nuevo campeon.

—Dios guarde á nuestro primo Lancaster, conde de Derby, dijo el rey al reconocer en el jóven al primo de Ricardo de Inglaterra: debe estar persuadido de que será siempre el bien venido á nuestra córte, aun cuando no existiesen las treguas que nuestro querido hermano de ultramar, cuya vida

Digitized by Google

conserve Dios muchos años, acaba de concederaos. El embajador que tenemos cerca de su persona, nos anunció ayer vuestra próxima llegada, y en verdad que puede asegurarse que es un mensajero de felices nuevas.

—Monseñor, dijo el conde de Derby inclinándose de nuevo, habiendo llegado hasta nuestra isla la fama de las maravillosas justas y empresas que deben llevarse á cabo en vuestra córte, he querido atravesar la mar, á pesar de que tengo muy á honra el ser inglés, para venir á romper una lanza en honor de las damas francesas, y recibiré gran merced en, que monseñor el duque de Turena tenga á bien olvidar que solo somos primos del rey.

El conde de Derby pronunció estas últimas palabras con una amargura tan irónica, que probaba que en aquella época habia entrado ya en sus cálculos saltar la distancia que le separaba del trono. Despues de saludar por la última vez al rey y á Isabel se caló de nuevo la celada, y fué á pegar con el mango de la lanza en el escudo de paz del duque de Turena. Volvieron entonces al rostro de madama Valentina los colores que el miedo habia desterrado, porque su corazon se estremeció con la presencia del inglés, pues temia que el odio de la Inglaterra á la Francia fuese la única causa de la venida del conde.

Antes de empezar la justa se saludaron los dos adversarios con toda la cortesía digna de tan ilustres personajes: los clarines dieron la señal, y puestas las lanzas en ristre se precipitaron el uno sobre el otro.

Ambos se encontraron, y las puntas de las lanzas tropezaron en los escudos; mas habiéndose cruzado los caballos tu-

Digitized by Google

vieron que soltar las lanzas, que cayeron en la arena. Los escuderos del duque de Turena y del conde de Dervy corrieron á recogerlas y á presentárselas á sus señores; pero ambos hicieron al mismo tiempo igual señal, y el escudero inglés ofreció al duque de Turena la lanza del de Dervy, al propio tiempo que el escudero francés iba á presentar á Dervy la lanza del duque de Turena. Esta accion fué aplaudida en estremo y declarada de comun acuerdo caballerosa en alto grado.

Los dos caballeros cruzaron de nuevo la arena para volver á ocupar sus puestos, y enristrando las lanzas se precipitaron por segunda vez á la carrera.

En este encuentro secundaron mejor los briosos caballos la destreza de sus ginetes, porque cargaron tan derechamente á su adversario, que todos temieron se estrellasen el uno contra el otro. Esta vez, como la primera, recibieron ambos la punta de la lanza en el centro de la armadura, y chocaron con tal fuerza, que las dos lanzas saltaron en mil pedazos, quedando sólo una astilla en las manos de los combatientes.

Volviéronse á saludar ambos: el duque de Turena entró en su tienda y el conde de Dervy salió de la lid; esperábale á la puerta un paje del rey con el encargo de suplicarle en nombre de su amo, que viniese á tomar asiento al lado de la reina. El conde aceptó este honor, y pocos instantes despues se presentó armado de punta en blanco, cual habia combatido, pero sin el casco, que un paje con su librea traia detrás de él. Apenas se habia sentado el conde, las trompetas llamaron por tercera vez.

La contestacion no se hizo esperar, y fué dada tan pronto, que podia habérsela confundido con el eco: el instrumen-

Digitized by Google

to que respondió era un largo clarines de guerra, de que se servian en lo mas recio de las peleas para amedrentar al enemigo con su terrible estruendo. Todo el mundo se estremeció, y madama Valentina se santiguó toda fuera de sí, esclamando: ¡Santo Dios, compadeceos de mí!

Todas las miradas se clavaron entonces en las puertas, que abrieron paso á un caballero armado con los arneses propios de una justa de guerra, es decir, de lanza á toda prueba y larga espada, que podia manejarse alternativamente con una ó con dos manos, y una hacha de armas. Traia su escudo en el brazo, y en el blason de sus armas para contestar á las del duque de Turena, que segun hemos dicho consistian en un baston lleno de nudos con esta leyenda: *Desafío á todo el mundo*, traia el desconocido un cepillo de carpintero destinado á hacer desaparecer los nudos del baston, con esta contestacion: *Yo lo acepto*.

Los espectadores, con la curiosidad que naturalmente debian escitar semejantes circunstancias, fijaron su atencion en aquel caballero; pero nadie pudo conocer quién era, pues traia echada la celada y ningun blason heráldico brillaba en su escudo; únicamente por la corona de conde de oro puro que adornaba su casco, podia deducirse su alta cuna ó su respetable dignidad.

Entró en la arena haciendo maniobrar á su caballo con aquella habilidad llena de gracia, propia de todo caballero habituado á las armas. Al pasar por debajo del balcon real inclinó su frente hasta tocar con las crines de su corcel, se dirigió en medio del mas profundo silencio, que nadie se atrevia á turbar ni aun con la respiracion, á la tienda del duque

Digitized by Google

de Turena, y tocó con seguro golpe el escudo de guerra del noble mantenedor con la hoja de su lanza. Aquella señal de muerte retumbó en todos los ángulos del palenque; pálida como la muerte se quedó la reina, y madama Valentina dió un ¡ay! que partia el corazon.

Un escudero del de Turena salió á la puerta de la tienda, y despues de haber examinado cuáles eran las armas ofensivas y defensivas del caballero, saludándole cortesmente le dijo:

—Sereis servido, monseñor.

Y en seguida desapareció.

El caballero se colocó en el estremo opuesto del palenque, mientras que el conde se preparaba al combate. Apenas habrian pasado diez minutos, cuando salió este último de su tienda con la misma armadura que le habia servido todo el dia, pero cabalgando otro caballo vigoroso y descansado; llevaba, como su adversario, una fuerte lanza con afinado acero, y pendia de su costado larga espada y del arzon de la silla una hacha de armas: todas estas armas eran iguales á la coraza, maravillosamente rica, y con mil labores damasquinas de oro y plata.

El duque de Turena hizo una señal con la mano para indicar que estaba ya dispuesto: los clarines hicieron retumbar el circo con su sonido: los adversarios enristraron fuertemente sus lanzas apoyándolas debajo del brazo, é hincando las espuelas en los ijares de los caballos se precipitaron á toda brida el uno sobre el otro, hasta encontrarse en medio del palenque; tan ardientemente habian salido al encuentro cada uno de ellos á su contrario.

Ambos sostuvieron el choque vigorosamente y de buena

Digitized by Google

fé, porque la lanza del caballero desconocido atravesó la cimera del casco del duque, y arrancándoselo de la cabeza, lo lanzó á diez pasos de distancia detrás del caballo: la de Turena, atravesando el broquel de su adversario, fué á dar contra la coraza, y resbalándose por debajo del espaldar, le hirió ligeramente en el brazo izquierdo, con cuyo choque se rompió á un pié de distancia de la hoja, quedándose la astilla clavada en el broquel.

—Señor duque, dijo el caballero, os suplico me concedais la merced de poneros otro casco, mientras que yo me arranco esta astilla del broquel, que aunque no me hiere, me estorba.

—Tantas gracias, querido primo Nevers, respondió el duque, porque el odio profundo é inteligente que ambos se profesaban mútuamente, se lo habia hecho conocer. Muchas gracias: podeis tomaros todo el tiempo necesario para que os venden y restañen el brazo, pero yo continuaré el combate tal cual estoy.

—Hágase como decis; pero me parece que tan bien puede continuarse un combate con el hierro de una lanza en el escudo como con la cabeza desnuda; no necesito, pues, mas tiempo para trabarlo de nuevo que el indispensable para arrojar esta lanza y desenvainar esta espada.

Y acompañando sus palabras con las obras, se halló con el acero en la mano.

El duque de Turena, siguiendo su ejemplo, soltó la rienda para cubrirse su cabeza desarmada con el escudo. El conde de Nevers por su parte abandonó el brazo izquierdo, del que no podia servirse, porque la astilla de la lanza habia magullado

Digitized by Google

la armadura. Los escuderos que se habian acercado para servir á sus amos se retiraron al verlos continuar su combate.

Este, en efecto, habíase trabado con nuevo vigor: el conde de Nevers se cuidaba muy poco de la desventaja que le causaba la imposibilidad de servirse de su brazo izquierdo; así es, que confiando en el temple de su armadura se presentaba cubierto tan solo por ella á los golpes de su adversario, y redoblaba sin respirar los golpes con que martillaba el escudo protector de la cabeza desarmada, retumbando sus mandobles cual si descargase un martillo sobre un yunque.

El duque de Turena, mas notable por su elegancia y destreza que por sus fuerzas, no estaba ocioso, pues revoloteando en torno del duque buscaba con la punta de su espada el defecto de la armadura de su adversario. Ni el menor ruido se oia en aquel recinto, donde tan solo retumbaba el estrépito que producia el choque del hierro con el hierro; parecia que todos temian soltar la respiracion y que toda la vida de aquella inmóvil turba habia pasado á los ojos concentrándose en sus miradas.

Ignorándose aun quién era el adversario del duque de Turena, todas las simpatías y todos los deseos se dirigian en favor de este; su cabeza, á la que la sombra del escudo daba una tinta oscura, hubiese servido de modelo á un artista para pintar al Arcángel San Miguel: el carácter tan indolente de su fisonomía habia desaparecido: sus ojos vomitaban llamas, sus cabellos flotaban como una aureola, y sus lábios, separados por una contraccion nerviosa, dejaban ver sus blancas y esmaltadas filas de dientes; de manera que á cada golpe que dé-

Digitized by Google

cargaba sin descanso la pesada espada de su adversario, un estremecimiento recorria aquella asamblea, cual si todos los padres hubiesen temido por sus hijos y todas las mujeres por sus amantes.

Desmoronábase en efecto poco á poco el escudo protector; cada golpe arrancaba un pedazo de acero, cual si hubiese sido de madera, y no tardó en abollarse por el centro, por lo que el duque empezó á sentir en el brazo los golpes que hasta entonces habia recibido el escudo; por último, un nuevo golpe corriéndose por todo el brazo, vino á herirle ligeramente en la frente.

Viendo entonces el duque de Turena que su escudo mutilado era una defensa inútil y que su espada no era bastante fuerte para penetrar por la armadura de su adversario, hizo dar un bote en retirada á su caballo, y arrojando lejos de sí con la mano izquierda su escudo y con la derecha su espada, cogió con ambas la pesada hacha suspendida en el arzon, y revolviéndose sobre el conde, antes que este hubiera podido ni aun sospechar su intencion, le descargó tan descomunal hachazo, que rompiéndose los lazos del casco, quedó descubierto el rostro del conde de Nevers: al reconocerlo, todo el mundo prorumpió en un grito de admiracion. Y á punto que enderezándose el conde de Nevers sobre los estribos se disponia á volver golpe por golpe, cayeron en medio de los combatientes los bastones de los dos jueces del campo y se oyó la voz fuerte del rey sobresaliendo sobre todas: «Basta, señores, basta.»

La causa de aquella suspension fué el desmayarse madama Valentina al ver correr la sangre sobre el rostro de su esposo,

Digitized by Google

y las instancias de la reina, que pálida y temblando habíase apoderado del brazo del rey, diciéndole:

—¡Haced que cesen, señor! ¡En nombre del cielo, haced que cesen!

A pesar del encarnizamiento que animaba á los combatientes, cesaron el combate al momento mismo. El conde de Nevers dejó colgar su espada de la cadena: el duque de Turena volvió á colgar en el arzon su hacha de armas. Los escuderos se acercaron á sus amos: los unos restañaron la sangre que corria por la frente del duque de Turena, los otros arrancarón al conde de Nevers la astilla de la lanza, cuya punta habia llegado hasta el hombro.

Concluida que fué esta doble operacion, se saludaron ambos con una fria cortesanía, como dos personas que acabasen de jugar un juego ordinario. El conde de Nevers salió del palenque y el duque de Turena se dirigió á su tienda para tomar otro casco. Levantándose entonces el rey dijo en alta voz:

—Señores, es nuestra voluntad que reciban aquí término y fin estas justas.

En su consecuencia el duque de Turena, en vez de continuar volvió hácia el balcon real para recibir el brazalete, premio reservado al mantenedor; pero al llegar debajo de él le dijo Isabel con la mayor amabilidad:

—Subid, monseñor, porque hemos determinado, para dar mas valor á nuestro regalo, el ponéroslo por nuestra propia mano en vuestro brazo.

El duque saltó con la mayor agilidad de su caballo. Un instante despues estaba recibiendo á los piés de la reina el brazalete que le habia sido prometido en la carrera de la en-

Digitized by Google

trada; y mientras que por una parte madama Valentina enjugaba la frente de su marido para cerciorarse de que la herida no era profunda, y que por otra estaba el rey convidando á comer al conde de Dervy, la mano del duque se encontró con la de madama Isabel: fué recibido y dado el primer favor adúltero.

Digitized by Google

CAPITULO V.

Crímen y espiacion.

Cuando hubieron terminado aquellas fiestas y justas, pensó el rey en el gobierno y administracion del Estado: en el estranjero se gozaba de una paz octaviana, y la Francia podia dormir tranquila en medio de sus aliados. Al Poniente estaba el duque Visconti, á quien ligaba con las casas de las flores de lis el casamiento de madama Valentina con el duque de Turena: al Mediodia el rey de Aragon, emparentado con el de Francia: al Occidente el duque de Bretaña, vasallo revoltoso, pero no contrario declarado, y al Norte la Inglaterra, mortal y encarnizada enemiga de la Francia; pero como sentia en su seno

Digitized by Google

todos los gérmenes de una guerra civil, concedió como un favor á su rival una tregua de tres años, cuando ella hubiera podido solicitarla para sí como una gracia. Unicamente las provincias interiores reclamaban en aquella época la solicitud del rey, y la reclamaban con instancia. Arruinadas sucesivamente por las administraciones de los duques de Anjou y de Berry, el Langüedoc y la Gayenne tendian sus descarnadas manos hácia su jóven soberano. Messire Juan Lemercier y Guillermo de La Rivière, que eran del consejo del rey, le exhortaban hacia mucho tiempo á que fuese á visitar las provincias ejanas de su reino. Decidióse al fin, y se señaló el dia de San Miguel para emprender el viaje. Trazóse el itinerario para Dijon y Aviñon, y por consiguiente el duque de Borgoña y el Papa Clemente recibieron aviso del próximo paso del rey.

El dia señalado salió Cárlos de París acompañado del duque de Turena, de sire de Coucy y de otros muchos caballeros; en Chatillon sire Seine habló al duque de Borbon y al conde de Nevers, que le salian al encuentro para rendirle homenaje. En Dijon le recibió la duquesa de Borgoña rodeada de las damas que mas agradaban á S. A., y eran madama de Sully, madama de Nevers, madama de Vergy, y otras muchas flores abiertas en los tallos de las familias mas nobles de Francia. Las fiestas duraron diez dias, al cabo de los cuales se despidió el rey de su tia, despues de haber cumplimentado y regalado á las damas de su córte. El duque se embarcó en el Ródano y llegó á Aviñon casi al mismo tiempo que su sobrino.

¿Conoceis Aviñon, la ciudad santa, triste y sombría, en el dia como un guerrero vencido, y que continuamente se mira en el Ródano buscando en su frente la tiara? Entonces era la

Digitized by Google

córte de Clemente VII. Un gran maestre de la órden de Malta acababa de rodear su talle con un cinturon de murallas. Juan XXII, Benedicto XII, Clemente VI y Urbano V la habian dotado con su palacio pontifical y San Benezet con su puente milagroso.

Allí dió gracias á sus tios los duques de Berry y de Borgoña por la buena compañía que le habian hecho, y les dijo que regresasen, el uno á Dijon y el otro á Paris, mientras que él continuaba su viaje á Tolosa, acompañado de los duques de Turena y de Borbon.

Los dos tios del rey conocieron entonces cuál era la verdadera causa de aquel viaje, y que su sobrino al emprenderle no se llevaba otro objeto que el de hacer una pesquisa acerca del gobierno arbitrario que habia arruinado el Languedoc. Dejaban con él á messire de La Rivière y Lemercier, Montaigne y Lebéque de Villaine, hombres íntegros y rígidos, á quienes consideraba el duque de Berry como á enemigos personales, y que en realidad lo eran tan solo de sus arbitrariedades.

Los dos duques salieron de Villanueva sumamente tristes.

—¿Qué opinais de eso, hermano? dijo el duque de Berry al de Borgoña luego que estuvieron en el campo.

—Opino, respondió este, que nuestro sobrino es jóven y que le sucederá alguna desgracia por dar oidos á consejeros sin esperiencia; pero ahora es preciso que nos resignemos. Llegará dia en que los que le conducen adonde vá se arrepentirán de haberlo hecho, y al rey le sucederá otro tanto. Por lo que hace á nosotros, retirémonos á nuestras tierras, y mientras permanezcamos unidos nadie nos ofenderá, porque despues del rey somos los mas poderosos de la Francia.

Digitized by Google

Al dia siguiente pasó Cárlos por Nimes, y sin detenerse en la antigua ciudad romana, fué á dormir á Lunel. Al otro dia comió en Mompeller, donde empezó á oir los gemidos y las quejas, y le dijeron que cuanto mas se internase, tanto mas arruinado encontraria el pais, y que sus dos tios los duques de Anjou y de Berry, que sucesivamente le administraran, le habian dejado tan pobre, que los mas ricos y mas poderosos apenas tenian con que hacer podar sus viñas y arar sus campos.

—Mucho lastimará vuestro corazon, señor, le decian, ver á vuestros hijos despojados de lo suyo, pagando cinco ó seis tallas al año, y agobiados siempre con un nuevo impuesto antes de haber satisfecho el anterior; porque vuestros dos tios han recaudado arbitrariamente mas de 30,000 libras entre el Ródano y el Gironda. El duque de Anjou vejaba tan solo á los ricos y á los poderosos; pero el duque de Berry, que le sucedió, no perdonaba ni á rico ni á pobre. Añadian que todas las exacciones se habian hecho por su tesorero, que era de la ciudad de Bessieres, y que se llamaba Betisac; y que ese Betisac, espigando donde su amo segara, no dejaba siquiera al pueblo lo que el labrador deja á los pájaros; la espiga que cae del carro de la recoleccion.

El rey respondió que si Dios le ayudaba, pondria coto á tamaños desórdenes, que no tendria consideraciones con sus tios, y que mandaria formar causa á sus consejeros y agentes.

En medio de aquel concierto de maldiciones entró el rey en la ciudad de Bessieres, donde se hallaba Betisac; encargó que se guardase el mas profundo secreto acerca de las quejas que le habian dirigido, y dedicó á los festejos los tres ó cuatro

Digitized by Google

primeros dias de su llegada, mientras que secretamente habia comisionados que hacian una pesquisa. Al cuarto dia le manifestaron estos que existian contra el tesorero de su tio tales cargos, que no podian perdonarse, porque arrastraban la pena capital.

El consejo del rey se reunió; mandaron prender en su casa á Betisac y lo condujeron á presencia de sus jueces.

Entonces le enseñaron encima de la mesa un lio de papeles que probaban sus exacciones, y le dijeron:

—Betisac, mirad y responded. ¿Qué teneis que decir contra estas cédulas?

Un escribano se las fué enseñando una por una, y para todas tenia contestacion: las que estaban firmadas por él, las reconocia, pero añadia que habia obrado segun las órdenes que tenia del duque de Berry, y que por consiguiente se interrogase á su amo, y negaba las otras, diciendo:

—Esta es la primera noticia que de ellas tengo; podrán satisfacer vuestras preguntas los senescales de Beaucaire y de Carcassonne, ó si no el canciller de Berry.

Los jueces estaban perplejos, y mientras aguardaban nuevas pruebas le mandaron á la cárcel. Luego que quedó encerrado pasaron á su casa, se apoderaron de todos sus papeles y los examinaron muy detenidamente. En ellos se encontró que se habian impuesto tales contribuciones y recaudado tales sumas en las senescalías y señoríos del rey, que los que oian leer dudaban de los que leian. Llamósele otra vez, y dijo que aquellas cuentas estaban exactas, y que se habian recaudado las sumas en efectivo, pero que solo habian pasado por sus manos, y que obraban en poder del duque de Berry; aña-

Digitized by Google

dió que en su casa tenia los recibos de todas las cantidades que le habia entregado, y designó el sitio en que se hallaban; mandólos á buscar el tribunal, comparólos con los cargos, y encontró que estaban exactos. Ascendia el total á tres millones.

Los jueces se quedaron parados al ver tamañas pruebas de la codicia del duque de Berry, y preguntaron á Betisac qué habia hecho su amo de tan crecidas cantidades.

—No puedo decirlo á punto fijo, contestó: creo que gran parte la habrá invertido en los castillos, palacios, tierras y pedrería que ha comprado á los condes de Boloña y de Etampes; sus casas ya sabeis que están espléndidamente montadas, y además ha enriquecido á sus criados Thibaut y Morinot.

—Y á vos, Betisac, ¿os habrán tocado cien mil francos en ese saqueo? le preguntó sire de La Rivière.

—Messire, respondió Betisac, el duque de Berry habia recibido poderes del rey, y yo los tenia del duque de Berry; y de hecho estoy autorizado por el rey, porque lo estoy por su gobernador. De aquí se deduce que todas las contribuciones que he impuesto son legítimas; y si algo me ha correspondido de ellas, lo debo al duque de Berry, pues monseñor quiere que sus criados sean ricos; y mi riqueza es buena y justa, puesto que á él se la debo.

—Eso es disparatar, contestó messire Juan Lemercier; no hay riqueza buena ni justa siendo mal adquirida. Volved al calabozo mientras examinamos lo que habeis dicho. Referiremos al rey vuestra defensa y se hará lo que él determine.

—¡Dios le aconseje! dijo Betisac.

Saludó á sus jueces y le condujeron á la cárcel.

Digitized by Google

Cuando se esparció por el pais la noticia de que Betisac estaba preso por órden del rey y que iba á ser juzgado, toda la gente de los campos circunvecinos acudió á la ciudad: los infelices á quienes habia despojado entraban á viva fuerza hasta el palacio del rey para pedir justicia, y cuando salia se arrodillaban delante de él y le presentaban súplicas y quejas. Los unos eran hijos á quienes habia dejado huérfanos: los otros eran mujeres á quienes habia dejado viudas; y los otros, en fin, eran jóvenes á quienes habia hecho madres; donde faltaba la persuasion, se habia empleado la fuerza. Aquel hombre lo habia agotado todo, tesoros, venas y honor. El rey veia que la sangre del pueblo gritaba y gemia pidiendo venganza del prevaricador, y mandó que el consejo fallase contra él.

En el momento en que los jueces se hallaban reunidos entraron dos caballeros: eran sire de Nantouillet y sire de Mespin, que en nombre del duque de Berry confesaron cuanto Betisac habia hecho, y pidieron al rey y á su consejo que les entregasen aquel hombre y que procediesen en la pesquisa contra el duque, si les parecia justo.

El consejo se encontró entonces en muy crítica posicion: El duque de Berry podia recobrar algun dia el ascendiente que con el rey habia perdido, y todos temian disgustarle.

Por otra parte eran tan patentes y tan visibles los crímenes y opresion de Betisac, que se ofendiera á Dios si se le dejara salir intacto de la cárcel. Se propuso que se embargaran y vendieran sus bienes y muebles, y que su producto se distribuyera al pueblo: de este modo se encontraria pobre y desnudo como le habia recogido el duque de Berry; pero el rey no quería que se administrase justicia á medias, y dijo que esta

Digitized by Google

restitucion solo podria contentar á los que habia arruinado, pero que las familias en las que habia sembrado muerte y deshonra, únicamente podrian quedar satisfechas viéndole terminar sus dias en un suplicio infame.

Mientras esto pasaba se presentó un anciano delante del consejo, y enterado de lo que se trataba, dijo al rey y á los jueces que haria confesar á Betisac un crímen personal, del que no podria responder el duque de Berry. Preguntáronle qué se requeria para ello.

—Que se me encierre en el mismo calabozo en que se halla Betisac, respondió.

Y no quiso dar más esplicaciones, diciendo que lo demás corria por su cuenta, y que respondia del resultado de su empresa.

Hízose lo que deseaba, se le condujo públicamente á la cárcel: el carcelero le recibió y le encerró en el calabozo donde estaba el preso.

El anciano fingió estar solo, estendió los brazos hácia delante como un hombre que no vé bien, y cuando llegó á la pared se sentó apoyándose contra ella, juntó las piernas al cuerpo y colocó los codos encima de sus rodillas, sujetando la cabeza entre sus manos.

Betisac, cuyos ojos estaban acostumbrados á la oscuridad, observaba al nuevo huésped con la curiosidad de un hombre que se encuentra en semejante situacion, é hizo un movimiento para llamar su atencion; pero el anciano permaneció inmóvil y como sumergido en un profundo delirio. Tomó entonces el partido de dirigirle la palabra, y le preguntó si venia de la calle.

Digitized by Google

El anciano levantó los ojos y divisó en un rincon al que le interrogaba: estaba de rodillas en ademan de orar. ¡Aquel hombre se atrevia á orar! El anciano se estremeció al verse tan cerca del que habia prometido perder. Betisac repitió su pregunta.

—Sí, respondió el anciano con voz bronca.

—¿Y de qué se ocupan en la ciudad? preguntó afectando indiferencia.

—De un tal Betisac, replicó el anciano.

—¿Y qué dicen de él? continuó tímidamente el que tanto interés tenia en la pregunta que hacia.

—Dicen... que le ahorcarán.

—¡Vírgen Santísima! esclamó Betisac poniéndose de pié.

El anciano dejó caer otra vez la cabeza entre sus manos, y el silencio del calabozo solo fué turbado por la respiracion oprimida del que acababa de saber aquella terrible noticia.

Permaneció un momento inmóvil, pero le flaquearon luego las piernas; se apoyó contra la pared y se enjugó la frente. Al cabo de un rato de abatimiento continuó con voz ronca y sin cambiar de actitud:

—¿Y no le queda ninguna esperanza?

El anciano guardó silencio y permaneció inmóvil, como si nada hubiese oido.

—Os pregunto si le queda alguna esperanza, dijo Betisac yendo hácia él y sacudiéndole el brazo con frenesí.

—Sí, respondió tranquilamente el anciano; le queda una, y es que la cuerda puede romperse.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! esclamó Betisac retorciéndose las manos: ¿quién me dará un consejo?

Digitized by Google

—¡Ah! dijo el anciano mirándole con aire sombrío, como si temiese perder una sola espresion de su desesperacion. ¡Ah! ¿conque sois vos ese hombre que un pueblo entero maldice? ¿No es verdad que son muy pesadas las últimas horas de semejante vida?

—¡Oh! dijo Betisac, ¡que se apoderen de cuanto tengo, muebles, dinero, casas! ¡que los arrojen á ese pueblo que grita, y que me dejen la vida, aun cuando deba pasarla en este calabozo con esposas y grillos y sin volver á ver la luz! ¡pero la vida, la vida! ¡Oh! ¡quiero vivir!

El infeliz se arrastraba por el suelo como un furioso: el anciano le miraba sonriéndose, y cuando le vió jadeante le dijo:

—¿Y si alguien os diese un medio de salir de tan cruel situacion?

Betisac miraba al anciano como si hubiera querido leer en el fondo de su corazon.

—¿Qué decis?

—¿Que os compadezco, y que si seguís mi consejo os tendrá mucha cuenta.

—¡Oh! hablad: soy rico... todos mis bienes...

El anciano se echó á reir.

—Eso es, esperas rescatar tu vida con lo que te la hace perder, ¿no es verdad? ¿Luego crees estar en paz con Dios y con los hombres?

—¡No, no! soy muy culpable, lo sé, y me arrepiento de mis faltas... Pero me habeis dicho que habia un medio... ¿cuál es?

—Si me encontrase en vuestro lugar, ¡no quiera Dios! oid lo que haria.

Digitized by Google

Y Betisac devoraba las palabras á medida que salian de la boca del anciano. Este continuó:

—Cuando compareciese otra vez delante del consejo del rey seguiria negando...

—Sí, sí.

—Pero diria que arrepentido de otro crímen queria confesarle para salvar mi alma; diria que por espacio de muchos años pequé contra la fé, y que era mágico y herege.

—Eso es falso, interrumpió Betisac; soy buen cristiano, y creo en Jesus y en la Vírgen Santísima.

El anciano prosiguió como si no le hubiera interrumpido.

—Diria, pues, que soy mágico y herege, y que me mantenia en mi opinion. El obispo de Bessieres me reclamaria, porque mi delito pertenecería entonces á la justicia eclesiástica, y me enviaria al Papa de Aviñon; y como N. S. Padre Clemente es íntimo amigo del duque de Berry...

—Comprendo, dijo Betisac interrumpiéndole. Sí, sí, nuestro señor de Berry no permitirá que me castiguen. ¡Ah! sois mi salvador.

Y quiso arrojarse en los brazos del anciano; pero este le rechazó.

Abriése en aquel momento la puerta; iban á buscar á Betisac para conducirle delante del consejo.

Creyó que habia llegado la hora de recurrir á la astucia que le habia sido sujerida, y colocando una rodilla en tierra, pidió permiso para hablar: fuéle concedida la palabra.

—Señores, dijo, temo haber ofendido grandemente á Dios, no por haber arrebatado el dinero del pueblo, porque todos

Digitized by Google

saben que obré por órden de mi amo, sino por no creer en la fé de Cristo.

Los jueces se miraron sorprendidos.

—Sí, señores, continuó Betisac, yo no puedo creer en la existencia de la Trinidad, ni que el Hijo de Dios se haya humillado hasta el punto de bajar del cielo para encarnarse en una mujer; y pienso que cuando mi cuerpo muera morirá tambien mi alma.

Resonó en toda la asamblea un murmullo de sorpresa; y sire Lemercier, á pesar de ser su mas encarnizado enemigo, se levantó y le dijo:

—Betisac, reflexionad lo que habeis dicho, porque vuestras palabras ofenden á nuestra madre la Iglesia y piden fuego.

—Yo no sé, respondió Betisac, si piden fuego ó agua; pero esta es mi opinion desde que tengo uso de razon, y lo será hasta que le pierda.

Los jueces se santiguaron, y temiendo condenarse si le oian por mas tiempo, mandaron que se lo condujera otra vez á la cárcel. Al entrar en ella buscó al anciano para referirle lo que habia sucedido; pero este ya no estaba.

Lo que pasó en el alma de aquel hombre, solo Dios lo supo; pero al dia siguiente hubiera podido negar que fuese el mismo sugeto de la víspera. Sus horas se habian convertido en años, y en una noche habian encanecido sus cabellos.

Cuando supo el rey la declaracion de Betisac, se sorprendió estraordinariamente.

—Creíamos que solo era ladron, y es tambien hereje; pensábamos que solo merecia la cuerda, y reclama además la hoguera. Bien; será quemado y ahorcado.

Digitized by Google

Pronto se supo en la ciudad la revelacion que Betisac habia hecho, y el pueblo manifestaba su alegría con descompasados gritos, porque aquel hombre era generalmente odiado y detestado; pero á nadie sorprendió tanto aquellas noticias como á los dos caballeros que se hallaban en Bessieres para reclamarle en nombre del duque de Berry: conocieron que se habia perdido, y pensaron que habia hecho aquella declaracion por consejo de un enemigo; pero fuese de quien fuese el consejo, la declaracion estaba hecha, el rey habia pronunciado su sentencia y no quedaba mas que una esperanza, la de hacerle negar al dia siguiente lo que habia dicho la víspera.

Fueron inmediatamente á la cárcel en que se hallaba con objeto de verle y de indicarle un medio de defenderse; pero el carcelero les dijo que tanto á él como á cuatro alguaciles que para el efecto habian sido enviados, se les habia mandado de órden del rey, y bajo pena de la vida, que no dejasen hablar á nadie con Betisac. Los caballeros se miraron con pesadumbre, fueron á su casa, montaron á caballo y marcharon á dar cuenta de su comision al duque de Berry.

Al dia siguiente á eso de las diez de la mañana, sacaron á Betisac de la cárcel, y cuando vió que le conducian, no delante del consejo del rey, sino al palacio del obispo, se animó algun tanto. Allí encontró reunidos á los jueces civiles y eclesiásticos, lo que le probó que mediaban contestaciones entre la justicia temporal y la justicia espiritual. El baile de Bessieres dijo entonces al tribunal eclesiástico:

—Señores, os entregamos á Betisac como herege y enemigo de nuestra fé; si su crimen hubiese sido relativo á la justi-

Digitized by Google

cia real, justicia se le hubiese administrado por ella; pero pertenece por su heregía á la justicia eclesiástica. Haced de él lo que sus obras exigen.

Betisac creyó que se habia salvado.

El juez eclesiástico le preguntó entonces si era tan pecador como se decía; y viendo él que el asunto tomaba el giro que se le habia indicado, respondió que sí. Se hizo entrar al pueblo y se mandó á Betisac que repitiese su confesion delante de él; hízolo por tres veces, y tres veces la acogió el pueblo con el rugido que dá el leon cuando devora su presa.

Despues hizo una seña y Betisac fué entregado á los soldados, que le sacaron del tribunal. El pueblo bajó á su alrededor y detrás de él las gradas de palacio, envolviéndole y apretándole como si temiera que se le escapase.

Betisac creia que le llevaban fuera de la ciudad para conducirle á Aviñon. Al pié de la escalera encontró al anciano, que estaba sentado en un trascanton: su fisonomía respiraba alegría, alegría que Betisac interpretó á su favor; hízole una seña con la cabeza.

—Sí, sí, salió bien, dijo el anciano, ¿nó es verdad?

Se echó á reir, se colocó luego de pié encima del trascanton, y dominando á todo aquel gentío, gritó:

—Betisac, no olvides que me debes el consejo que te guia.

Bajóse en seguida y tomó, con la rapidez que le permitia su edad, una calle trasversal que conducia á palacio.

Betisac se dirigia hácia allí por la calle Mayor, rodeado del pueblo, que de cuando en cuando arrojaba uno de aquellos grandes alaridos que ya conocemos nosotros por haberlos oido muchas veces. El culpable no reconocia en aquellos gri-

Digitized by Google

tes mas que la espresion de la cólera del pueblo, que veia escapar su presa, y se admiraba de que le dejase salir tan tranquilamente de las murallas de Bessieres, cuando al llegar á la plaza de palacio se oyó un grito que fué repetido por la muchedumbre. El cortejo se abrió precipitándose hácia el centro, porque hácia aquel centro estaba colocada una hoguera, y de ella salia una horca estendiendo hácia la calle Mayor su descarnado brazo, de cuyo estremo pendia una cadena y una argolla de hierro.

Betisac se encontró solo en medio de sus cuatro guardias, porque todos se habian apresurado á apoderarse del mejor sitio alrededor del cadalso.

Entonces se presentó la verdad desnuda á la vista de aquel hombre; tenia la forma de la muerte.

—¡Ah! duque de Berry, esclamaba, ¡soy perdido! ¡socorredme! ¡socorredme!

Y el pueblo respondia con gritos de maldicion contra el duque de Berry y contra su tesorero. Betisac no queria avanzar, y los soldados le agarraron y le hicieron andar á la fuerza; luchaba y gritaba que no era hereje, que creia en Cristo hecho hombre y en la Santísima Vírgen María. Juraba por Dios que era verdad lo que decia, pedia perdon al pueblo, y una carcajada general sofocaba su súplica. Pedia socorro al duque de Berry, y los gritos ¡muera! ¡muera! respondian á su invocacion.

Colocáronle por fin los soldados al pié de la hoguera, sujetándole á uno de los postes que formaban la barrera que la rodeaba y en la que estaba apoyada el anciano.

—¡Ah! ¡maldito seas, esclamó Betisac al divisarle; tú me

has conducido á este sitio! Señores, señores, soy inocente; ese malvado me ha engañado! ¡socorredme! ¡socorredme!

El anciano se echó á reir.

—Feliz memoria tienes, le dijo, y no te olvidas de los amigos que te dan buenos consejos. El último, Betisac, piensa en tu alma.

—Sí, señores, dijo Betisac, que de este modo esperaba ganar tiempo; sí, un sacerdote, un sacerdote.

—¿Y para qué le necesitas, dijo el anciano, si tu alma ha de morir con tu cuerpo?

—¡Que muera! ¡que muera! gritó el pueblo.

El verdugo se acercó.

—Betisac, estaba escrito que murieses, le dijo; quien mal anda, mal acaba.

Betisac permanecia inmóvil, con los ojos desencajados y erizados los cabellos. El verdugo le agarró de la mano y él se dejó llevar como un niño. Cuando llegaron á la hognera le levantó en brazos, y sus criados, abriendo la argolla se la colocaron al cuello. Betisac quedó colgado, pero no ahogado; y el anciano se precipitó sobre la antorcha de resina que ardia en el hornillo y prendió fuego á la hoguera: el verdugo y sus criados se apartaron.

Las llamas volvieron la energía al infeliz que iban á devorar. Sin dar un grito y sin pedir perdon agarró con las dos manos la cadena de la que estaba suspendido, y subiendo á fuerza de puños á lo largo de sus eslabones, logró agarrar el cruzero de la horca, y le agarró con sus manos y con sus rodillas, alejándose de la hoguera lo mas posible. En aquella postura se mantuvo fuera del alcance del fuego, mientras que

Digitized by Google

ardió la base de la hoguera ; pero las llamas no tardaron en elevarse como un ser animado é inteligente , como una serpiente que se endereza, y levantaron su cabeza hácia Betisac, arrojándole humo y chispas: al cabo de un rato le lamian con su flamígera lengua. El infeliz dió un grito al sentir aquella mortal caricia: sus vestidos habian sido abrasados.

Siguióse un profundo silencio, para que nada se perdiese de aquella última lucha de la criatura y del elemento, de la vida y de la muerte: oyéronse los lastimeros gritos del uno y los alegres rugidos del otro. El hombre y el fuego , es decir, el paciente y el verdugo, se enlazaban y apretaban fuertemente; pero al cabo de un rato el hombre se declaró vencido, sus debilitadas rodillas abandonaron su apoyo, sus manos no pudieron apretar por mas tiempo la ardiente cadena , dió un grito de desesperacion, y soltándose quedó otra vez suspendido en medio de las llamas. Aquel ser informe, que habia sido una criatura humana, se agitó convulsivamente, y á poco rato quedó inmóvil. La sortija que estaba clavada en la horca se soltó, porque la madera se habia calcinado ya ; y como si hubiese sido arrastrado al infierno , cayó entonces el cadáver y desapareció en medio de la hoguera.

Los espectadores fueron desapareciendo en silencio , solo el anciano se quedó al pié del suplicio; todos se preguntaban si aquel anciano era Satanás que iba á reclamar un alma juzgada.

Aquel anciano era un hombre, cuya hija violó Betisac.

Digitized by Google

Digitized by Google

CAPITULO VI.

Asesinato del condestable.

Si nuestros lectores, para entrelazar mas fácilmente con sus detalles el conjunto de los acontecimientos que les referimos, quieren seguirnos fuera de las murallas de Bessieres; si consienten en abandonar las ricas llanuras del Langüedoc y de la Provenza; las ciudades en las que se habla un dialecto hijo de Roma y de Atenas; los campos de olivos, por los que corren los rios ribeteados de adelfas; las riberas que vienen á bañar cristalinas aguas, tibias todavía, del sol del Bósforo, desde el verde y profundo Océano, atravesando las llanuras desiguales de la Bretaña y bosques de encinas seculares, los condu-

Digitized by Google

ciremos á algunas leguas de la antigua ciudad de Vannes, los introduciremos en uno de aquellos castillos fortificados, residencia prudente de aquellos poderosos vasallos que están siempre dispuestos á revolucionarse. Allí, entreabriendo la esculpida puerta de una sala baja que sirve de comedor, veremos á dos hombres sentados á una mesa, que tienen en medio de ellos una copa de plata cincelada llena de vino, con la cual establece el uno frecuentes y admirables relaciones, mientras que el otro, sóbrio, como si estuviese bajo un régimen higiénico, cubre su vaso con la mano cuantas veces intenta su compañero aumentar el volúmen del líquido vírgen que se eleva á la mitad de su copa, ya que no puede conseguir que la vacie.

El que hemos indicado como menos partidario de la temperancia, es un hombre de cincuenta á sesenta años, envejecido bajo el arnés de guerra, con el cual se halla casi enteramente revestido; su frente morena y colorada, en medio de la cual se dividen sus encanecidos cabellos, está arrugada, no tanto por la edad como por el peso eterno de su casco. En el intervalo de descanso que le deja la ocupacion á que le hemos visto entregarse, apoya los codos encima de la mesa, descansa entonces su barba en sus fuertes manos, y su boca, oculta debajo de un espeso bigote, que pellizca hábilmente con su lábio inferior, se encuentra á la altura de la copa, en la que de cuando en cuando se sumergen sus ojos como para seguir en su retirada al licor que desaparece á sus reiterados ataques.

El otro es un hermoso jóven, está recostado en un gran sillon ducal, en cuyo respaldo apoya su cabeza, y sólo aban-

Digitized by Google

dona aquella negligente postura para estender, como hemos visto ya, la mano sobre su vaso cuando el guerrero quiere aumentar el licor, que cada uno de ellos apreoia de distinto modo.

—¡Voto á!.... primo de Craon, dijo el anciano dejando por la primera vez la copa encima de la mesa; es preciso confesar que á pesar de ser descendiente del rey Roberto, habeis tomado de un modo maravillosamente filosófico la afrenta que os hizo el duque de Turena.

—¡Ah! señor de Bretaña, respondió Pedro de Craon sin cambiar de postura, ¿qué queriais que hiciese contra el hermano del rey?

—¿Contra el hermano del rey? pase, aunque esto no hubiera sido para mí un inconveniente: el hermano del rey no es mas que duque é hidalgo como yo; y si á mí me hiciera lo que á vos os hizo.... pero yo nunca me espondré á ello: no hablemos mas de él. A mí se me figura que ha sido otro el que ha tramado esta intriga.

—Tambien lo creo yo, respondió flemáticamente el caballero.

—Y ese hombre, continuó el duque llenando de nuevo su vaso, que condujo á medio camino de su boca, ese hombre... tan cierto como está compuesta esta bebida, que al parecer no os gusta, del mejor vino que se vendimia en Dijon, de la mejor miel que se estrae de Narbona y de las aromas mas finas que se cogen en la tierra de Asia (el duque vació el vaso), ese hombre no es otro que el infame Clisson.

Y dió un puñetazo encima de la mesa.

—Soy de vuestra opinion, respondió con la misma tranqui-

Digitized by Google

lidad Pedro de Craon, que al parecer se habia propuesto aumentar en frialdad á medida que el duque de Bretaña aumentaba en cólera.

—¡Y habeis salido de París con esa conviccion en el corazon, sin intentar vengaros de ese hombre!...—

—Tuve intencion de hacerlo, pero me contuvo una reflexion.

—¿Cuál? preguntó el duque recostándose á su vez en un sillon.

—¿Cuál? dijo Pedro apoyando á su vez los codos en la mesa, su barba en las manos, y mirando fijamente al duque; ¿cuál? Vais á conocerla, monseñor. Me dije á mí mismo: ese hombre que acaba de insultarme á mí, simple caballero, ultrajó un dia á un duque, á un duque tan poderoso y tan rico, que podia hacer armas contra un rey. Ese duque habia dado el castillo de Gavre al famoso Juan Chandos; y cuando anunció á Clisson esta donacion, que ciertamente tenia derecho para hacerla, Clisson le dijo: El diablo me lleve, monseñor, si alguna vez es vecino mio un inglés. Aquella misma tarde fué tomado el castillo de Gavre y arrasado al siguiente dia. Ya no recuerdo á quién hizo el condestable ese insulto; solo sé que fué á un duque. ¡A vuestra salud, monseñor!

Pedro de Craon tomó su vaso, le vació de una vez y le dejó encima de la mesa.

—¡Por el alma de mi padre!... esclamó el duque, me decís eso para incomodarme, porque no ignorais que á mí se me hizo ese desacato; pero sabeis tambien que seis meses despues se hallaba el culpable prisionero en este mismo castillo en que nos hallamos.—

Digitized by Google

—Y del cual salió sano y salvo.

—Sí, pagándome 100,000 libras, abonándome una ciudad y entregándome tres castillos.

—Pero conservando su vida, dijo Craon levantando la voz; su vida, á la que no se atrevió á atentar el poderoso duque de Bretaña por temor de incurrir en el odio de su soberano: ¡100,000 libras, una ciudad, tres fortalezas! buen modo de vengarse de un hombre que posee 1,700,000 libras de plata, diez ciudades y veinte fortalezas. Hablemos con franqueza, primo mio: vos le teníais aquí desarmado, encadenado y en el mas lóbrego de vuestros calabozos; le odiábais de muerte y no os atrevísteis á dársela.

—Lo habia mandado á Bavalan, y Bavalan no lo hizo.

—Obró como debia, monseñor; porque cuando el rey le hubiera reclamado como asesino del condestable, tal vez el que le habia dado aquella órden no se hubiera atrevido á incurrir en la cólera real; tal vez el servidor fiel, que no habia sido mas que la espada, fuera abandonado por el brazo que le dirigió; y cuanto mejor templado está un acero, tanto mas fácil es que se rompa.

—Primo, dijo el duque poniéndose de pié, parece que sospechais de mi honor; habia dado á Bavalan mi palabra de protegerle, y le hubiera protegido, aun cuando fuera contra el rey de Francia, contra el emperador de Alemania ó contra el Papa de Roma. Solo me queda un pesar, continuó sentándose con aire sombrío y recobrando todo su odio, y es que Bavalan me haya desobedecido, y que nadie se haya presentado para hacer lo que él no se atrevió á ejecutar.

—Y si alguien se presentase con este objeto, ¿estaria se-

Digitized by Google

guro, despues de terminado el negocio, de encontrar en el duque de Bretaña un asilo y un apoyo?

—Un asilo tan seguro como lo es el santuario de una iglesia, dijo el duque con voz sonora, un apoyo tan fuerte como puede darle este brazo; y lo juro por la tumba de mis padres. Venga un hombre, es cosa ofrecida.

—Y aceptada, monseñor, esclamó Craon levantándose y apretándole la mano con una fuerza, de la que no le hubiera creido capaz el duque. ¿Por qué no lo dijisteis antes? Seria ya negocio concluido.

El duque miró á Craon con sorpresa.

—Es decir, prosiguió este cruzándose de brazos, es decir que habiais creido que aquella injuria habia resbalado en mi pecho como la punta de una lanza en el acero de una coraza. ¡No, no! se ha fijado en él y le despedaza. Creiais en mi alegria esterior y pensábais que ningun cuidado me ocupaba; pero muchas veces me habeis dicho, sin embargo, que estaba pálido, y esta palidez proviene del cáncer que me roe, y que me roerá el corazon con los dientes de ese hombre, mientras que ese hombre viva. Ahora recobraré los colores de la alegria y de la salud; desde hoy entro en la convalecencia, y dentro de algunos dias espero estar curado radicalmente.

—¿Pues cómo?

Craon se sentó.

—Escuchad, monseñor, porque no aguardaba mas que esa pregunta para revelaros cuanto hay sobre el particular: tengo en Paris, cerca del cementerio de San Juan, un magnífico palacio, habitado solamente por un conserge, hombre de toda mi confianza. Hace mas de tres meses que le escribí hi-

Digitized by Google

ciese provision de vinos, harina y carne salada; que comprase armas, cotas de malla, manoplas y cascos de acero para equipar á cuarenta hombres; y estos cuarenta hombres me encargué yo de reclutarlos: los he elegido ya, y son compañeros emprendedores, que no temen ni á Dios ni al demonio, y que bajarian al infierno con tal que fuese yo á su cabeza.

—Pero os descubrirán, dijo el duque, si entrais en París con esa tropa.

—Me guardaré bien. Hace dos meses que á medida que los recluto los encamino á la capital en partidas de tres ó cuatro; y les tengo dada órden de que una vez en el palacio, no salgan de él, y al conserge le he mandado que no les escasee nada: son una especie de frailes que están trabajando para ganar el infierno. ¿Comprendeis ahora, monseñor? Ese infame condestable vá casi todas las noches al palacio del rey, se retira á las doce para ir á su casa, que se halla situada en la calle de Bretaña, y pasa por delante del cementerio de San Juan, donde se halla la mia.

—El plan está bien combinado, dijo el duque.

—Y corresponderán los resultados, si Dios no se mete por medio, porque esta es obra del demonio.

—¿Y cuánto tiempo permaneceréis aquí todavía, donde sois bien recibido?

—El que se necesite para ensillar mi caballo. Un escudero me trajo esta mañana esta carta del conserge, en la que me dice que todos mis hombres han llegado ya y que mi compañía está completa.

Pedro de Craon llamó á su escudero y le mandó ensillar el caballo.

Digitized by Google

—¿Y no os quedareis siquiera esta noche en el castillo de Hermine? dijo el duque viendo aquellos preparativos.

—Agradezco vuestra fineza, monseñor; pero ahora que todo está dispuesto, que solo á mi aguardan, ¿cómo quereis que tarde una hora, un minuto, un segundo? Debo marchar al instante y por el camino mas corto: necesito aire, espacio, movimiento. Adios, monseñor, me habeis dado vuestra palabra....

—Y la renuevo.

—Pediros otra, seria dudar de la primera: gracias.

A estas palabras se ciñó el cinturon de la espada, se arregló las botas de cuero gris con vueltas de tafilétes encarnados, y despidiéndose del duque, montó precipitadamente á caballo.

Cabalgó tanto y tan bien, que á la tarde del sétimo dia, despues de su salida del castillo de Hermine, divisó las torres de Paris. Aguardó á que la noche hubiese cerrado para entrar en aquella capital, y llegó á su palacio sin que nadie reparase en él. Cuando se apeó llamó al escudero que guardaba la puerta, y le mandó que no permitiese entrar á nadie en la sala en que se hallaba, so pena de sacarle los ojos. El escudero trasmitió la misma órden al conserge que guardaba el palacio, y consignó en su habitacion á su mujer, hijo y doncella.

Hizo bien, dice candidamente Froissar, porque si mujer y niños hubiesen andado por las calles, la llegada de Craon se hubiera sabido al instante: mujer y niños, por naturaleza, revelan cuanto ven y cuantos secretos descubren.

Tomadas estas precauciones, messire Pedro de Craon en-

Digitized by Google

gió entre su gente á los mas inteligentes, y los dió á reconocer al conserge para que pudiesen salir y entrar libremente. Les encargó que espiasen los pasos del condestable y que le siguiesen á todas partes, á fin de que le informasen de cuanto hacia. De este modo sabia todas las tardes dónde habia estado por la mañana y á dónde debia ir por la noche; sin embargo, las cosas permanecieron en este estado, y sin que se le presentase una ocasion oportuna para satisfacer su venganza, desde el 14 de mayo hasta el 18 de junio, dia del Corpus.

En celebridad de aquella fiesta, el rey de Francia recibió á todos los barones y señores que se hallaban en París, y los convidó á un banquete, al que asistian la reina y la duquesa de Turena. Concluida la comida, para divertir á aquellas damas se mantuvo una justa en el cercado de palacio por los caballeros jóvenes y escuderos; y messire Guillermo de Flandes, conde de Namur, proclamado vencedor por los heraldos, recibió el premio de las manos de la reina y de las de madama Valentina; por la noche se bailó hasta la una, hora en que cada cual se retiró á su casa ó posada, y casi todos salieron sin escolta.

Messire Oliverio de Clisson se habia quedado de los últimos, y despues de haberse despedido del rey, pasó á la habitacion del duque de Turena; encontróle ocupado en arreglar su traje en vez de quitárselo, y viéndole entretenido en aquellos detalles, le preguntó sonriéndose si iba á dormir á casa de Poulain.

Poulain era el tesorero del duque; y muchas veces, bajo pretesto de arreglar las cuentas de sus haciendas, salia este por la tarde del palacio de San Pablo, lo que no hubiera po-

Digitized by Google

dido verificar por la noche, porque estaba custodiado como residencia real, se dirigia á la cruz de Tiroy, donde vivia aquel hombre, y desde allí iba adonde le acomodaba. El duque comprendió lo que el condestable le decia; y poniéndole la mano en el hombro, le contestó riendo:

—Condestable, ignoro todavía dónde dormiré, y si para ello tendré que ir lejos ó quedarme cerca. Tal vez no saldré esta noche del palacio de San Pablo; pero por lo que á vos hace, es hora ya de que os retireis.

—Dios os dé buena noche, monseñor, dijo el condestable.

—Gracias. En cuanto á ese particular, respondió el duque riendo, no tengo por qué quejarme, y casi creo que Dios se ocupa mas de mis noches que de mis dias.

—Adios, Clisson.

El condestable conoció que le incomodaria si se detuviese allí por mas tiempo: le saludó y fué buscar á sus criados, que le aguardaban con los caballos en la plaza de palacio. Su comitiva se componia de ocho hombres armados y de dos lacayos con antorchas.

Cuando el condestable estuvo á caballo, los dos lacayos encendieron sus hachas, y precediéndole tomaron el camino de la calle de Santa Catalina. El resto de la comitiva marchaba detrás de él, menos un escudero, á quien habia llamado á su lado para encargarle que cuidara de una comida que el dia siguiente daba el duque de Turena á sire de Coucy, á mesaire Juan de Vienne y á algunos otros caballeros, y para la que deseaba que no se omitiese gasto alguno.

En aquel momento se acercaron dos hombres á los lacayos y apagaron las hachas.

Digitized by Google

Messire Oliverio paró de pronto el caballo; pero creyendo que seria una chanza del duque de Turena que se le habria reunido, esclamó con tono alegre:

—Por vida mia, monseñor, que habeis procedido con mucha ligereza; pero os lo perdono, porque sois jóven y no os ocupais mas que de los juegos y de los placeres.

Volvióse, y vió que un gran número de caballeros desconocidos se habian confundido con los que le acompañaban, y que dos de los recien llegados se habian colocado á pocos pasos de él. Entonces empezó á sospechar algun peligro, y parándose otra vez dijo:

—¿Quién sois? ¿y qué significa...

—¡Muera! ¡muera Clisson! respondió el hombre que mas cerca de él estaba desenvainando la espada.

—¡Muera Clisson! esclamó el condestable; muy arrogantes son esas palabras. ¿Y quién eres tú para pronunciarlas?

—Pedro de Craon, vuestro enemigo, dijo el caballero; me habeis enojado tanto, que es preciso que me vengue.

Y apoyándose entonces en los estribos, se volvió á su gente:

—Tengo al que buscaba, esclamó. ¡A ellos! ¡á ellos!

A estas palabras, se precipitó sobre el condestable, mientras que su gente hería y dispersaba á su tropa. Aunque sin armadura y desapercibido messire Oliverio, no era hombre que volvia la espalda al peligro. Desenvainó un machete de dos piés de largo, que mas bien llevaba como adorno que como defensa, y cubriéndose la cabeza con el brazo izquierdo, arrinconó su caballo á la pared para que solo se le pudiera atacar por delante.

Digitized by Google

—¿Los matamos á todos? preguntaba la gente de Pedro de Craon.

—Sí, respondia este atacando al condestable. ¡Pero ayudadme, ayudadme, para que este maldito condestable muera! ¡Venid!

Dos ó tres hombres se destacaron y fueron en su ayuda. A pesar de la fuerza y destreza de Clisson, no podia ser duradera una lucha tan desigual; y mientras que paraba un golpe con el brazo izquierdo y tiraba una cuchillada con el derecho, la espada de messire de Craon cayó encima de su cabeza. Clisson arrojó un suspiro, soltó el machete y cayó del caballo, dando con la cabeza contra una puerta, que se abrió al golpe, y quedó tendido en tierra con medio cuerpo en la casa de un tahonero, que habiendo oido aquel estrépito de hombres y caballos, entreabrió la puerta para ver quién causaba aquel ruido.

Messire Pedro de Craon quiso entrar á caballo en aquella casa, pero no pudo conseguirlo porque era muy bajo el portal.

—¿Quereis que me apee y que acabe de dar cuenta de él? preguntó uno de sus hombres.

Craon, sin responder, hizo andar á su caballo por encima de las piernas del condestable, y viendo que no daba ninguna señal de vida:

—Es inútil, dijo: si no ha muerto, poco le falta; ha sido herido en la cabeza, y no levemente, puedo asegurárselo. Conque, señores, corriendo, fuera de la puerta de San Antonio.

Apenas desaparecieron los asesinos, cuando los criados del condestable que no habian sufrido un gran descalabro, se

Digitized by Google

recogieron alrededor del cuerpo de su amo. El tahonero, viendo que aquel hombre era messire de Clisson, prestó su casa gustoso, le colocó en una cama, se encendió luz y dieron todos gritos de dolor, porque le creyeron muerto cuando vieron en su frente la profunda herida que había recibido y cubiertos de sangre su rostro y sus vestidos.

Uno de ellos, sin embargo, corrió al palacio de San Pablo, y como le reconocieron por un criado del condestable, le introdujeron en la cámara del rey, que fatigado de la fiesta y del baile, se había retirado de la habitacion de la reina y se disponia á pasar la noche en la suya. Iba ya á meterse en la cama cuando entró aquel hombre pálido, desgreñado, y gritando:

—¡Oh! monseñor, monseñor, ¡qué triste acontecimiento y qué gran desgracia!

—¿Qué ha sucedido? dijo el rey.

—Messire Oliverio de Clisson, vuestro condestable, acaba de ser asesinado.

—¿Y quién ha cometido ese crímen? preguntó el rey.

—¡Ah! lo ignoramos; pero ese contratiempo le ha sucedido cerca de vuestro palacio, en la calle de Santa Catalina.

—¡Pronto! dijo Cárlos, ¡hachas! ¡hachas! criados. Muerto ó vivo, quiero volver á ver á mi condestable.

Se echó encima de los hombros una hopalanda, le calzaron los zapatos, y en menos de cinco minutos se hallaban reunidos los guardias y ugieres que estaban de servicio. El rey no quiso aguardar á que le trajeran un caballo, y salió á pié del palacio de San Pablo, acompañado tan solo de los pajes

Digitized by Google

que le alumbraban y de sus chambelanes messire Guillermo Martel y messire Helion de Lignat.

No tardó en llegar á la casa del tahonero; su comitiva se quedó á la puerta, él entró, y marchando derecho á la cama, tomó la mano al herido, y le dijo:

—Soy yo, condestable; ¿cómo estais?

—Muy débil, señor, contestó Clisson.

—¿Y quién os puso en tan lastimoso estado, valiente Oliverio?

—Messire Pedro de Craon y sus cómplices, que traidoramente me atacaron estando yo desapercibido.

—Condestable, dijo el rey estendiendo la mano sobre él, os juro por mi corona que ningun crímen habrá sido tan severamente espiado como este; pero ocupémonos ahora de vuestra situacion. ¿Dónde están los facultativos?

—Han ido á buscarlos, monseñor, dijo el criado del condestable.

En aquel momento entraron.

El rey salió al encuentro al que iba delante, y le condujo á la cama.

—Observad á mi condestable, señores, y decidme en qué estado se halla, porque me apesadumbra mas su herida que si la espada me hubiera alcanzado á mí mismo.

Los médicos reconocieron al herido, pero el rey estaba tan impaciente, que apenas les dió tiempo de atar los vendajes.

—¿Corre algun peligro, señores? preguntaba á cada momento: ¡respondedme!

El que parecia mas hábil se volvió hácia el rey.

Digitized by Google

—No, señor, dijo, y juramos que dentro de quince dias le entregaremos á caballo á S. A.

El rey buscó una cadena, una bolsa, cualquiera cosa para dar á aquel hombre; pero no encontrando nada le abrazó, se dirigió al condestable, y le dijo:

—Ya ois, Oliverio; dentro de quince dias estareis tan bueno como si nada os hubiera sucedido. Me habeis dado muy buenas noticias, señores, y no me olvidaré de los grandes conocimientos que teneis en vuestra facultad. En cuanto á vos, Clisson, no penseis mas que en curar pronto; ya os he dicho y repito, que ningun delito habrá merecido jamás la pena que á este reservo; que ningun traidor habrá sido castigado jamás con tanta severidad; que ninguna sangre vertida habrá hecho correr jamás tanta sangre. Descansad en mi palabra; tomo la ofensa por mia.

—Dios os lo premie, señor, dijo el condestable, y ojalá os recompense tambien la visita que me haceis.

—Y no será la última, querido Clisson, porque voy á mandar que os lleven á mi palacio, que está mas cerca de esta casa que el vuestro.

Clisson quiso besar la mano al rey; pero Cárlos le abrazó como lo hubiera hecho con un hermano.

—Me es indispensable dejaros, Clisson, porque he llamado á San Pablo al preboste de la ciudad de Paris, y tengo que comunicarle algunas órdenes.

Saludó al condestable, y entró en su palacio, donde encontró efectivamente al que habia mandado llamar.

—Preboste, le dijo el rey precipitándose en un sillon, tomad soldados de todas partes, de donde quieras, de donde po-

Digitized by Google

dais, que monten en los mejores caballos de mis caballerizas, y por caminos y veredas, por montes y valles perseguid al traidor Craon, que ha herido á mi condestable, y sabed, que el mejor servicio que podeis hacerme es el de encontrarle, prenderle y conducirle á mi presencia.

—Señor, haré cuanto esté de mi parte, respondió el preboste; pero no se sabe qué camino ha tomado.

—Eso es cuenta vuestra, dijo el rey; informaos y practicad diligencias. Marchad.

El preboste salió.

La comision que el preboste llevaba era árdua, porque en aquella época las cuatro puertas principales de París estaban abiertas de dia y de noche, en virtud de una órden que al regresar de la batalla de Rosebecque, en la que el rey deshizo á los flamencos, messire Oliverio de Clisson habia solicitado aquella órden, á fin de que el rey mandase sin oposicion en su ciudad de París, cuyos habitantes se habian revolucionado durante su ausencia. Las puertas habian sido arrancadas de sus goznes y los batientes arrojados al suelo; habianse quitado tambien las cadenas de las calles y de las encrucijadas, para que la guardia del rey pudiera correrlas de noche.

Y decidme, ¿no fué maravilloso que messire de Clisson, que habia provocado aquella medida, fuera el primero que esperimentara sus inconvenientes? Si las puertas hubiesen estado cerradas y puestas las cadenas, messire Pedro de Craon no se hubiera atrevido nunca á ultrajar al rey ni al condestable como los ultrajó, porque hubiera sabido que una vez cometido el crimen, no habria podido eludir el castigo.

Pero no sucedia así: al llegar al sitio designado, messire

Digitized by Google

de Craon y sus cómplices encontraron las puertas abiertas y el campo libre. Unos dicen que atravesó el Sena por el puente de Charenton; otros pretenden que pasó por debajo de Montmartre, y que dejando á la izquierda la puerta de San Honorato, atravesó el rio por Ponzon. Lo cierto es que á los ocho dias llegó á Chartres con los de su comitiva que mejor montados estaban, porque los otros se habian dispersado, tanto por haberse cansado sus caballos, como por no llamar la atencion yendo todos reunidos. Allí encontró caballos de refresco en casa de un canónigo que habia sido su capellan, y que por órden suya los reunió, ignorando el uso que de ellos se queria hacer. Una hora despues se hallaba en el camino del ducado de Mena, y á las treinta horas en su castillo de Sablé, donde se detuvo porque se creyó en seguridad.

El preboste, por órden del rey, habia salido de París con unos sesenta hombres armados; habia emprendido la marcha por la puerta de San Honorato, y como encontró pisadas frescas de caballos, las siguió hasta Chenevienne. Viendo en aquel punto que se dirigian hácia el Sena, preguntó á un guarda del Ponzon si por la madrugada habia pasado alguna gente; este le contestó que á eso de las dos habia visto atravesar el rio á doce hombres montados, pero que no habia reconocido á nadie, en atencion á que los unos iban armados de punta en blanco y los otros embozados en sus capas.

—¿Y qué camino han tomado? preguntó el preboste.

—El de Evreux, respondió aquel hombre.

—Claro está, replicó el preboste, van en derechura á Chebour.

Y tomó el camino de aquella ciudad dejando el de Chartres.

Digitized by Google

A las tres horas de marcha encontraron á un hidalgo que cazaba liebres, quien satisfaciendo á sus preguntas, contestó que por la mañana había visto unos quince hombres á caballo, que al parecer iban estraviados y estaban indecisos, y que habian tomado el camino de Chartres.

Aquel hidalgo los acompañó al sitio en que los caballeros atravesaron el campo; y como la tierra estaba blanda y húmeda de resultas de las últimas lluvias, vieron efectivamente en el suelo las pisadas de una tropa bastante considerable: el preboste y sus soldados, partiendo al trote, volvieron á tomar el camino de Chartres; pero en el rodeo que dieron emplearon mucho tiempo y llegaron á aquella ciudad muy entrada ya la noche.

Allí supieron que messire Pedro de Craon había pasado por la mañana. Se les dijo el nombre del canónigo en cuya casa se desayunó y mudó de caballos; pero todas aquellas noticias llegaban ya demasiado tarde, porque era imposible alcanzar al culpable. El preboste dió la órden de regresar á París, y llegó á aquella capital el sábado por la tarde.

El duque de Turena había enviado tambien en persecucion de su antiguo favorito á messire Juan de Barros, quien había reunido cincuenta caballos. Salió por la puerta de San Antonio, donde encontrándose sin guía y careciendo de todo indicio, torció á la derecha, pasó el Marne y el Sena por el puente de Charenton, atravesó Etampes y llegó á Chartres el sábado por la tarde.

En esta ciudad adquirió las mismas noticias que se habian dado al preboste; y careciendo de toda esperanza, como él, de alcanzar al que perseguia, volvió grupas y tomó otra vez el camino de París.

Digitized by Google

Durante este intermedio, los guardias del rey, que hacian una batida en los campos inmediatos, encontraron en una aldea á pocas leguas de París dos hombres armados y un paje, que no pudieron seguir á messire de Craon á causa del cansancio de sus caballos; fueron presos inmediatamente, conducidos á París y encerrados en la cárcel.

Dos dias despues los llevaron á la calle de Santa Catalina, y delante de la casa del tahonero en que se cometió el crímen, les cortaron los puños; en seguida los condujeron al Mercado, donde se les cortó la cabeza y los colgaron de los piés en la horca.

El miércoles siguiente sufrió el mismo suplicio el conserge, que por no haber denunciado el crímen, incurrió en la misma pena que los que le habian cometido.

El canónigo en cuya casa messire Pedro de Craon habia mudado de caballos, fué preso y juzgado por el tribunal eclesiástico. Le despojaron de todos sus bienes y rentas y por favor especial, y por haber sostenido constantemente que no habia tenido noticia del crímen, se le dejó la vida, pero se le sentenció á alimentarse con pan y agua en perpétua prision.

En cuanto á messire Pedro de Craon, se le juzgó como á contumaz: se le confiscaron sus bienes, su muebles pasaron al tesoro, y sus tierras fueron distribuidas al duque de Turena y á los cortesanos del rey.

El almirante Juan de Vienne, encargado de apoderarse del castillo Bernard, entró de noche en aquella fortaleza con sus soldados; hizo levantar de la cama á Juana de Chatillon, esposa de Pedro de Craon, una de las mujeres mas hermosas de aquella época, y la mandó arrojar desnuda con su

Digitized by Google

hija á la puerta de su casa. El palacio en que se trumó el complót fué arrasado, y su terreno se agregó al cementerio de San Juan. La calle de Craon que su noble señor habia bautizado, recibió el nombre de calle de Mauvais-Garzons, nombre que lleva todavía.

Cuando recibió estas noticias y supo que se le habia juzgado, no se creyó seguro messire Pedro de Craon en su castillo de Sablé, y marchó al del duque de Bretaña. Este conocia ya el resultado de aquella desgraciada empresa, y sabia que su enemigo comun no habia muerto; así es que cuando vió entrar á su primo avergonzado en aquella sala de la que salió tan arrogante, no pudo menos de esclamar:

—¡Ah! primo, poco valeis cuando no habeis podido matar á un hombre que estaba en vuestro poder.

—Monseñor, respondió Pedro, creo que todos los demonios del infierno le han guardado y librado de mis manos, porque yo solo le he tirado mas de sesenta cuchilladas, y os juro por Dios, que le creí muerto cuando cayó del caballo; pero la suerte quiso que una puerta estuviese entornada en vez de estar cerrada, y que cayese dentro en vez de caer fuera; si hubiese caido en la calle, le hubiéramos pulverizado á los piés de nuestros caballos.

—Sí, dijo el duque con aire sombrío, pero ha sucedido lo contrario, ¿no es verdad? Y ahora que estais aquí, sé de positivo que no tardaré en recibir noticias del rey, pero no importa, primo; sea cual fuere la guerra en que incurra por causa vuestra, os habia dado mi palabra de recibiros: bien venido seais.

El anciano duque dió la mano al caballero, y llamó á un escudero para que trajese vino y dos vasos.

Digitized by Google

CAPITULO VII.

La locura del rey.

El duque de Bretaña conoció bien el peligro á que se esponia dando asilo y proteccion á messire Pedro de Craon. En efecto, tres semanas despues del acontecimiento que acabamos de referir, un correo con las armas del rey se detuvo á la puerta del castillo de Hermine, preguntó por el duque de parte de su real amo, y le entregó una carta sellada con las armas de Francia.

Aquella carta era la de un soberano á un vasallo: el rey

Digitized by Google

Cárlos reclamaba en nombre de la justicia de París á messire Pedro de Craon, como traidor y asesino, y amenazaba, en caso de negarse á ello, al duque de Bretaña con que iria él mismo á buscar á viva fuerza á su culpable.

El duque recibió noblemente al correo real, se quitó una magnífica cadena de oro que llevaba en su pecho, se la puso al cuello, y mandó á sus criados que le festejasen mientras que él contestaba al rey. Al dia siguiente le dió la contestacion al correo con nuevas pruebas de liberalidad.

El duque aseguraba al rey que se engañaron cuando le dijeron que messire Pedro de Craon estaba en Bretaña, que ignoraba el retiro de aquel caballero y los motivos que tenia para odiar al condestable, y que por consiguiente suplicaba á S. A. se sirviese admitir sus escusas.

El rey recibió la carta en el seno de su consejo, la leyó repetidas veces y con semblante sombrío, y arrugándola despues entre sus manos, esclamó riendo amargamente:

—¿Sabeis, señores, lo que me dice mi primo de Bretaña? Me asegura por su honor, que ignora dónde se halla el traidor y asesino Craon. ¿No os parece, añadió, que su honor corre mucho peligro? Manifestadme vuestra opinion.

—Primo, replicó el duque de Berry levantándose, creo que el duque de Bretaña dice lo que debe decir; y una vez que messire de Craon no está á su lado, no puede responder de él.

—Y vos, hermano, ¿qué pensais?

—Con vuestro permiso, señor, pienso que el duque de Bretaña ha dicho eso con el objeto de dar tiempo al asesino para que se refugie en Inglaterra y....

Digitized by Google

El rey le interrumpió.

—Y teneis razon, Turena: en cuanto á vos, tio, sé que el condestable no es amigo vuestro, y he oido decir, aunque nunca os hablé de ello, que el dia mismo que se cometió el asesinato recibisteis un criado de messire de Craon, el cual os revelé todo el complót; y que, bajo pretesto de no haber dado crédito á sus palabras y para no turbar la fiesta, nada dijisteis: lo sé, tio, y por buen conducto; sin embargo, os queda un medio de probarme que me equivoco ó que estoy mal informado, y es el de acompañarme á Bretaña, á donde voy á hacer la guerra. Ese duque, que no es inglés, ni francés, ni perro, ni lobo, me incomoda, porque no se sabe si ladra ó aulla: la Bretaña no puede olvidar que ha sido reino, y se le hace muy duro ser provincia; pero si es preciso, descargaré tan fuertes y tan repetidos golpes sobre su corona ducal, que arrancaré de ella las hojas de pámpano y las daré en baronía á uno de mis servidores, como doy á mi hermano en este momento el ducado de Orleans en lugar del de Turena.

El duque se inclinó.

—Sí, sí, hermano mio, continuó el rey, y os le doy tal como le poseyó Felipe, con todas sus rentas y dependencias; y en lo sucesivo no os llamaré Turena, porque este ducado se incorpora desde hoy á la corona, y sí Orleans, porque desde hoy os pertenece este ducado. Ya oisteis, tio, marcharemos todos y vos nos acompañareis.

—Señor, respondió el duque de Berry, siempre será para mí un honor acompañaros adonde vayais; pero creo que seria conveniente llevar en nuestra compañía á nuestro hermano de Borgoña.

Digitized by Google

—Bien, dijo el rey, se lo suplicaremos; si esto no basta, se lo mandaremos; y si no es tampoco suficiente, iré yo mismo á buscarle. Si quereis mi palabra de que no haremos el viaje sin él, os la doy tambien. Cuando se insulta á un rey de Francia, se insulta á toda la nobleza, y no hay escudo puro mientras que el escudo real esté manchado. Preparad vuestras armaduras, tio, porque dentro de ocho dias emprenderemos la marcha.

El rey levantó la sesion pero fué para encerrarse con sus secretarios. El mismo dia veinte caballeros de nombradía, á cuyo frente figuraba el duque de Borgoña, recibieron órden de pasar á París con toda la gente que pudieran reunir. Aquella órden fué ejecutada inmediatamente, porque todos los verdaderos franceses aborrecian al duque de Bretaña: decíase hacia mucho tiempo que el rey hubiera tomado el partido de marchar contra él, á no habérselo impedido el conde de Flandes y la duquesa de Borgoña; que era inglés en el alma, y que el odio que profesaba á Clisson provenia de que este se habia hecho francés. Pero las últimas órdenes dadas eran tan terminantes y tan severas, que se esperaba que el rey llevaria á efecto su proyecto si no mediaba alguna traicion; porque se tenia el convencimiento de que muchos de los que debian marchar con el rey obedecerian de mala gana, y se nombraba con mucho misterio á los duques de Berry y de Borgoña.

Efectivamente, este último se hacia aguardar y decia que aquel viaje heria mucho sus provincias; que aquella guerra era injusta y que acabaria mal; que á algunas personas nada interesaban las desavenencias del condestable y de messire Pedro de Craon; que no era puesto en razon obligarles á tomar

Digitized by Google

las armas por ellos, y que bien pudiera arreglarse sin gravar á las infelices provincias. De este parecer era el duque de Berry; pero el rey, el duque de Orleans y todo el consejo opinaban lo contrario, y los dos duques no tuvieron otro recurso que el de resignarse á obedecer.

Luego que el condestable pudo montar á caballo, el rey dió la órden de salir de París; despidióse de la reina, de madama Valentina y de todas las damas que vivian en el palacio de San Pablo, y fué á cenar con los duques de Orleans y de Borbon, el conde de Namur y el señor de Coucy, en casa de sire de Montaigne, donde hizo noche.

Al dia siguiente salió con grande aparato de guerra, pero se detuvo en Saint-Germain-en-Laye con objeto de aguardar á los duques de Berry y de Borgoña; viendo que no venian les envió tales órdenes, que hubieran incurrido en el delito de rebelion si no las hubiesen obedecido, y siguió su marcha, á pesar de que los médicos le aconsejaban lo contrario, diciéndole que estaba muy débil; pero le empujaba una voluntad tan fuerte, que contestaba á todas sus observaciones, que no comprendia lo que decian porque nunca habia estado tan bueno.

Marchó, pues, pasó el Sena, tomó el camino de Chartres y se detuvo en Anneau, hermoso y fuerte castillo de sire de La Rivière, quien recibió al rey con respeto y magnificencia. Cárlos se detuvo en él tres dias: el cuarto por la mañana emprendió otra vez el camino de Chartres y se hospedó en el palacio episcopal con los duques de Borbon y de Orleans.

Al cabo de dos dias, el rey vió llegar al duque de Berry y al conde de La Marche. Les preguntó si sabian dónde se hallaba el duque de Borgoña, y le contestaron que no tardaria

Digitized by Google

en llegar. En efecto, el cuarto dia dijeron al rey que entraba en la ciudad.

Cárlos permaneció siete dias en Chartres, al cabo de los cuales marchó á Mans. En el camino se le reunian hombres de armas que llegaban de Artois, de Picardía, de Vermandois, y en fin, de todas las provincias de la Francia, todos ellos muy irritados contra el duque de Borgoña que tantas estorsiones les causaba: el rey tenia buen cuidado de alimentar aquella cólera, y la aumentaba con la suya.

Sin embargo, habia calculado mal sus fuerzas: el estado de irritacion contínua en que le tenian los inconvenientes suscitados á cada momento por sus tios para estorbar el viaje, abrasaba su sangre en términos, que al llegar á Mans se apoderó de él una fiebre ardiente impidiéndole montar á caballo: vióse en la necesidad de detener su marcha, á pesar, decia, que el descanso le hacia mas daño que la fatiga; pero sus médicos, sus tios, y hasta el mismo duque de Orleans, fueron de opinion de permanecer dos ó tres semanas donde se hallaban.

Aprovecháronse de aquella detencion para inclinar el ánimo del rey á que enviase otro mensaje al duque de Bretaña, para cuyo efecto fueron nombrados messire Regnault de Roye, sire de Garenciers, sire de Chatel-Morant y messire Taupin de Cantomelle, castellano de Gisors; pero el rey quiso que la embajada tuviese un carácter que no pudiera desconocer aquel á quien iba dirigida.

Los cuatro comisionados marcharon, pues, de Mans, y acompañados de cuarenta lanzas, atravesaron la ciudad de Angers tocando marcha y con banderas desplegadas. Dos

Digitized by Google

dias despues llegaron á Nantes, donde encontraron al duque.

Espusiéronle la peticion del rey, reducida á que le entregase á messire de Craon; pero el duque, como la primera vez, despues de haber regalado á los embajadores, les contestó que le era imposible entregarles al hombre que le reclamaban, en atencion á que no sabia su paradero; que sí habia oido contar por espacio de un año que messire de Craon odiaba al condestable con todo su corazon, y que le habia jurado guerra á muerte; que aquel caballero le habia dicho que donde encontrara á Clisson, ora fuese de dia, ora de noche, le mataria; pero que nada mas sabia, y que estrañaba que el rey fuese contra él por una cosa que tan poco le interesaba.

Muy enfermo estaba Cárlos cuando le llevaron esta contestacion; pero no fué este un obstáculo para que diera la órden de seguir la marcha, y llamó á sus escuderos para que le armasen. En el momento en que se levantaba de la cama, un enviado llegó de España, fué introducido en su habitacion, y le entregó una carta que llevaba el siguiente sobre: *A nuestro muy temido señor el rey de Francia.*

Aquella carta era de la reina de Aragon. En ella manifestaba al rey que deseosa de complacerle en todo y enterada del asunto que en aquel momento le ocupaba, habia mandado detener y prender en Barcelona á un caballero desconocido que habia fletado á precio de oro un buque para pasar á Nápoles; y sospechando fuese messire de Craon, se lo comunicaba para que enviase inmediatamente hombres que le reconociesen y se le llevasen, caso de que no se hubiese engañado, y concluia diciendo tendria mucho placer en que aquellas noticias fuesen agradables á su primo y señor.

Digitized by Google

Cuando llegó aquella carta, los duques de Borgoña y de Berry esclamaron que la campaña habia terminado ya y que se debia licenciar á todos los guerreros que se habian reunido, puesto que el hombre á quien se buscaba habia sido sin duda alguna detenido. El rey no atendió á aquellas razones, y solo se pudo conseguir de él que enviase á un caballero á Barcelona para asegurarse de la verdad. Al cabo de tres semanas regresó el mensajero y anunció que el detenido no era messire Pedro de Craon.

Encolerizóse el rey contra sus tios, porque conoció que ellos ocasionaban todos aquellos retardos, y resolvió no escuchar mas que su deseo. Llamó á su cámara á los mariscales, porque padecia tanto, que no salia de ella, y mandóles que todas sus gentes y equipajes marchasen á Angeres, pues que no queria volver atrás hasta despues de haber depuesto al duque y nombrado un ayo á sus hijos.

El dia siguiente entre nueve y diez de la mañana, despues de haber oido misa y desmayádose en ella, montó el rey á caballo; estaba tan débil, que el duque de Orleans tuvo que ayudarle á colocarse en la silla. El duque de Borgoña se encogió de hombros al ver tal porfía, diciendo que era provocar á Dios con seguir adelante, cuando bajaban del cielo semejantes avisos. El duque de Berry se le acercó y le dijo en voz baja:

—Tranquilizos, hermano, todo lo he previsto; y si Dios nos ayuda, espero que esta noche iremos otra vez á dormir á la ciudad de Mans.

—No sé qué motivos tenéis para decir eso, replicó el duque de Borgoña; pero sea el que fuere el medio que empleemos para interrumpir el viaje, este medio será bueno.

Digitized by Google

El rey se puso en marcha y todos le siguieron. Una legua habrian andado cuando entraron en un inmenso y sombrío bosque contemporáneo de los druidas. Cárlos iba triste y melancólico; habia soltado las riendas de su caballo y apenas contestaba á los que le dirigian la palabra. Dejáronle que marchase solo delante, como al parecer lo deseaba. En esta disposicion habia marchado en silencio, hablando bajo, por espacio de hora y media, cuando un anciano vestido con una sábana blanca se lanzó de repente de entre dos árboles, donde estaba oculto, agarró la brida del caballo del rey y deteniéndole:

—¡Oh rey! ¡rey! esclamó: no sigas adelante, vuelve atrás, porque vas vendido.

El rey se estremeció al ver aquella inesperada aparicion; estendió los brazos y quiso gritar, pero su voz se heló; únicamente pudo indicar con gestos que apartasen de él aquel fantasma. En efecto, los guerreros se precipitaron sobre aquel hombre, y á fuerza de golpes le obligaron á soltar la brida; pero el duque de Berry corrió á su socorro y le arrancó de sus manos, diciendo que no era justo apalear á un loco, pues aquel hombre no podia ser otra cosa, y que le dejasen marchar. Aunque hubiera sido muy oportuno no escuchar semejante consejo, y muy acertado detener á aquel desconocido é interrogarle acerca de sus intenciones, estaban todos tan turbados, que dejaron decir y obrar como quiso al duque de Berry, mientras estaban ocupados en socorrer al rey, el hombre que habia causado todo aquel trastorno desapareció, y despues nadie supo de él, ó no le conocieron si le encontraron.

Digitized by Google

A pesar de este incidente, que por el momento hizo concebir grandes esperanzas á los duques de Berry y de Borgoña, el rey no se detuvo y no tardó en llegar al fin del bosque. Apenas salieron de él cuando sustituyó á la sombra una luz ardiente: el sol, que estaba á la mitad de su carrera, abrasaba toda la atmósfera: era por el mes de julio, y no habia hecho aun tanto calor como en aquel dia se sentia. En lontananza solo se divisaban arenales que ondulaban como olas y que reflejaban la luz: los caballos mas briosos bajaban la cabeza y relinchaban tristemente: los hombres mas robustos desfallecian y jadeaban. El rey, por quien se temia la brisa de la mañana, iba vestido de terciopelo y llevaba en la cabeza una caperuza de grana, en cuyos pliegues se entrelazaba un collar de gruesas perlas que la reina le regaló al tiempo de partir. Iba solo á fin de que el polvo no le incomodase; únicamente marchaban á su lado dos pajes, uno detrás de otro: el primero llevaba en la cabeza un casco de Montauban, de fino y claro acero, que reflejaba los rayos del sol: el segundo tenia una lanza encarnada, cuyo estremo terminaba con una punta de acero, maravillosamente trabajada, y que salia de los talleres de Tolosa. Sire de La Rivière habia comprado doce iguales, que dió al rey, y este regaló tres al duque de Orleans y tres al de Borbon.

Sucedió que el segundo paje, cediendo al calor que le abrumaba, se quedó dormido, y durante su sueño se le escapó la lanza, cuyo hierro tropezó con el casco del paje primero y el choque del acero contra el cobre produjo un sonido claro y agudo. El rey se estremeció de repente, fijó en el suelo sus desencajados ojos, púsose horrorosamente pálido, y clavando

Digitized by Google

las espuelas en el vientre de su caballo, desenvainó la espada y se precipitó sobre los dos pajes gritando:

—¡Adelante! ¡adelante contra esos traidores!

Asustados los pajes se separaron, huyendo cada cual por su lado. El rey continuó su carrera y se dirigió al duque de Orleans. Este no sabia si aguardar ó huir de su hermano, cuando oyó la voz del duque de Borgoña que le decia:

—Huid, sobrino de Orleans, huid: el rey quiere mataros.

En efecto, Cárlos, corriendo sin cesar en pos de él, blandia la espada como un furioso, de modo que el duque solo tuvo tiempo de desviar un poco su caballo para que el rey pasara.

Este siguió adelante; pero encontrándose con un caballero de Guyenne llamado el bastardo de Poligñac, le atravesó la garganta con su espada: la sangre saltó y el caballero cayó del caballo. La vista de aquella sangre, en vez de calmar al rey, aumentó mas y mas su frenesí; echó á correr, derribando cuanto encontraba, no dando ningun descanso á su caballo, y gritando siempre:

—¡Adelante! ¡adelante contra esos traidores!

Los escuderos y caballeros, que estaban cubiertos con sus armaduras, formaron un círculo á su alrededor, y recibian los golpes sin contestar á ellos, hasta que vieron que las fuerzas le abandonaban: un caballero de Normandía, llamado messire Guillermo Marcel, le agarró entonces por detrás y le sujetó. El rey tiró algunas cuchilladas, hasta que la espada se le cayó de las manos y se abandonó en los brazos de Marcel.

Cuando le bajaron de su caballo un copioso sudor inundaba su cuerpo y los miembros le temblaban. Sus tios y her-

Digitized by Google

mano se acercaron á él, pero habia perdido el conocimiento; y aunque tenia los ojos abiertos era evidente que nada distinguia de cuanto á su alrededor pasaba.

La admiracion de los caballeros era grande: ninguno sabia qué pensar ni qué hacer. El duque de Berry le apretó la mano y le habló con amistad; pero el rey no respondió ni por señas ni con palabras. El duque de Berry se encojió de hombros, y dijo:

—Señores, es preciso regresar á Mans: el viaje se ha concluido por ahora.

Ataron al rey temiendo que el furor se apoderase otra vez de él, le acostaron en una litera y regresaron tristemente á la ciudad, donde, como lo habia predicho el duque de Berry, entraron aquella misma noche.

Llamóse inmediatamente á los médicos, porque unos decian que el rey habia sido envenenado antes de salir de Mans, y otros buscaban una causa sobrenatural á la enfermedad, creyendo que le habian hechizado.

Como en ambos casos recaian las sospechas en los príncipes, exigieron que los facultativos practicasen un reconocimiento severo. Se informaron de los que le habian servido á la mesa de si habia comido mucho ó poco, y contestaron que apenas habia probado uno ó dos platos y que no hacia mas que pensar y suspirar, apretándose de vez en cuando la frente con las manos, como si tuviera dolor de cabeza. Llamóse á Roberto de Teukes, copero mayor de S. A.; y preguntándole quién fué el último que sirvió de beber al rey, respondió que Hilarion de Lignac. Mandósele á buscar en seguida, se le preguntó de dónde habia tomado el vino que el rey bebió antes

Digitized by Google

de marchar, y contestó que no lo sabía; y dirigiéndose al mismo tiempo á un armario, tomó la botella á medio vaciar, echó de aquel mismo vino en un vaso y le bebió.

Un médico salió en aquel momento de la cámara del rey, y oyendo la discusion se dirigió á los príncipes y les dijo:

—Señores, trabajais y disputais en vano: el rey no está envenenado ni hechizado, el rey está loco.

Los duques de Borgoña y de Berry se miraron; estando loco el rey, la regencia del reino pertenecia de derecho á ellos ó al duque de Orleans. Este era muy jóven para que el consejo le confiase tan importante negocio.

El duque de Borgoña rompió el silencio, y dirigiéndose á los otros dos duques:

—Hermano y primo, les dijo, creo conveniente que cuanto antes regresemos á París, porque el rey estará allí mejor tratado y mejor cuidado que aquí, y además decidirá el consejo en qué manos debe recaer la regencia.

—Soy de vuestro parecer, respondió el duque de Berry, pero ¿á dónde le llevaremos?

—A París no, dijo vivamente el duque de Orleans: la reina está en cinta, y semejante espectáculo podria costarle caro.

Los duques de Borgoña y de Berry se sonrieron.

—No nos queda mas remedio, replicó el último, que conducirle al castillo de Creil: el aire que allí se respira es puro, el cielo hermoso y el rio lame sus murallas. Muy justo es lo que dice nuestro primo de Orleans, en cuanto á la reina; y si quiere marchar antes que nosotros á fin de prepararle para recibir esta noticia, nos quedaremos uno ó dos dias al lado

Digitized by Google

del rey, cuidaremos de que no le falte nada, y luego iremos á París á reunirnos con él.

—Me parece muy acertado, respondió el duque de Orleans.

Y salió á dar las órdenes oportunas para el viaje.

Los duques de Berry y de Borgoña quedaron solos, y se dirigieron al derrame de una ventana para hablar con mas tranquilidad.

—¿Qué opinais, hermano, de lo que pasa? dijo el de Borgoña.

—Lo que siempre, que el rey se guiaba por consejeros sin esperiencia, y que esta guerra de Bretaña acabaria mal; pero no han querido creernos y la porfía y el capricho han triunfado de la razon en la marcha de los negocios del Estado.

—Será preciso remediar estos males, y cuanto antes. No hay duda que se nos confiará la regencia del reino; nuestro sobrino de Orleans está demasiado ocupado para desear este cargo, y por consiguiente, acordaos de lo que os dije cuando el rey nos despidió en Montpeller; somos los dos grandes mas poderosos del reino, y mientras estemos unidos nadie podrá con nosotros. En fin, llegó el momento de triunfar de todos los demás.

—Mientras que no se perjudiquen los intereses de la nacion, está en los nuestros separar de los negocios á los que pueden oponérsenos, porque combatirian todos nuestros proyectos y entorpecerian todas nuestras decisiones. Por un lado tirarian ellos del reino y nosotros le sujetaríamos por el otro: el reino padeceria mucho, y para que esto no suceda, es indispensable que haya union entre la cabeza y el brazo. El condestable obedeceria difícilmente las órdenes que le comunicá-

Digitized by Google

somos, y esta desunion, en caso de guerra, podria producir males de consideracion á la Francia. La mano derecha del gobierno debe empuñar la espada del condestable.

—Teneis razon; pero hay algunos además que son tan perjudiciales en tiempo de paz, como lo serian otros en tiempo de guerra; hablo de La Rivière, de Montaigne, Lebeque de Villaine y de algunos mas.

—Sí, será preciso separar á esos hombres, que han hecho cometer tantas faltas al rey.

—Pero el duque de Orleans los protegerá.

—Bien habreis notado, dijo el duque de Berry mirando á su alrededor y bajando la voz, que nuestro sobrino está perdido de amores; y mientras que le dejemos en libertad, podeis estar persuadido de que nos dejará obrar sin obstáculo de ningun género.

—¡Silencio! aquí viene.

Efectivamente, el duque de Orleans, deseando regresar á Paris cuanto antes, como habian pensado sus tios, iba á despedirse de ellos. Pasó á la cámara del rey con los duques de Berry y de Borgoña, preguntaron á sus chambelanes si S. A. habia dormido, y les contestaron que no podia descansar un momento. El duque de Borgoña meneó la cabeza.

—Tristes noticias son, dijo volviéndose al duque de Orleans.

—Dios guardará á S. A., contestó este.

Acercóse á la cama del rey y le preguntó cómo estaba. El enfermo no le contestó. Todo su cuerpo temblaba, tenia erizados los cabellos, sus ojos estaban fijos, y un sudor frio bañaba su frente; de cuando en cuando se incorporaba en la

Digitized by Google

cama y gritaba: ¡Mueran, mueran los traidores! y en seguida caia sin fuerza, hasta que un nuevo acceso de fiebre le daba alguna energía.

—Nada tenemos que hacer aquí, dijo el duque de Borgoña, y le incomodamos con nuestra presencia. Mas necesidad tiene en este momento de sus médicos y doctores que de sus tios y hermano. Por consiguiente, seguid mi consejo; salgámonos.

El duque de Orleans, habiéndose quedado solo, cogió al rey entre sus brazos y le miró tristemente: las lágrimas se asomaron á sus ojos y corrieron silenciosamente por sus mejillas, y era muy justo, porque el pobre insensato que en aquella cama gemia le habia amado estraordinariamente, y tal vez tenia que arrepentirse de haber correspondido á aquella amistad santa con traicion é ingratitud; sin duda que en el acto de dejarle en aquel estado, para engañarle quizás otra vez, habia examinado su alma y reconocido con pesar, que pasado el primer momento, no le habia entristecido tanto como debia la desgracia de su hermano querido.

Esta causa provenia de que buscamos siempre la desgracia de los demás si se presenta ventajosa á nuestros intereses; y si las penas y las lágrimas de otro no nos abren algun manantial de tranquilidad ó de placeres, entonces se embota la sensibilidad, se empedernece el corazon, se levanta el velo que cubria nuestros ojos, y el porvenir que se creia triste para siempre resplandece en una de sus mil faces: el buen principio y el malo luchan todavía algun tiempo, y con frecuencia, como somos tan miserables, triunfa Arimano; y si alguna vez, con los ojos hundidos y alegre el alma, quisiéra-

Digitized by Google

mos que no hubiera sucedido la desgracia de la víspera, consiste en que el egoismo es el médico del corazon.

Entretanto, los tios del rey daban órdenes á todos los mariscales, á fin de que los señores y sus caballeros regresasen á sus provincias sin cometer vejámenes ni violencias en el pais, diciendo que donde quiera que se cometiesen, serian los señores responsables de los delitos de su gente.

Dos dias despues de la partida del duque de Orleans se puso el rey en camino, llevado en una cómoda litera y marchando á cortas jornadas. La nueva de su desgracia se habia esparcido con maravillosa rapidez: las malas noticias tienen alas de águila. Cada cual hablaba de distinto modo, y segun su opinion atribuia aquel suceso á causas muy diferentes: los señores veian en él un maleficio diabólico, los sacerdotes un castigo divino, los partidarios del Papa de Roma decian que el cielo estaba irritado contra el rey por haber reconocido al Papa Clemente, y los secuaces del Papa Clemente pretendian que Dios le heria con aquella vara, porque no habia destruido el cisma, declarando la guerra á Italia, como lo habia prometido. El pueblo estaba muy triste, porque habia fundado sus esperanzas en la bondad y en la justicia del rey. Así es que llenaba las iglesias, porque en todas las que se adoraba algun santo que tenia fama de curar el frenesí, se hacian rogativas, y se envió á San Aguario, el mas acreditado en este género de especialidad, una imágen del rey, de tamaño natural modelada en cera, y un magnífico cirio, á fin de que intercediese con Dios para que curase al rey; pero todo fué inútil, porque S. A. llegó al castillo de Creil sin que se notase en él mejoría alguna.

Digitized by Google

Sin embargo, no se descubrió ningun medio humano. Coucy habia hablado de un médico muy célebre llamado maese Guillermo de Harsilly; se le fué á buscar á una aldea de las inmediaciones de Laon, donde vivia, y encargóse de la soberana administracion de la enfermedad del rey, que segun manifestó, conocia perfectamente.

La regencia, como se ha podido ya prever, pasó á manos de los tios del rey: el consejo, despues de quince dias de deliberacion, declaró que el duque de Orleans era demasiado jóven para encargarse de una comision tan delicada, y en su consecuencia se confió á los duques de Berry y de Borgoña.

El dia despues de su nombramiento, sire de Clisson se presentó con sus gentes en casa del duque de Borgoña, cumpliendo con los deberes de condestable. El consergo les abrió la puerta como era costumbre; apearonse de sus caballos, y Clisson, seguido tan solo de un escudero, subió las escaleras de palacio. Al llegar á la primera sala, encontró á dos caballeros del duque y les preguntó dónde estaba su señor y si podria verle; uno de ellos salió en busca del duque, que hablaba con un heraldo de una fiesta que acababa de verificarse en Alemania.

—Monseñor, dijo el caballero interrumpiendo al duque, messire Oliverio de Clisson viene á hablar á V. S., si para ello se dignais darle permiso.

—Que entre al momento, porque llega en ocasion muy oportuna.

El caballero salió en busca del condestable, dejando abiertas todas las puertas y haciéndole seña de que podia pasar.

El condestable entró y el duque al divisarle mudó de co-

Digitized by Google

lor: Clisson no lo notó, al parecer, descubrióse, é inclinándose:

—Monseñor, dijo, he venido para recibir vuestras órdenes y deseoso de saber cuál será la suerte del reino.

—¿Cuál será la suerte del reino, Clisson? respondió el duque con voz alterada; esto solo á mí interesa. En cuanto á mis órdenes, voy á dároslas: al instante saldreis de mi presencia, dentro de cinco minutos de mi palacio y dentro de una hora de París.

Clisson se puso pálido á su vez. El duque era regente del reino, y se le debia obedecer. Pensativo y cabizbajo salió de la cámara, atravesó los salones y montó á caballo; y entrando en seguida en su casa, mandó que inmediatamente se dispusiera su viaje.

El mismo dia, acompañado tan solo de dos hombres, salió de París, pasó el Sena por Charenton, y no se detuvo hasta llegar á su castillo de Montlhery.

El plan que el duque de Borgoña siguió con respecto á Clisson se estendió á todos los favoritos del rey. Luego que Montaigne supo lo que habia sucedido al condestable, salió secretamente de París por la puerta de San Antonio, tomó el camino de Troies, capital de la Champaña, y se refugió en Aviñon.

Messire Juan Lemercier quiso hacer otro tanto; pero menos feliz que él, encontró su casa rodeada de soldados y fué conducido al castillo del Louvre, donde le aguardaba Lebeque de Villaine.

En cuanto á sire de La Rivière, aunque fué avisado á tiempo, no quiso abandonar su castillo, diciendo que nada le

Digitized by Google

remordia la conciencia, y que seria de él lo que Dios quisiera. Cuando le anunciaron que algunos hombres querian entrar en su casa á viva fuerza, mandó abrir todas las puertas y les salió al encuentro.

Verificóse entonces la reaccion mas completa; cuanto se habia hecho contra el asesino de Craon, se hizo contra ellos que eran inocentes. Los bienes y herencia que Juan Lemercier poseia en París y en el reino, fueron confiscados y distribuidos; una casa que poseia en la diócesis de Craon, y que le habia costado 100,000 libras con las mejoras que en ella hizo, se dió á sire de Coucy, como igualmente todas sus dependencias, rentas, tierras y posesiones.

Mas severos fueron todavía con messire de La Rivière, porque se lo quitaron todo, lo mismo que á messire Juan de Lemercier, dejando tan solo á su mujer los bienes que habia llevado en dote; además tenia una hija jóven y hermosa, que se habia casado con el señor de Chantillon, cuyo padre fué despues gefe de los ballesteros de Francia. Todo lo que tiene algun poder en los hombres habia enlazado aquel matrimonio: todo lo que es santo delante de Dios le habia consagrado. Rompióse aquella union sin piedad y sin remordimiento, rompióso lo que solo el Papa podia desatar, y casóse de nuevo á los dos jóvenes con quien plugo al duque de Borgoña.

El rey no podia evitar todas estas persecuciones porque su estado empeoraba por momentos, y solo se tenia alguna esperanza en el efecto que produciria en él la presencia de la reina. Se creia que despues de haber olvidado á todo el mundo se acordaria de ella, porque era á quien mas habia amado.

Digitized by Google

CAPITULO VIII.

La abadesa.

Como se ha visto en el capítulo precedente, la desgracia sucedida al rey habia arrastrado en pos de sí una revolucion total en los negocios del reino. Los que su razon protegió, su demencia perjudicó. El gobierno del estado pasó de sus débiles manos á las de los duques de Borgoña y de Berry, que sometiendo la política general á sus resentimientos personales, herian con la espada del odio y nunca con la de la justicia. El duque de Orleans era el único que hubiera podido balancear su influencia en el consejo; pero entregado enteramente al

Digitized by Google

amor, habia abandonado fácilmente sus pretensiones á la regencia, y no se le habia ocurrido luchar ni por él ni por sus amigos. Fiado en su título de hermano del rey, descansando en su poder ducal, poseedor de inmensas riquezas, jóven y negligente, retenia en su pecho todo soplo de ambicion que hubiera podido oscurecer su cielo de azur. Dueño además de ver á su real amante á todas horas y en todos sitios, esta felicidad llenaba los momentos de su vida; y si de vez en cuando un suspiro ahogado revelaba el remordimiento que en el fondo de su corazon se ocultaba, si algun triste recuerdo arrugaba de repente su frente, bastaba una palabra de su querida para volverle la alegría y una caricia para adormecer su corazon. Isabel era la italiana que ya conoceis con su amor de loba y su odio de leona, no participando de la vida mas que de los pensamientos apasionados y no buscando mas que las emociones fuertes, porque en las situaciones ordinarias le faltaba alguna cosa, como falta el simoun al desierto, como falta la tempestad al Océano.

Quien la hubiera visto en el momento de que hablamos, acostada tranquilamente, teniendo un reclinatorio al lado de su cama, y encima de aquel reclinatorio un libro de oraciones abierto, hubiera creido que era alguna vírgen pura, aguardando el beso que su madre le daba todas las mañanas en la frente; y era una esposa adúltera que aguardaba á su amante, y aquel amante era el hermano de su marido, de su señor y rey moribundo y demente.

A poco rato se abrió una puerta, oculta detrás de la tapicería, que comunicaba con la cámara del rey, y se presentó el duque de Orleans: se aseguró de que la reina estaba sola,

Digitized by Google

cerró la puerta y se dirigió rápidamente á su cama. Estaba pálido y agitado.

—¿Qué tenéis, duque? le dijo Isabel estendiendo hácia él los brazos y con la sonrisa en los lábios; porque estaba ya acostumbrada á aquellas frecuentes nubes del corazon que pasaban por la frente de su amante. Venid á decírmelo.

—¿Es cierto, preguntó el duque poniéndose de rodillas delante de la cama de la reina y pasando un brazo por su torneado cuello, es cierto que os envian á Creil y que es indispensable que estéis al lado del rey?

—Sí, Guillermo de Hersilly pretende que mi presencia aliviará sus padecimientos. ¿Qué os parece, monseñor?

—Que la primera vez que salga del castillo para ir á buscar simples en el bosque de Beaumont, le mandaré ahorcar del árbol mas alto. Miserable, ignorante, que atascado en su ciencia, quiere serviros de vos como un remedio, sin pensar en el peligro á que os espone.

—¿De veras, correría algun riesgo? replicó la reina mirando tiernamente al duque.

—Riesgo de perder la vida, señora: el rey está furioso. ¿No mató al bastardo de Poliguac, hiriendo además á tres ó cuatro señores? ¿Creeis que os reconozca, cuando no me reconoció á mí, á su hermano? Me persiguió con la espada desnuda, y gracias á la velocidad de mi caballo, pude escapar de la muerte. Aunque bien mirado, quizás hubiera sido mejor que hubiese perecido.

—Apreciad en mas vuestra vida; nada escasea mi amor para que sed hermosa y feliz, y me es sensible ver que hagais tan poco aprecio de ella.

Digitized by Google

—Isabel, temer sin cesar por vos, temblar al menor ruido que salga de aquella habitacion maldita, estremecerme á la vista de cada persona que abre mi puerta, saber que estais sola de dia y de noche con un loco...

—No hay peligro, monseñor, y me parece que creais en vuestra imaginacion un sinnúmero de temores vanos: el ruido del hierro y la vista de las armas le trastornaron el juicio; y clavó en el duque sus hermosos ojos. En vez de todo eso le hablaré con ternura; reconocerá mi voz, y luego con caricias convertiré un leon en un cordero. Ya sabeis lo mucho que me ama.

A estas palabras se oscureció la frente del duque; se levantó bruscamente, y arrancándose de los brazos de la reina:

—Sí, sí, os ama, lo sé, dijo. Esa es la verdadera causa de mi dolor. No correis ningun peligro á su lado; vuestra voz, como habeis dicho, le calmará; vuestras caricias mitigarán sus padecimientos. ¡Vuestra voz, vuestras caricias, Dios mio!

Apretóse la frente con las manos, é Isabel le miró medio incorporada en la cama.

—Y yo, continuó, cuanto mas tranquilo le vea tanto mas diré: era cariñosa. Y entonces me hareis maldecir al cielo por lo que debiera darle las gracias, por haber curado á mi hermano; y de ingrato que soy ya, me convertireis... ¡Vuestro amor! ¡vuestro amor!... era mi Eden, mi paraiso; y ya me habia acostumbrado á poseerle solo. ¿Para qué me servirá, si he de dividirle con otro? ¡Oh! guardad entero ese amor fatal, ó para él, ó para mí.

—¿Por qué no lo dijisteis antes? interrumpió Isabel con aire de triunfo.

Digitized by Google

—¿Para qué?

—Hubiese contestado que no iba al castillo de Creil.

—¡No iréis! esclamó el duque precipitándose hácia ella.

Pero de pronto se detuvo y dijo:

—¿Y qué escusa dareis pera no ir? ¿qué dirán los duques de Borgoña y de Berry?

—¿Creeis que deseen el restablecimiento del rey?

—No: el duque de Borgoña ambiciona el mando y el duque de Berry codicia el dinero: la demencia de mi hermano dobla el poder del primero y acuña moneda para el segundo; pero saben fingir, y cuando llegue á su noticia vuestra negativa... Y por otra parte, ¿podeis dar el paso que meditais? ¡Oh hermano mio! ¡pobre hermano mio!...

Los ojos del duque se humedecieron. La reina levantó la cabeza de su amante con una mano y con la otra enjugó sus lágrimas.

—Vamos, consolaos, le dijo, no iré a Creil: el rey curará y vuestro corazon fraternal, añadió lentamente y con un ligero acento de ironía, no tendra para qué ruborizarse: encontré medio de conciliar los estremos.

Sonrióse maliciosamente.

—¿Cuál es? dijo el duque.

—Mas tarde os revelaré mi secreto; tranquilizaos mientras tanto y miradme con ternura.

El duque la miró.

—¡Qué hermoso sois! continuó la reina, tengo envidia de vuestra cara. Dios quiso formaros mujer, pero pensó despues que le haria falta un hombre para volverme loca.

—¡Isabel mia!

Digitized by Google

—Tomad, monseñor, dijo la reina sacando un medallon de debajo de sus almohadas, ¿qué os parece esta miniatura?

—¡Vuestro retrato! esclamó el duque arrebatándósele y apretándole contra sus lábios, vuestro retrato querido, adorado.

—Guardadle pronto, alguien viene.

—¡Oh! sí, sobre mi pecho, sobre mi corazon, para siempre.

Abrióse la puerta, y entró la señora de Concy.

—La persona que V. A. mandó llamar, dijo, aguarda vuestras órdenes.

—Aquí tenais á mi hermano de Orleans, continuó Isabel, que me ha suplicado de rodillas que no vaya al castillo de Creil, donde teme que mi persona corra algun peligro. Creo que vos me aconsejásteis lo mismo cuando vino ayer el duque de Borgoña á decirme que ese médico que vuestro marido dió al rey, pretendia que mi presencia podria alivier algun tanto á monseñor; ¿opinais aun del mismo modo?

—Sí, señora, y esta es tambien la opinion de muchas personas de la córte.

—Pues bien, me decido á no salir de Paris. Adios, señor duque, os doy las gracias por el interés que por mí os tomais y os quedo muy agradecida.

El duque saludó y desapareció.

—¿Es la superiora del convento de la Trinidad la que habeis anunciado, señora de Concy? continuó Isabel dirigiéndose á la camarista.

—La misma.

—Que pase adelante.

Digitized by Google

La superiora entró, y la señora de Coucy la dejó con la reina.

—Quiero hablaros sin testigos, dijo Isabel, de una cosa muy importante, y que interesa á los negocios del reino.

—¡A mí, señora! exclamó la abadesa con humildad; ¿y cómo queréis que me mezcle en asuntos terrenales, cuando estoy separada del mundo y entregada á Dios?

—Ya sabeis, continuó la reina sin contestar á su pregunta, que agradecida á las demostraciones de aprecio que se me hicieron delante de vuestro convento cuando entré en la ciudad de París, os envio, á fin de manifestaros mi agradecimiento y de indemnizaros al mismo tiempo, un relicario de plata destinado á Santa Marta, á la que sé teneis mucha devocion.

—Soy de Tarascon, señora, donde se tiene en gran estima á Santa Marta, y estoy sumamente agradecida á vuestra generosidad.

—Además he elegido, como sabeis, vuestra iglesia para hacer en ella mis devociones durante las fiestas de Páscua, y creo habreis notado siempre que la reina de Francia no es avara ni descuidada.

—Estamos tanto mas agradecidas á este favor, cuanto que aun nada hemos hecho para merecerle.

—Tengo bastante influencia con nuestro Santo Padre de Aviñon para unir los dones espirituales á los dones temporales, y ciertamente no se negará á concederme las indulgencias que solicite para vuestra comunidad.

Una santa ambicion brilló en los ojos de la abadesa.

—Señora, sois una reina poderosa y grande, y si nuestro

Digitized by Google

convento pudiera hacer alguna cosa para agradecerla....

—Vuestro convento, no, pero vos, sí, madre abadesa.

—¡Yo, señora! Mandad.

—El rey, como sabeis, está loco. Encerrado hasta ahora con hombres vestidos de negro y enmascarados para inspirarle terror, le obligan estos á someterse al régimen establecido por los médicos; pero el estado de agitacion en que le tiene esta violencia, impide que los remedios produzcan buen efecto. Se trata de obtener por medio de la persuasion un resultado que hasta ahora solo se ha conseguido con la fuerza, y se ha pensado que una de vuestras hermanas, jóven y amable, apareciéndosele como un ángel en medio de los fantasmas que le rodean, seria para él una vision celeste; que sus sentidos recobrarian alguna calma, y solo esta calma puede volver la razon á su trastornada cabeza; me acordé de vos, y deseo que el honor de la curacion del rey recaiga en vuestro convento; seguramente se atribuirá á vuestras súplicas, á la intercesion de Santa Marta y á la santidad de la digna abadesa que dirige el blanco rebaño de las hermanas de la Trinidad. Ya conoceis el objeto para que os llamé; ahora toca á vos decirme si me engaño al pensar que semejante súplica os llenaria de satisfaccion.

—¡Oh! sois muy bueno, señora, y desde hoy tan solo vuestro convento es el elegido. Vos conoceis á la mayor parte de mis hijas; indicadme á la que reservais el honor de cuidar del precioso enfermo, cuyo restablecimiento implora la Francia entera.

—Dejo enteramente ese cuidado á vuestra solicitud, madre abadesa; elegid á la que querais para esta santa mision: las

Digitized by Google

palomas que el Señor os confió son todas puras y hermosas. Dios guiará vuestra mano, el pueblo la bendecirá y la reina colmará de favores á su familia.

Un rayo de ambicion iluminó debajo de su toca la frente de la anciana abadesa.

—Estoy pronta á obedecer vuestras órdenes, señora, y ya he fijado mi eleccion; indicadme tan solo lo que me queda que hacer.

—Cuanto antes, acompañareis á esa jóven al castillo de Creil; yo cuidaré de dar las órdenes convenientes para que la cámara del rey se abra á su llegada. Dios hará lo demás.

La abadesa saludó y dió algunos pasos hácia la puerta.

—A propósito, añadió la reina, se me olvidaba deciros que esta mañana os mandé un relicario de oro puro, en el cual está encerrado un pedazo de la verdadera cruz, que me le envió el rey de Ungría, á quien se lo regaló el emperador de Constantinopla. Espero que proporcionará á vuestro convento la gracia del Señor y á vuestro tesoro las limosnas de los fieles. Le encontrareis en vuestra iglesia.

Marchóse la abadesa despues de haber saludado otra vez.

La reina llamó á sus camaristas, se vistió, y pidiendo su litera, salió para ir á visitar en la calle de Barbette un palacio reducido, que acababa de comprar para habitarle alguna que otra temporada.

Durante este tiempo, el rey, como dijo Isabel, rodeado de doce hombres vestidos de negro y enmascarados, lo hacia todo á la fuerza: dominado por la sombría melancolía, cuando se apoderaba de él la fiebre estaba furioso, y débil cuando le abandonaba. En el primer caso, parecia que el fuego

Digitized by Google

del infierno le devoraba, y en el segundo temblaba como si hubiera estado espuesto enderos al frio mas riguroso; además, no tenia memoria para recordar lo pasado, ni discernimiento para juzgar, ni esperimentaba tampoco mas sentimiento que el de su dolor.

Desde el primer dia estudió maese Guillermo su enfermedad con el mayor cuidado, y notó que todo ruido estrepitoso le hacia estremecer incomodándole mucho tiempo, y mandó en su consecuencia que no se tocasen las campanas; notó tambien que cuando veia una flor de lis, sin que se pudiera adivinar la causa, se ponia furioso, y se apartaron de su vista todos los emblemas heráldicos de la corona. No queria comer ni beber; no queria tampoco acostarse cuando estaba levantado, ni levantarse cuando estaba acostado. El médico creyó oportuno que los que le servian se vistiesen ridículamente y que se pintasen de negro: esos hombres entraban bruscamente, y desapareciendo entonces el valor moral con la razon del rey, dejaba velar solo el instinto animal de la conservacion. Cárlos, tan arrojado y tan valiente, temblaba como un niño, obedecia como un autómata, apenas respiraba, y por no hablar no se quejaba. Pero el hábil doctor no habia dejado de percibir que el bien físico que hubieran podido producir en el enfermo los remedios que le obligaba á tomar, habia disminuido estraordinariamente, caso de que no estuviera del todo destruido, á consecuencia del daño moral que este mismo medio arrastraba en pos de sí; y entonces resolvió emplear la dulzura en vez de la violencia.

Bien fuese efecto de mejoría en su enfermedad, bien fuese postracion de fuerzas, el rey estaba ya bastante sosegado, y

Digitized by Google

se podia esperar que una voz querida fuese á buscar en el fondo de su corazon la memoria ausente de su cabeza, y que veria con satisfaccion que una cara amable y graciosa reemplazaba los asquerosos semblantes de sus guardas. Con este motivo se acordó maese Guillermo de la reina, y le suplicó que fuese á continuar la cura que bajo tan buenos auspicios habia empezado. Ya conocemos los motivos que no permitieron á madama Isabel prestarse á este plan y la sustitucion de persona, por medio de la cual esperaba verle realizado.

Instruyóse al doctor de las modificaciones que su proyecto habia sufrido, y aunque menos seguro del éxito á causa del cambio adoptado, decidióse, sin embargo, á ponerle en ejecucion, y aguardó con impaciencia á la hermana de la Trinidad.

Llegó á la hora convenida acompañada de la superiora: era su cara angelical, como debia desearla maese Guillermo; pero aquella cara maravillosa no vestia el hábito de la Trinidad, y su cabellera intacta anunciaba que no habia pronunciado voto alguno.

Maese Guillermo juzgó oportuno tranquilizarla, pero la vió tan sumisa y tan resignada, que solo pudo bendecirla; habia preparado una série de recomendaciones, pero ninguna salió de su boca, y lo abandonó todo al sentimiento y á la inspiracion de aquella alma cándida.

Odetta (era ella) habia cedido á las instancias de su tia en el momento mismo en que entrevió que se ocultaba un gran sacrificio en lo que de ella se solicitaba. Cuando el amor se halla comprimido en el fondo de un alma generosa, tarde

Digitized by Google

ó temprano sale de él bajo la forma de una virtud superior, solamente los que descorren el velo que la cubre la reconocen tal como en sí es; pero el vulgo, que se contenta con verle pasar, conserva su error y la llama por el nombre que ella misma se ha dado.

Cárlos habia salido con sus guardas: el sol de medio dia le atormentaba, y se habian destinado las mañanas y las tardes para sus paseos. Cuando llegó Odetta se encontró sola en la cámara real, y un sentimiento estraño se apoderó del alma de aquella niña, que habiendo nacido tan lejos del trono, continuamente la empujaba hácia él su destino, como empuja la tempestad un barco hácia las rocas. Todo en aquella cámara indicaba la presencia de cuidados mercenarios y el abandono de las personas queridas, y Odetta se compadeció entonces de aquella gran desgracia. La dignidad real cubierta de luto y destronada, implorando el auxilio de una jóven del pueblo, le pareció sublime. Cristo azotado y llevando la cruz, es mas grande que Jesus echando á los vendedores del templo.

Silencioso estaba todo en aquella cámara inmensa, en la que penetraba la luz á través de los vidrios de color; una gran chimenea de piedra labrada, en la que ardia un fuego ardiente, á pesar de ser la época de las mas calurosas del estío, estaba enfrente de un lecho colgado de damasco verde con flores de oro, cuyas desgarradas cortinas atestiguaban las luchas frenéticas que en él habia sostenido la locura. El suelo estaba sembrado de fragmentos de muebles y de vasos que el rey habia roto en sus accesos, y cuyos destrozos no se habian recogido por descuido; todo, en fin, presentaba el cuadro de la destruccion ininteligente: veíase que solo la materia vivia

Digitized by Google

en aquella cámara, y el desastre, cuyo rastro se conocia fácilmente, parecia mas bien producido por la presencia de alguna fiera que por la habitacion de un hombre.

A ese aspecto se apoderó de Odetta aquel temor personal, tan propio de la debilidad de la mujer: conoció que, pobre y tímida gacela, se hallaba en el antro del leon, que el insensato, cerca del cual se le habia conducido, la despedazaria con solo tocarla, como á uno de aquellos muebles cuyos restos pisaba, pues no tenia el arpa de David para encantar á Saul.

Estaba enteramente entregada á sus reflexiones, cuando oyó un ruido estrepitoso: eran quejas y gritos parecidos á los que dá un hombre que tiene miedo: al rumor se unió la voz de otras muchas personas, que al parecer perseguian á alguno. En efecto, el rey se habia escapado de las manos de sus guardas, que le habian alcanzado en la habitacion contigua, donde se empeñó una lucha.

Al ruido de aquella gritería, Odetta se puso á temblar; buscó para huir la puerta oculta detrás de la tapicería por donde entró, y no encontrándola, corrió á la otra puerta; pero el ruido se habia acercado tanto, que le pareció que solo sus hojas le separaban de los que le producian. Precipitóse entonces detrás de la cama, envolviéndose en las cortinas para ocultarse, si posible fuese, á las primeras miradas del rey furioso; apenas habia llegado á aquel sitio, cuando se oyó la voz de maese Guillermo, que decia:

—Soltad al rey.

Y la puerta se abrió.

Cárlos entró con los cabellos erizados, pálido, cubierto de sudor el rostro y con los vestidos desgarrados: corrió al

Digitized by Google

fondo de la cámara buscando alguna arma para defenderse, y no encontrándola se volvió hácia la puerta, que habian tenido la precaucion de cerrar; esto le tranquilizó algun tanto, se quedó mirando hácia aquel sitio por espacio de algunos segundos, y avanzando luego de puntillas como si temiera que le oyesen, dió vuelta á la llave y se encerró tambien por dentro. Buscó entonces con los ojos algun medio de defensa, y viendo la cama, la agarró por el lado opuesto al en que estaba Odetta, y la llevó arrastrando delante de la puerta que queria defender contra sus enemigos; dió una de aquellas carcajadas que hacen estremecer á los que las oyen, y dejando caer las manos á lo largo de su cuerpo y la cabeza sobre su pecho, fué á sentarse con pausado paso delante de la chimenea, sin reparar en Odetta, que se habia quedado en el mismo sitio, pero descubierta, á causa del cambio de las cortinas.

Entonces, bien sea que el acceso de la fiebre hubiese pasado, bien sea que el temor hubiese desaparecido con los objetos que le habian causado, lo cierto es que la debilidad sucedió al furor, y el rey se recostó en el sillon en que estaba sentado, quejándose suave y tristemente; de pronto se puso á temblar y chocáronse sus dientes: se conocia que debia sufrir horriblemente.

A la vista de aquel espectáculo desapareció el terror del alma de Odetta, y á medida que el rey se debilitaba ella iba recobrando el valor; tendió las manos hácia el rey, y sin atreverse todavía á levantarse, le dijo con timidez:

—Monseñor, ¿qué puedo hacer por vos?

El rey volvió la cabeza, y vió á Odetta en el otro estremo de la habitacion; miróla un instante con aquella mirada tris-

Digitized by Google

e y dulce tan habitual en él antes de enfermar, y le dijo con una voz que por momentos se iba debilitando:

—Cárlos tiene frio... frio... frio...

Odetta se acercó á él y le cogió las manos; efectivamente las tenia heladas: fué á la cama, quitó una cortina, la calentó á la lumbre y envolvió con ella al rey, quien esperimentó algun consuelo, porque se echó á reir como un niño. Esto animó á Odetta, y dijo:

—¿Y por qué tiene el rey tanto frio?

—¿Qué rey?

—El rey Cárlos.

—¡Ah! Cárlos.

—Sí; ¿por qué tiene Cárlos tanto frio?

—Porque Cárlos ha tenido miedo.

Y otra vez se puso á temblar.

—¿Y cómo tiene miedo Cárlos, siendo un rey tan poderoso y tan valiente?

—Cárlos es poderoso y valiente y no tiene miedo á los hombres (y bajando la voz); pero le tiene al perro negro.

El rey pronunció aquellas palabras con una espresion tal de terror, que Odetta dirigió la vista á su alrededor para ver si percibia al animal de que le hablaba.

—No, no entró, dijo Cárlos, entrará cuando me acueste, y esta es la razon por qué no quiero que me acuesten... no quiero... no quiero. Cárlos desea estar al lado de la lumbre, porque Cárlos tiene frio... frio... frio...

Otra vez calentó Odetta la cortina, y otra vez envolvió con ella al rey, y sentándose á sus piés le apretó las dos manos entre las suyas.

Digitized by Google

—¿Conque tan malo es el perro negro?

—No; pero sale del rio y está helado.

—¿Y esta mañana corrió detrás de Cárlos?

—Cárlos salió porque se abrasaba y tenia necesidad de respirar el aire libre, bajó á un hermoso jardin donde habia flores, y Cárlos estaba muy contento...

El rey retiró sus manos de las de Odetta y se apretó la frente como si hubiera querido arrancar de ella un dolor agudo.

—Luego, continuó, Cárlos se paseaba por encima del verde césped cubierto de florecitas, pero anduvo tanto, tanto, que se cansó: vió entonces un hermoso árbol que tenia manzanas de oro y hojas de esmeralda, y se tendió debajo de él mirando al cielo, que estaba azul con estrellas de diamantes. De repente oyó ladrar al perro, pero lejos, muy lejos: el cielo se oscureció y las estrellas parecian chispas de fuego: las manzanas del árbol se balanceaban como si hiciera viento, produciendo cada vez que le encontraba el mismo ruido que produce una lanza al caer sobre un casco: luego colocó á aquellas hermosas frutas de oro dos alas grandes de murciélago, que empezaron á moverse; poco despues aparecieron en ellas dos ojos, una nariz y una boca, de modo que parecian calaveras. El perro ladró otra vez, pero mas cerca, mas cérca: el árbol tembló, y sus narices tambien, las alas se agitaron, las cabezas dieron gritos, las hojas se cubrieron de sudor, y cada gota caia fria, fria, sobre Cárlos, y Cárlos quiso levantarse y huir, pero el perro ladró por tercera vez á su lado... y sintió que se echaba sobre sus piés, sujetándolos con su peso, y subia lentamente, lentamente por su pecho, pesando como una

Digitized by Google

montaña; quiso rechazarlo con sus manos, y él le lamió las manos con su lengua de hielo, ¡oh! ¡oh! ¡oh!... Cárlos tiene frio... frio... frio...

—Pero si Cárlos se acostase, tal vez tendria mas calor.

—No, no: Cárlos no quiere acostarse, no quiere... Luego que Cárlos se acuesta, el perro negro entra, dá vueltas alrededor de su cama, levanta la sábana y se echa encima de sus piés, y Cárlos prefiere morir.

El rey hizo un movimiento como para huir.

—No, no, dijo Odetta levantándose y tomando al rey entre sus brazos, Cárlos no se acostará.

—Sin embargo, Cárlos quisiera dormir.

—Bien, Cárlos dormirá encima de mi pecho.

Sentóse en el brazo del sillon, pasó la mano alrededor del cuello del rey, y le recostó la cabeza encima de su seno.

—¿Está bien así Cárlos?

El rey levantó los ojos y la miró con una inefable espresion de agradecimiento.

—¡Oh! sí, Cárlos está bien... bien...

—Pues que duerma, y á su lado cuidará Odetta de que el perro negro no entre.

—Odetta, dijo el rey, Odetta.

Y se echó á reir con la espresion ininteligente de la infancia, descansando su cabeza en el pecho de la jóven, que permaneció inmóvil y comprimiendo el asiento.

Cinco minutos despues se abrió la puertecita falsa, y maese Guillermo entró con suma precaucion: acercóse de puntillas al grupo inmóvil, se apoderó de la mano que el rey tenia

Digitized by Google

caida, le pulsó, arrimó el oido á su pecho y escuchó su respiracion.

Levantándose con semblante alegre, dijo en voz baja:

—Hace mucho tiempo que el rey no ha tenido un sueño tan tranquilo como este. Dios os bendiga, hermosa jóven, porque habeis hecho un milagro.

Digitized by Google

CAPITULO IX.

Mejora la salud del rey.

La noticia de la enfermedad del rey se habia esparcido en Inglaterra casi al mismo tiempo que en Francia, y como en Francia, habia producido grandes divisiones. El rey Ricardo y el duque de Lancaster, que apreciaban á Cárlos, sintieron estraordinariamente su desgracia. El duque de Lancaster, sobre todo, deploraba aquel incidente como fatal, no solo á la Francia, sino á toda la cristiandad.

—Esa locura es una desgracia indefinible, repetia con fre-

Digitized by Google

cuencia á los caballeros y escuderos que la rodeaban, porque el rey Cárlos era hombre de carácter y de poder; y deseaba tanto la paz entre los dos reinos, á fin de marchar contra los infieles. Ahora se retardará considerablemente la espedicion, porque era el alma de esta cruzada; ¿y quién sabe si llegará á efectuarse?

En efecto, Murad-Rey, cuyo nombre hemos traducido en francés por el de Amurad, y á quien llama Froissar en su antiguo lenguaje el Morabaquin, acababa de apoderarse de Armenia y amenazaba destruir el imperio cristiano de Oriente. El rey Ricardo y el duque de Lancaster eran de parecer que la tregua acordada cuando la entrada de madama Isabel en París, debia continuar y ser además prolongada.

El duque de Glocester y el conde de Essex opinaban lo contrario; habian atraido á su partido al conde de Buckingham, condestable de Inglaterra, y los secundaban los caballeros jóvenes que deseaban adquirir laureles; pedian la guerra, diciendo que era propicio el momento, al espirar la tregua de la gran turbacion en que ponia á la Francia la enfermedad del rey, para reclamar la ejecucion del tratado de Bretigny. Pero triunfó la voluntad de Ricardo y la del duque de Lancaster; y reunidos en Westminster los parlamentos, compuestos de prelados, nobles y comerciantes, decidieron que la tregua por mar y tierra firmada con la Francia, y que espiraba en 16 de agosto de 1392, se prorogaria por un año.

Durante este tiempo, los duques de Berry y de Borgoña gobernaban á su capricho el reino de Francia. No se habia disminuido el odio que á Clisson tenian, y su destierro de París no les pareció bastante castigo: su venganza pidió mas y

Digitized by Google

lo consiguió. Como el condestable habia salido de Montlhery, que por estar demasiado cerca de la córte no se creyó seguro en él, y se habia refugiado en un fuerte que poseia en Bretaña, llamado Chatel Gosselin, conocieron los regentes de la corona que no podrian apoderarse de él, pero al ménos quisieron despojarle de sus dignidades y empleo. Con este motivo se le citó para que compareciese delante del parlamento de Paris, á fin de responder á los cargos que se le hacian, bajo pena de verse degradar de sus títulos y de perder su cargo de condestable.

El proceso se instruyó con órden: concediéronse todos los plazos que en semejantes casos obtienen los culpables; en fin, cuando espiró el último plazo se le llamó tres veces en la sala del parlamento, tres en la puerta del palacio y otras tantas al pié de la escalera del tribunal; y como no respondió, ni persona alguna por él, fué desterrado del reino por traidor á la corona de Francia y multado en 100,000 marcos de plata, en restitucion de las estorsiones, que segun se le acusaba, habia cometido durante el ejercicio de su cargo, y finalmente, se le despojó para siempre de su empleo de condestable.

El duque de Orleans fué convidado para aquella sentencia; mas ya que no podia impedirla, no quiso sancionarla con su presencia, y se negó á asistir al parlamento; pero no faltaron los duques de Berry y de Borgoña, y la sentencia se dió en su presencia y en la de un gran número de barones y caballeros.

Este fallo hizo mucho ruido en todo el reino, y fué recibido de muy distinto modo, aunque todos convenian en que se habia procedido acertadamente en aprovecharse de la enfer-

Digitized by Google

medad del rey para pronunciarle, en atencion á que, si hubiera estado bueno, no se habria aprobado.

Sin embargo, todos los dias se sabian noticias milagrosas acerca del estado de su salud. Una de las cosas que mas habian contribuido á distraerle de su melancolía, era una invencion de un pintor llamado Gringonneur, que vivió en la calle de la Vidriería. Odetta se acordó de ese hombre, que habia conocido en casa de su padre: le escribió que fuese á palacio y llevase las estampas caprichosamente iluminadas que le viera hacer.

Gringonneur pasó á la real morada con una baraja.

El rey manifestó sumo gusto al ver aquellas pinturas, mirólas al principio con la cándida curiosidad de un niño; pero se entretuvo mas y mas con ellas á medida que fué recobrando la razon, cuando supo que cada una de aquellas figuras tenia un significado, y que podia ocupar un puesto en un juego, alegórica imágen de la guerra y del gobierno.

Gringonneur le dijo que el *as* debia tener la primacía entre todos los naipes, sin esceptuar los reyes, porque su nombre se derivaba de una palabra latina que significa *dinero*, y nadie ignora que el dinero es el nervio de la guerra; y hé ahí la razon por qué cuando un rey no tiene *as* es tan débil, que puede ser batido por un criado que le tenga.

Díjole que el *trèfle* (1), esta yerba de nuestras paredes, tenia por objeto recordar al que le cortaba, que un general no debe nunca acampar en sitio en que pueda faltar el forraje

(1) Corresponde á los bastos de nuestra baraja, y significa *trébol*, planta de tres hojas.

Digitized by Google

á su ejército. En cuanto á las *piques* (1), no era difícil adivinar que representaban las alabardas que en aquella época llevaban los infantes. Los *carreaux* (2), los hierros con que se arenaba el estremo de las flechas que se arrojaban con una ballesta. Los *cœurs* (3) eran evidentemente el emblema del valor de los capitanes y de los soldados. Por otro lado los cuatro nombres de los cuatro reyes, David, Alejandro, César y Carlo-Magno, no probaban que por mas numerosas y valientes que sean las tropas, es preciso si se quiere alcanzar la victoria, colocar á su cabeza gefes prudentes, animosos y esperimentados. Pero como los valientes generales necesitan tambien ayudantes valientes, se les eligió para escuderos entre los antiguos, á Lancelot y Ogier, que fueron, parece, de Carlo-Magno, y entre los modernos, á Renaud, Castellano de Coucy y á Hector de Galard. Como este título de escudero era solo honorífico, y le llevaban los señores mas poderosos antes de ser armados caballeros, los mencionados escuderos representaban á los nobles y tenian á sus órdenes los nueves, los ochos y los sietes, que representaban los soldados.

En cuanto á las damas, Gringonneur no les habia dado todavía otros nombres que los de sus maridos, indicando con esto que la mujer nada vale por sí sola, y que no tiene mas fuerza ni mas esplendor que el que recibe de su señor y dueño.

Esta distraccion volvió al rey la tranquilidad de espíritu,

(1) Corresponde á las espadas.
(2) Corresponde á los oros.
(3) Corresponde á las copas.

Digitized by Google

y la tranquilidad del espíritu le hizo recobrar las perdidas fuerzas. Empezó á beber y á comer con gusto; aquellas horrorosas pesadillas, hijas de la fiebre, desaparecieron poco á poco con ella; ya no temia descansar en la cama, y con tal que Odetta velase á su lado dormia bastante tranquilo.

Una mañana le encontró maese Guillermo bastante fuerte para poder montar una mula. Al dia siguiente le trajeron su caballo favorito, dió un largo paseo, organizóse, en fin, una caza de alhondras, y Cárlos y Odetta con el halcon en la mano se presentaron en los campos circunvecinos, donde fueron recibidos, él con gritos de alegría, ella con gritos de agradecimiento.

En la córte de Francia no se hablaba mas que de la cura del rey y del modo milagroso con que se verificó. Muchas damas tenian envidia de la hermosa desconocida; cuya conducta, segun ellas, no era mas que cálculo; todas decian que habrian hecho el mismo sacrificio; y no hubo una sola que se ofreciese en los dias desgraciados; se temia la influencia que aquella jóven, por poco ambiciosa que fuere, podia tener con el rey. Hasta Isabel se arrepintió de su propia obra; mandó llamar á la superiora del convento de la Trinidad, envió ricos regalos á su comunidad, y le dijo que podia llevarse á su sobrina. Odetta recibió la órden de regresar al convento.

El dia señalado para su marcha, Odetta se acercó al rey con los ojos llenos de lágrimas, y dobló una rodilla: Cárlos la miró con temor, y creyendo que le habia causado alguna pena ó alguna inquietud, la levantó preguntándole por qué lloraba.

Digitized by Google

—Señor, dijo Odetta, lloro porque es preciso que me separe de vos.

—Abandonarme tú, Odetta, dijo el rey admirado; ¿y por qué, hija mia?

—Porque ya no me necesitais, señor.

—¿Y tienes tú permanecer un dia mas al lado de un pobre insensato? Sí, tienes razon; arrebaté ya demasiadas mañanas á tu hermosa y alegre vida para oscurecerlas con la sombra de mis noches; arranqué bastantes flores de tu fresca corona para marchitarlas con mis ardientes manos; te cansaste de la reclusion en que vives, y el placer te llama. Ve.

Y se sentó dejando caer la frente en su mano.

—Señor, la superiora de la Trinidad es la que viene á buscarme, y el convento es el que me reclama.

—¿Luego tú no quieres abandonarme, Odetta? dijo el rey levantando la cabeza.

—Mi vida es vuestra, señor, y seria feliz si hubiese podido consagrárosla hasta exhalar el último suspiro.

—Y dime, ¿quién te aleja de mí?

—La reina y vuestros tios de Borgoña y de Berry.

—¿La reina, mis tios de Borgoña y de Berry me abandonaron en mi debilidad, y quieren volver á mi lado despues de que he recobrado la fuerza? Odetta, Odetta, dime, ¿tú no quieres abandonarme?

—No tengo mas voluntad que la de mi amo y señor. Haré lo que él me mande.

—Pues bien, yo te mando que te quedes, dijo Cárlos con alegría. Este castillo no es para tí una cárcel, hija mia: los cuidados que me prodigas no son únicamente de piedad. ¡Oh!

Digitized by Google

si así fuese, Odetta, ¡qué feliz seria yo! Mírame, mírame otra vez. ¡Oh! no te ocultes.

—Señor, señor, ¿quereis que muera de vergüenza?

—¿Sabes, Odetta, dijo el rey agarrándola de las dos manos, que me he acostumbrado á verte, por la tarde cuando me duermo, por la noche cuando sueño, por la mañana cuando abro los ojos? ¿Sabes que eres el ángel custodio de mi razon, la vara mágica que arrojó á los demonios que aullaban á mi alrededor? Tú has purificado mis dias y tranquilizado mis noches. ¡Odetta! ¡Odetta! El agradecimiento es muy débil sentimiento para tales beneficios. ¡Odetta! ¿sabes que te amo?

La hermosa jóven dió un grito, apartó sus manos de las del rey y se quedó temblando delante de él.

—Monseñor, monseñor, ¿qué me decís?

—Que sin tí no puedo vivir. Yo no fuí á buscarte: ignoraba que existiera tu alma de ángel; adivinaste que aquí se padecia, y aquí viniste. Te debo cuanto tengo, porque te debo mi razon, y mi razon es mi poder, mi fuerza, mi cetro, mi imperio. Bien, vete, y me dejarás tan pobre como me encontraste, porque la razon me abandonará contigo. ¡Oh! al pensar que te voy á perder flota ya en una nube.

Llevóse las manos á la frente.

—¡Dios mio, continuó con espanto, otra vez loco! ¡Dios mio, Señor, apiadaos de mí!

Odetta dió un grito y se acercó al rey.

—¡Oh! señor, señor, no hableis así.

Cárlos la miró con desencajados ojos.

—¡Oh! señor, no me mireis, no me mireis. ¡Dios mio, es vuestra mirada insensata que tanto daño me ha hecho!

Digitized by Google

—Tengo frio, dijo Cárlos.

Odetta se precipitó en los brazos del rey apretándole contra su pecho para calentarle, y rodeándole con los suyos con todo el abandono de la inocencia.

—Aléjate, Odetta, aléjate, dijo el rey.

—No, no, replicó Odetta sin oirle; no os volvereis loco: Dios recibirá mi sangre, mi vida, y os dejará en cambio la razon; me quedaré á vuestro lado, no me separaré de vos un minuto, ni un segundo; seré vuestra sombra.

—Estarás así.... en mis brazos.

—Así, así.

—Y me amarás, añadió Cárlos, obligándola á sentarse encima de sus rodillas.

—Yo, yo, dijo Odetta cerrando los ojos y reclinando su desgreñada y pálida cabeza en el hombro del rey; ¡oh! ¡no debo, no puedo!....

Los ardientes lábios de Cárlos le sellaron la boca.

—Perdon, perdon, señor, me muero.

Y se desmayó.

Odetta se quedó.

Digitized by Google

Digitized by Google

CAPITULO X.

El baile de máscaras.

Algunos dias despues de la escena que acabamos de contar y estando Odetta á los piés de Cárlos mirándole con la cabeza apoyada en sus rodillas, entró precipitadamente Guillermo anunciando á la reina.

—¡Ah! dijo Cárlos, ya no teme venir á ver á un loco; como le han dicho que ha recobrado la razon, se arriesga á entrar en la cueva del leon. Introducid á la reina en la antecámara inmediata.

Maese Guillermo salió.

—¿Qué tienes? dijo el rey á Odetta.

—Nada, respondió la jóven enjugando una lágrima.

Digitized by Google

—¡Esto es una locura! dijo el rey.

Despues de haberla cogido la cabeza entre ámbas manos, besándola en la frente, la levantó; volvió á besarla segunda vez, y desapareció.

Odetta continuó en la misma postura en que el rey la habia dejado. Un instante despues se la figuró ver una sombra que se acercaba á su lado: volvió la vista.

—¡El duque de Orleans! esclamó ocultando el rostro entre sus manos.

—¡Odetta!... dijo el duque mirándola con la inmovilidad de la estupefaccion.

—¿Conque sois vos, dijo despues de un instante de silencio, la que hace tamaños milagros? Ya sabia yo que érais un espíritu encantador, y que podíais privar de la razon al mas cuerdo; pero ignoraba que pudiéseis devolver el juicio.

Odetta suspiró amargamente.

—Ahora ya comprendo, continuó el duque, esa virtud tan severa y adusta; sin duda alguna gitana os predijo que llegaríais á ser reina de Francia, y despues de semejante pronóstico os pareció poco el amor del primer príncipe de la familia real.

—Monseñor, dijo Odetta levantándose y dejando ver al duque un rostro lleno de calma y dignidad, cuando vine á asistir al rey, me presenté á su lado como la víctima vá al sacrificio, y de ningun modo como una cortesana que corre tras la fortuna: tal vez entonces hubiese encontrado al lado del rey algun príncipe, cuya presencia me hubiera sostenido; pero al entrar aquí solo ví un desgraciado, sin mas corona en la frente que una de espinas, un ser abandonado de Dios, privado

Digitized by Google

de la razon y del instinto, y sin lo que la naturaleza ha concedido al último de los animales, el sentimiento de la propia conservacion. Y ese hombre, señor, ese desgraciado era rey la víspera, y rey jóven, gallardo y poderoso: en una sola noche habia vivido treinta años, y de sol á sol su frente se habia arrugado como la de un anciano; de todo su poder ni aun le quedaba la voluntad de ser poderoso, porque con su razon habia perdido la memoria. No pude entonces resistir á la compasion que me inspiró aquella juventud envejecida, aquella hermosura ajada, al ver perdido tanto poder. Un rey sin trono, sin cetro, sin corona, arrastrándose por el suelo, pidiendo misericordia y sin tener nadie que le contestase, presentando sus brazos y nadie le alargaba una mano consoladora, un rey derramando copiosas lágrimas y sin tener nadie que las enjugase. ¡Oh! entonces conocí que yo estaba destinada por Dios para una grande y sublime mision; que hay posiciones tan admirablemente fuera de los cálculos de la vida, que ante ellas desaparecen las convenciones habituales de la sociedad; que la virtud solo es un puñal en estos casos, con que se acaba de matar á un moribundo, y que valia mas perder su alma y salvar una vida, cuando el alma es la de una oscura y pobre jóven y cuando la vida es la de un rey grande y poderoso.

El duque de Orleans la miraba con la mayor admiracion oyendo aquella elocuencia del corazon, de que se habia sentido inspirado repentinamente, como esas flores que se abren en una sola noche.

—Sois una jóven admirable, la dijo el duque, y seriais un ángel bajado del cielo, si fuera cierto lo que me acabais de

Digitized by Google

contar; quiero creerlo, sin embargo, y pediros perdon de haberos ofendido; ¡os amaba tanto!

—¡Y yo no os amaba, monseñor! ¡Oh! ¡si hubiéseis sido desgraciado!....

—¡Oh! Cárlos, Cárlos, esclamó el duque de Orleans dándose una palmada en la frente.

En este momento entraba el rey. Los dos hermanos se abrazaron estrechamente; maese Guillermo venia detrás del rey.

—Monseñor duque de Orleans, dijo, á Dios gracias, ya tenemos al rey en muy buen estado; así, pues, os le devuelvo sano y libre. En lo sucesivo es preciso tener mucho cuidado en no disgustarle, ni ocuparle mucho, porque todavía no tiene la razon muy segura; pero lo que os recomiendo particularmente, dijo mirando á Odetta, es que no le separeis de su ángel tutelar; mientras que ella esté á su lado respondo yo de todo.

—Maese Guillermo, respondió el duque, aprecio en su justo valor vuestra ciencia, que todavía es demasiado necesaria al rey, para que penseis en separaros de él.

—¡Oh! monseñor, dijo maese Guillermo moviendo la cabeza, en el dia solo soy un pobre anciano, débil é impotente, que ni aun puedo soportar la vida de la córte; dejadme, pues, que me vuelva á mi villa de Laon. Mi destino está cumplido; ya puede venir la muerte cuando quiera.

—Maese Guillermo, dijo el duque, tambien los duques de Berry y de Borgoña tienen la obligacion de recompensaros cual mereceis; me lisonjeo, pues, de que la recompensa será rica y hermosa. Sin embargo, si acaeciera que no quedáreis

Digitized by Google

Cárlos VI.

Digitized by Google

Digitized by Google

contento de ellos, presentaos á Luis de Orleans, y estoy seguro quedareis convencido de que no ha usurpado la reputacion que tiene de espléndido.

—Dios ha hecho mas de lo que pueden hacer los hombres por mí, repuso maese Guillermo inclinándose, y lo poco que le resta que hacer será siempre demasiado para lo que yo merezco.

Maese Guillermo se volvió á inclinar y salió del cuarto. A pesar de las vivas instancias que le hicieron, dejó al dia siguiente el castillo de Creil para volver á su casa en las cercanías de la villa de Laon, de donde jamás quiso volver á París, á pesar de haberle ofrecido mil coronas de oro y puesto á su disposicion cuatro de los mejores caballos de las caballerizas reales.

El rey volvió á su palacio de San Pablo, en cuyas inmediaciones proporcionó una modesta habitacion á Odetta, y todo entró en el mismo órden que tenia antes de la enfermedad. Tambien se apresuró á encargarse de los negocios del gobierno para dar su apoyo á una grande y santa empresa que siempre habia tenido intencion de llevar á cabo; una cruzada contra los turcos.

Durante la permanencia del rey en Creil habian llegado á Paris embajadores de Segismundo, y estos contaron los proyectos de Bayaceto, que acababa de suceder á su padre, muerto en una batalla campal: pensaba el nuevo rey invadir la Ungría, penetrar por todos los reinos de la cristiandad sometiéndolos á su dominacion, y permitiéndoles continuar en su religion, entrar despues en Roma á viva fuerza, y dar un pienso á su caballo en el altar mayor de San Pedro. Tamañas

Digitized by Google

blasfemias debian escitar la indignacion de todos los que abrigaban un corazon cristiano; así es que el rey Cárlos habia jurado que la Francia, hija primogénita de la Iglesia, jamás consentiria tan abominable profanacion, aun cuando tuviese que salir él en persona á combatir los infieles, como lo habian hecho en otros tiempos sus predecesores Felipe Augusto, Luis IX y Luis VII.

El conde de Eu, que habia tomado la espada de condestable de manos de Clisson, y el mariscal Boucicaut, que habia viajado por los paises infieles, apoyaban con todas sus fuerzas la resolucion del rey, diciendo que todo caballero que se santiguase estaba obligado á formar liga comun y marchar contra el enemigo.

Mas el que habia abrazado con mayor ardor el proyecto de aquella empresa, era el duque Felipe de Borgoña: movianle á ello las instancias de su hijo el conde de Nevers, que esperaba ser nombrado gefe de aquel escogido ejército y con él llevar á cabo las mas famosas proezas. Ninguna oposicion encontraron estas pretensiones en el duque de Berry, de modo que el consejo las adoptó sin detenimiento alguno. Los embajadores fueron despedidos en nombre del rey; despacháronse mensajeros al emperador de Alemania y al duque de Austria pidiéndoles libre paso por sus estados; escribieron tambien al gran maestre de la órden Teutónica y á los caballeros de Rodas, anunciándoles que Juan de Borgoña iba á socorrerlos acompañado de mil caballeros y escuderos, escogidos entre los mas esforzados de todo el reino, para resistir á las amenazas y palabras del rey Bayaceto, conocido por Amorath-Boguia.

Digitized by Google

Con la mayor actividad se ocupó el duque de Borgoña en formar á su hijo la servidumbre militar que debia acompañarle, porque tenia el mayor empeño en que fuese digna de un príncipe de la flor de lis. Su primer cuidado fué el buscarle un caballero de conocida esperiencia y acreditado valor que no se separase de su lado. Escribió, pues, al señor de Coucy, que acababa de llegar á Milan, pidiéndole que viniera á avistarse con él en su palacio de Artois, donde habitaba á la sazon. Sire Enguerrand admitió gustoso aquella cita, presentándose sin perder tiempo; apenas el duque y la duquesa le avistaron, salieron á su encuentro diciendo:

—Ciertamente, sire de Coucy, habrá llegado á vuestra noticia la cruzada que se está armando, de la que ha sido nombrado gefe nuestro hijo; habeis de saber que este hijo será el sol de la casa de Borgoña, y que hemos determinado confiarle enteramente á vos y á vuestro valor, porque sabemos que sois el mas hábil de todos los caballeros franceses en el ejercicio de las armas. Os rogamos, pues, que seais su compañero y consejero durante el largo y penoso viaje que vá á emprender, el cual pedimos á Dios, con el mayor fervor sea para honra nuestra y de toda la cristiandad.

—Monseñor y señora, respondió el de Coucy, semejante demanda es una órden para mí, y Dios mediante, emprenderé este viaje por dos razones: la primera por devocion y por defender la fé de Jesucristo; la segunda por hacer todo lo posible para corresponder dignamente al honor que me tributais. Sin embargo, recibiria gran merced si me dispensáseis del favor de esa responsabilidad, cometiendo tan grave cargo á otra persona mas digna, por ejemplo, á mossiré Felipe de

Digitized by Google

Artois, conde de Eu y condestable de Francia, ó si os pareciere mejor, á su primo el conde de La Marche: ambos se cuentan en el número de los caballeros que van en esa espedicion, y ambos son mas cercanos parientes vuestros, ya por la afinidad, ya por las armas.

—Sire de Coucy, interrumpió el duque, mas que todos ellos juntos habeis vos visto y llevado á cabo. Conoceis perfectamente el terreno que teneis que atravesar: son valientes y honrados esos caballeros; pero vos sois el mas antiguo que cuenta la caballería, y por lo tanto renovamos nuestra demanda.

—Monseñor, contestó el señor de Coucy, obedeceré á vuestro requerimiento, y espero que con la ayuda de messire Guy de La Tremouille, de su hermano Guillermo, del almirante de Francia y de messire Juan de Vienne, saldré con honor de esta empresa.

Decidido este punto, se ocupó el duque en agenciar dinero para que su hijo fuese con el fausto y esplendor digno de él. Con motivo, pues, de armarse caballero su hijo, impuso un nuevo tributo sobre todo el pais llano, sobre los señores de las fortalezas y sobre los vecinos de las ciudades cerradas, que ascendió á 120,000 coronas de oro; pero como semejante cantidad estaba muy lejos de bastar para mantener el tren con el que queria se presentase, notificó á todos los señores y señoras que tenian fondos de él que se preparasen á partir, diciéndoles que les habia nombrado para hacer parte de la comitiva de su hijo, dejándoles, sin embargo, la libertad de redimir la incomodidad de este viaje pagando una cuota razonable. Esta cuota era de dos mil para los unos, de

Digitized by Google

mil para otros, y aun de quinientas coronas de oro, segun las rentas que producia cada fondo.

Las damas y caballeros ancianos á quienes, como dice Froissar, les asustaba tanto trabajo corporal, pagaron con la mejor voluntad el feudo del duque. En cuanto á los jóvenes, se les dijo que no era su dinero, sino sus personas, las que hacian falta; y por lo tanto que se dispusiesen á partir á su costa para acompañar en este santo viaje á su señor Juan. Este segundo impuesto le produjo al duque otras sesenta mil coronas.

Hiciéronse los preparativos y aprestos con tal prontitud, que el 15 de mayo, estando todos ya dispuestos para la guerra, dió la señal de partida el conde Juan rompiendo él mismo la marcha: seguianle mas de mil caballeros y escuderos, gente toda de esforzado ánimo y distinguida cuna. El 21 del mismo mes entró todo el ejército en la Lorena; atravesando luego el condado de Bar y de Borgoña y pasando por la Alsacia, vino á hacer alto en Wutemberg despues de haber atravesado todo el pais de Aunay y el Rhin, desde donde pasó al Austria y fué recibido con los mayores honores y muestras de estimacion por el duque, que le estaba esperando; despues cada uno se separó por su lado para hacer con mas facilidad la travesía, habiendo señalado por punto de reunion la ciudad de Ruda, en Ungría.

Mientras que esto pasaba en el ejército, ventilábanse en Paris grandes é importantes negocios: habian llegado embajadores de Inglaterra pidiendo en matrimonio á madama Isabel de Francia, que todavía era una niña, para el rey Ricardo. Esta union, dejando aparte la edad, era bajo todo aspec-

Digitized by Google

to conveniente: la Inglaterra, un reino, y Ricardo un rey que podian aliarse perfectamente con el reino y el rey de Francia. Además, esta union ponia término á la guerra y esterminacion que hacia cuatro años desolaba dos pueblos nacidos bajo el mismo cielo, ramas de un mismo tronco, que si bien cada uno separado era débil, apoyándose el uno en el otro podianse resistir á todas las tempestades. Fué, pues, decidido sin oposicion el matrimonio y desposada madama Isabel con Ricardo de Inglaterra, que al año siguiente debia recibirla en Cales de manos del rey de Francia.

El método que maese Guillermo habia dejado para cuidar de la salud de Cárlos era puntualmente seguido, con particularidad en todo lo que tenia relacion con las distracciones que le habia recetado. Así es que diariamente se sucedian los paseos á caballo, los banquetes, ya en el Louvre, ya en palacio, y los bailes y saraos en el de San Pablo: cada uno de por sí y todos juntos daban tormento á su entendimiento para hacer la córte al rey, inventando algunos caprichos nuevos, siendo siempre mejor recibidos los mas estravagantes. Odetta tomaba muy pequeña parte en todas estas fiestas, de las que su cándido y melancólico carácter la hubiera alejado, aun cuando no hubiese existido una causa mas sagrada que le impedia asistir á ellas. ¡Iba á ser madre!

El rey la amaba con ese amor profundo y reconocido de las almas grandes: ni un solo dia pasaba sin que dedicase una hora á su dulce enfermera; y cuando recapitulaba por la noche las fiestas del dia y por la mañana los placeres de la noche, le parecia siempre la hora que habia pasado á su lado la mas hermosa de todas las horas de su vida.

Digitized by Google

Andando el tiempo sucedió que por la época á que hemos llegado se casó un caballero de la servidumbre del rey, llamado Bermandois, con una señorita alemana, que lo era de la de la reina. Los augustos padrinos de los jóvenes decidieron en consecuencia que las bodas se celebrasen en el palacio de San Pablo, y por lo tanto cada uno se puso á caza de nuevas invenciones, con objeto de que aquellas fiestas fuesen las mas placenteras y agradables de cuantas hasta entonces se habian dado. Como el baile era de máscaras, quiso lograr el rey de Odetta que asistiese; pero ella se negó constantemente alegando el peligro de su situacion y la debilidad de su salud.

El dia de la boda llegó: cada uno habia hecho con el mayor sigilo sus preparativos para aumentar el efecto con la sorpresa que esperaba producir: rompieron el baile varias cuadrillas de máscaras ordinarias; pero seria las once cuando se oyeron los gritos de paso, paso, y un *valet* de *pique* (1) y un *valet* de *carreau* (2) con alabarda en mano y vestidos con trajes característicos á su empleo, se colocaron en ambos lados de la puerta, por la que pasó casi al mismo tiempo una baraja completa: venian los reyes colocados por antigüedad. David marchaba el primero, seguíale Alejandro, detrás de Alejandro, César, y por último, detrás de César, Carlo-Magno.

Cada rey daba la mano á la dama de su color; detrás de cada una de ellas venia un esclavo sosteniendo la cola de su

(1) Corresponde á la sota de espadas de nuestra baraja.
(2) Corresponde á la sota de oros.

Digitized by Google

vestido. El primero de los esclavos representaba el juego de pelota, el segundo el villar, el tercero el ajedrez y el cuarto los dados. Componian la comitiva que tras ellos venia, diez ases vestidos de capitanes de guardias, trayendo cada uno á sus órdenes nueve cartas: cerraban la marcha de aquella comparsa los *valets de trèfle* (1) y de *cœur*, que cerraron la puerta en señal, sin duda, de que no quedaba mas gente que entrar.

La orquesta dió entonces la señal para empezar el baile, la que apenas fué oida por los *reyes*, *damas* y *valets*, formaron *terceras* (2) y *catorces* (3) con grande aplauso de la sociedad; habiéndose colocado, por último, los encarnados en un lado y los negros en otro, se terminó el baile con una contradanza general, en la que se mezclaron todos los colores sin distincion de edad, de rango ni de sexo.

Duraban aun las risas que habia escitado aquel capricho, cuando se oyó fuera de la sala una voz que pedia en francés antiguo que abriesen la puerta. Como todo el mundo supuso que aquella demanda era hecha para la introduccion de otra nueva comparsa, se apresuraron á satisfacer sus deseos. Efectivamente, el que reclamaba la entrada en el baile era un gefe salvaje conduciendo cinco de sus vasallos, atados los unos á los otros con una cuerda, y metidos en unos faldellines de

---

(1) Corresponden á las sotas de bastos y de copas.

(2) En los juegos de los cientos son tres cartas de un mismo palo.

(3) Suerte de dicho juego, que consiste en juntar los cuatro ases, reyes, etc.

Digitized by Google

tela, en la cual habian pegado con goma amarilla lino muy fino pintado del color de los cabellos: estos seis hombres parecia que iban desnudos y cubiertos de pelo como los sátiros. Las damas, como es de suponer, chillaron á porfia y retrocedieron al verlos, de modo que dejaron desocupado un gran círculo en el centro de la sala, en medio del cual entraron los recien llegados y ejecutaron diferentes bailes á cual mas grotescos.

No bien habian pasado algunos instantes, cuando desapareció el miedo que su presencia habia causado, y empezaron á acercarse todas las damas, escepto la duquesa de Berry, que se empeñó en no salir del rincon en que estaba. Notada su repugnancia por el gefe de los salvajes, se dirigió á ella para asustarla. En el mismo instante resonaron en la sala estrepitosos gritos: el duque de Orleans acababa de acercar imprudentemente una antorcha á una de las máscaras, y fué tal la actividad con que se comunicó el fuego, que casi al mismo tiempo empezaron á arder los cinco salvajes que estaban átados el uno al otro. Uno de ellos se lanzó rápidamente fuera del cuarto; y otro, olvidando su propio peligro y sus dolores, prorumpió en estas terribles palabras:

—¡Salvad al rey! por Dios, ¡salvad al rey!

Sospechando entonces la duquesa de Berry que el que se dirigia á ella era el mismo Cárlos, se abrazó estrechamente con él, porque se habia empeñado en volver hácia sus compañeros, á pesar de que de ningun auxilio podia servirles, esponiéndose inútilmente á ser quemado con ellos, y colgada de su cuello resistió á cuantos esfuerzos hacia, sin descuidarse por esto en pedir que viniesen á ayudarla.

Digitized by Google

Mientras que esto pasaba, continuaban oyéndose los gritos de dolor y la voz que decia con la mayor angustia: ¡salvad al rey! ¡salvad al rey!

Horrible espectáculo era el de aquellos cuatro hombres ardiendo, á los que nadie osaba acercarse, porque la goma corria como un sudor abrasador por todo su cuerpo hasta el pavimento, y los pedazos que arrancaban de aquel traje maldito se llevaban tras sí otros de carne viva, cual otra túnica de Nesso; de tal suerte, que segun dice Froissar, inspiraba asco y piedad á la vez el ver y oir lo que en aquella sala de San Pablo pasó á las doce de la noche, pues de los cuatro que ardian dos estaban ya tendidos muertos y apagados en el suelo: el uno era el jóven conde de Joigny y el otro sire Emery de Poitiers. Por lo que hace á los otros dos, fueron llevados medio quemados á su casa: el uno era messire Enrique de Guisa y el otro el bastardo de Foix, el cual continuaba diciendo con una voz moribunda olvidándose de su propio martirio: ¡salvad al rey! ¡salvad al rey!

El quinto, que era Nantouillet, salió ardiendo de la sala, pues habia recordado en aquel crítico momento haber visto al entrar en la botillería dos grandes tinas llenas de agua, donde enjuagaban los vasos y salvillas, por lo que se dirigió hácia aquella parte para echarse en una de ellas; esta presencia de ánimo le salvó.

La duquesa de Berry se habia cerciorado de que el que tenia en sus brazos era el rey, pues este se lo confesó. Entonces, enseñándole á madama Isabel desmayada en los brazos de sus mujeres, habia conseguido de él que corriese á su habitacion á mudar de traje: el terror que su suerte habia ins-

Digitized by Google

pirado en un principio no tardó en calmarse, porque al cabo de algunos instantes se presentó en la sala vestido con su traje ordinario.

Madama Isabel no recobró los sentidos hasta oir su voz, y aun entonces dudó largo trecho que fuese efectivamente él, y mucho mas que nada le hubiese sucedido.

Desesperado estaba el duque de Orleans, pero su dolor solo servia ya para probar que á su escesiva imprudencia y juventud debia atribuirse aquel fatal accidente; decia á los que querian escucharle, que él debia sufrir el castigo y arrepentimiento, y que despues de visto lo acaecido hubiese dado su vida por la de los desgraciados que acababa de matar. El rey le perdonó, porque era evidente que ninguna mala intencion le habia movido.

La noticia del suceso corrió todo París en pocos momentos, con la diferencia de que se ignoraba que el rey se hubiese salvado: esta circunstancia fué causa de que al dia siguiente se agolpase el pueblo muy de madrugada por todas las calles inmediatas á palacio, murmurando en alta voz contra los jóvenes fátuos que hacian que el rey se entregase á semejantes diversiones. Comenzaron, pues, á decir que era preciso vengar su muerte matando á los que habian sido causa de ella, y no faltaron algunos que sospechasen del duque de Orleans, á quien pasaba el cetro de Francia despues de la muerte del rey.

Los duques de Berry y de Borgoña, de los que el primero venia de la torre de Nesle y el segundo del palacio de Artois, se encontraron por la mañana en el palacio de San Pablo. Acababan de pasar por aquellas oleadas del pueblo y ha-

Digitized by Google

bian oido el sordo rugir del leon. Conociendo y temiendo su cólera, venian á ver al rey para aconsejarle que montase á caballo y pasease las calles de París.

Cuando el rey hubo consentido, el duque de Borgoña hizo abrir las ventanas, y asomándose al balcon, dijo en alta voz:

—El rey vive aun, buenas gentes, y ahora vais á verle.

En efecto, salió luego el rey acompañado de sus tios, y despues de haber cabalgado por toda la ciudad para calmar al pueblo, entró en la iglesia de Nuestra Señora, donde oyó misa é hizo sus ofrendas.

Volvíase ya hácia el palacio de San Pablo, despues de haber cumplido con este deber, cuando al pasar por la calle de los Jardines oyó un grito tan lastimero, que no pudo menos de estremecerse y levantar la cabeza. La que acababa de dar aquel grito era una jóven que estaba á la sazon medio caida en los brazos de su nodriza. No bien la divisó el rey, cuando saltó del caballo y dijo á sus tios que volviesen solos á palacio; y corriendo hácia la casa donde estaba aquella mujer, subió rápidamente la escalera gritando fuera de sí:

—¿Qué tienes, querida hija mia, que estás tan pálida y tanto tiemblas?

—Tengo, señor, respondió Odetta, el haberos creido muerto y el sentir ahora que me estoy muriendo.

Digitized by Google

CAPITULO XI.

Muerte de Odetta.

Creia, en efecto, Odetta al pronunciar estas palabras que iba á morir, porque se desmayó en el acto mismo. Cárlos la volvió en sus brazos á la cama de donde se acababa de levantar, y merced á unas gotas de agua que Juana la echó en el rostro, volvió á abrir los ojos.

Digitized by Google

—¡Ah! esclamó colgándose del cuello de su amante, ¡ah! Cárlos mio, mi rey y señor, ¿conque es cierto que no habeis muerto?

Toda la vida de aquel ser angelical estaba reconcentrada en sus ojos.

—Aun vivo, querida mia, para amarte.

—¡Para amarme!

—¡Oh, sí!

—Muy dulce es ser amada, pues el amor hace menos sensible el morir, dijo tristemente Odetta.

—¡Morir! repitió el rey aterrado, ¡morir! dos veces has repetido ya esa palabra. Por ventura, ¿estás enferma? ¿qué tienes? ¿por qué estás tan pálida?

—¡Y vos me lo preguntais! contestó Odetta. ¿Ignorais acaso que una funesta noticia circuló por toda la ciudad y que penetró hasta aquí como por todas partes? ¿Ignorais que en lo mas avanzado de la noche se oyó un grito que retumbó de un estremo á otro en París, el cual decia: ¡el rey ha muerto! ¿Comprendeis ahora, monseñor? Cuando aquellas palabras llegaron á mis oidos, fueron como una puñalada para mi corazon, sentí que alguna cosa necesaria para vivir se rompia dentro de mí; entonces quedé muy satisfecha, porque adquirí la seguridad de no poderos sobrevivir, y bendije á Dios; ahora, por el contrario, vos vivís, y la sola que vá á morir soy yo. Y tambien bendigo á Dios, porque su bondad es grande y su misericordia infinita.

—¡Qué estás diciendo, Odetta! ¡has perdido sin duda el juicio! ¡morir tú, morir! ¿y por qué? ¿cómo?

—Por qué, ya os lo he dicho; cómo, lo ignoro: lo que úni-

Digitized by Google

camente sé es que mi alma ha estado próxima á abandonarme; y cuando he sabido que vivíais, solo he pedido á Dios volveros á ver, no le he pedido mas vida porque he conocido que era inútil; os he visto, soy feliz y ya puedo morir. ¡Dios mio, Dios mio, perdonadme si todos mis pensamientos son para el! Cárlos, ¡cuánto estoy sufriendo! ¡oh! ¡estréchame en tus brazos, quiero morir en tus brazos!

Y se desmayó segunda vez.

El rey, creyendo que habia muerto, la estrechaba contra su corazon sollozando y dando gritos de desesperacion; de repente, se estremece al sentir un movimiento estraño: era el niño que se agitaba en el seno de su madre.

—¡Oh! esclamó Cárlos recobrando toda su presencia de ánimo, corred, Juana, en busca de mi mismo médico, traedle aquí; si es preciso, decidle que yo soy el que se está muriendo, pero que venga pronto, al instante; aun no está muerta y tal vez podrá salvarla.

Juana se lanzó fuera del cuarto con toda la velocidad que su edad le permitia y se dirigió adonde el rey le habia dicho. Diez minutos despues volvió á entrar acompañada del médico.

Odetta habia vuelto en sí, pero tan débil, que apenas podia hablar. Clavados los ojos en los suyos, inmóvil, y con la frente cubierta de sudor, la miraba ansiosamente: de tiempo en tiempo Odetta daba un ligero gemido.

—Corred, corred, doctor, esclamó Cárlos al ver al médico, venid y salvádmela; y si la salvais habreis salvado mas que mi corona, mas que mi reino, mas que mi vida; salvareis á la que me volvió la razon cuando yo estaba loco; á la que pasó asistiéndome, cariñosa y paciente como un ángel, dias

Digitized by Google

sin cuento y eternas noches; cuando la hayais sacado de este peligro pedidme cuanto querais, yo os juro que lo tendreis como el otorgároslo esté al alcance del rey mas poderoso de la cristiandad.

Odetta miró al rey con una espresion indecible de gratitud. El médico se acercó entonces y tomó el pulso á la jóven.

—Vá á entrar, dijo, en sus dolores para ser madre, y sin embargo todavía no era tiempo; sin duda ha tenido álgun susto, ó ha sufrido alguna conmocion inesperada.

—¡Sí, eso es! dijo el rey. Y ya que tan perfectamente conoceis, doctor, la causa de su mal, la salvareis, ¿no es verdad?

—Monseñor, me atreveria á aconsejaros que os volviéseis á palacio á esperar el aviso de haber salido del peligro.

Odetta hizo un movimiento para detener al rey; pero casi al mismo tiempo soltando sus brazos los dejó caer en la cama:

—Monseñor, dijo con voz muy débil, el doctor tiene razon; pero volvereis, ¿no es verdad?

El rey se llevó al médico á un ángulo del cuarto, y clavándole la vista:

—Doctor, le dijo, ¿me echais de aquí para que no la vea morir? En ese caso nada en este mundo me alejará de este cuarto; si no me la podeis devolver viva, no me priveis de ella ni un minuto tan solo, ni un segundo.

El médico, despues de haberse acercado á Odetta y pulsádola con la mayor atencion, volvió al lado del rey y le dijo:

—Podeis iros, monseñor; esta jóven puede vivir hasta mañana.

Digitized by Google

El rey estrechó convulsivamente las manos del doctor, y dos lágrimas corrieron por sus mejillas.

—¿Pero estais seguro que no tiene remedio? murmuró con una voz ronca: ¿conque vá á morir y la voy á perder? ¡Oh! entonces yo no me separo de ella y no hay poder humano capaz de hacerme salir de aquí.

—Sin embargo, señor, una sola palabra que os diga os decidirá á salir: la emocion causada por vuestra presencia puede hacer mas horrorosa y difícil la crísis que vá á pasar, y todo depende de esta crísis; si hay alguna esperanza, en ella debo cifrarla.

—Me voy, me voy corriendo, dijo el rey.

Acercándose luego á Odetta y estrechándola en sus brazos, la dijo:

—Odetta mia, ten un poco de paciencia y no te apures; yo quisiera no separarme de tí, pero me dicen que es preciso; consérvate para mí y hasta luego, al instante vuelvo.

—Adios, monseñor, dijo tristemente Odetta.

—No digas adios, sino hasta luego.

—¡Dios os oiga!

La jóven cerró los ojos dejando caer la cabeza sobre la almohada.

El rey entró en palacio anegado en llanto y en la mayor desesperacion, y se encerró en su cuarto, donde pasó dos horas que le parecieron dos siglos; en vano procuró distraerse, pues constantemente le atormentaba un solo pensamiento; sentia en la cabeza los mas agudos dolores; le parecia que pasaban por delante de sus ojos llamaradas que le abrasaban; estrechaba su ardiente frente con sus manos para no dejar esca-

Digitized by Google

par de ella la razon, porque apenas la habia recobrado la víspera y conocia cuán fácil era que le abandonase de nuevo.

Por último, al cabo de algun tiempo conoció que ya no podia resistir mas, y precipitándose fuera de su cuarto salió de palacio, dirigiéndose á la calle de los Jardines; mas apenas divisó la casa detuvo de repente su precipitado paso, todo su cuerpo temblaba. Un instante despues ya estaba andando de nuevo, pero con un paso tan lento, cual si hubiese ido acompañando un fúnebre cortejo. En fin, llegó, pero sin atreverse á pasar el umbral de la puerta. Estuvo ya casi decidido á volverse á palacio á esperar el aviso que le habian prometido. Por último, subió maquinalmente las escaleras, llegó á la puerta, y allí, escuchando con las mayores ánsias, oyó algunos gritos.

Al cabo de breves instantes cesaron los gritos. Juana abrió rápidamente la puerta, y el rey estaba arrodillado detrás.

—¡Y bien! dijo fuera de sí, ¡Odetta, Odetta!

—Ha librado ya.... os espera.

El rey se lanzó en el cuarto llorando y riéndose al mismo tiempo, mas se paró repentinamente delante de la cama donde estaba acostada Odetta con su hija en los brazos, porque estaba tan pálida que parecia una imágen de mármol.

Mas á pesar de aquella palidez velase en los lábios de la reciente madre una dulce sonrisa llena de esperanza, una sonrisa inefable y desconocida, una sonrisa que solo las madres tienen para sus hijos, una de esas sonrisas compuestas de amor, devocion y fé.

Digitized by Google

Viendo la perplejidad de Cárlos y reuniendo todas sus fuerzas, cogió á su hija y se lo presentó al rey.

—Monseñor, hé aquí lo único que os quedará de mí, le dijo.

—¡Oh! la madre y el hijo vivirán, esclamó estrechando á ambos contra su corazon. Dios dejará en el mismo tallo la rosa y el capullo: ¿le han hecho algo, por ventura, para que los quiera separar?

—Monseñor, dijo el médico, seria muy conveniente que esta pobre jóven descansase algunos instantes.

—¡Oh! dejadme, dijo Odetta, mi reposo será mas dulce y mas tranquilo cuando esté allá arriba. No olvideis que si se separa de mí no podré volverlo á ver, y que si yo he vivido tanto tiempo ha sido por un milagro que la naturaleza ha hecho en favor de esta criatura que yo debia dar á luz.

Despues de pronunciar estas palabras dejó caer su cabeza sobre los hombros de Cárlos: Juana cogió la recien nacida. Odetta y el rey se quedaron solos.

—Ahora me toca á mí, querida mia, dijo el rey, velar á la cabecera de tu cama como tú velaste por mí durante tanto tiempo. Dios hizo un milagro por tí; y aunque yo soy menos digno que tú de su bondad, sin embargo espero mucho de su misericordia. Duerme, yo rezaré.

Odetta se sonrió tristemente, estrechó de una manera casi imperceptible la mano del rey, y cerró los ojos. Algunos minutos despues el aliento de su boca y el movimiento de su pecho anunciaron que dormia.

Cárlos, pálido, sin movimiento y conteniendo la respiracion, miraba aquel rostro tan pálido que parecia pertenecer ya

Digitized by Google

á la tumba, á no ser porque sus lábios coloreados de un encarnado vivo y el latir precipitado de sus arterias indicaban que todavía corria por sus venas una vida demasiado febril. De tiempo en tiempo estremecimientos ruidosos recorrian todo su débil cuerpo, los que eran inmediatamente seguidos de algunas gotas de sudor frio que se deslizaban por su frente. Estos estremecimientos se fueron haciendo mas frecuentes, algunos suspiros salieron de su pecho, y los débiles gritos que prorumpió anunciaron que estaba sufriendo algun sueño terrible. Cárlos, viendo lo que sufria, la despertó.

Odetta abrió los ojos: al pronto sus miradas inciertas y vagas recorrieron todos los objetos que la rodeaban; fijándose luego en el rey dió un grito de alegría al reconocerle.

—¡Oh! ¡aun estais aquí, señor! le dijo: ¡conque era un sueño! ¡aun no nos hemos separado!

Cárlos la estrechó contra su corazon.

—Imaginaos, continuó Odetta, que apenas me habia dormido cuando bajó á los piés de la cama un ángel Traia una aureola de oro alrededor de su frente, alas blancas en sus hombros y una palma en la mano: me miró dulcemente, y me dijo: «Vengo á buscarte, Dios te llama.» Yo le contesté haciéndole ver que me tenias en vuestros brazos y que no podia dejaros. En el mismo instante me tocó con su palma, y conocí que yo tambien tenia alas..... despues no sé lo que ha pasado; yo era la que velaba y vos el que dormia. Remontándose entonces el ángel le he seguido llevándoos en mis brazos, y todos juntos hemos empezado á subir hácia el cielo. Al principio estaba muy contenta, pues me sentia con fuerzas y ligereza y respiraba fácilmente; poco á poco he ido sintiendo

Digitized by Google

que pesábais á mis brazos; no he hecho caso, y continué subiendo, pero respiraba ya con mas dificultad. Quise despertaros, pero no pude, dormíais como un tronco; quise gritar esperando que me oiríais, pero mi voz no pudo salir de la garganta; volví la cabeza hácia el ángel para pedirle socorro, y lo ví que estaba ya en las puertas del cielo haciéndome señas de que le siguiese. Quise decirle que ya no podia subir mas, porque me faltaba la respiracion y porque vos me pesábais como un mundo, pero ni un solo sonido, ni una sola palabra pude articular; mis brazos se adormecian ya y sentia que os íbais soltando de ellos.... tan solo me faltaban dos pasos para alcanzar al ángel, ¡ya casi le tocaba! Alargué la mano para agarrarme de los pliegues de su vestido: ¡fué mi último esfuerzo! solo encontré un vapor sin resistencia y sin fuerza: el brazo con que os sostenia cayó como si estuviese muerto, y os ví rodar precipitado en el abismo. Al veros grité.... y entonces fué cuando me despertásteis.... gracias, gracias.

Aplicando entonces los lábios á las mejillas de Cárlos y sucumbiendo bajo el peso de tantas emociones, cerró los ojos.

El rey la vió dormirse de nuevo, y durante algun tiempo estuvo velando con el mayor cuidado de que algun otro sueño viniese á atormentarla; mas al corto rato le pareció que comprimian su frente algunos vahidos terribles y que los objetos que le rodeaban daban vuelta en torno suyo. La silla sobre que estaba sentado vacilaba. Trató de levantarse, abrir una ventana y desprenderse de aquella especie de delirio; pero para ello era preciso despertar á Odetta, que con pálidos lábios y la sangre algun tanto calmada, dormia tranquilamente

Digitized by Google

en sus brazos: á Odetta, á quien dos horas de tranquilidad podian volver sus fuerzas. No tuvo, pues, bastante valor para despertarla Procuró escaparse de aquel delirio, y colocando su cabeza al lado de la suya, cerró los ojos á su vez. Durante algun tiempo continuó viendo objetos estraordinarios que flotaban en el aire y pasaban sin tocar el suelo; una especie de humo en el cual chispeaban mil lucecillas, vino á cubrir todos aquellos objetos: las luces se fueron luego apagando poco á poco y todo volvió á quedar en la inmovilidad, á oscuras y en silencio: Cárlos se quedó dormido.

Al cabo de una hora una sensacion helada lo despertó: la cabeza de Odetta habia caido sobre sus mejillas, y en ellas era donde sentia el frio. Entumecido con el peso del cuerpo de la jóven, quiso volverla á colocar en la cama: estaba mas pálida que nunca, enteramente habia desaparecido el color de sus lábios. Acercó su boca á la suya, y no sintió su aliento: la estrechó en sus brazos, la cubrió de besos, y de repente dió Cárlos un penetrante grito.

Juana y el doctor entraron corriendo y se acercaron á la cama. Odetta no estaba ya en ella; y mirando en torno suyo vieron á Cárlos sentado en un rincon del cuarto con el cuerpo de la jóven en sus brazos, envuelto en las sábanas. Los ojos de Odetta estaban cerrados: los de Cárlos estaban abiertos y clavados en el cadáver.

Odetta estaba muerta: Cárlos estaba loco.

Condujeron al rey á San Pablo; habia perdido el sentido y completamente la memoria, y dejábase manejar como un niño. Al momento corrió la noticia de aquella desgracia por todo palacio, y generalmente se atribuyó al susto de la noche anterior.

Digitized by Google

La reina supo esta noticia al volver de la calle de Barbette, en la que estaba alhajando una pequeña casa de recreo, é inmediatamente fué al cuarto del rey, donde lo halló en la misma inmovilidad. Apenas divisó Cárlos las flores de lis de que estaba salpicado el vestido de la reina, cuando se presentó de nuevo el antiguo odio que habia sentido siempre á aquel atributo de la familia real; y dando entonces un grito semejante al rugido del leon, se apoderó de una espada que habian dejado imprudentemente junto á un sillon, y desenvainándola se precipitó sobre su mujer. Viéndose la reina amenazada de este modo, cogió con sus manos desnudas el acero por junto á la guarnicion y por el paraje donde no tiene corte; mas tirando Cárlos violentamente hizo resbalar la hoja en toda su estension entre las manos de madama Isabel: la sangre saltó, y la reina se dirigió hácia la puerta dando gritos. En ella encontró al duque de Orleans, á quien enseñó sus heridas.

—¿Qué ha sucedido? esclamó el duque palideciendo, ¿quién os ha puesto así?

—Ha sucedido, esclamó madama Isabel, que monseñor se ha vuelto mas loco y mas feroz que nunca, y que esta vez me ha querido matar á mí como en otra ocasion os quiso matar á vos.

Y volviéndose hácia el rey sacudiendo sus manos chorreando sangre, continuó:

—¡Oh Cárlos, Cárlos! esta sangre caerá gota á gota sobre tu cabeza. ¡Tiembla por tí, infelizl

---

Digitized by Google

Digitized by Google

CAPITULO XII.

Batalla desigual.

Durante este tiempo habian pasado el Danubio los cruzados y entrado en Turquía; hicieron admirables proezas, tomaron infinitas ciudades y castillos, y ni uno solo de los que salieron á su encuentro pudo resistir á su valor y poderío; llegaron á Nicópolis, pusiéronla sitio estrechándola rudamente, y descansando de un asalto contra otro asalto: ostigáronla tan bien, que como no habia ninguna noticia de Bayaceto, el rey de Ungría decia ya á los caballeros franceses, á los condes de Nevers, de Eu, de La Marche, de Soissons, á los señores de Coucy y á los barones y nobles de Borgoña:

Digitized by Google

—Condes y caballeros, la estacion ha sido buena, á Dios gracias, porque hemos hecho grandes hazañas, hemos confundido en el polvo el poder de Turquía, cuya última muralla es esta ciudad; luego que haya caido en nuestro poder, porque no dudo la tomaremos, soy de opinion que no pasemos mas adelante por este año; nos retiraremos, si bien os parece, á mi reino de Ungría, donde poseo fortalezas, ciudades y castillos sin cuento, que os prestarán seguro y cómodo alojamiento. Destinaremos el invierno para ordenar nuestros planes para el verano venidero; escribiremos al rey de Francia participándole el buen paso que llevan nuestras armas, y nos enviará para la próxima primavera tropas frescas y aguerridas: quizá luego que él sepa hasta dónde hemos llegado venga en persona, porque es jóven, de buen temple de alma y muy aficionado á las armas, como ya sabeis. Empero venga ó no, el verano próximo echaremos, con la ayuda de Dios, á los infieles del reino de Armansa, pasaremos el brazo de San Jorge (1) y entraremos en Liria á libertar los puertos de Joffa y de Benrth y á conquistar á Jerusalen y la tierra Santa. Si el soldan sale á nuestro encuentro, le juro que no ha de volverse sin haber probado nuestro poder en alguna bien ordenada batalla.

Tales proyectos eran muy gratos al valor y carácter de los caballeros franceses; todos los aplaudian con entusiasmo, y fuéronse pasando los dias en aquel abandono de toda gente de guerra que tiene puesta su confianza en el esfuerzo y valimiento de sus gefes.

(1) Estrecho de los Dardanelos.

Digitized by Google

De muy distinto modo que ellos esperaban, debian, sin embargo, sucederse los acontecimientos.

Bayaceto, de quien no se habia pido hablar, y cuya pretendida inércia motivó la ciega confianza de los caballeros, habia pasado el estío en reunir su ejército: componíase este de soldados reclutados en todo el pais, y habíales prometido tales ventajas, que se le habian presentado al alistamiento hasta los hijos de los confines de la Persia.

Apenas se vió al frente de su numeroso ejército púsose en marcha, atravesó el estrecho de los Dardanelos por caminos encubiertos, se detuvo en Andrinópolis el tiempo necesario para rehacer sus falanjes, y llegó á pocas leguas de la ciudad que tenian sitiada los cristianos. Mandó entonces á Urmes Bek, uno de sus mas valientes y fieles capitanes, que reconociese el pais y hablase, si posible fuere, con Dogan-Bek, gobernador de Nicópolis; pero á poco regresó, diciendo que un ejército innumerable de cristianos que ocupaba todas las salidas, le habia impedido comunicar con los sitiados. Bayaceto se sonrió con desprecio; y cuando hubo cerrado la noche mandó que le trajesen su caballo favorito, montó en él, y atravesando el campo enemigo, que estaba sumergido en el mas profundo sueño, ligero y silencioso como el espíritu del aire, llegó á la cima de una colina que dominaba á Nicópolis, y desde allí con voz atronadora esclamó:

—Dogan-Bek.

Este, á quien su buena suerte habia conducido á la muralla, reconoció la voz que le llamaba y le respondió: preguntóle en seguida el soldan en lengua turca acerca del estado de la ciudad, víveres y municiones. Dogan, despues de haber desea-

Digitized by Google

do al soldan larga vida y felicidad sin límites, le respondió:

—Gracias á Mahoma, las puertas y las murallas de la ciudad son fuertes y están bien defendidas: los soldados, como ves con tus sagrados ojos, vigilan de dia, velan de noche y tienen bastantes víveres y suficientes municiones.

Bayaceto, enterado de lo que deseaba saber, bajó de la colina, porque sire de Helly, que mandaba una patrulla, habiendo oido la voz que preguntaba, marchó al sitio de donde salia. De repente vió pasar por delante de él una especie de fantasma á caballo, ligero como el viento, y que como él rozaba rápidamente la tierra. Persiguióle con su tropa; pero á pesar de ser uno de los caballeros mejor montados del ejército, no pudo alcanzar siquiera el polvo que el fugitivo levantaba.

Bayaceto anduvo así ocho leguas en una hora: al llegar en medio de su ejército dió un grito descompasado que despertó á los hombres é hizo relinchar los caballos; queria aprovechar lo que quedaba de noche para acercarse cuanto posible fuese al ejército cristiano.

Púsose inmediatamente en marcha, y cuando amaneció ordenó la batalla. Como hombre de mucha esperiencia y que conocia el valor de los cruzados, destacó una vanguardia de ocho mil turcos; seguíala á distancia de una legua todo el resto del ejército, al que dió la forma de una V, y colocándose en el centro mandó á sus dos alas que envolviese al enemigo cuando la retirada fingida de la vanguardia le arrastrase al espacio que aquella colocacion de las tropas dejaba vacío. Este cuerpo y las dos alas formaban el total de unos 190,000 hombres.

Mientras que este ejército avanzaba, numeroso como los

Digitized by Google

granos de arena y devorador como el viento del desierto, los caballeros cristianos gastaban el tiempo en fiestas y en orgías: el campo se había convertido en una verdadera ciudad, en la que se participaba á la vez de todas las delicias de la vida.

Las tiendas de los caballeros eran de telas recamadas de oro; seguíanse las modas de Francia y se inventaban otras nuevas; y en tales términos se habian exagerado las puntas de sus zapatos, que el círculo que formaban impedia que el pié entrase en el estribo; y algunos tuvieron el capricho de sujetarse á la rodilla su estremidad con una cadena de oro.

Aquella disolucion y aquel lujo admiraban á los pueblos estranjeros; y no podian comprender cómo unos señores que se habian cruzado por el honor de la religion, daban á los infieles un escándalo tan grande; cómo eran tan frívolos desarmados, tan valientes en el combate; y cómo podian los mismos hombres llevar á la vez vestidos tan ligeros y armaduras tan pesadas.

El 28 de octubre, víspera de la fiesta del ángel San Miguel, se hallaba reunida toda la nobleza francesa en la tienda del conde de Nevers, que daba un espléndido banquete. Habíanse vaciado sendas botellas de vino de Ungría y del Archipiélago. Messire Jacobo de Helly era el único que estaba triste y sombrío en aquella reunion, y se burlaban de su misantropía; hasta que al fin levantando su frente tostada del sol de Oriente, les dijo:

—Reiros y burlaos, señores; vosotros dormíais mientras que yo velaba, y no visteis ni oísteis nada de lo que yo ví y oí. Esta noche mientras que patrullaba por el campo ví un

Digitized by Google

prodigio celeste, y oí una voz humana, y temo que el cielo y la tierra nos presagien alguna desgracia.

Los caballeros se echaron á reir, burlándose de Amerath Baraquin; algunos dijeron que un perro infiel como él no se atreveria á atacar á caballeros cristianos.

—Verdad es, respondió sire de Helly, que el rey Basans es un infiel; pero es tambien un príncipe sincero en su falsa creencia, y sigue con tanto cuidado las instrucciones de su falso profeta como nosotros seguimos con poco celo los mandamientos del verdadero Dios. De su valor no dudará el que le haya visto como yo en una batalla; vosotros le llamais: estad tranquilos, vendrá si no ha venido ya.

—Messire de Helly, dijo el conde de Nevers levantándose y apoyándose en el hombro del mariscal Boucicaut, ya por amistad, ya por mantener su equilibrio: vos ya no sois jóven; es una desgracia; no sois alegre, es un vicio; pero quereis entristecernos, es un crímen; sin embargo, sois un caballero valiente, de mucha esperiencia; decidnos lo que habeis visto y oido: dadme parte, soy el gefe de la cruzada.

Volviéndose á los pajes que servian á la mesa y alargando su vaso, les dijo:

—Echadnos vino de Chipre, y que sea del mejor, por si le bebemos por última vez.

Y levantando su copa, dijo:

—Señores, á la mayor gloria de Dios y á la salud del rey Cárlos.

Todos se levantaron, vaciaron su vaso y volvieron á sentarse: solo de Helly se quedó de pié.

—Os escuchamos, añadió el conde de Nevers colocando los

Digitized by Google

codos encima de la mesa y apoyando la barba entre sus puños cerrados.

—Señores, patrullaba anoche, segun os dije, cuando oí en el cielo, y hácia el Oriente, unos gritos que nada tenian de humano. Volvíme y ví, como vió toda mi tropa, una gran estrella sitiada por otras cinco de menor tamaño: los gritos venían de aquel lado donde estaba empeñado tan estraño combate, y los conducia á nuestros oidos un viento maravilloso, que al parecer moria en los límites del campo, como si mensajero de funestos presagios le hubiese encargado Dios que le llevara hasta el sitio en que nos hallábamos, y prevenidole que ninguna necesidad tenia de pasar adelante despues de haber cumplido esta mision: ocultaban y volvian á ocultar aquella inmensa estrella sombras sin cuento, que tenian la forma de hombres armados, y que se apelotaban, hasta que al fin desapareció el cometa apagando al mismo tiempo dos de sus cinco enemigos: los tres restantes se colocaron en triángulo, y se les vió en esta forma simbólica hasta que el dia empezó á amanecer. Marchábamos todavía preocupados con semejante prodigio y buscando en vano el modo de esplicarle, cuando al pasar por un barranco abierto entre la montaña y las murallas oimos una voz; pero esta voz era de un hombre, salia de la colina, pasaba por encima de nuestras cabezas é iba á espirar en la ciudad. Otra voz le contestaba desde las murallas, y estuvieron hablando por algun tiempo, mientras que nosotros con los ojos fijos en la colina procurábamos indagar en medio de la oscuridad qué hombre era aquel que en nuestro campo hablaba una lengua estranjera. Al fin divisamos una sombra que se deslizaba como una nube por la colina: dirigímonos allá,

Digitized by Google

cia ella, y un cuerpo real y verdadero pasó muy cerca de nosotros. Mis soldados, al verle vestido de blanco, creyeron que era un fantasma cubierto con una mortaja; pero yo reconocí al caballero árabe embozado en su alquicer y corrí en su persecucion. Ya conoceis, señores, mi caballo llamado Tadmor, que es de esa raza árabe, que solo á los descendientes de Al-Boráik cede la primacía; pues sabed que en un abrir y cerrar de ojos el caballo del desconocido tomó tanta delantera á Tadmor, como Tadmor la tomara á los vuestros; y digo por consiguiente que como Basaac es el único que posee semejantes caballos, era el mencionado caballero uno de sus generales á quien habria prestado aquel precioso animal, ó tal vez el ángel esterminador, el Ante-Cristo, el mismo Basaac.

Sire de Helly se sentó y guardóse por largo rato un profundo silencio, porque habia hablado con tan verdadero acento, que entró la conviccion en todos los corazones. Los caballeros mas jóvenes conservaban aun la sonrisa en los lábios; pero los mas esperimentados, tales como el condestable, sire de Coucy, el mariscal de Boucicaut y messire Juan de Vienne, indicaban por la contraccion de sus cejas, que opinaban como messire Jacobo de Helly, que alguna desgracia amenazaba al ejército.

En aquel momento se abrieron las cortinas de la tienda, y un ordenanza cubierto de sudor y de polvo gritó desde la puerta:

—Armaos al momento, señores, si no quereis ser sorprendidos, porque vienen marchando contra nosotros ocho ó diez mil turcos.

Y desapareció en seguida para comunicar la misma órden á los demas gefes del ejército.

Digitized by Google

Los caballeros se levantaron al oir tal nueva, y se miraban unos á otros con sorpresa, cuando el conde de Nevers, corriendo á la puerta de su tienda, gritó con voz atronadora:

—¡A las armas, señores, á las armas, que viene el enemigo!

Y aquel grito resonó en todo el campamento.

Los pajes se apresuraron á ensillar los caballos, los caballeros llamaron á sus escuderos; y como los mas jóvenes no podian poner los piés en los estribos, á causa de las polainas, el conde de Nevers dió el ejemplo cortando con la espada la retorcida punta de las suyas.

En un momento aquellos hombres de terciopelo se encontraron cubiertos de hierro, montaron en sus caballos de batalla y formaron al lado de sus respectivos estandartes. Desplegóse y colocóse al frente la bandera de Nuestra Señora, y messire Juan de Vienne, almirante de Francia, la recibió de las manos del conde de Nevers.

—Yo, Enrique de Eslen Lemhalle, mariscal del rey de Ungría, soy enviado cerca de vosotros por monseñor, quien os previene y manda que no deis la batalla antes de nuevo aviso, porque teme que el ejército enemigo sea mas considerable de lo que á primera vista aparece. Haced, señores, lo que os digo, porque tal es la órden del rey y de su consejo.

A estas palabras desapareció rápidamente por donde habia venido.

El conde de Nevers preguntó entonces al señor de Coucy qué partido se debia tomar.

—Es preciso seguir los consejos del rey de Ungría, pues me parecen buenos.

Digitized by Google

El conde de Eu se acercó muy irritado al conde de Nevers, porque había pedido parecer á sire de Coucy antes que á él.

—Sí, eso es, monseñor, dijo: el rey de Ungría quiere recoger el honor y la gloria de la jornada; nosotros teníamos la vanguardia de la jornada y nos la quita. Obedézcale quien quiera; yo no le obedezco.

Y sacando de su flordelizada vaina la espada de condestable:

—¡Adelante mi bandera! esclamó: en nombre de Dios y de San Jorge, ¡adelante! Este es el grito de todo buen caballero.

Sire de Coucy dirigiéndose á messire Juan de Vienne, que tenia la bandera de Nuestra Señora:

—¿Qué hacemos ahora? le preguntó, porque ya veis lo que pasa.

—¿Qué hacemos? contestó sire de La Tremouille, riéndose de aquella pregunta: los caballeros ancianos se quedarán detrás y permitirán que los jóvenes vayan delante.

—Messire de La Tremouille, respondió tranquilamente el señor de Coucy, pronto en el combate veremos quién vá delante y quién se queda atrás; procurad tan solo que la cabeza de vuestro caballo siga la cola del mio. Pero no me dirijo á vos, hablo á messire Juan de Vienne, y otra vez le pregunto qué partido piensa tomar.

—Querido Enguerrand, donde falta la razon, conviene que reine la temeridad. Convengo en que debiéramos aguardar al rey de Ungría, ó cuando menos, á trescientos caballos nuestros que salieron esta mañana á forrajear; pero una vez que el conde de Eu quiere marchar contra el enemigo, es preciso

Digitized by Google

seguirle y combatir lo mejor que podamos. Por otra parte, mirad, mirad, aun cuando quisiéramos retroceder ya no sería tiempo.

En efecto, á derecha é izquierda de los caballeros se levantaba una nube de polvo, en medio de la que se veia de cuando en cuando una armadura que brillaba como un relámpago. Eran las dos alas del ejército de Bayaceto, que habiendo pasado el punto que ocupaban los cristianos, se replegaban para estrecharlos.

Todos los que tenian alguna esperiencia en las armas conocieron entonces que la jornada se habia perdido; pero lejos de emprender la retirada, messire Juan de Vienne fué el primero que gritó ¡*adelante*! y sacó su caballo á galope. Repitiendo aquel grito siguieron todos la bandera de Nuestra Señora, y se vió el estraño espectáculo de setecientos caballeros que atacaban á ciento ochenta mil hombres.

Llegaron á escape y con la lanza enristre enfrente de la vanguardia turca, que retrocedió, descubriendo una fila de estacas puntiagudas y clavadas oblícuamente en la tierra, contra la cual dieron de pecho los caballos de los cristianos. Semejante atrincheramiento debiera haber sido destruido por la infantería, pero esta arma estaba toda á las órdenes del rey de Ungría: algunos caballeros se apearon, y á pesar de la lluvia de flechas que sobre ellos caia, empezaron á derribar á cuchilladas aquella empalizada, abriendo en pocos momentos una brecha por la que pudieron pasar veinte hombres de frente.

Todo el ejército de los cruzados se precipitó por aquella abertura bastante larga para el ataque, y no reparando en si seria demasiado estrecha para la retirada, cargaron la infan-

Digitized by Google

tería turca, atravesáronla de parte á parte, y dando frente á retaguardia la cargaron otra vez y la destruyeron á los piés de los caballos. Oyeron entonces á su derecha é izquierda un gran ruido de clarines y timbales; eran las dos alas del ejército turco que se acercaba, mientras que el cuerpo de caballería, compuesto de ocho mil hombres, y que segun hemos dicho formaba la vanguardia, marchaba de frente contra ellos.

Cuando vieron aquella tropa escogida y cubierta de oro, creyeron los cristianos que el emperador marchaba entre sus filas; y formándose otra vez en batalla, se precipitaron sobre ella con el mismo arrojo con que atacaron á la infantería. Aquella tropa resistió tan poco como la primera á la impetuosidad francesa, y á pesar de la superioridad del número, se dispersó huyendo en todas direcciones, como un rebaño de ovejas en medio del cual se hubiese introducido una banda de lobos.

Perseguidos por los franceses, fueron á estrellarse contra el verdadero fuerte de batalla de Bayaceto, y allí empezó la resistencia; porque allí estaba el emperador; sin embargo, protegidos por sus excelentes armaduras, entraron los caballeros en aquellas espesas masas como una hacha de hierro en un tronco de encina, pero como una hacha se encontraron apretados entre las alas. Entonces conocieron la falta que habian cometido con no aguardar al rey de Ungría y á sus sesenta mil hombres, porque apenas el ejército cristiano formaba un punto en medio de aquella multitud de infieles, que al parecer con solo estrechar sus distancias podian acabar con aquel puñado de temerarios.

Digitized by Google

El condestable, que habia cometido la falta, la hubiera enmendado entonces, si para ello hubiese sido suficiente el valor; rodeado de enemigos hacia frente á todos; habia roto su lanza y su espada de condestable, y desatando del arzon de su silla una de aquellas espadas de á dos manos, que en el dia nos parecen armas fragosadas para una raza de gigantes, la blandió con impetuosidad y derribó cuanto con su terrible hoja tocó.

El mariscal de Boucicaut se precipitó á su vez donde mas enemigos habia, y allí se abrió camino como un segador en el campo, importándole poco si se cerraban detrás de él, avanzando siempre y degollando á diestro y siniestro.

Sire de Couby cargó á un cuerpo de infieles armados de porras, cuyos golpes caian sobre él como los del leñador sobre una encina; pero su armadura los paraba, mientras que, devolviendo él golpe por golpe, abria espantosas heridas en cambio de las contusiones que recibia.

Los dos sires de La Tremouille marchaban el uno al lado del otro, parando el hijo los golpes que dirigian á su padre, y sintiendo el padre únicamente los que dirigian á su hijo. Matáronle á este el caballo, y el otro le cubrió con su bróquel mientras que se desembarazaba de sus estribos; y dando vueltas á su alrededor, como la leona alrededor de sus cachorros, derribaba todos los brazos que para apoderarse de él avanzaban, mientras que el hijo, puesto ya de pié, heria los caballos con la punta de su espada y derribaba con ellos á los caballeros, á quienes mataba su padre antes de que tuviesen tiempo de levantarse.

Messire Jacobo de Helly atravesó todo el campo de bata-

Digitized by Google

Ha por un camino de sangre y se encontró al otro lado de las alas, donde hubiera podido confiar su vida al ligero Tadmor; huir ó interponer el Danubio entre él y sus enemigos; pero cuando levantó la cabeza y vió en medio de los infieles á sus diezmados compañeros, marchó otra vez al combate é hizo tan maravilloso uso de su espada, que á los pocos minutos se encontró cerca del conde de Nevers, á quien acababan de matar el caballo, y que, en medio de una muralla de enemigos muertos, llenaba con heroismo el deber que su empleo de gefe del ejército le imponia.

El conde divisó á su lado al caballero, y en vez de pedirle auxilio, le dijo:

—Messire de Helly, ¿qué ha sido de la bandera de Francia? Espero que aun existe.

—Sí, existe y vais á verla desplegada, respondió Jacobo.

Apeóse de Tadmor y le presentó al conde. Este se negaba á admitirle, pero sire de Helly le dijo:

—Monseñor, sois nuestro gefe: si vos moris, se pierde el ejército; y en nombre del ejército os suplico que monteis en mi caballo.

El conde cedió, y en efecto, no bien se habia afirmado en los estribos, cuando divisó á messire Juan de Viemne que hacia aquel dia cuanto de un hombre se puede esperar. El conde de Nevers y sire de Helly acudieron en su auxilio, y le encontraron defendiéndose de diez infieles con una espada rota y desangrándose por varias heridas mortales. Era la quinta vez que mudaba de caballo: cinco veces se le habia tenido por muerto al ver desaparecer la bandera, y cinco veces habia vuelto á montar con la ayuda de los caballeros que le rodea-

Digitized by Google

ban, y cada una de ellas fué saludada con gritos de alegría la bandera de alianza, tan pronto derribada como levantada.

—Monseñor, dijo al ver al conde de Nevers, llegó nuestra última hora; es indispensable que muramos, pero mas vale morir mártir que vivir infiel: Dios os salve, y adelante San Juan y Nuestra Señora.

Y á estas palabras se precipitó de nuevo en medio de los turcos, donde cayó por sesta vez para no volver á levantarse.

De este modo se perdió la batalla, y de este modo murieron los caballeros franceses. En cuanto á los úngaros que habian emprendido la fuga sin combatir, no por eso los salvó su cobardía: los turcos, mejor montados que ellos, los persiguieron y los pasaron á cuchillo. De sesenta mil hombres que mandaba el rey, solo él se salvó con otros seis, y tuvo la suerte de alcanzar con Filiberto de Naillac, gran maestre de Rodas, la escuadra veneciana, mandada por Tomás Monaigo, que los recibió á bordo, y llevó á Filiberto á Rodas y á Segismundo á Dalmacia.

La batalla duró tres horas. Tres horas necesitaron ciento ochenta mil hombres para rendir á setecientos. Cuando hubo terminado recorrió Bayaceto el campo de los cristianos, y eligiendo para él la tienda del rey de Ungría, donde estaba todavía encima de la mesa la vagilla de oro y de plata en que se le habia servido la comida, abandonó las otras á sus gefes y á su tropa. Hízose desarmar para descansar, porque habia peleado como el último de sus soldados: sentóse con las piernas cruzadas delante de la puerta en una alfombra, y mandó llamar á sus generales y amigos para hablar de la victoria

Digitized by Google

que acababa de alcanzar. Inmediatamente obedecieron esta órden; y como estaba contento rió y bromeó mucho con ellos, diciendo que muy en breve iban á conquistar la Ungría y en seguida todos los demás reinos y paises cristianos, porque segun decia, queria reinar como su antepasado Alejandro de Macedonia, que fué señor del mundo; y todos los que le oian se inclinaban ante él aprobando sus dichos y felicitándole.

Poco despues dió tres órdenes: la primera fué que todo aquel que hubiese cogido algun prisionero le hiciese comparecer en su presencia al dia siguiente: la segunda, que se reconociesen y amontonasen á un lado todos los muertos, formando como una hecatombe con aquellos que pareciesen los mas nobles ó poderosos, porque tenia proyectado ponerse á cenar delante de sus cadáveres: la tercera que se informasen cuidadosamente de si el rey de Ungria se habia salvado ó estaba muerto ó prisionero.

Luego que Bayaceto hubo descansado y dado aquellas órdenes, montó un caballo de refresco, porque le habian dicho que el encuentro habia sido fatal para su gente y queria recorrer el campo de batalla: además, no podia acabar de creer la mortandad tan ponderada que habia hecho aquel puñado de hombres. Acercóse al sitio del combate y parecióle que aun le habian escaseado la verdad, porque para cada cristiano que mordia el polvo, yacian á su lado treinta infieles muertos. Irritóle sobremanera la vista de aquel campo mortuorio, y dijo en alta voz:

—Ruda y aciaga ha sido esta batalla para los mios: los cristianos se han defendido como leones, pero juro que los vivos han de pagar por los muertos. Vamos, adelante.

Digitized by Google

Y pasó mas adelante, y cuanto mas anduvo mas se maravilló de las hazañas de sus enemigos. Llegó al sitio en que messire de La Tremouille y su hijo cayeron uno sobre otro, y apenas pudo distinguir sus cadáveres entre los de sus enemigos, que yacian hacinados sobre ellos. Siguió el camino que habia recorrido Juan de Vienne, y los muertos estorbaban el paso á su caballo. En fin, se detuvo en el sitio en que aquel denodado caballero cayó á los golpes de sus enemigos, y le encontró yerto sobre la bandera de Nuestra Señora, la cual tenia de tal modo cogida y apretada entre sus manos régias, que fué preciso que se las cortaran con un hacha para lograr arrancársela.

Despues de haber empleado dos horas en este reconocimiento, se retiró Bayaceto á su morada, donde pasó la noche en maldecir á aquellos hombres, cuya derrota le costaba tan cara como si hubiese conseguido la victoria.

Por la mañana, cuando abrió las cortinas de su tienda, halló ante sí á los principales gefes de su ejército, que venian á saber lo que disponia acerca de los prisioneros, porque segun los rumores que corrian, todos ellos serian sentenciados á ser degollados, sin distincion ni piedad alguna. Sin embargo, Bayaceto habia reflexionado detenidamente en el cuantioso rescate que podia conseguir por tantos nobles y caballeros: mandó venir á sus intérpretes, y les preguntó cuáles eran los mas ricos y poderosos de los que habian sobrevivido; contestáronle que seis de entre ellos habian declarado sus nombres, y eran de los mas nobles de la flor de la caballería: primero, messire Juan de Borgoña, conde de Nevers, gefe de todos los demás; segundo, messire Felipe de Artois, conde de Eu;

Digitized by Google

tercero, Enguerrand, señor de Coucy; cuarto, el conde de La Marche; quinto, messire Enrique de Bar, y sesto, messire Guy de La Tremouille. Bayaceto quiso verlos, y mandó que los trajesen á su presencia; hiciéronles jurar entonces sobre su fé y palabra que dirian quiénes eran, y declararon que aquellos nombres eran en efecto los suyos. Despues de esta respuesta hizo seña Bayaceto al conde de Nevers de que se acercara, y le dijo por su intérprete:

—Si eres con efecto el que pretendes ser, esto es, Juan de Borgoña, cuenta con que tienes la vida segura; mas no creas que lo deberás á tu nombre, ni á la cantidad que pueda alcanzar por tu rescate, sino á la prediccion de un famoso nigromántico, que me ha asegurado que tú solo has de verter mas sangre cristiana que todos los turcos juntos.

—Basuaç, le contestó el conde de Nevers, ruégote que no me hagas gracia alguna, porque mi deber es seguir la suerte de todos aquéllos que yo he traido contra tí; si tú les concedes la vida por medio del rescate, trataré tambien de rescatar la mia; pero si han de morir, quiero morir con ellos.

—Lo que hubiere de suceder será segun mi gusto, y no segun el tuyo, repuso el emperador.

Y le hizo retirar adonde estaban sus compañeros, con los cuales le condujeron á la tienda que les servia de prision.

En tanto que el emperador yacía sentado pensativo y cabiloso acerca del modo de averiguar fijamente si los caballeros eran en efecto aquellos cuyos nombres habian dicho, hicieron comparecer á su presencia á otro caballero que habia servido en los ejércitos de su hermano Amurates, y que co-

Digitized by Google

nocia medianamente el dialecto turco. Era el señor de Helly. Bayaceto recordó haberle visto en otro tiempo y le preguntó si conoceria á los caballeros que estaban en la tienda de los prisioneros. El señor de Helly contestó que por poco que sobresaliesen en la caballería francesa, sabria decir al sultan quiénes eran. Hízole entonces Bayaceto conducir delante de ellos, despues de haberlos prohibido espresamente conversar ni pronunciar una sola palabra, por miedo de engaño ó ardid. El señor de Helly no necesitó mas que verlos para conocerlos. Regresó en seguida adonde estaba Bayaceto, el cual le preguntó cuáles eran los nombres de los que habia visto, á lo que replicó el caballero, que los cautivos eran el conde de Nevers, messire Felipe de Artois, messire Enguerrand de Coucy, el conde de La Marche, messire Enrique de Bar y messire Guy de La Tremouille; es decir, lo mas rico y poderoso de la nobleza de Francia, y que algunos de ellos eran parientes del mismo rey.

—Bien está, respondió el emperador, esos solos lograrán salvar la vida. Vengan todos ellos á colocarse á este lado de mi tienda, y conducidme los demás cautivos á este otro.

Al punto fué ejecutada la órden que acababa de dar Bayaceto, colocando los seis caballeros á la diestra del emperador. A breve rato vieron estos acercarse trescientos de sus compañeros, prisioneros como ellos, desnudos hasta la cintura; aquellos estaban destinados á morir. Condujéronlos unos despues de otros delante de Bayaceto, que los miraba con indolente curiosidad, y seguidamente hacia una seña para que se los llevasen. A medida que iban desfilando por frente de él, los obligaban á pasar uno á uno por entre dos filas de sol-

Digitized by Google

dados infieles, que los aguardaban con cimitarra en mano y los hacian pedazos en un instante á la vista del conde de Nevers y de sus séis compañeros.

Aconteció entonces que entre aquellos hombres condenados á morir iba el mariscal de Boucicaut; presentáronle á su turno delante de Bayaceto, é iba á sufrir la misma muerte que los otros, cuando le apercibió Juan de Borgoña: al verle salió este de entre sus compañeros, y encaminándose al emperador, hincó la rodilla en tierra y le suplicó que concediera la vida á aquel hombre, diciendo que era un aliado del rey de Francia é indicando por sus gestos y ademanes que podia pagarle un rescate de príncipe. Bayaceto bajó la cabeza en señal de condescendencia: Boucicaut y Juan de Borgoña se abrazaron mútuamente y el emperador hizo seña de que ya era tiempo que siguiese la matanza, la cual continuó con efecto durante tres horas.

Luego que sucumbió el último cristiano y que todos hubieron muerto sin prorumpir mas grito que estas palabras: Señor mio Jesucristo, tened piedad de nosotros, Bayaceto dijo que queria comunicar la noticia de su victoria al rey de Francia. Mandó venir á su presencia al conde de Nevers, al señor de Helly y á otros dos señores que habia dejado con vida para este efecto, y preguntóle al primero que á cuál de los otros tres caballeros escogia para que fuese á tratar de su rescate y del de sus demás compañeros: el conde de Nevers señaló al señor de Helly y en el mismo instante fueron privados de la vida los otros dos.

Juan de Borgoña y los cinco señores dieron cartas á messire Santiago de Helly: el conde de Nevers para el duque y la

Digitized by Google

duquesa de Borgoña; el señor de Couby para su mujer y los otros para sus parientes ó tesoreros. Terminado esto, trazó el mismo Bayadete al mensajero el camino que debia seguir: le mandó pasar por Milan para que noticiase al duque aquella victoria, y le obligó á jurar bajo fé de caballero que volveria á ponerse entre sus manos tan luego como hubiese terminado su mensaje.

Messire Santiago de Helly se puso en camino aquella misma noche. Forzoso será que nos anticipemos á su llegada y echemos al paso una mirada sobre el estado en que se encontraban en Francia los diversos partidos desde que los perdimos de vista.

Nadie conocia la verdadera causa de la demencia del rey. Odetta habia evitado siempre llamar la atencion pública: su influjo sobre el rey solo se habia dejado sentir para hacer bien; y tuvo tanto cuidado en ocultar su vida á los ojos de todos, como otras favoritas han tenido en no dejar ignorar al mundo hasta sus menores acciones. Por lo mismo desapareció sin ruido, y nadie mas que Cárlos supo que el cielo de los reyes habia perdido una de sus mas brillantes estrellas.

En cuanto al duque de Orleans, aunque sus amores con la reina continuaban siempre, no era tanto el cariño que encerraba su corazon, que no dejase alguna cabida á la ambicion; no era ya como cuando la primera demencia del rey. Bien fuese cálculo ó recuerdo, se habia aprovechado del intervalo en que el rey habia vuelto á recobrar el juicio, para obtener de él que pusiera en libertad á Juan Lemercier y al señor de La Rivière; por otro lado, el señor de Montaigne habia vuelto á ser empleado en el gobierno, merced á sus reiteradas ins-

Digitized by Google

tancias. El duque de Borbon, que le habia cesado al lado suyo, encomiaba encarecidamente sus bellas cualidades y paliaba sus defectos: el duque de Berry, que se habia declarado por el partido de su sobrino, gracias á las cuantiosas sumas que este le habia adelantado, le prometió adhesion y apoyo si llegaba alguna vez la ocasion de necesitar de él; y el consejo, cautivado por sus afables modales, encantado de su talento y alucinado por su elocuencia, le habia dejado formarse un partido numeroso en su seno mismo, que empezaba ya á contrarestar el poder del duque de Borgoña.

La enemistad entre los príncipes crecia de dia en dia y cada cual empleaba todo su valimiento y poderío para echar por tierra el que pudiera tener su adversario. Cárlos, débil de cuerpo y de espíritu, tirado con fuerza por ambas puntas de su real manto, no tenia ya ni aun voluntad para interponer su autoridad y fijar un término á aquellas turbulencias: todo el mundo se temia discordias fatales, cuando de pronto empezó á cundir por Francia una triste nueva que absorvió la atencion pública, llenando de amargura todos los corazones.

Los trescientos caballeros y escuderos, que como ya hemos dicho, habian salido á forrajear en el momento en que se empeñó el combate, habian atravesado el pais á todo escape; cada cual se dispersó por su lado, y tomando el camino que le pareció mas corto, fueron presentándose en Valaquia; pero allí empezó para ellos una nueva série de desgracias y fatigas, á las cuales sucumbieron muchos.

Los válacos sabian el resultado de la batalla: de modo que figurándose que no tenian ya que temer de unos infelices fu-

Digitized by Google

gitivos, los dejaban entrar en las ciudades como para ofrecerles una hospitalidad franca y leal, y luego que los tenian dentro los quitaban las armas y caballos, contándose por muy dichosos los que salian de entre sus manos con algun dinero y pan para el camino; y aun esto lo hacian con los que sabian que eran grandes señores, porque el que dejaba conocer que era escudero ó meznadero de mediana casa, podia tener por seguro que habia de ser apaleado despues de dejarle encueros. Por consiguiente, tuvieron que pasar las mayores miserias para atravesar la Valaquia y la Ungría, mendigando un pedazo de pan y logrando á fuerza de súplicas un asilo en las caballerizas y cobertizos, sin mas vestido para cubrir sus carnes que algunos andrajos que los mas pobres habian partido con ellos. Así llegaron á Viena, donde algunas gentes caritativas los trataron con mas humanidad y los dieron algunas prendas y dinero para proseguir el viaje. Entraron luego en Bohemia y encontraron tambien quien les diera algunos socorros, lo cual fué para ellos una gran dicha, porque si los alemanes hubiesen sido tan inhumanos como los válacos y los úngaros, se hubiesen quedado los infelices en el camino muertos de hambre y de miseria. Encamináronse, por último, hácia Francia, contando sus desgracias por donde quiera que pasaban, de tal suerte, que algunos llegaron sanos y salvos hasta el mismo París.

Pero allí ninguno quiso creer lo que decian, porque eran de tal modo tan terribles sus relatos y tan tristes las cosas que contaban, que costaba gran pena figurarse siquiera que podrian ser ciertos; lejos de eso, algunas personas creian que aquellos hombres no eran mas que unos miserables aventure-

Digitized by Google

ros, que trataban de granjearse la compasion pública, y por calles y plazuelas se oia decir que era preciso que mandasen ahorcar ó echar al rio á aquella gentuza que se entretenia en ir esparciendo semejantes corredos. Empero, á pesar de las tales amenazas, iban llegando todos los dias nuevos fujitivos que añadian nuevos relatos á los de sus predecesores, de manera que á fuerza de pasar de boca en boca entre los del pueblo, acabaron por cundir entre los grandes. El mismo rey, á pesar de su enfermedad, llegó á tener noticias de ellos en su palacio de San Pablo, y esto acumuló nuevos nubarrones en aquel cielo ya sombrío. Dióse órden de que se acallasen aquellos rumores hasta tanto que hubiese noticias positivas, y dióse tambien para que el primer caballero de alguna nombradía que llegase de la cruzada, se presentase al rey en el acto.

La noche misma de Navidad, mientras que la reina, el duque de Orleans, los de Borbon, Berry y Borgoña, el conde de San-Pol y una gran reunion de damas y caballeros rodeaban al rey en su propio palacio y celebraban con él la festividad de aquella noche, anunciaron un caballero que venia de Nicópolis y traia noticias exactas del conde de Nevers y del ejército.

Conducido al instante delante de aquella nobilísima reunion el caballero, que venia todo empolvado y calzado aun con botas y espuelas, entregó en manos del rey y del duque de Borgoña las cartas de que venia encargado y contó las cosas que llevamos dichas.

Era messire Santiago de Helly.

Digitized by Google

CAPITULO XIII.

La vuelta de los prisioneros.

Fácil es figurarse la consternacion en que puso á aquel noble auditorio la relacion del caballero; no habia uno entre los que allí se encontraban que no tuviese alguna persona que le interesase entre los muertos ó prisioneros: el uno perdia su hermano, el otro su hijo, aquella su esposo, el rey de Francia su brillante y lucida caballería.

Sin embargo, al propio tiempo que se lloraba por los muertos, se pensaba en el rescate de los cautivos; tratóse de en-

Digitized by Google

viar un presente á Bayaceto para prepararle bien á las negociaciones que se pensaba entablar con él, y cada cual se informó por su parte de aquellos objetos que pudieran ser mas de su agrado. Se averiguó que era apasionadísimo á la caza y que todos los años su amigo Galéas de Milan le enviaba halcones blancos. Pagáronse á precio de oro, porque es especie muy rara, doce hermosísimos gerifaltes, enseñados y adiestrados; en seguida el señor de Helly, que habia tenido ocasion de reparar el gusto de Bayaceto hácia las alfombras y tapices, aconsejó que se agregaran á aquel primer presente algunos de los ricos tapices con personajes históricos, que solo sabian fabricar en Arras. El duque de Borgoña salió en persona para aquella villa y compró una magnífica alfombra, que representaba por completo la historia del gran rey Alejandro de Macedonia, de quien suponia descender Bayaceto: añadiéronse á esto además varias piezas de orfebrería delicadamente trabajadas por los mejores artífices, estofas de Reims, paño escarlata de Bruselas, doce soberbios galgos y diez hermosos caballos con caparazones y arneses de terciopelo, en los que brillaban el oro y las piedras preciosas.

Como ya habia terminado su mensaje el señor de Helly, vino á despedirse del rey y del duque de Borgoña, pues regresaba á cumplir su palabra y ponerse en manos de Bayaceto, segun lo habia jurado. El duque Felipe le suplicó que se encargase de los presentes que enviaba á Bayaceto, creyendo que el emperador los recibiria con mas gusto de manos de aquel á quien habia escogido por mensajero; pero el noble caballero le hizo observar que aun ignoraba la suerte que le estaba reservada por el vencedor, y que era muy posible que no volviese á pi-

Digitized by Google

sar el suelo de Francia; por lo que fueron nombrados como agregados para traer noticias de la embajada, el señor de Vergy, gobernador del condado de Borgoña, sire de Chateaumorand, que tan ventajosamente habia mediado en otro tiempo en la tregua con Inglaterra, y sire de Leuringhem, gobernador del condado de Flandes. Madama de Coucy envió por su parte al lado de su marido y de sus dos hermanos un caballero del Cambresis, llamado Roberto Desne, servido y acompañado por una escolta de cinco meznaderos escuderos. Esta embajada debia pasar por Milan, y recomendada por madama Valentina, tomar cartas del duque Galéas para el emperador Bayaceto: en agradecimiento de este servicio, prometió el rey de Francia á aquel grande poner flores de lis en su escudo.

Luego que marcharon los encargados del mensaje, se ocuparon los duques de Borgoña en juntar el dinero necesario para el rescate de los cautivos; en consecuencia, salieron de Paris y se retiraron á Dijon, con el objeto de atender á las tallas que iban á ser impuestas sobre sus estados. El duque de Orleans quedó por lo mismo solo en el poder; y supo aprovecharse tan bien de la ocasion, y se manejó con tal habilidad para consolidarse en él, que el rey le encargó el gobierno entero y absoluto del reino, con facultades para suplirle en todo hasta tanto que no estuviese él en estado de gobernarle por sí mismo.

Por este tiempo estalló en Inglaterra una revolucion, que debia ejercer un gran influjo en el destino de la Francia.

El conde de Derby, que ya conocemos desde el principio de esta historia, por haberle visto venir á hacer armas contra el duque de Orleans en las funciones que tuvieron lugar para

Digitized by Google

celebrar la entrada de la reina Isabel, era, segun dijimos, hijo del duque de Lancaster, y tenia un partido numeroso en Inglaterra. Su padre acababa de morir, y el rey Ricardo, temiendo que la rica sucesion que iba á pasar á sus manos le sirviese para granjearse nuevos prosélitos, se negó á entregársela, á pesar del derecho que le asistia.

El conde de Dervy se hallaba á la sazon en Francia, no en clase de mensajero de la corona, como la primera vez, sino en clase de desterrado. Una disputa particular que tuvo con el conde de Nottinghan proporcionó al rey un pretesto para alejar de Inglaterra al que ya empezaba á mirar como rival.

Aquella injusticia del rey para con el conde de Dervy, produjo un efecto enteramente contrario al que aguardaba Ricardo: toda la nobleza y el clero se declararon por el partido del desterrado. El pueblo, agobiado de impuestos, cansado de las tropelías de la gente de guerra, que no pagaba nada y que vivia saqueando á los labradores y robando á los mercaderes, gritaba contra aquellas vejaciones á que no estaba acostumbrado, y no aguardaba mas que la ocasion de hacer causa comun con la nobleza en contra del rey.

El conde de Dervy, fijos los ojos en Inglaterra, aguardaba á que las cosas estuviesen en sazon. Llegó el momento aun mas pronto de lo que él se creia; y mientras Ricardo se encaminaba á hacer una espedicion á Irlanda, recibió aviso de que si se sentia con fortaleza de alma para arriesgar la cabeza por un reino, atravesase el estrecho. El conde no vaciló un instante; despidióse del duque de Bretaña, su primo, á cuyo lado se habia retirado, partió del Havre, y despues de dos dias

Digitized by Google

y dos noches de navegacion, desembarcó en Ravenspur, en el Yorvshire, entre Hall y Brintington.

De tal modo era aborrecido el antiguo rey, que la marcha del conde á Lóndres fué un triunfo contínuo. Los habitantes de las ciudades le abrian las puertas y le presentaban de hinojos las llaves, los trovadores le seguian cantando en loor suyo, y las mujeres cubrian con flores el camino por donde habia de pasar.

Cuando llegaron á noticia de Ricardo aquellas nuevas, regresó con su ejército hácia la capital; pero abandonado por sus soldados y sin poderles decidir á pelear, se vió obligado á entregarse prisionero: condujéronle á la gran torre de Lóndres, instruyóse la causa, las Cámaras le depusieron, y el conde de Derby, proclamado rey bajo el nombre de Enrique IV, recibió el cetro y la corona de manos del mismo á quien habia destronado.

Esta noticia llegó á Francia por madama de Coucy, que estaba al lado de Isabel, pobre jóven que no habia conocido mas que los sinsabores del amor y los disgustos de la magestad, y que regresaba á Francia, viuda de un marido vivo, pero ya sentenciado. Todos decian que aquella ofensa hecha á la corona de Francia, no podia quedar impune; y sin embargo, confesaban al mismo tiempo la imposibilidad de declarar la guerra, en el estado de escasez de hombres y dinero en que se encontraba el reino. Fué tal cólera del duque de Orleans al saber aquel insulto y tal el pesar por la impotencia en que se hallaba la nacion, que envió á desafiar en su nombre al rey de Inglaterra, por medio de Orleans, su heraldo, y de Champagne, su rey de armas, proponiéndole un comba-

Digitized by Google

te á muerte y sin misericordia, en el sitio que él fijase y con las armas que elígiese. Enrique IV rehusó el duelo.

Esto no obstante, el duque de Orleans gobernaba el reino como hombre, segun el dicho de Juvenal, crítico historiador de aquella época, que necesitaba le gobernasen á él mismo: las tallas y pechos se sucedian con tal rapidez para subvenir á sus prodigalidades y á las de la reina, que antes que los últimos se hubiesen pagado, se imponian otros nuevos; en fin, cuando el pueblo quedó exhausto, el duque decretó una talla sobre el clero; verdad es que para hacerla llevadera se encubrió bajo el título de empréstito. Esto suscitó grandes diferencias entre los prelados, porque unos se negaron á reconocer el impuesto y dejaron que se apoderasen á la fuerza de la cuarta parte de su cosecha en las granjas y graneros, en tanto que otros, por el contrario, humildes aduladores del duque de Orleans, descomulgaron á todos los que no obedecieron el edicto.

El regente, lejos de abrir los ojos á la sazon con semejante escándalo, contestó á aquel cisma decretando una nueva contribucion, que comprendia á la vez á la nobleza, al clero y al pueblo: la órden espresaba que habia sido negocio resuelto en presencia y bajo el consentimiento de los duques de Borgoña, de Borbon y de Berry, lo cual era falso. Estos dos últimos manifestaron públicamente que nada tenian que ver con aquel impuesto.

En cuanto al duque de Borgoña, como ya habia arreglado el rescate de su hijo y acababa de saber que el conde de Nevers estaba en camino, resolvió presensarse él mismo en Paris para desmentir solemnemente á su sobrino.

Digitized by Google

Luego que el duque de Orleans supo que venia el conde de Nevers, pensó que ya no podia sostenerse por mas tiempo en aquella situacion, y dióse prisa á publicar que el rey, merced á sus instancias y á las de madama Isabel, derogaba la órden sobre la última talla, y que por consiguiente no seria exigida; empero esto no contuvo al duque Felipe, descubrió, por el contrario, en este paso una muestra de la debilidad de su adversario y resolvió sacar provecho de ella.

Cuando llegó á París se puso de inteligencia con los duques de Berry y de Borbon, cuyos nombres habian sido comprometidos á la par que el suyo; y despues de haber hecho algunas respetuosas observaciones al rey, consiguieron que se convocase el consejo para deliberar en manos de cuál de los príncipes seguiria el poder. El duque de Borgoña propuso además, que para que la discusion pudiese tener lugar con plena libertad, no se presentase ni uno ni otro en el consejo, á lo cual se obligaba, si su sobrino consentia, en no parecer por él. El duque de Orleans aceptó, aunque presumia con fundamento que el fallo no le seria favorable, porque si bien se le concedian generalmente todas las cualidades de un noble y galan caballero, negábase tambien que tuviese ninguna de las virtudes de un hombre de Estado; por consiguiente, fué mayor su despecho que su asombro cuando vinieron á anunciarle que el partido del duque de Borgoña habia vencido, y que este quedaba encargado del gobierno de los negocios públicos en su lugar.

Los dos rivales se encontraron con este motivo frente á frente de nuevo con un odio mas, y sin embargo, tanto era ya el que sus corazones encerraban, que apenas pudieron creer

Digitized by Google

hasta entonces que cupiese en ellos mas. El duque de Orleans aparentó consolarle de su caida, haciendo ostensiblemente la córte á la condesa de Nevers, hijastra del duque; tal era su modo de vengarse: en breve veremos cuál fué el del conde de Nevers.

Todo se habia ya dispuesto y arreglado, como hemos dicho, con Bayaceto para el rescate de los cinco prisioneros, porque ya no eran mas que cinco: el señor de Coucy habia muerto en su cautiverio con gran sentimiento de sus compañeros. El emperador puso en libertad á messire Santiago de Helly, haciendo mil elogios acerca de su valor y lealtad, y concedió además una audiencia de despedida á los caballeros. El conde de Nevers se encargó de darle las gracias en nombre de sus amigos y en el suyo propio, por la cortesanía con que los habia tratado. Bayaceto le mandó acercar, y queriéndole él hincar una rodilla en tierra, le cogió por la mano, y le dijo en lengua turca estas palabras, que sus intérpretes repitieron en lengua latina:

—Juan, sé que en tu pais eres un gran señor é hijo de un nobilísimo padre que cuenta reyes entre sus abuelos; eres jóven, y tal vez cuando estés de regreso en tu pátria se burlen y critiquen sobre lo que te ha acaecido en tu primera empresa caballeresca, lo cual motive, que por volver por tu honor hagas un gran esfuerzo y reunas crecido número de gente de guerra para formar, como vosotros decís, una nueva cruzada; si te temiese, te haria jurar con tus demás compañeros por vuestro honor y creencias, que jamás volveriais á empuñar las armas contra mí; pero lejos de eso, cuando estés de vuelta en tu pais, puedes hacer lo que gustes. Reune para venir en

Digitized by Google

contra mia el mayor ejército que haya pisado la tierra, ven, que me hallarás siempre dispuesto y armado para la batalla; y digo esto, no solo por tí, sino por todos á quien bien te pareciere repetir estas palabras, porque he nacido para conquistas y empresas de guerra.

Despues de estas palabras, que quedaron grabadas para siempre en el corazon de los que las habian oido, los prisioneros pasaron á manos de los señores de Metelin y de Abydos, que estaban encargados de la negociacion, y eran los que la habian llevado á cabo. Esto no obstante, las gentes del emperador los escoltaron hasta las galeras, y no los abandonaron hasta tanto que se hubo levantado el áncora. La flota se hizo á la vela para Metelin, adonde llegó sin el menor contratiempo.

Ya los estaban esperando allí con impaciencia: fueron magníficamente recibidos por la mujer de dicho señor, que habia sido dama de la emperatriz de Constantinopla, y durante aquel tiempo habia oido hablar mucho sobre Francia. Dióse por muy honrada en recibir á algunos de los de mas hidalga sangre de aquella nacion; mandó que los prepararan las habitaciones mejores de su palacio, y en ellas encontraron, en vez de sus vestidos raidos y usados, trajes al gusto griego de las mejores telas del Asia.

Apenas habían acabado de vestirse les anunciaron la llegada de messire Jacobo de Braquemont, mariscal de Rodas: venia á buscar á los caballeros para llevarlos á aquella isla, en la que el gran prior los aguardaba con ánsia é impaciencia. Despidiéronse en consecuencia del señor y la dama de Metelin, que tan cortesmente los habian recibido, y se dieron

Digitized by Google

á la vela. Pocos dias de travesía bastaron para llegar al puerto, y en la orilla los aguardaban para hacerles los honores los principales señores de Rodas, escelentes jueces en materia de religion y caballería, porque llevaban sobre el pecho la cruz blanca, en memoria de la pasion, y todos los dias tenian que rechazar algun nuevo asalto por parte de los infieles.

El gran maestre y los mas nobles de entre los caballeros, repartieron entre sí el honor de recibir al conde de Nevers y sus compañeros; ofreciéronles hasta dinero, cosa que necesitaban en gran manera, y Juan de Nevers aceptó para él y sus amigos la cantidad de 30,000 francos, de que se declaró el único deudor para con el gran maestre, á pesar de que mas de la tercera parte fué distribuida entre sus compañeros.

En tanto que se hallaban en la ciudad de San Juan aguardando la galera de Venecia que debia venir á conducirlos, cayó malo messire Guy de La Tremouille, señor de Sully, y á los pocos dias de enfermedad pasó á mejor vida. Costábale sin duda trabajo á la muerte dejar escapar á aquellos hombres que se habian visto tan cerca de la tumba, y que aun en aquel momento estaban mas cerca de ella que de su salvacion. Sire de Coucy habia sucumbido hacia poco tiempo, y á su vez, sire de La Tremouille acababa de cerrar los ojos para no volverlos á abrir. Los caballeros creyeron que alguna maldicion pesaba sobre ellos, y que estaban destinados á no volver á ver su pátria ni uno solo: hicieron los funerales á aquel amigo, cuya muerte los reducia al número de cuatro; y habiéndole depositado en la iglesia de San Juan de Rodas, subieron

Digitized by Google

á los bajeles venecianos, que habian entrado en el puerto mientras ellos cumplian con aquel deber postrimero.

Dióse órden al piloto antes de marchar para que arribase en todas las islas que se hallasen en la travesía, á fin de que la fatiga fuese menor y que el conde pudiese recorrer las tierras que hay entre Venecia y Rodas. De esta suerte los viajeros desembarcaron sucesivamente en Modon, Corfú, Leucade y Cefalonia: aquí se detuvieron algunos dias, porque las mujeres de aquellas Islas les parecieron tan hermosas, que las tomaron por ninfas ó hadas; y así el conde de Nevers con sus compañeros gastaron en regalos para aquellas magas la mayor parte del dinero que los habia prestado, para muy distinto uso sin duda, el buen prior de los caballeros de Rodas.

No dejó de costar trabajo arrancarlos de aquel paraiso; pero por último fué forzoso decidirse á salir de él, porque aun les faltaba largo trecho antes de llegar á Venecia. Montaron de nuevo en las galeras y navegaron tanto á favor de vientos y remos, que muy luego se encontraron en Ragusa, Zara y Parenzo; allí se embarcaron en naves mas ligeras para poder llegar hasta Venecia, por no ser el mar que baña sus piés bastante profundo para ser surcado por grandes galeras.

Luego que llegaron, encontró allí el conde de Nevers una partida de sus gentes, que el duque y la duquesa habian enviado para esperarlos. Vinieron tambien muy luego los señores de Haugier y de Helly acompañando al resto de su casa, y trayendo consigo carros cargados de vajilla de oro y plata, ropas y trajes magníficos y estofas de todas clases. Juan de Borgoña se puso en camino desde aquel instante con el esplendor y acompañamiento que correspondia á un noble de su

Digitized by Google

clase, y llegó á Francia con mas apariencias de vencedor que de vencido.

Poco tiempo despues de su regreso murió en su castillo de Halle Felipe el Audaz á los setenta y tres años de edad, y por esta muerte volvió la regencia al duque de Orleans.

El conde de Nevers pasó á ser duque de Borgoña.

Once meses despues murió la duquesa, y el duque Juan de Borgoña vino á ser conde de Flandes y de Artois, señor de Salins, palatino de Malines, de Alost y de Talmand, es decir, uno de los príncipes mas poderosos de la cristiandad.

Digitized by Google

CAPITULO XIV.

La tempestad.

Este acontecimiento iba á sacar á la luz pública las grandes disensiones que hasta entonces habian dividido á las dos familias. Hasta aquel dia el respeto que infundia la edad del duque Felipe y la prudencia, hija de su edad, que le caracterizaba, habia dado un colorido político á aquellas discordias primerizas, colorido que iba á desaparecer: los odios particulares, ódios de ambicion personal, de amor, y de amor propio ofendido, odios terribles y sangrientos, iban á levantar sus rostros sin careta ni disfraz, é iban á lanzarse en una lu-

Digitized by Google

cha obstinada como dos furibundos atletas. Cada uno de los dos presagiaba un funesto porvenir, creyendo que habia suspendido en el aire algo que debia ser aciago para él, y que cuando descargase aquella tempestad habia de llover sangre.

Y sin embargo, ni uno ni otro de los dos príncipes habian dado muestras á lo esterior de aquel mútuo aborrecimiento. El duque de Borgoña permanecia en sus estados recibiendo el debido homenaje de sus numerosas y buenas villas y ciudades; y entregado todo á aquel cuidado, quedábale apenas tiempo para echar hácia París una mirada llena de promesas de venganza.

En cuanto al duque de Orleans, descuidado y negligente como siempre, se cuidaba poco de lo que hacia el de Borgoña: sus amores con Isabel habian vuelto á cobrar nuevo ardor, y en los ratos de libertad que le dejaban, se ocupaba en disputar sábiamente con doctores y legistas; en seguida, si en algo pensaba, era en el modo de levantar nuevas tallas. Este era, con muy corta diferencia, el único modo que tenia de mezclarse en los asuntos del gobierno.

Así es que en el reino todo iba de mal en peor. La tregua con Inglaterra no era ya mas que una mera palabra; y á falta de una declaracion de guerra abierta y general, varias espediciones particulares autorizadas por ambos gobiernos ensangrentaban, ora un punto de Inglaterra, ora una provincia de Francia. Algunos hidalgos jóvenes de Francia, á cuya cabeza se hallaban los señores de Martel, de La Roche-Guyon y de Acqueville, sin autorizacion del rey ni del duque de Orleans, se embarcaron en número de doscientos cincuenta, abordaron á la isla de Portland y la saquearon; pero los habitantes,

Digitized by Google

recobrados de su primer terror, y viéndoles en tan pequeño número, cargaron sobre ellos, dieron muerte á la mayor parte é hicieron prisioneros á los demás.

Los bretones tambien por su lado, aunque esta vez con autorizacion del consejo del rey, intentaron un nuevo ataque que no tuvo mejor resultado: iban al mando de sire Guillermo Duchatel y de los señores de La Jaille y de Chateaubriand: Guillermo Duchatel fué muerto en la espedicion.

Púsose entonces á la cabeza de cuatrocientos caballeros su hermano Taneguy, bajó hácia Darmouth y lo llevó todo á sangre y fuego. Guillermo vengado tuvo pira y hecatombe.

Sin embargo, todo indicaba que la guerra iba á estallar muy luego y á tomar mayor ensanche y mas vastas proporciones. Un inglés jóven, desterrado, vino á pedir asilo á la córte de Francia; llamábase Oven Glendor, descendia de los antiguos príncipes de Gales y era hijo de Ivan de Gales, que enlazado por fraternidad de armas con los caballeros franceses, habia sucumbido al servicio del rey Cárlos; pedia socorro contra Enrique de Lancaster, y este llamamiento á los resentimientos añejos de Francia con Inglaterra, encontró demasiado eco en el reino para no ser escuchado. Resolviése apresar una flota numerosa en el puerto de Brest, y que se diese el mando de una espedicion compuesta de ocho mil hombres al jóven de La Marche, que ya hemos visto combatir en Nicópolis al lado de Juan de Borgoña.

Los ingleses, viendo estos preparativos, determinaron destruirlos antes de que se hubiesen terminado. Bajaron hasta cerca de Guerranda, cuyo punto creyeron tomar por sorpresa, pero Clisson velaba, y su brazo no estaba desarmado por-

Digitized by Google

que hubiese perdido la espada de condestable; quedábale la suya. Al grito de alarma que dió, corrió á su socorro Tanneguy Duchatel con quinientas lanzas, y derribando de un hachazo al conde de Beaumont, capitan de la empresa, obligó á los ingleses á embarcarse de nuevo precipitadamente, despues de haberles cogido ó muerto la mitad de la gente.

Empero la flota estaba pronta á hacerse á la vela: los caballeros estaban reunidos; no se esperaba mas que al gefe de la espedicion. Aguardáronle inútilmente cinco meses. El conde de La Marche, entregado á los bailes y á los juegos de cartas y dados, habia olvidado que tenia que ponerse la armadura de guerra.

Aquella espedicion abortada costó crecidas sumas, y á nada condujo mas que á proporcionar al duque de Orleans un pretesto para imponer otra nueva talla á todo el reino.

Pero esta vez el duque de Borgoña, que parecia dormido, se despertó para dar órden á sus vasallos de no pagar.

El duque de Orleans, que no tenia poder ni medio alguno para cobrar la talla en los estados del de Borgoña, se vengó de él casando á la heredera de la casa de Harcourt, prima del rey, con el duque de Güeldres, enemigo mortal de Borgoña. El golpe llegó á lo vivo, porque el mismo dia de las bodas entró un heraldo en la sala del festin, y en presencia de todos los convidados, desafió al duque de Güeldres en nombre del conde Antonio de Borgoña, que debia heredar el ducado de Limburgo. El duque de Güeldres se levantó, desciñóse la túnica de boda, regalósela al heraldo honrándole con aquel obsequio y aceptó el desafío.

Digitized by Google

Por este lado se encendió tambien la guerra desde aquel momento.

Agregábanse á todos estos signos de la tierra los presagios del cielo. Un dia que la reina se paseaba en litera y el duque á caballo por la selva de Saint-Germain, estalló de repente una gran tempestad: la reina abrió el coche, cedió un asiento á su amante, y apenas se hubo sentado cayó un rayo y mató al caballo de que acababa de apearse. Espantóse con el ruido el tiro de la litera y arrastró el carruaje hácia el Sena, adonde iba á precipitarle, cuando de repente y como por un milagro de Dios se rompieron los ejes, y los caballos se lanzaron en el rio como si algun demonio los empujase.

Las gentes devotas vieron en aquel suceso un aviso de la Providencia; impulsado por ellas el confesor del duque de Orleans, le habló con entereza y serenidad, afeando la vida disoluta y poco cristiana que llevaba. El duque convino en que era un gran pecador, prometió enmendarse, y en prueba de su convérsion mandó publicar á son de clarin que iba á pagar sus deudas; en consecuencia señaló dia á sus acreedores para que se presentaran en su palacio.

Segun el religioso de Saint-Denis, serian sobre ochocientos los que se presentaron en el dia señalado, llevando cada cual su cuenta sumada y corriente; pero ya habian pasado siete dias desde el suceso de Saint-Germain, el cielo ofrecia á la vista un hermoso manto azul, y la última nubecilla de aquellos dias habia desaparecido, llevándose en pos el último remordimiento del duque; razon por la que su caja estaba cerrada. Los acreedores pusieron el grito en el cielo, declarando que no se irian hasta que se los pagase; pero se les manifestó

Digitized by Google

que estaban prohibidos los grupos y reuniones, y que si no se daban prisa á retirarse vendrian los sargentos, que sabrian hallar el medio para dispersarlos.

Esto no obstante, las mismas personas que habian aventurado algunas observaciones al duque de Orleans, aprovecharon un intervalo de razon para hacérselas al rey. Manifestáronle que así el oro de los particulares, como el oro del Estado, se fundia entre las manos del duque y las de la reina, cual si fuese en un hornillo. Dijéronle que aplicase el oido, y oyó los gritos del pueblo. Hiciéronle abrir los ojos, y vió que la miseria pública habia entrado hasta su propia cámara. Al punto se informó, y supo cosas inauditas; mandó venir al aya de sus hijos, y esta le confesó que los príncipes carecian muchos dias de lo necesario, y que á veces no habia sabido cómo manejarse para tener que darles de comer y vestir. Llamó al duque de Aquitania, y el niño se le acercó medio desnudo y diciéndole que tenia hambre. Al ver aquello exhaló el rey un hondo suspiro y echó mano á buscar dinero para dárselo al aya; mas no hallándole, la entregó la copa de oro en que acababa de beber para que fuese á venderla.

Con aquel vislumbre de razon apoderóse un tanto de energía del pobre demente. Mandó que se convocase en el acto un consejo general con objeto de poner un pronto remedio á la enfermedad del Estado; en seguida y sin decir á nadie una palabra, hizo escribir al duque de Borgoña invitándole á asistir á la deliberacion. No aguardaba este otra cosa.

Al dia siguiente salió de Arras con ochocientos hombres y se encaminó á Paris.

Al llegar á Louvres recibió cartas, en las que le anunciaban

Digitized by Google

lan que el duque de Orleans y la reina, luego que supieron su venida, se habian marchado de Paris con direccion á Melun, y de allí á Chartres, dejando órden al príncipe Luis de Babiera para que les llevase á aquella ciudad al duque de Aquitania, delfin de Viena. A pesar de la urgencia que reclamaban las tales noticias, se hallaba tan cansado el duque, que se detuvo para dormir algunas horas. Al amanecer del dia siguiente estaba en camino para Paris, pero llegó demasiado tarde: el delfin acababa de salir.

Entonces el duque de Borgoña, sin desmontar ni mudar caballos, metió espuelas al suyo, y mandó á su gente que le siguiera. Atravesó de aquel modo Paris en toda su anchura, tomó el camino de Fontainebleau y alcanzó al delfin entre Villejuif y Corbeil. Iba el príncipe acompañado por su tio Luis de Babiera, por el marqués de Pont, el conde Dammartin, el de Montaigne y otros varios señores: en su litera y á entrambos lados iban sentadas su hermana Juana y la dama de Preux, esposa del señor de Borbon. El duque de Borgoña se acercó á la portezuela, inclinóse delante del delfin, y le suplicó que volviese á Paris, diciéndole que tenia que hablarle de varias cosas que le atañian muy de cerca. Entonces el príncipe Luis, viendo que los deseos del duque eran efectivamente de volverse con Juan de Borgoña, como este le rogaba, se adelantó y dijo:

—Señor duque, dejad proseguir su camino á monseñor de Aquitania, mi sobrino, porque vá á reunirse con su madre la reina y con su tio el duque de Orleans, con el consentimiento del rey su padre.

Dichas estas palabras, el duque Luis prohibió que nadie

Digitized by Google

volviese grupa, y mandó al cochero que siguiese su camino. Iba este á echar andar de nuevo, cuando el duque de Borgoña cogió por el freno á los caballos, les hizo volver la cabeza hácia París, y sacando la espada:

—Si estás bien con tu vida, dijo al conductor, echa á andar y aprisa.

El cochero, trémulo, sacó los caballos á galope: los soldados del duque rodearon la litera; y mientras que el delfin regresaba á la capital, acompañado de su tio Luis de Baviera, que no habia querido separarse de él, el duque de Bar, el conde Dammartin y el marqués de Pont se encaminaron á Corbeil y contaron al duque de Orleans y á la reina lo que acababa de pasar.

Esta accion era una muestra de lo que era capaz de intentar el de Borgoña. Por lo tanto, el duque y la reina, que acababan de ponerse á la mesa, suspendieron su comida y metiéndose en un coche partieron con gran precipitacion hácia Melun.

Por lo que toca al duque de Borgoña, encontró en las puertas de París al rey de Navarra, á los duques de Berry y de Borbon, al conde de La Marche, con otros muchos señores y un gran gentío de la ciudad, que salian á recibirle, encomiando sobremanera aquel hecho y contentísimos por volver á ver su delfin. Entonces mandó el duque de Borgoña, que iba al estribo con sus dos hermanos, que pusieran los caballos al paso, y rodeados de la multitud, llegaron de aquel modo hasta el palacio del Louvre, donde quedó alojado el delfin. El duque permaneció á su lado para servirle de escolta y guardia de honor al propio tiempo.

Digitized by Google

Tanto mas fácil le era al duque de Borgoña vigilar sobre la seguridad del delfin, cuanto que por órden suya y de sus hermanos iba llegando de sus estados á cada instante gente de guerra; al cabo de algunos dias se encontró á la cabeza de seis mil combatientes, todos partidarios suyos y mandados por el conde de Cléves y por el obispo de Liége, llamado *Juan sin piedad*.

Por su parte, el duque de Orleans no habia desperdiciado tampoco el tiempo; habia enviado mensajeros á todos sus ducados y condados, con órden para los capitanes de armar todos los hombres que pudiesen y de practicar las mayores diligencias para que se pusiesen pronto en camino. En atencion á esto, no tardó en ver llegar al señor de Harpedonne con la gente del país de Bolonia, al duque de Lorena con la de Chartres y de Dreux, y por último, al conde de Alenzon con los caballeros y los comunes de Orleans.

Todos estos movimientos de tropas eran estremadamente gravosos al pobre pueblo de los alrededores de Paris. Los hombres de armas de ambos partidos recorrian la Bria y la Isla de Francia, pillándolo y devastándolo todo. Los del duque de Orleans habian tomado por enseña el baston lleno de nudos que el duque habia tomado por mote en el torneo, con aquellas mismas palabras: «Desafio á todo el mundo;» y los borgoñones por su parte llevaban en su bandera el cepillo de carpintero del duque Juan, y habian adoptado por seña: «Yo lo acepto.»

Los dos partidos armados se encontraban frente á frente; y aunque hasta entonces no hubiese habido entre ambos príncipes ninguna declaracion ostensible de guerra, á ningun

Digitized by Google

hombre prudente se le escapaba que bastaría una simple pendencia entre dos soldados para originar un choque entre ambos ejércitos y una guerra civil en toda la Francia.

Ya hacia algun tiempo que permanecian las cosas en aquel estado, cuando el duque de Orleans resolvió ponerle término, dando un paso decisivo; por consiguiente, ordenó á su ejército que emprendiese la marcha hácia París.

El duque de Borgoña se hallaba en su palacio de Artois, cuando vinieron á avisarle que el enemigo se acercaba con toda su gente. Hízose armar con presteza, saltó sobre su bridon y corrió al palacio de Anjou, donde encontró al rey de Sicilia, á los duques de Berry y de Borbon y á otros muchos príncipes y señores del consejo del rey, y les suplicó que se hiciese constar que no era él el que rompia las hostilidades; y poniéndose á la cabeza de sus tropas, las formó en batalla delante de Montfaucon.

Al ver al duque y sus soldados atravesar á escape las calles de París, los habitantes se conmovieron en gran manera; tan generalmente era temida la avaricia del gobierno del duque de Orleans, merced á sus exacciones, que se estendió la voz de que venía sobre París con intencion de saquearle. Al punto se levantó en masa el comun de la ciudad y se agolpó á las puertas: los estudiantes bajaron armados desde la universidad; se demolieron muchas casas de los arrabales, y amontonaron un sinnúmero de piedras en medio del camino para hacer barricadas; en fin, no se descuidó ninguna medida para ayudar al duque de Borgoña y rechazar al de Orleans.

En aquel momento pasaron por delante de los trabajado-

Digitized by Google

res el rey de Sicilia y los duques de Berry y de Borbon: iban al encuentro del duque de Orleans para instruirle del ademan hostil que habia tomado París al saber sus intentos, y para suplicarle que tratase de evitar toda efusion de sangre. El duque contestó que su primo Juan, y no él, era quien habia empezado las hostilidades, arrebatando casi de los brazos de su madre al jóven duque de Aquitania; que en cuanto á lo demás estaba dispuesto á escuchar toda proposicion honrosa y razonable, y en prueba de ello suspendia su marcha.

En efecto, acantonó su gente en Corbeil y alrededor del puente de Charentos, condujo á la reina á Vincennes, y él mismo se retiró á su palacio de Beauté.

Entablárense al punto ajustes y conferencias que duraron ocho dias, y al cabo de ellas empezaron á entenderse: entrambos duques se convinieron en retirar sus gentes y someterse en cuanto á sus pretensiones al fallo del consejo del rey. Prestóse juramento sobre los Evangelios por una y otra parte, y con la retirada de las tropas se dió principio al cumplimiento de lo jurado.

Luego que París se vió libre de la gente de guerra de ambos partidos, resolvió la reina hacer en él su entrada: aquella prueba de confianza que madama Isabel daba á sus vasallos, viniendo á ponerse entre sus manos, motivó muchas fiestas en la capital, y toda la poblacion salió á recibirla con gran alegría y bullicio. La reina hizo su entrada en un carruaje colgado, primero de aquella clase que se habia construido, y que era regalo del duque de Orleans: las damas venian detrás en literas: los dos duques reconciliados seguian á caballo, agarrados de la mano y llevando cada cual el mote de su contrario,

Digitized by Google

Despues de haber acompañado á madama Isabel hasta el palacio del rey, se encaminaron ambos á la iglesia de Nuestra Señora, comulgaron con la misma hostia partida en dos mitades, se abrazaron al pié del altar, y para mayor prueba de reconciliacion y de confianza, el duque de Borgoña pidió hospitalidad por aquella noche al de Orleans. Este le ofreció entonces la mitad de su propia cama: Juan de Borgoña aceptó. El pueblo, que se dejaba engañar siempre por las apariencias, los siguió y acompañó hasta el nuevo palacio del duque de Orleans.

Aquellos dos hombres que ocho dias antes se dirigian uno contra otro bajo banderas opuestas y cubiertos de sus armaduras de guerra, entraron en el palacio de Orleans agarrados del brazo, como dos amigos que se vuelven á ver despues de una larga ausencia.

Allí encontraron á los duques de Berry y de Borbon, sus tios, que apenas daban crédito á sus ojos ni á sus oidos. El de Borgoña les manifestó de nuevo la sinceridad de su reconciliacion, y el de Orleans añadió que ningun dia de su vida le habia parecido tan hermoso como el que acababa de espirar.

Quedáronse solos los dos príncipes y continuaron hablando en tanto que paseaban. Trajéronles vino especiado, que bebieron trocando las copas: el duque de Borgoña sobre todo demostraba un abandono estremado. Alabó sobremanera el gusto con que estaba decorada la alcoba, examinó con minuciosa atencion las colgaduras y tapices, y apuntando con el dedo á una llavecita que abria paso á una puerta secreta, preguntó riendo si era aquella la entrada de la cámara de madama Valentina.

Digitized by Google

El duque Orleans se interpuso con rapidez entre Juan de Borgoña y la tapicería; y poniendo la mano en la llave:

—Nada de eso, primo mio, le dijo; antes, por el contrario, le está espresamente prohibido el entrar aquí; esta puerta es la del oratorio, donde yo acostumbro arrobarme en mis meditaciones.

Y sonriéndose quitó como por inadvertencia la llave, púsose á jugar con ella sin fijar la atencion en el objeto que tenia en la mano, y por último, se la guardó en uno de los bolsillos de su justillo con un aire de distraccion, que cualquiera hubiera dicho que era natural.

En seguida añadió:

—Primo mio, ¿os parece que nos acostemos?

Juan de Borgoña contestó desciñéndose el cordon de oro que sostenia su puñal y escarcela, colocándolos sobre un sillon: el duque de Orleans, por su lado, empezó á desnudarse, y como acabó antes que su primo, se metió primero en la cama, dejando el borde, es decir, el puesto de honor al duque de Borgoña, que no tardó en tomar posesion de él.

Hablaron aun durante algun tiempo de asuntos de guerra y de intrigas amorosas, pero á poco rato el duque Juan empezó á sentir la necesidad de ceder al sueño; cesó entonces de hablar el de Orleans, miró algunos instantes con aire afectuoso á su primo, que tan pronto se habia dormido, y en seguida, haciendo la señal de la cruz, susurró algunas oraciones y cerró tambien los ojos.

Al cabo de una hora de inmovilidad volvieron á abrirse los ojos del duque Juan, y muy poco á poco dirigió la cabeza hácia su primo, que dormia como si todos los ángeles del cielo velasen por él.

Digitized by Google

Luego que se hubo cerciorado perfectamente de qué su sueño era verdadero, se incorporó con suma lentitud sobre el codo, sacó una pierna, luego otra, buscó el pavimento con la planta del pié, y despues de haber tropezado con él, se deslizó con mucho tiento fuera de la cama. Dirigióse hácia el sillon donde el duque de Orleans habia puesto su vestido, registró el justillo, sacó la llavecita que su primo habia metido en él, cogió la lámpara de encima de la mesa donde la habia colocado el criado, echó á andar sin ruido y conteniendo el aliento hácia la puerta secreta, metió con el mayor sigilo la llave en la cerradura, abrióse la puerta, y el duque penetró en el gabinete misterioso.

Volvió á salir un momento despues pálido y con las cejas violentamente fruncidas, detúvose algun tiempo como para reflexionar lo que habia de hacer, y alargó la mano para coger el puñal que habia dejado sobre el sillon; pero mudando de idea, puso la lámpara sobre la mesa: al ruido que hizo en este último movimiento se despertó el duque de Orleans.

—Primo, ¿se os ofrece alguna cosa? preguntóle á Juan de Borgoña.

—Nada absolutamente, contestó este, sino que esta lámpara no me dejaba dormir y me he levantado para apagarla.

Dió un soplido á la luz apenas acabó estas palabras, y encaminándose á la cama volvió á acostarse.

Digitized by Google

CAPITULO XV.

Los asesinos.

Algunos meses despues de aquella noche de reconciliacion, y al oscurecer de la tarde del 23 de noviembre de 1407, dos hombres á caballo se detuvieron en la calle de Barbette, frente á la casa de la imágen de la Vírgen; miraron en torno suyo, como para reconocer bien dónde estaban, y uno de ellos dijo al otro:

—Aquí es.

Echaron entonces pié á tierra, pusieron sus cabalgaduras

Digitized by Google

debajo de un sotechado que allí habia, ataron las bridas á los postes que le sostenian y se pusieron á pasear en silencio bajo la bóveda. A breve rato llegaron otros dos hombres, hicieron el mismo exámen, apeáronse de sus caballos como los primeros, y viendo relucir armaduras en la oscuridad, se reunieron á los que las llevaban. No se habian pasado diez minutos, cuando se oyó el ruido de otros que llegaban; en fin, al cabo de media hora aquella partida, que se habia ido aumentando poco á poco, se componia de dieziocho personas.

Estaba ya completa hacia un cuarto de hora, cuando se dejó percibir el ruido de un caballo á galope en lo alto de la calle. Al tiempo que el ginete pasaba rápidamente llevado por los brios de su corcel, delante de la casa de la imágen, salió una voz del sotechado y le gritó:

—¿Sois vos, de Courteheuse?

—El mismo, contestó el ginete tirando de la rienda á su caballo. ¿Quién llama, amigo ó enemigo?

—Amigo, repuso el que parecia gefe de aquella gente.

Salió de la oscuridad donde estaba oculto, y acercándose á sir Tomás de Courteheuse le dijo:

—Vamos, ¿estamos dispuestos?

Y dejó caer la mano sobre el pescuezo del corcel.

—¡Ah! ¡eres tú, Raoullet de Octuville! esclamó el caballero. ¡Bien! ¿estás ahí con tu gente?

—Si, y hace una media hora larga que os aguardamos.

—Ha habido retardo en dar la órden; creo que falta el ánimo en el momento de obrar.

—¿Cómo es eso? Pues qué, ¿renuncia á su proyecto?

—No tal.

Digitized by Google

—Y hace bien, porque tomaría yo el asunto á mi cargo. No he echado en olvido que ese duque, que Dios confunda, me quitó durante su regencia un beneficio de órdenes regulares con que el rey me honró por mediacion del duque Felipe de Borgoña. Soy normando, sir Tomás, y escuso deciros que le guardo rencor; puede contar por el nombre que tengo con dos buenas puñaladas de mi daga: la primera, por la promesa que he hecho al duque, y la segunda, por el juramento que me hice á mí mismo.

—Continúa con esas buenas disposiciones y trata de dar caza á la fiera, porque ya empezó el ojeo, y dentro de un cuarto de hora á mas tardar te la traeré por aquí.

—Anda, pues.... dijo Raoullet dando una palmada en la grupa del caballo, que echó otra vez á galope.

Y volvióse á meter bajo el cobertizo.

Dejemos al caballero seguir su camino, y entremos en la nueva morada de la reina.

Era esta un reducido pero gracioso edificio que había comprado al señor de Montaigne, y al que se habia retirado cuando el rey, en un rapto de locura, la habia herido las manos con su espada: desde entonces no habia vuelto á pisar el palacio de San Pablo, á no ser en ocasion de alguna solemnidad, sin querer permanecer en él mas que el tiempo preciso para cumplir con la etiqueta: de este modo, además, se oponian menos obstáculos á sus amores con el duque.

En la tarde de aquel mismo dia se hallaba la reina en su retiro, como de costumbre, pero se habia visto obligada á hacer cama á consecuencia de una ligera indisposicion. El duque de Orleans estaba sentado á la cabecera de su lecho, y

Digitized by Google

acababan de servirles una esquisita cena, que habia sido amenizada por el buen humor del duque, cuando Isabel, mirando á su amante con ojos lánguidos á la par que amorosos, le dijo:

—Duque, luego que esté enteramente restablecida, deseo que me deis una cena en vuestro palacio, ni mas ni menos como la que yo os he dado esta noche, y entonces os pediré un favor.

—Decid que me prescribireis una órden, hermosa Isabel, contestó el duque, y añadid que la ejecutaré de rodillas.

—Eso no es verdad, Orleans, prosiguió la reina fijando en él sus miradas con aire de duda; tengo mis miedos de que cuando sepais lo que quiero de vos, me lo negueis redondamente.

—No podeis pedirme nada que me sea mas caro que la vida, y ya sabeis que mi vida es vuestra.

—¡Mia!... y de la Francia: cada cual tiene derecho para reclamar su parte, y creo que es cosa que no dejan de hacer muchas damas de mi córte.

El duque se sonrió.

—¡Celos! dijo.

—¡Oh! nada de eso, curiosidad únicamente; pero como ya sabeis que ese es un defecto que me domina, desearia entrar en cierto gabinete contiguo á la alcoba del duque de Orleans, donde me han dicho que ha mandado colocar los retratos de todas sus queridas.

—Pero... ¿para qué?...

—Para saber si estoy allí entre gente digna de mí.

—Si llega ese caso, Isabel mia, os vereis allí sola como lo estais en mi corazon y sobre mi corazon.

Digitized by Google

A estas palábras sacó del pecho el retrato de la reina, que ella misma le habia dado.

—¡Oh! hé ahí una prueba que no aguardaba por cierto. ¡Cómo! ¿aun conservais esa miniatura?

—Y no se separará de mí hasta la muerte.

—No hableis de muerte, duque; acabo de sentir al oir esa palabra un frio glacial en las venas, un vértigo que me ofusca la vista. ¿Qué es esto? ¿quién entra aquí? ¿quién es?

—Sire Tomás de Courteheuse, ayuda de cámara del rey, pregunta por el señor duque, respondió el paje que acababa de abrir la puerta.

—¿Dais permiso para que entre, señora y reina mia? dijo el duque.

—Sí, ciertamente; ¿pero qué es lo que quiere? Yo no sé por qué, estoy toda trémula.

Messire Tomás entró en la estancia.

—Señor, dijo inclinándose, el rey manda que sin perder tiempo acudais á palacio, porque quiere hablaros con urgencia sobre cosas que conciernen muy particularmente á S. A. y á vos mismo.

—Decid al rey que sigo vuestros pasos, contestó el duque.

Tomás volvió á montar á caballo y salió á galope, dando estas voces al pasar por delante de la casa de la Vírgen:

—¡Al acecho, Raoullet! ¡ahí está la fiera!

En seguida desapareció.

En el mismo instante se sintió un movimiento confuso bajo el sotechado; oyóse el choque de hierro contra hierro, porque todos montaban á caballo; despues cesó el ruido de repente y volvió á reinar el mayor silencio.

Digitized by Google

Al cabo de algunos minutos fué interrumpido por el sonido de una voz dulce y agradable que se oia hácia el lado de la calle del Temple, y que cantaba un poema de Froissar; púdose apercibir poco despues al cantor, porque iba precedido por dos lacayos con teas encendidas: delante de ellos caminaban dos escuderos montados sobre el mismo caballo, y detrás de él venian dos pajes y cuatro hombres armados. El cantor vestia una gran túnica de damasco negro, montaba una mula que cabalgaba al paso, é iba jugando con el guante, tirándole al aire y aparándole despues en la mano.

Hallábanse á alguna distancia del cobertizo, cuando el caballo de los dos escuderos empezó á inquietarse y relinchó: otro relincho que salió del sotechado contestó como un eco.

—¿Quién vá allá? esclamaron los escuderos.

Nadie respondió.

Arrearon entonces al caballo con las dos rodillas y se les puso de manos; hincáronle el acicate, y dando un bote salió desbocado como si corriese á través de un incendio.

—Agárrate bien, Simon, gritó el cantor riendo, y avisa mi llegada al rey, porque si vas á ese paso, estarás allí una hora antes que yo.

—¡El es! esclamó una voz que salia del sotechado; y se precipitaron en la calle una veintena de hombres á caballo.

Fuese uno de ellos derecho al duque gritando: ¡muera! ¡muera! y descargóle un hachazo que le echó abajo la muñeca.

El duque lanzó un doloroso gemido, añadiendo:

—¿Qué es esto? ¿qué quiere decir esto? Yo soy el duque de Orleans.

Digitized by Google

—Pues ese es el que buscamos, respondió el mismo hombre que le habia herido.

Y asentándole un segundo hachazo, le dividió todo el lado derecho de la cabeza, desde la frente hasta la mejilla.

El duque dió un quejido, y cayó.

Enderezóse, sin embargo, sobre las rodillas; pero entonces todos se echaron sobre él, descargando cada cual con armas diferentes, unos con espadas, otros con mazas, estos cosiéndole á puñaladas con sus dagas; un paje aleman que quiso defender al duque, cayó sobre él herido mortalmente y los golpes menudeaban sobre el pobre niño y su amo: el otro paje, herido ligeramente de una estocada, se refugió en una tienda de la calle de los Rosiers pidiendo á voces socorro. La mujer de un zapatero abrió su ventana, y viendo veinte hombres que herian á dos, empezó á vocear contra los asesinos.

—¡Calla, maldita!... la gritó uno de ellos; pero no hizo caso.

Y sacando una saeta del carcaj la apuntó: el dardo partió y vino á clavarse en la puerta-ventana que tenia entreabierta.

Andaba entre los asesinos un hombre con la cabeza cubierta con una caperuza encarnada que le tapaba el rostro: aquel hombre no heria, pero miraba cómo herian. Cuando vió que el duque estaba ya sin movimiento, levantó una tea que ardia en el suelo, y acercándosela á la cara:

—Bien, esclamó; está muerto.

Al mismo tiempo arrojó la tea encima de un monton de paja que habia junto á la pared de la casa de la imágen de Nuestra Señora: la llama prendió con rapidez; montó entonces

Digitized by Google

á caballo, y gritando ¡fuego! echó á galope, tomando la calle que desemboca frente á los jardines del palacio de Artois. Sus compañeros le siguieron gritando como él ¡fuego! ¡fuego! y tirando detrás de sí abrojos (1) para que no los persiguiesen.

Entre tanto los dos escuderos, habiendo conseguido sosegar al caballo, le hicieron volver grupa y le encaminaban hácia el sitio donde tanto se habia asustado: cuando vieron la mula del duque de Orleans que corria sin ginete, creyeron que le habria arrojado al suelo, y cogiéndola por la brida, la trajeron hasta enfrente del cobertizo. Allí descubrieron á la luz del incendio el cadáver del duque; á los pocos pasos estaba la mano cortada y en el arroyo parte de su cerebro.

Entonces corrieron á la morada de la reina prorumpiendo en grandes voces, y entraron en el edificio pálidos y arrancándose los cabellos. Al punto hicieron pasar á uno de ellos á la estancia de Isabel, la cual le preguntó qué era lo que habia.

—Un horroroso desastre, esclamó: el duque de Orleans acaba de ser asesinado en la calle Barbette, frente á la casa del mariscal de Rieux.

Isabel palideció súbitamente; pero recobrándose en seguida cogió con una mano un bolsillo lleno de oro que tenia bajo

(1) Son unas piezas de hierro en forma de abrojos, que tienen tres ó cuatro puas de otras tantas pulgadas de largo, una de las cuales queda siempre hácia arriba, y que servian antiguamente para embarazar el paso al enemigo.

Digitized by Google

su cabecera, y agarrando con la otra á aquel hombre por el brazo, le dijo:

—¿Ves este bolsillo? pues es tuyo si haces lo que te voy á decir.

—¿Qué he de hacer? preguntó el escudero.

—Irás corriendo adonde está tu señor, antes que nadie toque á su cadáver, ¿entiendes?

—Sí; ¿y despues?

—Despues, le arrancarás de encima del corazon un retrato mio que lleva oculto en el pecho.

Digitized by Google

Digitized by Google

CAPITULO XVI.

Los celos de Cárlos VI.

Si al lector le place seguirnos, preciso será que salte con nosotros el intervalo de diez años que han trascurrido desde el asesinato del duque de Orleans y la época en que volvemos á anudar el hilo de esta historia. Los mismos diez años, que son

Digitized by Google

mucho en la vida del hombre, apenas llegan á ser algo en el trascurso de los tiempos; nos lisonjeamos, pues, que considerando el lector la dificultad de decirlo todo sin traspasar los límites que nos hemos propuesto, disimulará el salto que acabamos de dar.

Acababan de dar las siete de la mañana de uno de los últimos dias de mayo del año 1417, á tiempo que bajaban el puente levadizo de la puerta de San Anton, para qué saliera de la noble ciudad de París una cuadrilla de gentes á caballo, que sin detenerse tomó el camino de Vincennes. Dos hombres venian á la cabeza: los otros, mas que amigos ó compañeros, parecian gente de la comitiva, pues venian á alguna distancia detrás, acortando ó alargando el paso con manifiestas señales de respeto, segun lo acortaban ó alargaban los dos personajes, de los que vamos á procurar dar una idea al lector.

El que venia á la derecha del camino cabalgaba en una mula española de un paso castellano tan igual y tan suave, que no parecia sino que habia adivinado el animal la debilidad del amo. Este, que apenas rayaba en los cincuenta años, parecia ya sin embargo un viejo, y mas que viejo, un hombre que habia sufrido mucho. Era tal la confianza que tenía en su montura, que abandonaba la brida frecuentemente para apretarse con ambas manos la cabeza, como impelido, al parecer, por un movimiento convulsivo. A pesar del aire de la mañana, frio todavía en aquella estacion, y de la neblina que estaba agarrada en los valles, llevaba su caperuza colgada del arzon de la silla, sin que ningun abrigo guareciese su cabeza del rocío, cuyas cristalinas gotas se veian pender de sus blancos y escasos cabellos, que descendiendo de las sienes, caian por ambos lados de su

Digitized by Google

rostro enjuto, pálido y melancólico. Muy lejos de incomodarle la frescura del rocío, veíase, por el contrario, palpablemente el gusto con que lo estaba recibiendo en su calva, y era fácil adivinar el alivio que con aquellas perlas heladas recibian sus dolores, los que frecuentemente le obligaban á repetir el movimiento que, segun hemos indicado, parecia serle habitual.

Por lo que hace á su traje, ninguna particularidad lo distinguia del que usaban en aquella época los señores mayores. Componíase de una especie de bata de terciopelo negro, abierta por delante, guarnecida y forrada de pieles blancas mosqueteadas de negro, cuyas anchas mangas abiertas y perdidas, dejaban salir por aberturas las estrechas de una ropilla de brocado de oro, cuya riqueza y elegancia habian disminuido considerablemente los largos y antiguos servicios que toda ella estaba atestiguando haber hecho á su propietario. Debajo de esta bata y fuera de los estribos, iban colgando los piés del caballero, metidos en una especie de botas forradas de pieles y muy puntiagudas; era tal y tan contínuo el movimiento de las piernas del ginete, que sin duda hubiera acabado con la paciencia del pacífico animal, en quien tan completamente confiaba, si no se hubiera tomado la precaucion de quitar las espuelas doradas y agudas, que en aquellos tiempos eran el distintivo de los señores y caballeros.

Estamos convencidos que les costará á nuestros lectores algun tanto el reconocer, por la descripcion que acabamos de hacer, tan diferente de la que hicimos del mismo personaje al principio de esta obra, al rey Cárlos VI, que á la sazon se dirigia á visitar á la reina, residente por entonces en Vincennes; mas tambien no dudamos que el lector no estrañará esta

Digitized by Google

diferencia, considerando que, como hemos dicho, diez años son mucho en la vida del hombre, y que en los diez años que acaban de trascurrir todo habia ido de mal en peor en el reino de Francia.

A su lado y casi emparejando con él, venia un caballero de estatura colosal, armado de punta en blanco y ginete sobre un brioso caballo, cual si fuese á entrar en reñida pelea: la flexibilidad con que se prestaba su armadura, de mas solidez que elegancia, á todos sus movimientos, atestiguaba bien á las claras la habilidad del armero milanés que la habia construido. Colgaban de los arzones de la silla de guerra, en el derecho una pesada y dentada maza de armas, que por algunos restos podíase colegir que habia tenido mil embutidos de oro, los que habian desaparecido, merced al frecuente contacto que le habia hecho tener su amo con los cascos enemigos, sin que semejante pérdida le disminuyese en lo mas mínimo su solidez. En el opuesto lado y como para contrabalancear su peso, venia prendida de una manera no menos respetable bajo todos aspectos, una espada, cuya hoja, muy ancha junto á la guarnicion, iba disminuyéndose gradualmente hasta quedar como la de un puñal; iba encerrada en una vaina, que por las muchas flores de lis que en ella se veian, se conocia pertenecer al condestable. Si su dueño la hubiese sacado de donde dormia en paz en aquel instante, sin duda sus abolladuras hubiesen probado los muchos mandobles, tajos y reveses que con ella se habian descargado; pero á la sazon iban ambas armas, mas por necesidad que por mera precaucion, á la manera con que dia y noche queremos tener á nuestro lado aquellos fieles servidores de toda confianza para poder echar mano de ellos en caso de peligro.

Digitized by Google

Mas como llevamos dicho, ninguno amenazaba por el momento á nuestros viajeros; y si bien es cierto que el rostro del caballero que estamos describiendo parecia algun tanto taciturno, era muy fácil conocer que semejante espresion era el resultado de no poder desechar una idea fija, y de ningun modo el de la impresion de una inquietud momentánea; tal vez tambien contribuia á aumentar la dureza de sus facciones la sombra que sobre su rostro describia la celada del casco. Sin embargo, podíase conocer por su nariz aguileña fuertemente pronunciada, por su tostada tez en las guerras de Milan, por la cicatriz que le dividia la mejilla, y de la que ambos estremos se perdian, el uno en el arco que formaban sus anchas cejas negas, y el otro en el nacimiento de una barba espesa y canosa, que el alma que habitaba aquel forro de hierro estaba hecha tan á prueba y era tan inflexible como el mismo acero.

Si no bastase el retrato que acabamos de trazar para que nuestros lectores reconozcan á Bernardo VII, conde de Armañac, de Rouergue y de Fezenzac, condestable del reino de Francia, gobernador general de la villa de Paris, capitan de todas las plazas fuertes del reino, con solo volver la vista hácia la pequeña escuadra que le seguia podrán ver en medio de ella un escudero con sayo verde y cruz blanca, que lleva el escudo de su amo: verán igualmente los cuatro leones de Armañac en el centro de este escudo superados de una corona de condé, y al verlos se disiparán sus dudas por poco que entiendan la ciencia heráldica, muy generalmente conocida en aquella época, y muy generalmente olvidada en la nuestra.

Los dos caballeros habian caminado en silencio desde la

Digitized by Google

puerta de la Bastilla hasta la encrucijada de dos caminos, de los que el uno conducia al convento de San Antonio y el otro á la Cruz-Jaubin; mas al llegar aquí la mula del rey, abandonada como dejamos dicho á su propia inteligencia, se paró en medio del camino. El animal, acostumbrado á ir unas veces á Vincennes, adonde á la sazon se dirigia el rey, y otras al convento de San Antonio, en donde frecuentemente iba á rezar sus oraciones, esperaba que una indicacion de su caballero le hiciese conocer cuál de los dos caminos debia tomar. Mas el rey estaba en uno de esos momentos de atonia, en los que ni aun fuerzas le quedaban, como en el presente, para adivinar lo que le preguntaba su montura; así es que se quedó inmóvil sobre ella en el mismo paraje donde se habia parado, sin que ningun cambio indicase en él que hubiera conocido que habia pasado repentinamente del movimiento á la inmovilidad.

El conde Bernardo procuró sacar al rey de su distraccion dirigiéndole la palabra, pero fué inútil. Pasó adelante con su caballo esperando que la testaruda bestia le siguiese, pero quedó chasqueado; pues levantando esta la cabeza, sacudió los cascabeles que adornaban su cuello y se quedó inmóvil viendo cómo se alejaba. No pudiendo llevar ya con paciencia tanta dilacion, saltó del caballo, dió las bridas al escudero y se dirigió hácia el rey; tan grande era en aquel tiempo el respeto que se tenia á los reyes, que á pesar de su poder, solo pié á tierra se atrevió á tocar el freno para dirigir la mula del pobre é imbécil Cárlos; pero tanto respeto y tan buenas intenciones no vieron coronados con un feliz éxito sus esfuerzos, porque apenas vió el rey que un hombre se apoderaba de la

Digitized by Google

brida de su montura, dió un grito penetrante, y buscó la espada y el puñal en el sitio donde debian ir pendientes; mas al verse sin sus armas prorumpió en nuevos gritos con voz ronca y conmovida por el terror.

—¡Aquí!... ¡pronto, auxiliadme, hermano mio!... ¡Corre, soy perdido, la fantasma me persigue!...

—Mi dueño y señor, dijo Bernardo de Armañac suavizando cuanto le fué posible su bronca voz, ¡pluguiera á Dios y al Santo Apóstol Santiago que vuestro hermano no hubiese muerto! No porque necesitais de sus socorros, porque gracias á Dios, ni yo soy fantasma, ni vos tampoco correis ningun peligro, sino para que viniese á ayudarnos contra los ingleses y el de Borgoña con su bien templada tizona y con sus cuerdos consejos.

—¡Hermano mio, hermano mio! decia el rey, cuyos temores íbanse disipando, á pesar de que sus desencajados ojos y sus erizados cabellos eran prueba de que la irritacion de los nervios estaba lejos de haberse calmado: ¡hermano mio!

—¿Es posible, monseñor, que hayais olvidado que vá ya para diez años que vuestro querido hermano fué asesinado villanamente en la calle por el duque Juan de Borgoña, el mismo que en estos tiempos desgraciados que alcanzamos ha empuñado las armas contra su rey y señor como el mas villano de sus vasallos? ¿No recordais que yo soy vuestro leal y celoso defensor, y que estoy dispuesto á probarlo en cualquier tiempo y lugar con el auxilio de San Bernardo y mi espada?

Las miradas vagas del rey se fijaron lentamente sobre Bernardo; y cual si solo hubiese entendido una cosa de cuan-

Digitized by Google

o el condestable le habia dicho, prosiguió con una voz ligéramente alterada todavía:

—¿Ibais diciendo, primo mio, que los ingleses han desembarcado en nuestras costas de Francia?

Sacando entonces su mula al paso la hizo tomar el camino de Vincennes.

—Sí, señor, contestó Bernardo saltando al mismo tiempo sobre el caballo y volviéndose á poner al lado del rey.

—¿Dónde?

—En Touques de Normandía. Tambien os iba diciendo que el duque de Borgoña acaba de apoderarse de Abbeville, Amiens, Montdidier y Beauvais.

El rey suspiró.

—¡Cuán desgraciado soy, primo mio! dijo estrechando con ambas manos su cabeza.

Bernardo dejó que reflexionase un momento con la esperanza de que, recobrando su razon, podria continuar con cierta formalidad una conversacion, en la que estaba tan interesada la salud de la monarquía.

—¡Sí, muy desgraciado! repitió segunda vez el rey dejando caer sus manos y su cabeza con el mayor desaliento sobre el pecho. ¿Qué pensais hacer para rechazar tantos enemigos á la vez? Digo qué pensais hacer, porque yo me siento demasiado débil para pensar en nada.

—He tomado cuantas medidas conducentes he creido, las que os habeis dignado aprobar; entre otras acabais de nombrar al delfin Cárlos teniente general del reino.

—Es verdad.... Pero ya os he hecho la observacion, primo mio, de que es muy jóven; apenas cuenta quince años....

Digitized by Google

¿Por qué no habeis preferido para tan grave cargo á su hermano Juan?

El condestable miró al rey con la mayor admiracion; un suspiro salió de su ancho pecho, y su cabeza se movió tristemente: el rey repitió la misma pregunta.

—Jamás hubiera creido, señor, que existiesen penas humanas capaces de hacer olvidar al padre la muerte del hijo.

Estremecióse entonces el rey, estrechó de nuevo la cabeza entre sus manos, y cuando las separó del rostro, el condestable pudo ver correr dos lágrimas por las ajadas mejillas de Cárlos.

—Teneis razon.... ahora recuerdo, dijo el rey, que murió en nuestra villa de Compiegne.

Luego añadió bajando la voz:

—Isabel me ha dicho que el infeliz ha muerto envenenado.... Pero ¡silencio! Esas son cosas que no se deben decir dos veces.... ¿Creeis vos que sea cierto?

—Los enemigos del duque de Anjou achacan á este príncipe ese crímen, fundando su acusacion en que con dicha muerte quedaba su yerno Cárlos heredero inmediato al trono. Pero el rey de Sicilia es incapaz de cometer semejante atentado, mas lo ha cometido: Dios no ha permitido que recogiese el fruto, pues que él mismo murió en Angers seis meses despues de aquel de cuya muerte le acusaban.

—¡Muerto, muerto! Con esa sola palabra me responde el eco cuando quiero reunir en derredor mio á mis hijos y á mis parientes: el viento que sopla en torno de los tronos es mortal, primo mio, pues que de toda esa rica familia de príncipes solo

Digitized by Google

quedan el tronco viejo y el frágil retoño. Segun lo que decís.... mi querido Cárlos....

—Manda conmigo las tropas del reino; y si tuviésemos á mano el dinero necesario para levantar otras nuevas....

—¡Dinero! ¿No tenemos acaso los fondos reservados para las urgencias del Estado?...

—Han dispuesto de ellos, señor.

—¿Quién?

—El respeto impide que mis lábios pronuncien la acusacion....

—Solo yo tengo derecho de disponer de esos fondos, y nadie puede apropiárselos sin que un bono firmado de mi propia mano y sellado con mi sello le autorice á ello.

—La persona, señor, que los ha sustraido se ha servido de vuestro sello real, pero no de vuestra firma, creyéndola sin duda inútil.

—Decís bien, ya me dan por muerto. El inglés y el de Borgoña se disputan el reino, y mi mujer y mi hijo se reparten mis bienes. Solo uno de los dos ha podido cometer este robo.... porque es un robo apoderarse del dinero del Estado cuando tiene necesidad de él.

—El delfin, señor, respeta demasiado á su padre para partir de ligero por nada en este mundo, sin recibir las órdenes de su dueño y señor.

—De este modo la reina puede ser.... suspiró profundamente. ¡La reina! Pues bien, yo la haré entender que es preciso me lo devuelva.

—Difícil es, pues todo ha sido gastado en diges y joyas.

Digitized by Google

—¿Qué haremos entonces, pobre Bernardo mio? No veo mas medio que sacar del pueblo otro nuevo impuesto.

—Nada producirá; están ya agotados sus bolsillos.

—¿No nos han quedado tampoco algunos diamantes?

—Los de vuestra corona, y ellos son vuestro único recurso. Vuestra demasiada condescendencia con la reina está perdiendo al reino y os hace responsable á Dios de todos los desaciertos de vuestra esposa. ¿Habeis visto, por ventura, que la miseria pública haya disminuido su lujo?... Escandaloso es, señor; no parece sino que se vá aumentando á medida que crece la pobreza general: las damas y doncellas de su servidumbre continúan siempre en el mismo pié derramando á manos llenas el oro para ataviarse, de modo que escandalizan á todo el mundo. Cada uno de los jóvenes cortesanos que la rodean lleva en los bordados de sus ropillas con que pagar un año entero á todas las tropas. Bajo pretesto de los peligros que pueden hacerle correr las turbulencias de la guerra, ha pedido una guardia inútil al Estado, y el Estado paga esta guardia. Sus comandantes Graville y Giac reciben cada dia nuevos regalos de joyas y plata. Tanto derroche, señor, hace murmurar á los hombres de bien.

—Condestable, dijo el rey con el tono de un hombre que conoce que ha escogido muy mala ocasion para dar una noticia, pero que sin embargo no puede callarla por mas tiempo: condestable, he prometido ayer nombrar capitan del castillo de Vincennes al caballero de Bourdon: espero que me presenteis su nombramiento á la firma.

—¡Es posible, señor, que hayais hecho semejante promesa!

Digitized by Google

Y los ojos del condestable centellearon.

El rey murmuró un sí, casi ininteligible, como un niño que conociendo que ha obrado mal teme que le riñan.

Llegaban á la sazon cerca de la cruz Faubin, y el camino que se prolongaba ya en línea recta permitia á la vista estenderse y distinguir á alguna distancia un caballero jóven puesto con toda la elegancia del dia, que venia hácia el poco numeroso grupo con quien hemos viajado. Su caperuza azul (este era el color de la reina) flotaba elegantemente sobre su hombro izquierdo, y formando una especie de banda, venia á caer sobre su mano derecha, á la que servia de entretenimiento. Traia por toda arma pendiente en su costado una espada de acero bruñido, tan ligera, que mas parecia adorno que defensa; vestia una corta y flotante tuniquilla de terciopelo carmesí, bajo de la que se veia una ropilla de terciopelo azul resplandeciente con mil bordados, y que sujeta al cuerpo con un cordon de oro, marcaba su esbelto talle: un pantalon ajustado de tela color de sangre de toro, unos zapatos de terciopelo negro de tan larga y retorcida punta, que costaba vencer no pequeña dificultad pasarlos por los estribos, completaban este traje, que podia servir de modelo al mas apuesto y rico cortesano. Si á este traje se agrega una cabeza poblada de rubios y ensortijados cabellos, un rostro risueño é indolente y unas manos de mujer, se tendrá acabado el retrato del caballero de Bourdon, favorito, segun unos, y amante, segun otros, de la reina.

Largo trecho antes de llegar lo conoció el condestable, el que aborrecia á Isabel, porque combatia su influencia con el rey. Sabiendo, pues, muy bien que Cárlos era celoso, resolvió

Digitized by Google

aprovecharse de la ocasion que se le presentaba para llevar á cabo la ejecucion de un gran proyecto político: el destierro de la reina. Mas ninguna alteracion de su rostro anunció que hubiese reconocido al caballero que se acercaba.

—Béseo que hagais saber á ese jóven que he confirmado su nombramiento, añadió el rey; ¿no es verdad, querido primo?

—Es muy probable que lo sepa ya.

—¿Quién puede habérselo dicho?

—La misma persona que os lo ha pedido con tanto interés.

—¿La reina?

—Tiene tal confianza en el valor de ese caballero, que no ha tenido bastante paciencia para esperar que recibiese su despacho de capitan para confiarle el mando de la guardia del castillo.

—¿Qué es lo que decís?

—Precisamente aquí lo teneis, señor.

—¡El caballero de Bourdon!...

El rey palideció: las sospechas corroian su corazon.

—Sin duda habrá pasado la noche en palacio, pues es imposible que haya salido tan de madrugada de París para estar ya de vuelta de Vincennes.

—Decís bien, conde; ¿qué se dice en mi córte de ese jóven?

—Que tiene mucho partido con las damas y que no desperdicia tamaña felicidad. Algunos pretenden que no ha encontrado una sola que se le resista.

—¿Sin esceptuar á ninguna?

Digitized by Google

—Ninguna.

El rey se quedó tan pálido, que el conde alargó los brazos creyendo que se iba á caer. Cárlos los empujó suavemente.

—¿Será esa, por ventura, la causa, dijo con ahuecada voz, que le ha hecho desear que se le confiase la guardia del castillo? ¡Jóven insolente! Y su caperuza es azul, ¿no es verdad?

—Es el color de la reina.

Estaba ya el caballero de Bourdon tan cerca de ellos en aquel momento, que se oian las palabras de la cancion que venia cantando. Sin duda la presencia del rey y del conde no le pareció motivo suficiente para interrumpir su melodiosa ocupacion, pues se contentó con separar gallardamente su caballo y saludar inclinando ligeramente la cabeza al emparejar con el rey.

La cólera dió por un instante al anciano toda la energía de su juventud; y parando de repente su montura esclamó con voz fuerte:

—¡Pié á tierra, niño! ese no es modo de saludar al rey. ¡Pié á tierra, y saludad cual debeis!

El caballero de Bourdon, en vez de obedecer esta órden, hincó ambas espuelas en los ijares de su caballo, el que en cuatro botes lo puso á veinte pasos del rey. Al ver que le separaba ya cierta distancia, volvió á poner al paso el caballo y continuó su cancion cual si nada hubiera pasado, empezando desde donde la habia suspendido la brusca alocucion de Cárlos VI.

El rey dijo algunas palabras al conde Bernardo; y este, volviéndose hácia su pequeña escolta:

—Tanneguy, dijo dirigiendo la palabra al preboste de Pa-

Digitized by Google

ris, que traia en su compañía dos de sus guardias armados de punta en blanco, prendedme ese hombre: el rey lo manda.

Tanneguy hizo una señal, y los dos guardias se lanzaron tras del caballero de Bourdon.

No se le habian ocultado á este semejantes preparativos hostiles, aunque al parecer toda la atencion que prestaba se reducía á volver de vez en cuando la cabeza. Sin embargo, cuando vió que los dos guardias se dirigian hácia él, no pudiendo conservar duda alguna sobre el motivo que los traia, detuvo su caballo y les hizo frente: apenas distaban diez pasos de él.

—¡Hola, señores mios! esclamó: si venís en busca mia, os aconsejo que no deis un paso mas, á menos que no vengais ahora mismo de poneros bien con Dios.

Los dos guardias sin contestar continuaron su carrera.

—¡Ah! ¡ah! parece, señores guardias, que nuestro señor el rey es algo aficionado á los torneos en despoblado.

Los dos guardias estaban tan cerca del caballero, que alargaban ya los brazos para apoderarse de él.

—Poco á poco, caballeritos, dijo haciendo dar un salto hácia atrás á su fiel compañero: ¡poco á poco!... permitidme que tome yo tambien una razonable distancia.

Al pronunciar estas palabras sacó su caballo á un galope tan rápido, que hizo creer en un principio que encomendaba á sus piernas la salvacion de su vida: los dos guardias se habian penetrado de tal modo que toda persecucion seria inútil, que se quedaron estupefactos en el mismo sitio, siguiéndole con la vista y sin acordarse de gritarle siquiera que se detuviese. Su admiracion se redobló cuando al cabo de algunos se-

Digitized by Google

gundos le vieron volver cara y dirigirse á la carrera sobre ellos.

Un momento le habia bastado al caballero de Bourdon para hacer sus preparativos; eran tan sencillos como fueron breves. Cuando se volvió traia la banda flotante que hemos dicho caia de su capuz rodeada al brazo izquierdo á manera de escudo, y su mano izquierda agitaba la corta espada, en la que se veian esas estrías destinadas á escurrir la sangre: las bridas estaban sujetas al pomo del arzon de la silla del caballo, que obedeciendo cual si estuviera dotado de inteligencia á la presion de las piernas del ginete, dejaba en plena libertad los brazos de su caballero, el que era evidente no tardaria en valerse de ellos.

Los guardias no supieron al pronto si aceptar ó no el combate: habian recibido órden de prender al caballero de Bourdon, pero no de matarle, y los preparativos de defensa de este les parecian bastante decisivos para indicar claramente que estaba dispuesto á no caer vivo en sus manos. Al ver su indecision se aumentó mas y mas la temeridad del jóven.

—Ea, pues, camaradas: daga en mano, y á quien Dios se la dé San Pedro se la bendiga.

Los dos guardias desenvainaron sus espadas y se abalanzaron sobre el caballero, dejando entre los dos un pequeño espacio con objeto de atacar cada uno por su lado. Una mirada bastó al caballero para conocer que podia pasar entre sus dos enemigos: hundió, pues, sus afiladas espuelas en los ijares del caballo, el que partió con la rapidez del viento. Al ver las espadas de sus contrincantes á corta distancia de su pecho, se echó rápidamente sobre el cuello del caballo, como si hubiese querido coger algun objeto del suelo sin abandonar los estri-

Digitized by Google

hos, de modo que su cuerpo formó una línea casi horizontal, sosteniéndose en las crines con la mano derecha, al mismo tiempo que agarrando fuertemente con la izquierda una de las piernas de sus enemigos, lo levantó con tal violencia, que dió con él en tierra por el otro lado del caballo: las cuchilladas de los dos guardias hirieron tan solo el viento.

Cuando el que acababa de dar esta prueba de habilidad se volvió, vió al guardia que acababa de derribar colgado del estribo, en el que se le habia enredado el pié, y del que iba arrastrando: el caballo corria con tanta velocidad, cuanto mas le asustaba el ruido que hacia la armadura botando sobre el pavimento. Los gritos del desdichado no contribuyeron poco á aumentar el espanto del fogoso animal. Todos los espectadores de aquel combate respirando apenas, el corazon comprimido, con los brazos estendidos como si de este modo pudiesen detener el caballo, se estremecian á cada nuevo ruido que el viento les traia de los botes que el desdichado iba dando contra las piedras. Una nube de polvo levantaba el caballo, entre la que se veian las chispas que la armadura producia al chocar con los pedernales, y de trecho en trecho iba dejando pedazos de coraza, en los que reflejaban los rayos del sol. Aquel chischás horroroso fué oyéndose cada vez menos, bien fuese por la distancia, ó ya porque solo chocase con el pavimento la carne y huesos del infeliz, hasta que al revolver el camino desaparecieron caballo y caballero como una vision. Los pechos respiraron entonces con mas facilidad, y los lábios del condestable pronunciaron segunda vez estas palabras:

—Tanneguy, prended ese hombre: el rey lo manda.

Al oir el segundo guardia esta nueva órden cargó sobre

Digitized by Google

el caballero con una rábia, que la muerte horrorosa de su compañero habia aumentado hasta lo infinito; por lo que hace al caballero, parecia estar absorto con la vista del espectáculo que hemos procurado describir; tenia clavados los ojos en el paraje por donde habian desaparecido caballo y caballero, y á juzgar por su esterior, se podia asegurar que no habia creido en un principio que fuese de tal gravedad el combate en que se habia comprometido. Y solo al ver relucir sobre su cabeza una especie de relámpago volvió en sí; era la espada que su segundo enemigo tenia alzada con ambas manos: entre esta espada y la frente apenas habia dos piés, y apenas un segundo entre la cuchillada y la muerte; un bote hácia delante, colocó al caballero tocando al lado del soldado, el que empinado sobre sus estribos y con las manos levantadas detrás de la cabeza, iba ya á descargar una atroz cuchillada. El caballero, lanzándose sobre él, sujetó sus brazos y su cabeza, sacudiéndole con una fuerza de que jamás se le hubiera creido capaz, y con tal habilidad, que al primer esfuerzo logró echarlo de espaldas sobre la grupa del caballo; sujetándole en aquella postura buscó con rápida mirada un paso para la muerte en aquel hombre forrado de hierro.

La posicion combada en que el guardia estaba, habia levantado el gorjal de su casco, y solo una espada tan fina como la del caballero podia pasar por el estrecho hueco que habia entre las dos hojas de acero. Dos veces pasó en efecto, y dos veces salió sangrienta; y cuando soltó la cabeza y los brazos de su adversario que tenia sujetos con la mano izquierda, y cuando sacudió su espada, salió del casco del soldado un triste gemido, anunciando que habia dejado de existir.

Digitized by Google

Habíase quedado Bourdon en medio del camino dando frente á la comitiva del rey, desde donde se estaba burlando de ella y desafiándola. Duchatel dudaba si renovaria ó no á los hombres que le acompañaban la órden de prenderle; y estaba deliberando allá en sus adentros si seria mas acertado que él mismo desempeñara aquella comision, cuando el conde de Armañac, cansado con tanta tardanza, hizo una señal. La pequeña comitiva se abrió para dejarle paso: el gigante se dirigió lentamente hácia el caballero, y diez pasos antes de llegar á él se paró.

—Caballero de Bourdon, le dijo con una voz en la cual le era imposible distinguir la menor emocion, caballero de Bourdon, en nombre del rey, vuestra espada; si no habeis querido entregarla á dos soldados oscuros, tal vez os parecerá menos humillante rendirla al condestable de Francia.

—Solo la rendiré, respondió Bourdon con altanería, al que se atreva á venir por ella.

—¡Insensato! murmuró el conde.

En el mismo instante y con un movimiento tan veloz como el pensamiento, soltó del arzon de la silla la maza de armas de que ya hemos hablado: la pesada arma, despues de haber dado vueltas al derredor de la cabeza como una honda, se escapó de su mano con el silbido y rapidez de la piedra lanzada por una máquina de guerra, y fué á doblarse como un junco en la cabeza del caballo: el animal, al recibir este golpe mortal, se empinó sangriento sobre su cuarto trasero, y despues de haber permanecido un instante en pié sin acabar de caer, dió consigo y con su caballero en tierra, donde quedaron ambos tendidos.

Digitized by Google

—Recoged ese niño, dijo Bernardo.

Y volvió con la mayor tranquilidad á colocarse al lado del rey.

—¿Ha muerto? preguntó este.

—No, señor; creo que está tan sólo desmayado.

Tanneguy confirmó lo que acababa de decir el condestable. Traia los papeles hallados al caballero de Bourdon, y entre ellos una carta, cuyo sobre estaba escrito de puño y letra de Isabel de Babiera. El rey se apoderó de él convulsivamente, visto lo cual por ambos señores, se apoderaron por discrecion, siguiendo con la vista la alteracion que se aumentaba por momentos en el rostro de Cárlos VI. Muchas veces durante la lectura enjugó este el sudor que corria por su frente; y cuando la hubo concluido, despues de haberla roto y arrojado sus mil pedazos al viento, dijo con una voz sorda cual si saliese de un cadáver:

—¡El caballero á los calabozos del gran Chatelet! ¡la reina á Tours! y yo.... yo á la abadía de San Antonio. No me siento con fuerzas para volver á París.

Estaba, en efecto, tan pálido y temblaba tanto, que parecia iba á morir.

Algunos instantes despues, y segun las órdenes del rey, se dividió su pequeña comitiva en tres grupos formando un triángulo: Dupuy, espíritu infernal de Bernardo, y dos capitanes se dirigieron á Vincennes para intimar á la reina la órden de su destierro; Tanneguy Duchatel se volvió á París con el preso, que continuaba desmayado; y el rey, que se habia quedado solo con el condestable, se encaminó á campo través á la abadía para pedir á los monjes un asilo, paz y oraciones.

Digitized by Google

CAPITULO XVII.

Perrinet Leclerc.

Mientras que se abren las puertas de la abadía de San Antonio para recibir al rey, las de las cárceles del Chatelet para encerrar al caballero de Bourdon, y mientras que Dupuy hace alto un cuarto de legua antes de llegar á Vincennes para esperar el refuerzo de tres compañías de guardias que le envia Tanneguy Duchatel, trasportaremos á nuestro lector al palacio que habita Isabel de Baviera.

En aquellos tiempos de turbulencia, en que era muy frecuente andar á cuchilladas en un baile y muy comun el salpicar con sangre un festin, era Vincennes una fortaleza y una

Digitized by Google

quinta de recreo á la vez. Si damos una vuelta alrededor de sus murallas esteriores, de sus anchos fosos, de las altas torres que la muralla tiene en cada uno de sus ángulos, de los puentes levadizos que diariamente se levantan rechinando y de sus centinelas escalonadas en las almenas, nos representaremos el aspecto grave de una fortaleza en cuya defensa y seguridad nada se ha descuidado. Si entramos en ella, este aspecto cambiará enteramente; porque si bien es verdad que tropezaremos con los centinelas que guarnecen las murallas, no lo es menos que el descuido con que cumplen con su consigna y la atencion constante con que tienen clavada la vista en el primer patio lleno de soldados jugando á diferentes juegos, en vez de mirar á lo lejos para velar si alguna tropa enemiga se acerca, testificará la impaciencia que les agita de dejar su arco y sus flechas para empuñar el cubilete de los dados, y no dejará duda de que el deber que pesa sobre ellos es mas un resultado de la disciplina de todos tiempos, que el de una urgencia momentánea. Si de este patio pasamos al segundo, desaparecerá completamente todo aparato militar, pues solo veremos en él alconeros adiestrando sus alcones, pajes enseñando perros y escuderos domando caballos; y en medio de tanta risa, de tanto grito y silbido veremos pasar varias jóvenes alegres y alborotadoras, que diciendo al paso alguna chanzoneta á los alconeros, sonriéndose á los pajes y dejando mas de una promesa á los escuderos, desaparecen como visiones por una puerta baja y cimbrada que está enfrente del primer patio y es la que dá entrada á las habitaciones.

No son las dos imágenes de santos que adornan dicha

Digitized by Google

penta las que hacen inclinarse á las muchachas con una coquetería respetuosa al pasar por su lado: la causa de tanta cortesanía son dos señores jóvenes y hermosos, Gradil y Giac, que arrimados á la pared debajo de las dos imágenes con una pierna cruzada sobre la otra, y envueltos en elegantes botas de terciopelo y de damasco, están hablando de amores y de caza. Puede asegurarse que el que así los hubiera visto tendria no pequeña dificultad en reconocer sobre sus rostros indolentes esa señal que el dedo del destino imprime, segun dicen, en la frente de aquellos que deben morir jóvenes. Un astrólogo, al estudiar las líneas de sus blancas y rollizas manos, les hubiese anunciado larga y placentera vida; pero hubiese salido falso su pronóstico, porque cinco años despues debia penetrar de parte á parte el pecho del primero la lanza de un inglés, y apenas deberianse trascurrir ocho para que las aguas del Loire recibiesen en su seno el cadáver del segundo.

Si pasamos mas adelante y subimos por la escalera adornada con un barandado festoneado que tenemos á la izquierda; si al llegar al primer piso abrimos la puerta ojiva para entrar, y sin detenernos en la primera pieza, que en la distribucion moderna de nuestras habitaciones llamariamos una antesala, seguimos sobre la punta de los piés y conteniendo la respiracion hasta unos tapices con grandes florones de oro que separan este cuarto del segundo, veremos, levantándolos con cuidado, un espectáculo que merece particular mencion en medio de la larga descripcion que acabamos de hacer.

En un cuarto cuadrado como la torre, cuyo primer piso forma, iluminado por una luz que á duras penas penetra por

Digitized by Google

las cortinas de tela de grandes florones de oro que cuelgan en las estrechas ventanas de pintados vidrios, y sobre una de esas góticas y anchas camas con columnas cinceladas, veremos acostada y dormida una mujer, que aunque ha pasado ya la primera edad de la juventud, conserva todavía su hermosura. El crepúsculo que reina en el cuarto parece mas bien el resultado de un cálculo de coquetería que el efecto de la casualidad; pues esas medias tintas que en nada perjudican á los redondeados contornos que ellas dulcifican, auxilian poderosamente la agradable impresion que causa el lindo brazo que cuelga fuera de la cama, la frescura de aquel rostro unida á un pecho desnudo, y la finura de aquellos cabellos sueltos, de los que una parte se esparce sobre la almohada, y la otra, acompañando al brazo que está pendiente, pasa mas abajo de la estremidad de sus dedos y llega hasta el suelo.

Sin necesidad de poner el nombre debajo de este retrato, creemos que nuestros lectores habrán reconocido á la reina Isabel, sobre cuyo rostro los años de placer han impreso sus huellas mas ligeramente que las que han dejado en la frente de su marido los años de dolor.

Al cabo de un instante se separaron los labios de la jóven con un ligero ruido semejante al de un beso; sus grandes ojos se abrieron con una languidez que hizo desaparecer durante algun tiempo su espresion de dureza habitual, languidez que tal vez en este momento debia á un sueño, ó por mejor decir, á un recuerdo de deleite. Por débil que fuese la luz, sin embargo pareció demasiado fuerte á sus ojos fatigados: los cerró un instante, se levantó apoyándose en el codo, buscó con la otra mano debajo de las almohadas de la cama un espe-

Digitized by Google

juelo de acero bruñido y se miró en él con cierta sonrisa de satisfaccion; dejándolo despues en la mesa que tenia cerca, cogió un silbato de plata y llamó dos veces con él, echándose despues sobre su cama, como cansada de este esfuerzo; y dando un suspiro en el cual podia verse mas fácilmente la espresion de la fatiga que del cansancio, volvió á recostarse.

Apenas habia cesado de oirse el sonido del silbato, cuando levantándose los tapices que ocultaban la puerta, asomó la cabeza de una jóven como de unos diezinchó á veinte años.

—Madama, ¿me llama? preguntó con una voz suave y tímida.

—Sí, Carlota, entrad.

Entró, en efecto, sentando los piés tan ligeramente sobre las espesas esteras que servian de alfombras, que se conocia á tiro de ballesta que habia hecho un estudio de andar de este modo cuando los deberes que tenia que cumplir la llamaban, durante el sueño de su hermosa é impaciente ama, á su lado.

—Muy puntual estais, Carlota, dijo la reina sonriéndose.

—No hago mas que cumplir con mi deber, señora.

—Acercaos mas.

—¿Quereis levantaros, señora?

—No, quiero hablar contigo.

Carlota se sonrojó de placer porque tenia que pedir una gracia á la reina, y conoció desde luego que su noble ama estaba en uno de esos momentos de felicidad en que los poderosos de este miserable mundo conceden todo lo que pueden conceder.

—¿Qué ruido es ese que se oye en el patio? continuó la reina.

Digitized by Google

—Los pajes y los escuderos que están riéndose.

—No, yo oigo otras voces.

—Las de los caballeros Glac y Graville.

—¿No está con ellos el caballero de Bourdon?

—No, señora, todavía no se ha presentado.

—No ha turbado ninguna novedad la tranquilidad del castillo?

—Nada; solamente algunos instantes antes de amanecer, el centinela ha visto deslizarse por las murallas una sombra, y al verla le echó el *¿quién vive?* El hombre, porque era hombre, saltó entonces al otro lado del foso, á pesar de la distancia y la elevacion: entonces el centinela ha disparado su ballesta.

—¿Y despues? dijo la reina desapareciendo completamente el color de sus mejillas.

—¡Oh! ¡Raimundo es un torpe! No le acertó, y esta mañana he encontrado clavada su flecha en uno de los árboles que crecen en el foso.

—¡Ah! dijo Isabel.

Y su pecho respiró con mas libertad.

—¡Qué locura! continuó hablando consigo misma.

—Sin duda debe ser algun loco, ó tal vez un espía, porque de diez, nueve se hubieran muerto. Esta es ya la tercera vez que sucede. Cosa alarmante para los habitantes de esta fortaleza, ¿no es verdad, señora?

—Sí, hija mia; pero yo te aseguro que no se repetirá mas cuando el caballero de Bourdon sea gobernador.

Y una sonrisa imperceptible se asomó á los lábios de la reina, mientras que el color de sus mejillas, un instante ausente, vino á presentarse con una lentitud tal, que probaba

Digitized by Google

cuán profundo y penoso era el sentimiento que lo había hecho desaparecer.

—¡Oh! continuó Carlota, ¡qué gentil y valiente es el caballero de Bourdon!

La reina se sonrió.

—¡Ah! ¿le quieres tú mucho?

—Con todo mi corazon, dijo sencillamente la doncella.

—Yo se lo diré, Carlota, segura de que recibirá una satisfaccion.

—¡Por Dios, señora, no se lo digais! porque tengo un favor que pedirle, y jamás me atreveria...

—¿Tú?

—Sí, señora.

—¿Y cuál es ese favor?

—¡Oh! señora...

—Vamos, dímelo.

—Yo quisiera... pero no me atrevo.

—Esplícate, pues.

—Quisiera pedirle un empleo de escudero.

—¿Para tí? dijo riéndose la reina.

—¡Señora!... esclamó Carlota, poniéndose encarnada como la grana y bajando la vista.

—El entusiasmo que te anima hace creible cualquier cosa. ¿Para quién, pues?

—Para un jóven...

Carlota pronunció estas palabras con una voz tan baja, que apenas pudieron oirse.

—¡Ah! ¿Y quién es?

—¡Dios mio! Señora...

Digitized by Google

—En fin, ¿quién es? repitió Isabel con cierta impaciencia.

—Mi novio, se apresuró á contestar Carlota; y dos lágrimas temblaron en las negras pestañas de sus párpados.

—¿Y tú le amas, hija mia? preguntó la reina con un tono de voz tan dulce, cual si fuese una madre que preguntara á su hija.

—Sí, señora, mas que á mi vida...

—Pues bien, yo me encargo de tu pretension, y pediré á Bourdon el empleo para tu novio; de ese modo no se separará nunca de tí. Sí, hija mia, yo comprendo cuán dulce es no separarse ni un solo instante de la persona que se ama.

Carlota se echó á sus piés y besó ardientemente las manos de la reina, cuyo rostro, habitualmente altanero, tenia pintada en este momento una dulzura angelical.

—¡Oh! ¡cuán buena sois, esclamó, y cuán agradecida os estoy! ¡Dios y el bendito San Cárlos os amparen, señora, con su proteccion!... Gracias, gracias... ¡Qué felicidad para él... Dadme, señora, licencia para irle á dar esta feliz nueva.

—¿Dónde está?

—Sí, dijo ella con un pequeño movimiento de cabeza, sí, ayer le dije que el caballero sería probablemente nombrado gobernador de Vincennes; esta noche le ha ocurrido lo que acabo de decir, y esta mañana ha venido corriendo á participarme su proyecto.

—¿Pero adónde está?

—Aquí en la puerta de la antecámara.

—¡Cómo! ¿Has tenido atrevimiento?...

Los ojos negros de Isabel centelleaban: la pobre Carlota, de rodillas y con las manos cruzadas se echó hácia atrás.

Digitized by Google

—¡Perdon, perdon! esclamó.

Isabel reflexionó un instante.

—¿Ese hombre abrazará sinceramente nuestra causa?

—Despues de lo que acabais de prometer, señora, pondria las manos en el fuego por vos.

La reina se sonrió.

—Hacedle entrar, Carlota, quiero verle.

—¿Aquí? dijo la pobre doncella pasando del terror á la admiracion.

—Aquí; quiero hablarle.

Carlota estrechó su cabeza con ambas manos para asegurarse que no era un sueño; y levantando luego la cabeza, miró á la reina con la mayor admiracion, sin atreverse á salir hasta que se lo mandó esta con una nueva seña.

La reina juntó las cortinas de su cama, pasó la cabeza por el corto espacio que quedaba entre ellas, sujetó la colcha debajo de su barba, sabiendo muy bien que su hermosura nada perderia con el colorido encendido que la tela encarnada daria á sus mejillas.

Apenas habia acabado de tomar estas precauciones, cuando entró Carlota seguida de su amante.

Era un hermoso jóven de veinte á veintidos años, de espaciosa y despejada frente, ojos azules y vivos, pelo castaño y color pálido: venia vestido con una ropilla de paño verde, abierta por la sangría del brazo, de modo que permitia ver la camisa; un pantalon del mismo color marcaba los músculos fuertemente pronunciados en sus piernas; un cinturon de cuero amarillo sostenia la daga de ancha hoja, que debia el bruñido de su puño al movimiento habitual que habia contraido

Digitized by Google

su amo de llevar á ella la mano, mientras que con la otra sostenia un sombrerillo de fieltro por el estilo de nuestras gorras de caza.

Se paró á dos pasos de la puerta. La reina echó sobre él una rápida mirada, y sin duda hubiera prolongado el exámen que estaba haciendo de su persona, si hubiese podido prever que tenia en su presencia uno de esos hombres á los cuales la mano del destino ha marcado una hora entre las de su vida, durante la cual deberán cambiar la faz de las naciones. Pero como llevamos dicho, nada anunciaba en él este extraordinario sino; y en cuanto al presente, no pasaba de ser un hermoso jóven, pálido, tímido y amoroso.

—¿Cómo os llamais? preguntó la reina.

—Perrinet Leclerc.

—¿De quién sois hijo?

—Del *Echevin* Leclerc, llavero de la puerta de *Saint-Germain*.

—¿Cuál es vuestro oficio?

—Mercader de hierro en el *Petit-Pont*.

—¿Quereis abandonar vuestro oficio para entrar á servir al caballero de Bourdon?

—Todo lo abandonaria por ver á Carlota.

—¿Y sabreis cumplir con los deberes de vuestro nuevo empleo?

—De todas las armas que tengo en mi casa, como mercader de hierro, hay muy pocas que no sepa manejar como el mejor caballero, desde la maza hasta la daga, desde la ballesta hasta la lanza.

—Y si yo os consigo ese empleo, ¿podré contar con vos, Leclerc?

Digitized by Google

El jóven levantó la vista, y elevándola sobre la reina, dijo con firmeza:

—Sí, señora, en todo lo que no se oponga á lo que debo á mi Dios y á mi rey Cárlos.

La reina frunció imperceptiblemente su frente.

—Basta, dijo; podeis contar ya con vuestro empleo.

Los dos amantes se miraron con una mirada indecible de felicidad.

En este momento se oyó un violento tumulto.

—¿Qué es eso? dijo la reina.

Carlota y Leclerc se precipitaron á la misma ventana para mirar al patio.

—¡Dios mio! esclamó la doncella con la admiracion del terror.

—¿Qué hay? preguntó segunda vez la reina.

—¡Oh! Señora, el patio está lleno de gente armada, que se ha apoderado de la guarnicion: los caballeros Giac y Graville están prisioneros.

—¿Nos habrán sorprendido los borgoñones? dijo la reina.

—No, señora, replicó Leclerc; son gentes de Armañac, segun se deduce de la cruz blanca que visten.

—Ahí está su gefe, dijo Carlota: es Mr. Dupuy. Viene acompañado de dos capitanes; están preguntando ahora por la habitacion de la reina: se la señalan con el dedo. Se dirigen hácia aquí; entran.... ya suben.

—¿Quereis que les cierre el paso? dijo Leclerc desenvainando su puñal.

—No, no, esclamó vivamente la reina. Ocultaos en ese

Digitized by Google

gabinete. Si ignoran que estais aquí, tal vez me podreis ser útil, pero si os descubren sois perdido.

Carlota empujó á Leclerc á una especie de gabinete negro que estaba al lado de la alcoba de Isabel. La reina saltó de la cama y se puso una ancha bata de brocado guarnecida de pieles, con la que se arropó, sin tener mas tiempo que para cruzársela con sus manos: sus cabellos, como hemos dicho, caian sobre sus hombros y descendian hasta mas abajo de la cintura.

Entontes entró Dupuy seguido de dos capitanes, y levantando la tapicería sin quitarse el sombrero, dijo á la reina:

—Reina, sois mi prisionera.

Isabel dió un grito, en el cual habia tanta rábia como admiracion; mas sintiendo que sus piernas flaqueaban, cayó sentada en su misma cama. Mirando entonces al que acababa de dirigirla la palabra en unos términos tan poco respetuosos, le dijo con acerba sonrisa:

—Sin duda estais loco, maese Dupuy.

—Eso se queda para el rey nuestro señor, respondió este: lo que á no ser así, hace ya tiempo que os hubiera dicho por primera vez lo que ahora acabo de deciros.

—Soy vuestra prisionera, y aunque no fuese ya reina, soy siempre mujer; hablad, pues, con sombrero en la mano, messire, como sin duda hablareis á vuestro amo el condestable, porque voy presumiendo que él es el que os envia.

—Habeis acertado: vengo de órden suya, respondió Dupuy quitándose lentamente el sombrero, como un hombre que obedece mas bien á su propia voluntad que á las órdenes de otro.

Digitized by Google

—Está bien, replicó la reina; pero como el rey debe venir de un momento á otro, veremos entonces quién manda aquí; si el condestable ó yo.

—El no vendrá.

—Yo os digo que vendrá.

—Y yo os digo que se ha encontrado en mitad del camino al caballero de Bourdon.

La reina se estremeció y Dupuy se sonrió al notar aquella sensacion.

—¡Y bien! dijo la reina.

—¡Y bien! este encuentro ha cambiado sus proyectos, y tambien sin duda alguna los del caballero, pues pensaba volver solo á París, donde estará entrando á estas horas muy bien acompañado de una buena escolta; creeria tambien ir á descansar á su rica habitacion del palacio de San Pablo, sin contar con que tenia reservada otra en el *Chatelet*.

—¡El caballero está preso! ¿por qué?

Dupuy se sonrió.

—Nadie mejor que vos, señora, debe saberlo.

—Me complazco en creer que su vida no corre ningun peligro.

—El *Chatelet* está muy cerca de la Greve, dijo riéndose Dupuy?

—No se atreverán á asesinarlo.

—Reina, dijo Dupuy mirándola fiera y altaneramente, recordad la muerte de monseñor el duque de Orleans: era el primero en el reino despues del rey nuestro señor, alumbrábanle cuatro peones con hachas, acompañábanle los escuderos con lanzas, rodeábanle dos pajes con espadas: la última noche que

Digitized by Google

pasó por la calle de Barbette de vuelta de cenar con vos... No hay ciertamente comparacion entre un personaje tan esclarecido y un caballero tan oscuro... y á pesar de eso, ¿creeis, por ventura, que no se aplique al último la misma pena que sufrió el primero?

La reina se levantó fuera de sí de cólera, agolpándosele tan rápidamente la sangre á la cara, que parecia iban á reventarse las venas; y acercándose entonces á la puerta, pronunció con voz ronca esta palabra:

—Salid.

Dupuy, intimidado, retrocedió un paso.

—Está bien, señora; pero me resta que deciros una cosa antes de salir: la voluntad espresa del rey y de monseñor el condestable, es que salgais sin dilacion alguna para la ciudad de Tours.

—¿Sin duda en vuestra compañía?

—Sí, señora.

—Por consiguiente, vos sois el elegido para cartelero mio. El empleo es honroso y os sienta maravillosamente.

—Siempre es algo en la sociedad el que tiene bajo da llave á una reina de Francia.

—Decidme, ¿creeis que darán cartas de nobleza al verdugo que corte mi cabeza?

Y sin esperar contestacion volvió la espalda, como quien no quiere hablar mas.

Rechinaron los dientes de Dupuy.

—¿Cuándo estareis pronta para partir?

—Os lo avisaré.

Digitized by Google

—Considerad que es he dicho que no habia tiempo que perder.

—Considerad, messire, que yo soy la reina, y que os he dicho que me dejeis sola.

Dupuy murmuró algunas palabras; pero como nadie ignoraba el ascendiente que todavía ejercia la reina sobre el rey, temió, y no sin motivo, que volviese á recobrar el poder que hacia algunos instantes tan solo habia perdido. Saludándola, pues, mas respetuosamente de lo que hasta entonces la habia tratado, salió del cuarto obedeciendo la órden de la reina.

Cerrarse la puerta, prorumpir en sollozos la afligida Carlota y lanzarse en el cuarto Perrinet Leclerc, fué obra de un instante. Estaba mas pálido que cuando habia entrado, pero se conocia al primer golpe de vista que la cólera, y no el temor, le habian hecho perder el color.

—¿Quereis que muera ese hombre? preguntó á la reina mordiéndose los lábios y empuñando la daga.

La reina, que se habia dejado caer en un sitial, se sonrió con la mayor amargura. Carlota, anegada en llanto, se echó á sus piés.

El golpe que habia recibido la reina habia herido tambien á los dos jóvenes.

—¡Sí, quiero que muera! dijo la reina. ¿Has creido, jóven, que para matarle necesito ni de tu brazo ni de tu puñal?... ¡Matar!... ¿y para qué?... Contempla ese patio lleno de soldados... ¡Matarle!... ¿Su muerte acaso salvaria la vida de Bourdon?

El llanto de Carlota se redobló mas y mas; además de las penas de su alma, sentia un dolor personal no menos vivo: la

Digitized by Google

reina perdia la felicidad del amor; Carlota perdia todas las esperanzas del amor. Carlota era, pues, la mas digna de lástima.

La reina prosiguió.

—¡Lloras, Carlota, lloras.... y no pierdes al que amas.... porque vuestra separacion será momentánea!... ¡Llorás!... Y sin embargo, cambiaria mi suerte de reina por la tuya.... ¡Llorás!... ¡No sabes, pues, que yo que no puedo llorar amaba á Bourdon como tú amas á este jóven! Pues mira, lo van á matar, porque ellos no perdonan.... La muerte está ya amenazando la cabeza de aquel á quien yo amo tanto como tú amas á este; sin embargo, nada podré hacer para impedir este asesinato, hasta ignoraré el momento en el que traspasen alevosamente su pecho; y todos los instantes de mi vida me parecerán los de su muerte, y todos los minutos me estarán diciendo: tal vez ahora me estará llamando, y revolcándose en su sangre exhalará la última agonía; ¡y yo estoy aquí sin poder hacer nada, á pesar de ser reina, y reina de Francia!... ¡Maldicion! No lloro y no puedo llorar.

La reina se retorcia los brazos y se heria el rostro: los dos jóvenes lloraban, no por sus desgracias, sino por la de la reina.

—¿En qué os podemos servir, señora? decia Carlota.

—Disponed de nosotros, decia Leclerc.

—Nada, nada.... ¡Oh! todo el infierno está encerrado en esta palabra. ¡Estar pronta á dar su sangre, su vida, para salvar á aquel á quien se ama, y no poder hacer nada!... ¡Oh! ¡Si algun dia cayesen en mi poder esos hombres que se han complacido en atormentar mi corazon! Pero nada puedo hacer

Digitized by Google

contra ellos, nada en favor de él; sin embargo, he sido bastante poderosa; en uno de los momentos de locura del rey hubiera podido hacerle firmar la muerte del condestable. ¡Y tonta de mí, no lo he hecho!... ¡Armañac seria, pues, el que á estas horas, encerrado en un calabozo, tendria ya frente á frente la muerte como la tiene él.... él, que es tan hermoso y tan jóven, y que jamás les ha hecho daño alguno! Sin embargo, lo matarán como mataron á Luis de Orleans, que jamás les hizo tampoco nada.... ¡y el rey... el rey, que vé todos estos asesinatos, que anda sobre charcos de sangre, en los que cuando se resbala se agarra para sostenerse de brazos de asesinos! ¡El imbécil, el estúpido!... ¡Dios mio, Dios mio, compadeceos de mí.... salvadme.... y vengadme tambien!...

—¡Misericordia! decia Carlota.

—¡Condenacion! decia Leclerc.

—¡Seguirle yo!... ¡Quieren que yo me vaya! ¡creen que yo me iré!... no.... no. ¡Partir sin saber qué ha sido de él.... antes me arrancarán de aquí á pedazos!... Veremos si se atreven á poner sus sacrílegas manos en la reina; yo me agarraré á estos muebles, á estas paredes con las manos y los dientes.... ¡Oh! tendrán que decirme lo que ha sido de él, pero no, yo misma iré en persona, sabedlo: aunque la noche está muy oscura, yo misma iré á la cárcel (y cogiendo una caja la abrió); tengo oro, ¡no veis!... bastante oro para comprar un hombre, sangre y alma; y si este no bastase, aquí están mis alhajas, estas perlas, con las que podria comprarse todo un reino: ¡miradlas bien! todas las daria, todas al carcelero, diciéndole: ¡devuélvemelo vivo!... ¡devuélvemelo sin que le haya tocado un solo cabello, y todo esto, examinado bien, oro,

Digitized by Google

perlas, diamantes, todo esto es vuestro... vuestro, porque me habeis dado mas que vale todo eso junto; vuestro, porque todavía os debo mucho mas, y os lo pagaria si me quedase con qué.

—Señora, dijo Leclero, ¿quereis que vaya á Paris?... tengo amigos, los reuniré y caeremos sobre el Chatelet.

—Eso es, dijo amargamente la reina; y con semejante locura lograrás acelerar su muerte, ¿no es verdad?... Y si por último lograis penetrar en las prisiones, encontrareis al entrar en el calabozo un cadáver todavía caliente y bretando sangre; ¡porque necesita mucho menos un puñal para penetrar en el corazon, que el que tú y todos tus amigos necesitais para forzar diez puertas de hierro!... Solo para matarle nos serviria la fuerza.... Vé, corre, pasa los dias, pasa las noches delante del Chatelet; si lo conducen vivo á otro encierro, síguelo hasta la puerta; si lo asesinan, acompaña su cuerpo hasta la sepultura; y en uno y otro caso vuelve corriendo á decirmelo, para que vivo ó muerto sepa ya dónde está.

Leclero hizo un movimiento para salir, pero la reina le detuvo.

—Por aquí, dijo poniéndose el dedo en la boca; volvió á abrir la puerta del gabinete, la ensambladura se corrió, y dejó ver los escalones de una escalera abierta en el grueso de la pared.

—Seguidme, Leclero, dijo la reina.

Y la imperiosa Isabel, vuelta ya á su ser natural de mujer, y mujer trémula, cogió la mano del humilde vendedor de hierro, única esperanza que le quedaba en aquella hora, y le

Digitized by Google

condujo, yendo ella la primera, garantizándole los ángulos de las paredes y tentando el terreno de la galería estrecha y sombría por donde iban andando. Despues de algunas vueltas vió Leclerc pasar la luz entre las rendijas de una puerta: la reina la entreabrió; daba á un jardin aislado, en cuya estremidad estaba la muralla; siguió con la vista al jóven, que subiéndose sobre el baluarte, se despidió de ella con una última seña de esperanza y de respeto, y desapareció saltando.

Tal era la confusion, que nadie reparó en él.

Dejaremos á la reina que vuelva á su cuarto y seguiremos á Leclerc, que por campo través llega hasta la Bastilla, contigua sin detenerse por la calle de San Anton, y pasando por la plaza llamada Greve, echa una mirada inquieta sobre la horca, que estiende su brazo descarnado hácia la parte del rio, se para un instante para tomar aliento en el puente de Nuestra Señora, llega despues al ángulo del edificio de la grande Carnicería, y cerciorándose que desde allí no puede entrar ni salir nada del Chatelet sin que él lo vea, se entromete entre el grupo de las gentes, que á la sazon hablaban del encarcelamiento del caballero.

—Os aseguro, maese Bourdichon, decia una vieja á un hombre que tenia agarrado de los botones de su ropilla, para obligarle á que la escuchase con una atencion no interrumpida; os aseguro que ha vuelto en sí, lo sé por la Juanilla, la hija del carcelero del Chatelet: la misma me ha asegurado que solo tiene una pequeña confusion en la cabeza.

—No diré yo que no, comadre Juana, respondió el hombre; pero con todo lo que me acabais de decir nos quedamos sin saber por qué ha sido preso.

Digitized by Google

—¡Pues hombre, eso es muy fácil de adivinar! Estaba de inteligencia con los ingleses y los de Borgoña para entregar á París, entrar á sangre y fuego y acuñar moneda con las alhajas de las iglesias... Y no es eso solo: añaden que ha sido urdido semejante plan por instigaciones de la reina Isabel, que se las tiene juradas á los parisienses desde el asesinato del duque de Orleans; y que ha dicho que no se quedará satisfecha hasta que haga arrasar la calle de Barbette y quemar la casa que tiene á la puerta la imágen de la Vírgen.

—¡Paso! ¡paso! dijo un carnicero; aquí viene el atormentado.

Un hombre vestido de encarnado pasó en medio de la turba, que le abrió paso... Al acercarse se abrieron las puertas del Chatelet por sí solas, como si lo conociesen, y detrás de él se volvieron á cerrar. Las miradas de todos le siguieron; hubo un instante de silencio, despues del cual se volvieron á entablar las conversaciones interrumpidas.

—Felizmente, dijo la mujer soltando la ropilla de Bourdichon, conozco á la hija del carcelero, y por lo tanto podré entrar á verle dar tormento.

Diciendo esto, echó á correr con toda la velocidad que le permitian su edad y sus piernas, las que no eran exactamente iguales en su estension.

Dió un aldabazo en la puerta y se abrió un ventanillo, por el que asomó su redonda y risueña cara una jóven rubia. Luego se entabló un coloquio, que no tuvo sin duda el resultado que esperaba la Juana, pues la puerta continuó cerrada como antes; sin embargo, la doncellita pasó el brazo entre el claro de la reja y señaló con la mano la cercera de un calaboso, y desapareció.

Digitized by Google

La vieja hizo señas al grupo para que se acercase; en efecto, algunas personas vinieron á su lado: la vieja se arrodilló delante de la cercera, diciendo á los que la rodeaban:

—Aquí, aquí, hijos mios, este es el respiradero del calabozo; y ya que no le veamos, podremos al menos oirle gritar. Mas vale algo que nada.

Todos se agolparon con la mayor curiosidad sobre el respiradero, que parecia una boca del infierno. Apenas habian pasado diez minutos, cuando se oyeron ruidos de cadenas, gritos de rábia, y se vieron resplandores de fuego.

—¡Oh! Ya veo el braserillo, decia la mujer. Bueno, ya mete las tenazas de hierro entre las áscuas.... ahora soplan.

A cada aspiracion del fuelle, el braserillo arrojaba llamaradas tan vivas, que parecian un relámpago subterráneo.

—Ahora ha cogido las tenazas; están tan rugientes, que se ha quemado los dedos con el mango... Ahora se vá mas adentro, solo le veo ya las piernas... ¡Chut! Silencio... no hay que hablar, porque ahora sí que vamos á oir....

Y se oyó un chillido....

Todas las cabezas se acercaron mas al respiradero.

—Ahora el juez le interroga, continuó el Ciceroni femenino, que en virtud de sus derechos de primer venida, tenia la cabeza enteramente metida entre las dos barras de hierro del respiradero. No responde: ¡responde, pues, bribon, asesino, confiesa tus crímenes!

—¡Silencio! gritaron muchas voces.

La mujer sacó la cabeza del agujero, pero teniendo agarrada con las dos manos la barra, para evitar de este modo que le quitasen el sitio mientras que hablaba, y despues de to-

Digitized by Google

mar esta precaucion, dijo con todo el convencimiento propio de un inteligente:

—Es que, señores, si no confiesa nada no lo podrán ahorcar.

Un segundo grito hizo que su cabeza volviese á introducirse dentro de las barras.

—¡Hola! esclamó, han mudado de sistema, porque andan por el suelo las tenazas detrás del brasero. ¡Pues me gusta! Ahora salimos con que está cansado el atormentador.

Oyéronse entonces algunos martillazos.

—No, no, continuó la mujer con alegría, es que le están poniendo los borceguíes.

Los borceguíes eran unas planchas que se ataban con cuerda alrededor de las piernas del paciente: pasábase luego entre ellas una ancha cuña de hierro, sobre la cual se golpeaba, hasta que juntándolas machucaban la carne y los huesos.

Sin duda el caballero no confesaba nada, porque los martillazos se sucedian con una fuerza y una rapidez cada vez mayor, cual si al verdugo le encolerizase tanta resistencia.

Hacia ya algun tiempo que no se oian gritos; habíanlos reemplazado sordos gemidos, que sucesivamente se fueron tambien apagando. Los golpes del mazo cesaron de repente.

Levantóse Juana, y sacudiéndose el polvo de las rodillas y ajustándose la papalina, dijo:

—Se acabó por hoy; se ha desmayado sin pronunciar una sola palabra.

Y se retiró en seguida, convencida de que seria inútil esperar por mas tiempo.

El profundo conocimiento que manifestaba tener de lo que

Digitized by Google

allí pasaba, arrastró en pos de ella á todos los testigos de aquella escena, escepto á un jóven, que permaneció de pié apoyado en la pared.

Era Perrinet Leclerc.

A poco rato, no lo habia previsto Juana, salió el verdugo.

A la caida de la tarde entró un sacerdote en la prision.

Cuando hubo cerrado la noche, se colocaron centinelas á la parte esterior, y uno de ellos obligó á Leclerc á que se alejase, y este fué á sentarse en un trascanton situado en la esquina del puente de los Molineros.

Hacia ya dos horas que se hallaba en aquel sitio; y aunque la noche estaba sombría, se habian acostumbrado sus ojos en tales términos á la oscuridad, que distinguia en las pardas murallas el sitio que ocupaba la puerta del Chatelet. No habia pronunciado una sola palabra, no habia apartado la mano de su daga, ni habia pensado en beber ni en comer.

Dieron las once.

La última campanada vibraba todavia cuando se abrió la puerta del Chatelet. Dos soldados con la espada en la mano y una antorcha en la otra, aparecieron en el umbral de la puerta; seguian los cuatro hombres que llevaban un fardo, y detrás de estos venia un individuo, cuya cara ocultaba una caperuza encarnada: silenciosamente se acercaron al puente de los Molineros.

Cuando estuvieron enfrente de Perrinet, vió este que el objeto que aquellos hombres llevaban era un largo saco de cuero; escuchó con atencion, y percibió un profundo gemido; ya no quedaba duda.

En un segundo estuvo su daga fuera de la vaina, dos de

Digitized by Google

los portadores á tierra y el saco abierto de arriba abajo.

Un hombre salió de él.

—¡Salvaos, caballero! dijo Leclerc.

Y aprovechándose del estupor que su ataque infundió en la reducida tropa, para ponerse rápidamente al abrigo de su persecucion, se deslizó á lo largo del declive del rio, y desapareció.

El hombre á quien con tanto valor trató de dar libertad, intentó huir; quiso ponerse de pié, pero sus quebrados huesos no pudieron sostenerle, y otra vez cayó desmayado arrojando un grito de dolor y de desesperacion.

El de la caperuza encarnada hizo una seña, y los dos portadores que no estaban heridos recogieron aquel cuerpo inanimado. Cuando llegó en medio del puente, se detuvo y dijo:

—Arrojadle.

La órden se ejecutó inmediatamente; un objeto sin forma bamboleó un instante entre el espacio del puente y del rio, y el ruido de un cuerpo pesado retumbó en el agua. En aquel momento, una barca conducida por dos hombres se dirigió al sitio en que el cuerpo habia desaparecido, y siguió un instante la corriente del agua. Al cabo de algunos segundos, mientras que el uno remaba el otro enganchó con un arpon un objeto que nadaba á flor de agua; y se disponia á colocarle en su barca, cuando el hombre de la caperuza encarnada arrojó al viento desde el puente y con voz sonora estas palabras sacramentales:

—*¡Dejad pasar la justicia del rey!*

El marinero se estremeció, y á pesar de las súplicas de su camarada, precipitó otra vez en el rio el cuerpo del caballero de Bourdon.

Digitized by Google

CAPITULO XVIII.

Los veinticinco golpes.

Unos seis meses habian trascurrido despues de la escena que en el capítulo anterior hemos procurado describir: la noche se acercaba á la inmensa ciudad, y desde la puerta de San German se veia lenta y sucesivamente, segun el sitio que ocupaban, desaparecer entre la niebla los campanarios y las torres que adornaban á Paris en 1417. Los puntiagudos torreones del Templo y de San Martin, fueron los primeros que hácia el Norte se confundieron con la sombra, que acudia veloz y espesa como una marea; en seguida alcanzó y envolvió las

Digitized by Google

agudas y dentelladas agujas de San Gil y San Lucas, que desde lejos parecian en medio del [illegible] dispuestos á reñir; confundióse en seguida con la [illegible] que levantaba del Sena, y por un instante se pudo distinguir todavía, á través de un denso velo de vapor, el activo Louvre y su columnata de torres, Nuestra Señora metropolitana y el erguido campanario de la santa capilla; precipitóse luego la sombra sobre la Universidad, como un caballo desbocado revolvió á Santa Genoveva, bamboleó sobre los techos de las casas, descendió á las calles, pasó mas allá de las murallas, se esparció por la campiña, y fué á borrar en el horizonte la bermejiza línea que el sol habia dejado como un postrer adios sobre la tierra.

Sin embargo, en la línea de murallas que estrecha como un cinturon el coloso dormido, se distinguen de cien en cien pasos guardas encargados de vigilar por su seguridad: el ruido monótono y acompasado de sus pasos, se parece, permítasenos la comparacion, á los latidos del corazon, que anuncian que la vida está allí, aunque ella se revista por un momento con la apariencia de la muerte. De cuando en cuando el grito de *¡centinela, alerta!* parte de un punto, y como un eco recorre toda aquella línea circular para ir á apagarse en el sitio de donde salió.

En el terraplen proyectado para la defensa de la puerta de San German, cuya masa cuadrada se elevaba mucho mas que las murallas, uno de aquellos centinelas se pasea mas triste y mas silencioso que los demás. Por su traje, medio militar y medio paisano, es muy fácil adivinar que, á pesar de que llena momentáneamente las funciones de un soldado el que

Digitized by Google

le lleva, pertenece á aquella corporacion de trabajadores que, por órden del condestable de Armañac, ha dado quinientos hombres para custodiar la ciudad; de vez en cuando se detiene, se apoya en la parte sana de que está armado, fija una mirada vaga en un punto del espacio, y luego, arrojando un suspiro, emprende otra vez la marcha circunscrita de un centinela nocturno.

De pronto llamó su atencion la voz de un hombre que, desde el camino contiguo á los fosos esteriores, pedia que le abriesen la puerta de San Germain: el moroso individuo contaba, al parecer, con la condescendencia del guardian, que despues de las nueve de la noche, solo podia permitir la entrada bajo su responsabilidad personal. Es preciso creer que no se habia engañado acerca de la influencia que creia ejercer; porque apenas hubo oido su voz el jóven centinela, cuando descendió á lo largo del declive que la muralla formaba interiormente, y fué á llamar á una pequeña ventana, que denunciaba la claridad de una lámpara, gritando bastante alto:

—Padre, levantaos pronto y abrid la puerta á messire Juvenal de Ursins.

La lámpara anunció con sus movimientos que habian sido oidas aquellas palabras. Un anciano salió de la casa con una linterna en una mano y un manojo de llaves en la otra, y avanzó, acompañado del jóven que le habia llamado, por debajo de la bóveda que la maciza puerta formaba.

Sin embargo, antes de colocar la llave en la cerradura, y como si la seguridad dada por su hijo no hubiese sido suficiente, se dirigió al individuo, cuyos pasos sonaban al otro lado del rastrillo.

Digitized by Google

—¿Quién sois? preguntó.

—Abrid, maese Leclerc; soy Juan Juvenal de Ursins, consejero del parlamento de nuestro señor rey. Me he detenido en la abadía de San German con el prior, y como somos antiguos conocidos, he contado con vos.

—Sí, sí, murmuró Leclerc, tan antiguos conocidos como pueden serlo un anciano y un niño. Vuestro padre podia hablar así, porque nacimos los dos en la ciudad de Troyes en 1340, y un conocimiento de sesenta y ocho años merece mejor que el nuestro el título que le dais.

Al pronunciar estas palabras, el anciano Leclerc daba dos vueltas á la llave en la cerradura, fijaba en una posicion perpendicular la barra horizontal de hierro que cerraba la puerta, y con las dos manos, empujando el uno, y tirando del otro, entreabrió los dos batientes macizos, que franquearon inmediatamente el paso á un jóven de veinte á veintiun años.

—Gracias, maese Leclerc, dijo dando un golpecito en el hombro del anciano con semblante agradecido y respetuoso; gracias, y contad conmigo cuando me necesiteis, como he contado yo con vos.

—Messire Juvenal, interrumpió el jóven Leclerc, ¿puedo reclamar tambien mi parte en esa promesa, como la tuve en el servicio que mi padre acaba de haceros? porque, á no ser por mí, que le avisé, es mas que probable que hubiéseis pasado la noche fuera de las murallas.

—¡Ah! ¡Eres tú, Perrinet! ¿Y qué haces aquí con ese traje y á estas horas?

—Estoy de guardia por órden del señor condestable; y

Digitized by Google

como podia elegir el sitio de mi faccion, he venido á pedir de comer á mi anciano padre.

—Y ha sido bien recibido, añadió el anciano; porque es un buen muchacho que teme á Dios, respeta al rey y ama á sus padres.

Y alargó á su hijo una mano arrugada y trémula. Este la apretó entre las suyas y Juvenal se apoderó de la otra.

—Otra vez os doy gracias por vuestra condescendencia, y espero que no la pondrá á prueba otro importuno. Retiraos ya.

—Y hará muy bien, messire de Ursins; porque aun cuando fuese nuestro señor el delfin Cárlos, que Dios conserve, creo que no haria por él lo que por vos he hecho. El guardar las llaves de una ciudad, trae consigo mucha responsabilidad en tiempos turbulentos como este. Así es, que cuando estoy despierto no se separan de mi cintura, ni de mi cabeza cuando duermo.

Despues de haber lisonjeado su amor propio con esta prueba de vigilancia, le cedió otra vez el anciano las dos manos que estrechaba, levantó la linterna que habia depositado en el suelo, y se dirigió á su casa, dejando solos á los dos jóvenes.

—¿Qué querias pedirme, Perrinet? replicó Juvenal apoyándose en el brazo del vendedor de hierro que hemos presentado en escena en el capítulo precedente, y que encontramos en este.

—Noticias, messire; vos sois consejero y debeis saber cuanto pasa: aquí se dice que en Tours, donde está la reina, ha habido grandes acontecimientos.

Digitized by Google

—Verdaderamente, no podrás dirigirte á mejor fuente; voy á dártelas muy frescas.

—Subamos á la muralla, si lo teneis á bien: el condestable seguramente no tardará en rondar, y si no me encontrase en mi puesto, perderia mi anciano padre su destino y á mí se me castigaria cruelmente.

Juvenal se apoyó familiarmente en el brazo de Perrinet, y los dos subieron á la plataforma, que por un momento estuvo desierta.

—Te haré una relacion circunstanciada de cuanto ha pasado, añadió Juvenal. Ya sabes que la reina estaba presa en Tours, y que su carcelero era Dupuy, hombre receloso y poco amable. Sin embargo, á pesar de su vigilancia, encontró medio la reina de escribir al duque de Borgoña y de reclamar su proteccion. Este comprendió al momento que Isabel de Babiera seria para él un añado poderoso, porque, segun opinion de muchos, su rebelion contra el rey seria desde luego una proteccion caballeresca concedida á una mujer.

Como los pasos de madama y de la duquesa de Babiera se observaban con menos cuidado que los de la reina, recibia esta, por su conducto, noticias del duque; y cuando supo que habia puesto sitio á Corbeil, y que sus tropas habian penetrado hasta Chartres, concibió alguna esperanza de salvarse.

En virtud de esto fingió tener la mas profunda devocion á la abadía de Marmoutiers, y obligó á madama á que suplicase á Dupuy que permitiese ir á la misa que allí se celebraba á las princesas y á sus doncellas. Dupuy, á pesar de su brutalidad, no se atrevió á negar á la hija de su rey una

Digitized by Google

gracia, al parecer insignificante. La reina acostumbró insensiblemente á su carcelero á que no se sorprendiese cuando la veia salir para Marmoutiers. Fingió no reparar en la insolencia de aquel hombre, y le habló con amabilidad. Satisfecho Dupuy de ver humillado delante de su voluntad el orgullo de una reina, se volvió mas humano. Permitióle que fuese á la abadía cuando quisiera, teniendo la precaucion de acompañarla siempre y de apostar en el camino destacamentos de trecho en trecho, aunque le pareciese inútil tanta exactitud, por estar á cincuenta leguas del enemigo.

Pero la reina notó que sus guardas, convencidos de la inutilidad de su vigilancia, hacian el servicio con mucho descuido, y que si de pronto se les atacase, ninguna defensa podrian oponer.

Desde aquel momento formó el proyecto de que el duque de Borgoña le arrancase de las manos de sus enemigos en Marmoutiers, y le comunicó con uno de sus criados todas estas particularidades. El duque aprobó el plan de la reina, y esta le designó el dia que ella iria á la abadía.

La empresa era arriesgada; se debian atravesar cincuenta leguas sin ser descubierto. El duque de Borgoña no podia intentar este golpe de mano con poca gente, porque Dupuy contaba con bastante fuerza para resistirle. Tampoco parecia acertado que emplease para ello muchas lanzas, porque seguramente el carcelero de Isabel tendria aviso de su marcha, presumiria su objeto, y trasladaria á la reina á Maine, Berry ó Anjou; pero no, por eso se desanimó el duque de Borgoña: conocia demasiado que el único medio de sostener su partido era autorizarle con el nombre de Isabel, y tomó tan acerta-

Digitized by Google

das medidas, que consiguió lo que deseaba, sin ser descubierto, y voy á decir cómo.

Perrinet Leclerc no pestañeaba.

Eligió de su ejército los diez mil ginetes mas valientes y mejor montados; racionó unos y otros con abundancia, y la noche del octavo dia del sitio de Corbeil se puso á su cabeza y tomó el camino de Tours. Anduvieron toda la noche en el mas profundo silencio, y no se detuvieron hasta una hora antes de amanecer para dar el pienso á los caballos; otra vez se pusieron en marcha por espacio de quince horas consecutivas, pero mucho mas de prisa que por la noche, y á la caida de la tarde hicieron alto á seis leguas de Tours.

Este ejército habia causado la admiracion general por donde habia pasado, y su silencio y celeridad habia sorprendido á todos; pero la mañana del segundo dia, como el duque de Borgoña temia, á pesar de las precauciones que habia tomado, que estuviesen avisados los guardas de la reina, llegó á las ocho de la mañana á Marmoutiers, rodeó la iglesia y mandó á sire Hector de Saveuse que penetrase en ella con sesenta hombres.

Cuando Dupuy vió aquella tropa, que por la cruz encarnada que llevaba reconoció que era borgoñona, dijo á la reina que le siguiese y saliese por una puerta lateral, donde la esperaba su carroza; pero ella se opuso formalmente. Hizo entonces una seña á los otros dos guardias, quienes intentaron hacerla obedecer á la fuerza; pero Isabel se agarró á las berjas del coro en que estaba arrodillada, pasando el brazo á través de ellas y jurando por Cristo que la matarian antes que arrancarla de allí. Las damas y princesas que la acompañaban corrian de uno á otro lado implorando socorro y pidiendo au-

Digitized by Google

xito. Sire de Saveuse, viendo aquella escena, se santiguó para que Dios, en cuya casa se hallaba, le perdonase aquella acción; desenvainó la espada y sus soldados hicieron otro tanto.

Conociendo entonces Lorenzo Dupuy su posicion, se salvó por la puerta falsa, montó á caballo y entró á escape en la ciudad de Tours, la que enterada de lo que pasaba se puso en estado de defensa.

Luego que hubo desaparecido, sire de Saveuse se acercó á la reina y la saludó respetuosamente en nombre del duque de Borgoña.

—¿Dónde está? preguntó Isabel.

—Esperándoos delante de la puerta principal de la iglesia.

La reina y las princesas salieron entónces del templo del Señor, en medio de dos filas de soldados, que gritaban: ¡Viva la reina y el delfin! Al verla el duque de Borgoña se apeó y dobló la rodilla.

—Mi muy querido primo, le dijo acercándose á él y levantándole, debo amaros sobre todos mis vasallos. En nada habeis reparado para obedecer mi mandato, y me habeis arrancado de mi prision. Estad seguros de que nunca olvidaré vuestros servicios: conozco que os habeis interesado siempre por el rey, su familia, el reino y la causa pública.

Al pronunciar estas palabras, le dió la mano á besar.

El duque le dirigió algunas palabras respetuosas, y despues de haber dejado á su lado á sire de Saveuse con mil caballos, marchó con el resto á Tours, antes de que aquella ciudad volviese de su sorpresa. Ninguna resistencia encontró, y mientras que la mayor parte de su gente se deslizaba por los sitios mas bajos, hizo el duque su entrada por las puertas

Digitized by Google

que los soldados de Dupuy habian abandonado. Este desgraciado cayó tambien prisionero, y sirvió de ejemplo á la posteridad, atestiguando que nunca se debe faltar al respeto á las testas coronadas, por oprimidas que se hallen.

—¿Qué le sucedió? preguntó Perrinet.

—Fué ahorcado, respondió Juvenal.

—¿Y la reina?

—Regresó á Chartres, y luego marchó á Troyes, donde tiene su córte. Los Estados generales de Chartres se componen de partidarios suyos y la han declarado regente; de modo que ha mandado abrir un sello con las armas de Francia y de Baviera entrelazadas, y en el reverso está su retrato con el siguiente lema: *Isabel, por la gracia de Dios, reina regente de Francia.*

Estos detalles políticos interesaban, al parecer, muy poco á Perrinet Leclerc, y se traslucia que deseaba conocer otros, que no se atrevia á pedir; en fin, despues de un momento de silencio, y viendo que messire Juvenal se disponia á despedirse de él, le preguntó con fingida indiferencia:

—¿Se dice si ha sucedido alguna desgracia á las damas que acompañaban á la reina?

—Ninguna, respondió Juvenal.

Perrinet respiró.

—¿En qué sitio de la ciudad tiene la reina su córte?

—En el castillo.

—Otra pregunta, messire: vos que sois un sábio, que conocéis el latin, el griego y la geografía, decidme, ¿hácia qué lado del horizonte debo volverme para mirar la ciudad de Troyes?

Digitized by Google

Juvenal se orientó un momento, y agarrando despues con la mano izquierda la cabeza de Perrinet, la volvió hácia un punto del espacio, que al mismo tiempo señalaba con el índice de la mano derecha.

—¡Ah! le dijo, mira por entre los dos campanarios de Saint-Ives y de la Sorbonne, un poco á la izquierda de la línea que se levanta detrás de este último; ¿ves una estrella que brilla mas que cuantas la rodean?

Perrinet hizo un movimiento afirmativo.

—Se llama Mercurio. ¡Pues bien! trazando una línea vertical desde el sitio en que te parece que está suspendida hasta la tierra, esta línea, vista desde aquí, divide en dos la ciudad cuya posicion me preguntas.

Perrinet no observó lo que le parecia poco claro en la demostracion astronómica-geométrica de messire Juvenal, y fijó toda su atencion en que, mirando un poco á la izquierda de la Sorbonne, dirigia sus miradas al sitio en que respiraba Carlota. Poco le importaba lo demás: ¿no era para él aquel sitio el mundo entero?

Dió las gracias á Juvenal, quien se alejó gravemente, satisfecho de haber dado á su compatriota esta prueba de una ciencia cuya afectacion era, con la manía de querer persuadir que descendia de la familia de Orleans, el único defecto que se podia achacar á aquel imparcial y justo historiador.

Perrinet se habia quedado solo apoyado contra un árbol; y aun cuando la parte de París que se llamaba entonces la Universidad estuviese delante de sus ojos, como su corazon le trasladaba mucho mas allá, desapareció completamente de su pensamiento; luego, como si su vista atravesara realmente el es-

Digitized by Google

pacio, solo vió en el horizonte la ciudad de Troyes, en la ciudad el antiguo castillo, en el castillo una cámara, la que habitaba Carlota, y la que se abria tambien para él como aquellas decoraciones cerradas, escepto por el lado que está enfrente del espectador; y allí, en aquella cámara, libre de los cuidados que le imponia su empleo cerca de la reina, á una jóven rubia y graciosa, alumbrando con sus vestidos blancos su sombría habitacion, como los ángeles de Martin y de Dandes, que, llevando su luz consigo, iluminan con sus rayos el caos que atraviesan, y sobre el cual no lució todavía el sol.

A fuerza de reunir todas las potencias de su alma en un solo pensamiento, aquella aparicion se convirtió para ella en una realidad; y si su imaginacion le hubiese presentado, en vez de su Carlota tranquila y pensativa, á Carlota corriendo algun peligro, es bien seguro que hubiera tendido los brazos y precipitádose mas adelante, creyendo que era suficiente dar un paso para protegerla.

En tales términos estaba Perrinet sumergido en esta contemplacion, que hubiera podido hacer creer á los que la han esperimentado que existe en algunos momentos y en ciertas organizaciones un don real, y no oyó el ruido que hacia al subir la calle de Paca una patrulla de caballería, que un momento despues desfiló por la muralla á algunos pasos de él.

El que mandaba aquella patrulla hizo una seña á su gente para que se detuviera, y avanzó solo, buscando con la vista al centinela que allí debia estar, y sus ojos se fijaron en Perrinet, que en la misma posicion y continuando en el mismo sueño, nada habia distinguido de cuanto á su alrededor pasaba.

Dirigióse entonces el comandante hácia aquella sombra in-

Digitized by Google

movil, y con la punta de su espada derribó la gorra de fieltro que cubria la cabeza de Leclerc.

La vision se desvaneció con la rapidez de un palacio dorado que se desploma y desaparece al impulso de un temblor de tierra: una especie de conmocion eléctrica corrió por todo su cuerpo, y por un movimiento natural, apartó de su parte sana la espada que le amenazaba, gritando: ¡A las armas!

—Aun no estás bien despierto, y sueñas alto, dijo el condestable de Armañac; mientras que la hoja de su espada cortaba como un junco la lanza guarnecida de hierro que Leclerc habia presentado á la visera de su casco, y cuya punta al caer quedó clavada en el suelo.

Leclerc reconoció la voz del gobernador de Paris, arrojó el acta que aun conservaba entre sus manos, cruzóse de brazos, y aguardó con tranquilidad que el condestable le impusiese el castigo á que se habia hecho acreedor.

—¡Ah! señores paisanos, continuó el conde de Armañac, ¡se os confia la custodia de vuestra ciudad, y tan descuidadamente cumplis con vuestro deber! ¡Hola! mis soldados, añadió dirigiéndose á su tropa, que hizo un movimiento para acercarse á él; ¡tres hombres necesito!

Y tres hombres salieron de las filas.

—Acabe uno de vosotros la centinela de ese perillan.

Un soldado se apeó silenciosamente de su caballo, dió la brida á un camarada y acudió á Leclerc.

—Vosotros, continuó el condestable dirigiéndose á los dos soldados que aguardaban sus órdenes, echad pié á tierra, y con las vainas de vuestras espadas contad en sus espaldas hasta veinticinco golpes.

Digitized by Google

—Monseñor, dijo con frialdad Perrinet, ese castigo se impone á los soldados, y yo no lo soy.

—Obedeced, añadió el condestable poniendo el pié en el estribo.

Leclerc se le acercó y le detuvo por el brazo.

—Reflexionad lo que hacais, monseñor.

—He dicho veinticinco; ni uno mas ni uno menos, replicó el condestable; y montó á caballo.

—Monseñor, dijo Leclerc agarrando la brida del caballo, monseñor, es un castigo de siervo y de vasallo, y ya no soy ni uno ni otro, soy hombre libre; mandadme á la cárcel por quince dias ó por un mes y obedeceré ciegamente.

—Estoy viendo, dijo el condestable, que será preciso elegir para estos miserables un castigo que merezca su aprobacion. ¡Atrás!

Clavó las espuelas al caballo, quien dió un bote, y descargando en la cabeza descubierta de Leclerc un puñetazo con su manopla de hierro, le tendió á los piés de los dos soldados que debian ser los ejecutores de la órden que acababa de dar.

Semejantes castigos se recibian siempre con satisfaccion por los soldados, cuando el paciente era un paisano. Existia entre la tropa y las corporaciones un odio real, que las reconciliaciones políticas, que de tiempo en tiempo se verificaban entre ellas, no conseguian sofocar: era tambien muy raro que si por la noche se encontraban en la calle un estudiante y un soldado, no hiciese el uno uso del baston y el otro de la espada. Nos vemos en la necesidad de decir que Perrinet Leclerc no era de los que cedian el campo en esta clase de encuentros, cuando se presentaba la ocasion.

Digitized by Google

Fué, pues, un verdadero golpe de fortuna para los soldados del condestable la ejecucion que les encargó su gefe, de modo que, cuando Perrinet rodó á sus piés, se abalanzaron todos á él, en términos, que al volver de su atordimiento se encontró desnudo hasta la cintura, las manos atadas en cruz encima de su cabeza y pendiente de las ramas de un árbol, tocando apenas la tierra con las puntas de sus piés. Los soldados soltaron las espadas del cinturon, colocaron las hojas encima del césped, y con la vaina empezaron á descargarle golpes, alternando con tanta flema y regularidad como los pastores de Virgilio.

El tercer soldado se habia acercado y contaba los golpes.

Los primeros resonaron encima de aquel blanco cuerpo, sin que al parecer causaran la mas leve impresion en el que los recibia, aunque al resplandor de la luna se distinguian los surcos azules que en él trazaban; poco despues, doblándose las vainas como un aro encima de la golpeada espalda, arrancaban tiras de carne. Insensiblemente fué cambiando de sonido el ruido de los golpes: de agudo que era al principio se convirtió en sordo, como si cayeran encima de lodo; cuando terminaba ya la ejecucion se vieron los soldados en la necesidad de distraer una mano de su tarea, para preservar su cara del rocío de sangre y de las partículas de carne que saltaban á cada descarga.

Exactos observadores de su consigna, se detuvieron á los veinticinco golpes. Leclerc no habia arrojado un grito ni proferido una queja.

Un soldado recogió su espada y la envainó tranquilamen-

Digitized by Google

te, mientras que el otro cortaba con la suya la cuerda entre las ramas y las manos del paciente.

Luego que la hubo cortado, Perrinet, que permaneció de pié porque ella le sostenia, cayó, mordió la tierra y se desmayó.

Digitized by Google

CAPITULO XIX.

El delfin de vida ó muerte.

Un mes despues de lo que hemos referido en el anterior capítulo, grandes acontecimientos tenian lugar alrededor de Paris.

Nunca habia amenazado tan de cerca á la monarquía francesa una ruina mas completa que en aquel momento: tres bandos devoraban el reino, y cada cual procuraba sacar el mejor partido posible.

Enrique V, rey de Inglaterra, acompañado de los duques de Clarendon y de Glocester, sus hermanos, habia, como hemos dicho ya, desembarcado en Tottgues, Normándia; inme-

Digitized by Google

diatamente atacó el castillo de este nombre, que despues de cuatro dias de combate capituló, y en seguida puso sitio á Saen, que defendian dos señores de mérito y de nombradía, Lafayette y Montenais; pero su obstinada resistencia solo sirvió para que la ciudad fuese tomada por asalto.

El recuerdo reciente de las victorias de Honfleur y de Azincourt, uniéndose á la noticia de estas, sembró la consternacion en Normandía; mas de cien mil personas emigraron, refugiándose en Bretaña; y el rey de Inglaterra para conquistar Harcourt, Beaumont-le-Rover, Evreux, Falaise, Bayeux, Lisieux, Coutances, Saint-Lo, Arrauches, Argentau y Alenzon, solo tuvo necesidad de presentarse delante de aquellas ciudades, ó de enviar destacamentos. Cherbourg solo, defendido por Juan de Angennes, le detuvo mas tiempo al pié de sus murallas que todas las ciudades juntas que hemos citado; pero esta ciudad se rindió tambien, y con ella toda la Normandía cayó bajo la dominacion de Enrique V de Inglaterra.

La reina y el duque ocupaban Champaña, Borgoña, Picardía y una parte de la Isla de Francia: Senlis estaba por los borgoñones; y Juan de Villiers, señor de Ile-Adam, que mandaba en nombre del rey en Pontoise, resentido con el condestable porque le trataba con demasiada altivez, entregó aquella ciudad, situada á pocas leguas de París, al duque de Borgoña, quien inmediatamente mandó á ella un refuerzo de tropas suyas, conservando en el mando á Ile-Adam.

El resto de la Francia, en que mandaba el condestable en nombre del rey y del delfin, no se encontraba tampoco en disposicion de resistir por mucho tiempo á sus enemigos, por-

Digitized by Google

que el conde de Armañac, precisado á reconcentrar todas sus tropas en la capital del reino, no habia podido ejecutar este movimiento sin que los menestrales de la ciudad y los paisanos de las inmediaciones no hubiesen esperimentado las mas severas vejaciones con el tránsito y permanencia de los soldados, que careciendo de pagas y de víveres, vivian á costa suya. El descontento era general, y el condestable tenia motivos para temer tanto á sus soldados como á sus enemigos.

El duque de Borgoña, conociendo que no podia apoderarse de París por la fuerza, trató de sacar partido del descontento general que el condestable habia levantado contra el gobierno del rey y de entrar en relaciones con la plaza. Algunos agentes que le eran fieles entraron disfrazados en la ciudad, y se formó una conspiracion para franquear la puerta de Saint-Marceau. Un eclesiástico y algunos menestrales que vivian en aquellas inmediaciones, habian mandado hacer una llave falsa y enviado un mensaje al duque para convenir en el dia y en la hora de la empresa. Este comisionó á sire Hector de Saveuse, que ya le habia dado, al libertar á la reina de Tours, una prueba terminante de su habilidad y valor, y con seis mil hombres se puso en marcha para sostenerle.

Mientras que este ejército avanza silenciosamente para tentar tan arriesgado golpe, introduciremos al lector en la sala principal del castillo de Troyes, en Champaña, donde tiene la reina su córte, rodeada de la nobleza borgoñona y francesa.

El que la viera sentada en un sillon dorado en aquella cámara gótica, en la que se habia desplegado todo el lujo de la

Digitized by Google

cesa de Borgoña; quién la viera, digo, sonreirse con uno, alargar graciosamente su hermosa mano á otro y dirigir algunas palabras de amabilidad á un tercero; y quién, descendiendo al fondo del corazon de aquella orgullosa princesa, leyera los sentimientos de odio y de venganza que la trastornan, se asustaria seguramente del combate que debia sostener para encerrar tantas pasiones en su seno, y para que su frente serena presentase con ellas un contraste tan sorprendente.

Ese caballero jóven que está de pié á su derecha, y al que dirige la palabra con mas frecuencia por ser el último que ha llegado á su corte, es sire Villiers de Ile-Adam. También oculta ese guerrero, bajo una sonrisa graciosa, proyectos de venganza y de odio, que ya empezó á poner en ejecucion, entregando al duque de Borgoña la ciudad que le estaba confiada. Como el duque pensó que habiendo sido traidor una vez, podria serlo dos, no quiso que le acompañase al golpe de mano que iba á dar á Paris, y le dejó al lado de la reina ocupando un puesto honorífico.

A cada lado de ella, algo hácia atrás, apoyándose respetuosa y al mismo tiempo familiarmente en el dosel de su silla, hablan á media voz siguiendo una conversacion particular, nuestros antiguos conocidos sire Giac y sire de Graville, quienes habiendo satisfecho su rescate, pudieron volver á ofrecer á su hermosa soberana su amor y sus espadas. Tantas veces como les dirige sus miradas, otras tantas se oscurece su frente, porque eran los hermanos de armas del caballero de Bourdon; y el nombre de ese desgraciado jóven, pronunciado con frecuencia por ellos, le parece un eco doloroso

Digitized by Google

ó inesperado de la voz que le pide venganza en el fondo de su corazon.

A su izquierda y á los piés de las gradas que levantan el real sillon como si fuera un trono, el baron Juan de Vaux refiere á los señores de Chateux, de l'An y de Bar, cómo con su pariente Hector de Savense han sorprendido, algunos dias antes, en la iglesia de Nuestra Señora de Chartres á sire de Jacqueville, cuya muerte habian jurado, y cómo para no manchar con su sangre el mármol del altar, le arrastraron fuera de la iglesia, y allí, á pesar de sus súplicas y de haberles ofrecido cincuenta mil escudos de oro en rescate, le hicieron profundas heridas, de cuyas resultas pereció á los tres dias.

Detrás de cada uno de estos caballeros, y en línea circular, se hallan un sinnúmero de pajes ricamente vestidos con los colores de sus amos ó con los de las damas de estos, hablando tambien, pero mucho mas bajo que ellos, de amor y de caza.

En medio del ruido general que producian todos aquellos cuchicheos, levantábase de vez en cuando la voz de la reina; todos callaban entonces, y todos escuchaban la pregunta que ella dirigia á uno de los señores que allí se hallaban y la contestacion que este daba. Luego seguia su curso la conversacion general.

—¿Asegurais, sire de Graville, dijo la reina dirigiéndose al señor de este nombre, asegurais que nuestro primo de Armañac ha jurado por la Virgen y por Cristo no llevar mientras viva la cruz encarnada de Borgoña, que Nos, su soberana, hemos adoptado como signo de reunion de nuestros valientes y leales defensores?

Digitized by Google

—Son sus propias palabras, señora.

—¿Y no se las habeis sumergido en la boca con el puño de vuestra espada ó de vuestro puñal, sire de Graville? dijo Villiers de Ile-Adam con un tono, en el que se traslucia algun tanto de envidia.

—En primer lugar, no tenia puñal ni espada, puesto que era su prisionero, señor de Villiers; y un guerrero tan valiente no deja, por mas bravo que uno sea, de infundir cierto respeto á quien se encuentra frente á frente con él. Además, sé que he dirigido palabras mas fuertes todavía que las que acabo de referir á otro, que llevando espada y daga, no se atrevió á poner en ejecucion el consejo que hoy dá con una audácia, á la que la ausencia del condestable debe rebajar su mérito á los ojos de nuestra real soberana.

Sire de Graville se puso á hablar tranquilamente con Giac.

Ile-Adam hizo un movimiento, que la reina detuvo.

—¿Y no podemos obligar al condestable á que falte á su juramento, sire de Villiers? dijo Isabel.

—Escuchad, señora, respondió Ile-Adam; juro como él por la Vírgen y por Cristo, no comer pan á manteles, ni dormir en cama, hasta que haya visto por mis propios ojos llevar al conde de Armañac la cruz encarnada de Borgoña; y si falto á mi juramento, no tenga Dios misericordia de mi alma, ni en este mundo ni en el otro.

—Sire de Villiers, dijo el baron Juan de Vaux volviendo la cara y mirándole irónicamente por encima del hombro, hace un juramento que sin gran trabajo podrá cumplir, porque es muy probable que antes que tenga sueño y apetito seremos

esta noche que el duque de Borgoña ha entrado en la capital, y sucediendo esto, se tendrá el condestable por muy feliz con presentar, puesto de rodillas, las llaves de sus puertas á la reina.

—Dios os oiga, barón, dijo Isabel de Baviera. Ya es tiempo de que este hermoso reino de Francia goce de paz y tranquilidad, y estoy muy satisfecha de que se haya presentado la ocasion de apoderarnos de Paris sin correr los riesgos de un combate, en el que vuestro valor nos aseguraba, á no dudarlo, la victoria, pero en el que tambien cada gota de sangre que derramada hubiera salido de las venas de uno de mis vasallos.

—Señores, dijo Giac, ¿cuándo hacemos nuestra entrada en la capital?

En aquel momento se oyó un gran ruido parecido al que produce una tropa considerable de hombres á caballo que van al galope. Pasos precipitados resonaron debajo del peristilo; abriéronse las dos puertas de la sala; un caballero armado de piés á cabeza, cubierto de polvo y con la coraza abollada, avanzó hasta en medio de la sala y arrojó con una blasfemia su casco ensangrentado encima de una mesa.

Era el duque de Borgoña.

Todos los que allí se hallaban dieron un grito de sorpresa, y su palidez los heló de terror.

—¡Vendidos! dijo golpeándose la frente con sus manos cubiertas con manoplas de hierro; ¡vendidos por un miserable manguitero! ¡Ver París, tocarle! ¡París, mi ciudad, estar á media legua de ella, tocarla con la mano y malograrse mi empresa! ¡malograrse por la traicion de un manguitero, que no

Digitized by Google

ha tenido un corazon bastante grande para encerrar un secreto! ¡Sí, sí, señores! ¡me mirais con sorpresa! ¡Creeriais que estaba ya llamando á las puertas de los palacios del Louvre ó de San Pablo! Pues no; ¡yo, Juan de Borgoña, llamado Sin-miedo, he huido! Sí, señores, he huido, y he abandonado á Hector de Saveuse, que no pudo hacer otro tanto! ¡y he dejado en la ciudad hombres cuyas cabezas caen en este momento gritando: *¡viva Borgoña!* y no pude socorrerlos! ¿Comprendeis, señores? Muy horrible debe ser la venganza que tomemos, y la tomaremos, ¿no es verdad? Cuando llegue la nuestra no dejaremos descansar al verdugo, y nos reiremos cuando veamos caer las cabezas que griten: *¡viva Armañac!* ¡Oh! ¡maldito sea el condestable! ¡Ese hombre me volverá loco si no lo estoy ya!

El duque Juan soltó una carcajada horrible, dió media vuelta, oprimiendo el suelo debajo de sus piés, y arrancándose los cabellos, fué á rodar mas bien que á sentarse en las gradas del sillon de la reina.

Isabel, asustada, se hizo hácia atrás.

El duque de Borgoña la miró, sacudiendo la cabeza, cuya espesa cabellera se erizaba como las crines de un leon.

—Reina, le dijo, vos teneis la culpa de lo que está pasando. No hablo de mi sangre (y pasóse la mano por la frente, que una herida habia abierto), me queda todavía bastante como vais para echar de menos la que he perdido; hablo de la demás, con la cual engordamos las tierras de las inmediaciones de Paris. Y á todo esto, ¡Borgoña contra Francia, hermana contra hermana! Mientras que el inglés llega, ¡el inglés, á

Digitized by Google

quien nada detiene, á quien nada combate! ¡Oh! ¡muy insensatos somos, señores!

Todos comprendian que el duque estaba en uno de aquellos momentos de violencia que no admiten consejos, y nadie le interrumpia, porque conocian que recobraria el odio que al rey y al condestable tenia, y que volveria á su proyecto favorito, la toma de París.

—Cuando me acuerdo, continué, que pudiera estar ahora en el palacio de San Pablo donde se halla el delfin, y oir á la poblacion de París, de la que tres cuartas partes cuando menos son partidarias mias, gritar *¡viva Borgoña!* cuando me acuerdo de que vos, mi reina, podriais dar verdaderas órdenes á toda la Francia y firmar verdaderos decretos; que veria á ese infernal condestable pidiendo gracia y misericordia: ¡oh! esto sucederá, continuó poniéndose de pié, sucederá, ¿no es verdad, señores? sucederá, porque yo lo quiero.

—Calmaos, duque, dijo la reina. Voy á mandar llamar un médico para que os cure la herida, á menos que no prefirais que yo misma...

—Gracias, señora, gracias, respondió el duque; es un arañazo, y ojalá que la de mi valiente Hector de Saveuse no sea de mas consideracion.

—¿Ha sido muy fuerte el golpe que ha recibido?

—¿Lo sé yo acaso? ¿He tenido, por ventura, tiempo para apearme del caballo y preguntarle si estaba muerto ó vivo? No: le ví caer con una ballesta clavada en el pecho como un rodrigon en una viña. ¡Pobre Hector! ¡Es la sangre de Jacqueville que cae sobre él! ¡Messire Juan de Vaux, andad con cui-

Digitized by Google

dado! habeis tenido parte en el asesinato; tal vez la tendreis tambien en el castigo el dia de un combate.

—Gracias, monseñor, dijo Juan de Vaux; pero si así sucede, mi último suspiro será dirigido á mi noble amo el duque Juan de Borgoña y mi último pensamiento á mi noble señora la reina Isabel de Babiera.

—Sí, sí, dijo sonriéndose Juan Sin-miedo, que poco á poco se iba tranquilizando; sé que eres valiente, y que cuando llegue tu último momento, si Dios no quiere recibir tu alma, eres capaz de disputársela al mismo demonio y de quedarte con ella, á pesar del derecho que sobre ella le dan tus muchos pecadillos.

—Me arreglaré lo mejor que pueda, monseñor.

—Bien; pero si la reina no tiene algo que mandarnos, soy de opinion que vayamos á descansar, pues mañana quizás no podremos. Es preciso empezar la guerra, y Dios sabe cuándo se acabará.

La reina se levantó, indicando con una seña que aprobaba la proposicion del duque de Borgoña; y salió de la sala apoyada en el braze que le ofreció sire de Graville.

El duque de Borgoña, que se habia olvidado ya de lo que acababa de pasar, como si hubiera sido un sueño, los seguia, riendo con Juan de Vaux y manifestándose enteramente insensible al dolor de la herida que abria sobre su frente sus encarnados y sangrientos lábios. Detrás de él marchaban Chateux, de l'An y de Bar, y detrás de todos Giac é Ile-Adam, quienes se encontraron en la puerta.

—¿Y vuestro juramento? dijo Giac riendo.

—Lo cumpliré, respondió Ile-Adam, empezando esta noche.

Digitized by Google

Salieron.

Algunos minutos despues, aquella sala, llena un momento antes de ruidos confusos y de brillantes luces, se convirtió en el dormitorio del silencio y de la oscuridad.

Si hemos logrado dar á nuestros lectores una idea exacta del carácter de Isabel, conocerán fácilmente que la noticia que Juan de Borgoña le habia anunciado, y que destruia todas sus esperanzas, le causó un efecto enteramente contrario al que produjo en el duque; de la sangre fria del combate, habia pasado este último á la cólera de la reflexion, que se habia desvanecido tan pronto como pudo evaporarse en palabras. Isabel, por el contrario, habia escuchado la relacion con la calma calculada de un alma rencorosa, pero política; era hiel y mas hiel que caia todavía sobre su corazon lleno ya de hiel, y en el que se aglomeraban tantas pasiones en silencio, ocultas á todos los ojos, para salir de una vez, como salen del cráter de un volcan el dia de la erupcion, con sus propias entrañas, todos los cuerpos estraños que, en sus intervalos de descanso, arrojó en él la mano de los hombres.

Cuando entró en su habitacion estaba pálida, tenia agarrotados los brazos y apretados los dientes. Demasiado agitada para sentarse, demasiado trémula para seguir de pié, agarró con una convulsion nerviosa una columna de su cama, dejó caer la cabeza sobre el brazo que la sostenia, y oprimido y abrasado el pecho llamó á Carlota.

Trascurrieron algunos segundos sin que obtuviera contestacion y sin que el menor ruido en la cámara vecina anunciara que habia sido oida.

—¡Carlota! repitió, dando á su voz una espresion sorda é

Digitized by Google

inarticulada, de modo que esta palabra parecia mas bien un grito de amor ó de rábia de una fiera, que una palabra pronunciada por una boca humana.

Casi al mismo tiempo apareció en la puerta, temerosa y temblando, la jóven que llamaba; habia distinguido en aquel acento la cólera de que estaba poseida su señora y la amenaza que encerraba.

—¿Cuántas veces os tengo que llamar? dijo la reina; ¿no me habeis oido?

—Perdonad, señora, estaba allí... con...

—¿Con quién?

—Con un jóven que conoceis, que en otra ocasion habeis visto... y por quien os habeis interesado.

—¿Quién es? ¿quién es?

—Perrinet Leclerc.

—¡Leclerc! dijo la reina: ¿de dónde viene?

—De París.

—Quiero verle.

—El tambien queria veros, señora, y deseaba hablaros; pero yo no me atrevia...

—Que entre, te digo. ¡Al instante, al instante! ¿Dónde está?

—Allí, dijo la jóven.

Y levantando la tapicería, llamó: ¡Perrinet Leclerc!

Este se precipitó en la cámara real: la reina y él se encontraron frente á frente.

Era la segunda vez que iba á tratar de igual á igual á la orgullosa reina de Francia; y tanto en esta ocasion como en la anterior, á pesar de la diferencia de sus condiciones, los

Digitized by Google

mismos sentimientos los habian reunido desde las dos estremidades de la escala social, con la diferencia que la primera vez fué el amor y la segunda la venganza.

—¡Perrinet! dijo la reina.

—¡Señora! respondió este mirándola de hito en hito y sin que la mirada de su soberana hiciera bajar la suya.

—No te he vuelto á ver, añadió Isabel.

—¿Y para qué nos habíamos de ver? Vos me dijisteis que si le trasladaban vivo á otra cárcel, le siguiese hasta la puerta; que si colocaban su cuerpo en una tumba, le acompañase hasta ella, y que muerto ó vivo, viniese á deciros: *¡Está allí!* Reina, han previsto que podíais salvar al preso ó desenterrar al cadáver, y le han arrojado vivo y mutilado en el Sena.

—¿Y por qué no le has salvado ni vengado?

—Yo estaba sólo y ellos eran seis; dos murieron. Hice cuanto pude; ahora vengo á hacer mas.

—Sepamos, dijo la reina.

—¡Ah! Odiais al condestable, ¿no es verdad, señora? ¡Quisiérais apoderaros de París... y al hombre que os prometiese á la vez entregaros París y vengaros del condestable, le concederiais una gracia!...

La reina se sonrió con una espresion que solo á ella pertenecia.

—¡Oh! ¡cuanto me pidiera!... ¡Todo, la mitad de mis dias, la mitad de mi sangre! Pero, ¿dónde está?

—¿Quién?

—¡Ese hombre!...

—Soy yo, reina.

—¡Vos! ¡tú! dijo Isabel admirada.

Digitized by Google

—Sí, yo.

—¿Y cómo es eso?

—Soy hijo del regidor Leclerc: mi padre guarda por la noche las llaves de la ciudad debajo de las almohadas de la cama; puedo ir á su casa, abrazarle, sentarme á su mesa, ocultarme en la casa en vez de salir de ella, y por la noche introducirme en su alcoba, robar las llaves y abrir las puertas.

Carlota dió un ligero grito: Perrinet fingió no oirle y la reina no reparó en ello.

—Sí, es cierto, dijo Isabel reflexionando.

—Y lo haré como lo digo, replicó Leclerc.

—Pero, dijo tímidamente Carlota, ¿y si en el momento que os apoderáseis de las llaves despertase vuestro padre?

Al oir semejantes palabras se erizaron los cabellos de Leclerc, y el sudor corrió por su frente; un momento despues llevó la mano á su puñal, le desenvainó y dijo con resolucion:

—Se dormiria otra vez.

Carlota dió un grito, y cayó en un sillon.

—Sí, dijo Leclerc, sin notar que su amada estaba casi desmayada, sí, puedo ser traidor, parricida; pero me vengaré.

—¿Qué te han hecho? dijo Isabel acercándose á él, tomándole la mano y mirándole con la sonrisa de una mujer que comprende la venganza, por mas atroz que sea, y por mas que cueste.

—¿Qué os importa, reina? Es mi secreto. Cuanto necesitais saber es, que cumpliré mi promesa, si cumplís la vuestra.

—Acaba, ¿qué quieres? ¿Amas á Carlota?

Perrinet meneó la cabeza con una sonrisa amarga.

Digitized by Google

—¿Necesitas oro? Te le daré.

—No, dijo Perrinet.

—¿Exiges honores? Si nos apoderamos de París, te doy el mando de la ciudad y te nombro conde.

—Nada de eso, murmuró Leclerc.

—Pues di lo que quieres.

—¿Sois regente de Francia?

—Sí.

—¿Teneis derecho de vida y de muerte?

—Sí.

—¿Habeis mandado abrir un sello real que confiera vuestro poder al que sea portador de un pergamino sellado con él?

—¿Y qué?

—¡Y qué! necesito ese sello al pié de un pergamino, y que ese pergamino me dé una vida; una vida de la que pueda disponer á mi antojo, sin que á nadie deba dar cuenta, y que tenga derecho de disputársela hasta al mismo verdugo.

La reina palideció.

—¿No será ni la del delfin Cárlos ni la del rey?

—No.

—¿Un pergamino y mi real sello? dijo vivamente la reina.

Leclerc tomó uno y otro de encima de una mesa y se los presentó. La reina escribió.

«Nos, Isabel de Babiera, por la gracia de Dios, regente de Francia; estando encargada del gobierno y administracion del reino, cedemos á Perrinet Leclerc, vendedor de hierro en Petit-Pont, nuestro derecho de vida y de muerte en....

—¿El nombre?

Digitized by Google

—En el conde de Armañac, condestable del reino de Francia y gobernador de la ciudad de París.

—¡Ah! dijo Isabel soltando la pluma, ¿es para matarle para lo que me pides su vida?

—Sí.

—Y le dirás, á la hora de su muerte, que me apodero de su París, su capital, en cambio de la existencia del amante que me arrebató. ¿Se lo dirás?

—No admito condiciones.

—Ni yo doy el sello, dijo la reina retirando el pergamino.

—Se lo diré, despachad.

—¿Lo juras por tu alma?

—Lo juro por mi alma.

La reina recogió la pluma y siguió escribiendo.

«Cedemos á Perrinet Leclerc, vendedor de hierro en Petit-Pont, nuestro derecho de vida y de muerte en el conde de Armañac, condestable del reino de Francia y gobernador de la ciudad de París; renunciando para siempre á toda reclamacion del derecho que tenemos en la persona y vida de dicho condestable.»

Firmó y aplicó el sello al lado de la firma.

—Toma, dijo presentándole el pergamino.

—Gracias, contestó Leclerc recibiéndole.

—Es una trama infernal, esclamó Carlota.

La jóven blanca y pura parecia un ángel al que se obliga á asistir al pacto que celebran dos demonios.

—Ahora, añadió Leclerc, necesito un hombre resuelto con quien pueda concertarme y entenderme, noble ó plebeyo, poco me importa, con tal que tenga poder y voluntad.

Digitized by Google

—Llama un criado, Carlota.

Carlota llamó, y se presentó un criado.

—Decid al señor Villiers de Ile-Adam que le aguardo al momento y acompañadle hasta aquí.

El criado salió despues de haber saludado.

Ile-Adam, fiel á su juramento, se habia echado en el suelo envuelto en su capa de guerra, y como estaba vestido, con solo levantarse pudo presentarse á la reina.

Cinco minutos despues se encontraba en su presencia.

Isabel le salió al encuentro, y sin contestar á su respetuoso saludo:

—Sire de Villiers, dijo, este jóven me entrega las llaves de la ciudad; necesito un caballero resuelto y valiente á quien confiarlas, y me acordé de vos.

Ile-Adam se estremeció, inflamáronsele los ojos, y volviéndose hácia Leclerc le alargó la mano para estrechar la suya; pero la retiró luego que conoció por su traje la baja extraccion á que pertenecia, y su cara recobró la espresion de altivez habitual que le habia abandonado por un momento.

Ninguno de sus movimientos se escapó á Perrinet, que permaneció inmóvil con los brazos cruzados mientras que Ile-Adam le alargó la mano, y lo mismo cuando la retiró.

—Guardad vuestra mano para herir al enemigo, sire de Ile-Adam, le dijo sonriéndose, aunque tengo derecho á tocarla, porque lo mismo que vos vendo á mi rey y á mi pátria. Guardad vuestra mano, señor de Villiers, aunque seamos hermanos de traicion.

Digitized by Google

—Jóven, esclamó Ile-Adam...

—Bien, hablemos de otra cosa. ¿Me respondeis de quinientas lanzas?

—Tengo mil soldados en la ciudad de Pontoise, de la que soy gobernador.

—La mitad de esa tropa es suficiente, con tal que sea valiente. La introduciré con vos en la ciudad, y con esto habré llenado mi misión.

—Me encargo de lo demás.

—¡Pues bien! no perdamos momento; marchemos, y en el camino os instruiré de mis proyectos.

—¡Valor, señor de Ile-Adam! dijo Isabel.

Ile-Adam dobló una rodilla, besó la mano que la reina le alargaba y salió.

—Acordaos de vuestra promesa, Perrinet. Que sepa antes de morir que yo, su mortal enemiga, soy la que le arrebata París en cambio de la vida de mi amante.

—Lo sabrá, respondió Leclerc guardándose en el pecho el pergamino y abrochándose la roupilla.

—Adios, Leclerc, dijo á media voz Carlota.

Pero el jóven no la oyó, y sin contestarla se precipitó fuera de la habitacion.

—Guielos el infierno con tal que tenga buen éxito su empresa, dijo la reina.

—Dios los proteja, murmuró Carlota.

Los dos jóvenes bajaron á la caballeriza: Ile-Adam escogió los dos mejores caballos, cada cual ensilló el suyo, le echó la brida y montó en él.

—¿Dónde encontraremos otros cuando estos revienten? dijo

Digitized by Google

Leclerc, porque segun el paso que vamos á llevar, solo podrán resistir la tercera parte del camino.

—Me daré á conocer á las postas borgoñonas que encontremos, y me proporcionarán todos los que necesite.

—¡Bien!

Clavaron las espuelas en los ijares de sus caballos, abandonaron las bridas y partieron como el viento.

El que al resplandor de las chispas que hacian saltar en su carrera, los hubiese visto en la oscuridad de aquella negra noche deslizarse lado por lado caballos y ginetes devorando el espacio y crines y cabellos azotando el aire, habria contado por espacio de luengos años que habia asistido al viaje de un nuevo Faust ó de otro Mephistopheles, que montados en fantásticos corceles, iban á alguna reunion infernal.

Digitized by Google

Digitized by Google

CAPITULO XX.

Noche de sangre.

No podia haber escogido Perrinet Leclerc mejor ocasion para poner en ejecucion el proyecto que habia concebido de entregar á París: la exasperacion de los habitantes habia llegado á su colmo, y todos acusaban al condestable, que cada dia era mas rígido y cruel con ellos, de desgracias que eran hijas de las circunstancias. Sus hombres de armas atropellaban á los ciudadanos, sin que él les hiciese justicia de aquellos malos tratamientos; desde que el general se vió obligado á le-

Digitized by Google

vantar el sitio de Senlis, su furor subió de punto con motivo de la derrota. Nadie podia salir de la ciudad; y si alguno lo verificaba por casualidad, á pesar de las órdenes dadas, podia contar con ser robado y maltratado si era descubierto por los soldados; si iba despues á quejarse al condestable ó al preboste, le contestaban: Bien hecho está; ¿qué íbais á hacer allí? ó bien: No os quejaríais así si fuesen vuestros amigos los borgoñones, y otras cosas por este tenor.

El *Diario de París* cuenta que hasta los mismos empleados de la casa real se lamentaban de aquellas vejaciones. Unos cuantos salieron á buscar arbustos al bosque de Boloña para celebrar el 1.° de mayo, y habiendo sido apercibidos por los hombres de armas que guardaban Ville-le-Evêque, y que estaban al servicio del condestable, mataron uno de ellos é hirieron á otros muchos.

Pero no era solamente esto: como habia necesidad absoluta de dinero, resolvió el condestable procurársele por todos los medios posibles. Mandó echar mano de las alhajas de las iglesias y hasta de los vasos sagrados de Saint-Denis. Los campos, devastados, no producian ninguna clase de víveres. Obligaban á trabajar á los pobres jornaleros en las fortificaciones y máquinas de guerra y no les pagaban, apaleándolos y llamándolos además canallas, si tenian la imprudencia de reclamar su jornal.

Estas tropelías, que traian todas su origen del conde de Armañac, motivaban corrillos y reuniones por las calles durante la noche. Circulaban en ellos los rumores mas absurdos y eran acogidos con gritos de odio y venganza; de vez en cuando aparecia alguna partida de hombres de armas por el estre-

Digitized by Google

mo de la calle ocupando toda su anchura y deshacia aquellos grupos arrojándose hácia ellos á galope con espada en mano y matando y haciendo pedazos á cuantos se les ponian por delante. Esto no obstante, volvian á aparecer en otra parte los grupos que las gentes del condestable habian diseminado.

Hácia la oracion de la tarde del 28 de mayo de 1418, un inmenso gentío ocupaba la plaza de la Sorbonne. Veíanse allí mezclados y confundidos estudiantes armados de palos, carniceros con el cuchillo al lado, trabajadores con los instrumentos que les servian en su profesion, y que en caso necesario y en manos de hombres tan exasperados, podian mirarse como armas mortíferas. Tambien las mujeres desempeñaban allí un papel importante y que no estaba exento de peligros; porque los hombres de armas descargaban indistintamente sobre hombres, mujeres, niños y viejos, ora se defendiesen ó no, ora viniesen como enemigos ó como curiosos, y asentaban de este modo los principios de un arte cuyas tradiciones han sabido encontrar perfectamente los gobiernos actuales.

—Sabeis, maese Lambert, decia una vieja, procurando sostenerse sobre una pierna que tenia mas larga que la otra, para alcanzar al codo del hombre á quien se dirigia, ¿sabeis por qué han sacado á viva fuerza el lienzo de las tiendas de todos los mercaderes? Decid: ¿lo sabeis?

—Me figuro, madre Juana, contestó el hombre, que era un estañero muy conocido por no haber dejado escapar jarana sin hallarse en ella, que será para construir tiendas y pabellones para el ejército, como dice el maldito condestable.

—Pues justamente os engañais: es para meter en sacos á todas las mujeres y arrojarlas al rio.

Digitized by Google

—¡Bah! dijo Lambert, mucho menos indignado que su interlocutora de aquella medida arbitraria; ¡de veras!

—Lo mismo que lo oís.

—Vaya, vaya, si no fuera mas que eso, esclamó otro hombre que estaba allí al lado.

—¡Calla! ¿pues qué mas? ¿os parece poco, maese Bourdichon? repuso nuestra buena madre Juana.

—No es á las mujeres á quien temen los armañacs, sino á las reuniones de hombres; por lo cual, todo el que forme parte de tales asociaciones, puede estar seguro de que será degollado si le pillan. Pero los que de antemano hubiesen prestado juramento de vender antes París á los ingleses que entregárselo á los borgoñones, quedarán sanos y salvos.

—¿Y en qué los conocerán? interrumpió precipitadamente el estañero, como quien dá á aquella noticia una gran importancia.

—En una medalla de plomo que tiene grabada en un lado la cruz encarnada y en el otro el leopardo de Inglaterra.

—Yo, dijo un estudiante subiéndose á un guardacanton, he visto un estandarte con las armas del rey Enrique V de Inglaterra; ha sido bordado en el colegio de Navarra, y está formado todo él de armañacs: los maestros son los que están encargados de plantarle en las puertas de la ciudad.

—¡Pues á ellos! ¡á saquear el colegio! gritaron varias voces, que felizmente se confundieron unas con otras.

—A mí, dijo un jornalero, me han hecho trabajar veinticinco dias en una gran máquina de guerra, que ellos llaman *arete*; y cuando he ido á pedir el dinero que se me debia al

Digitized by Google

preboste, me ha contestado: Villano, ¿no tienes un sueldo para comprar cordel con que ahorcarte?

—¡Muera! ¡Muera el preboste y el condestable! ¡Vivan los borgoñones!

Estos gritos hallaron mas eco que los anteriores, y no hubo boca que no los repitiese al instante.

Viéronse brillar precisamente en aquel momento y en el estremo de la calle las lanzas de una compañía franca, compuesta de genoveses, que se habian alistado al servicio del condestable.

Entonces dió principio una escena de que ya hemos hablado, y que no necesitamos describir, porque estamos seguros que no hay uno que no tenga idea cabal de todas las de su especie. Hombres, mujeres y niños echaron á correr dando horribles gritos. La tropa se desplegó en todo lo ancho de la calle; y á la manera que el huracan lleva por delante las hojas en el otoño, fué llevándose delante de sí aquel torbellino de criaturas humanas, hiriendo á las unas con la punta de sus lanzas, estropeando á las otras entre los piés de los caballos, limpiando cada recodo y desocupando cada puerta, con aquel encarnizamiento é inhumanidad que tan bien sabe emplear la gente de guerra cuando se trata de habérselas con paisanos.

Al punto que apareció la tropa, todo el mundo, como llevamos dicho, echó á correr, á escepcion de un jóven cubierto de polvo, que hacia algunos minutos tan solo se habia metido entre el gentío: contentóse con volver el cuerpo hácia la puerta contra la que estaba apoyado, y encajando la punta de su puñal entre el pestillo de la cerradura y la pared, le

Digitized by Google

hizo obrar como una palanca; cedió entonces la puerta, introdújose en el portal, y volvió á cerrarla apenas estuvo dentro. Allí aguardó á que cesaran las corridas; y cuando el ruido de los caballos, que se alejaba poco á poco, le hubo dado á entender que habia pasado el peligro, abrió de nuevo la puerta, sacó la cabeza hácia la plaza, y viendo que no habia en ella mas ser viviente que algunos moribundos que agonizaban, emprendió con mucha calma la calle de Franciscanos, bajó por ella hasta la muralla de Saint-Germain, y deteniéndose delante de una casita contigua á aquella, dió vuelta á un resorte que estaba oculto, y le facilitó la entrada.

—¡Ah! eres tú, Perrinet, dijo un anciano.

—Sí, padre mio, vengo á pediros de cenar.

—Bien venido seas, hijo.

—Pero no es eso solo. Sabed que hay una grande asonada, y que anda por las calles de Paris el populacho alborotado. Vengo tambien á dormir aquí.

—Bien está, contestó el anciano; ya sabes que siempre tienes dispuesto tu cuarto, y que así en la mesa como en el hogar, siempre te se reserva un asiento. ¿Me has oido quejarme alguna vez de que vengas muy á menudo?

—No, padre mio, contestó el jóven sentándose en una silla y apoyando la cabeza en ambas manos. Sé cuánto me amais y cuánto os debo.

—Como que no tengo mas hijo que tú, y jamás me has dado una pesadumbre.

—Padre, esclamó Perrinet levantándose, me siento desazonado; dadme vuestro permiso para retirarme á mi cuarto, porque no podré acompañaros á cenar.

Digitized by Google

—Anda, pues, hijo mio, eres libre y estás en tu casa.

Perrinet abrió una puertecita que arrastraba tras sí las tres primeras gradas de una escalera, cuya continuacion habia sido practicada en el espesor del muro; y empezó á subir paso á paso aquella especie de escala, sin volver la cabeza ni mirar á su padre.

—Este muchacho anda triste hace algunos dias, dijo suspirando el anciano Leclerc.

Y se sentó solo á la mesa, frente al otro cubierto que estaba allí puesto para el jóven.

Durante algun tiempo oyó por cima de su cabeza el ruido de los pasos de su hijo; á breve rato quedó todo en silencio y juzgó que se habria dormido: susurró algunas oraciones, y encaminándose hácia su cuarto se metió en la cama, no sin haber tomado de antemano la precaucion, como tenia de costumbre, de colocar debajo de la almohada las llaves, cuya custodia le estaba confiada.

Pasó una hora poco mas ó menos sin que el menor murmullo turbase el silencio que reinaba en la casa del anciano, hasta que se dejó escuchar de pronto un ligero rechinamiento en el primer cuarto; abrióse la puerta de que ya hemos hablado, y crujieron sucesivamente los tres escalones de madera bajo los piés de Perrinet, que bajaba de puntillas y conteniendo el aliento. Cuando sintió el chasquido que habia dado la madera, se detuvo un instante para escuchar. Ningun rumor le dió á entender que habia sido oido. Entonces se acercó muy paso á paso hácia la estancia de su padre, limpiándose la frente con la mano. La puerta estaba entornada, por lo que la empujó con tiento.

Digitized by Google

Ardia sobre la chimenea la linterna que servia al anciano, cuando se veia obligado á levantarse á deshora para abrir á algun paisano descarriado, y su pálida luz despedia la claridad suficiente para que si se despertaba el antiguo regidor, pudiese echar de ver que no estaba solo en su cuarto; pero Leclerc no se resolvió á apagarla por miedo de que si tropezaba en la oscuridad con algun mueble, despertase el ruido á su padre; por lo mismo prefirió dejarla encendida.

Terrible espectáculo era ver á aquel jóven con los cabellos erizados, la frente empapada en sudor y la mano izquierda apoyada en el puño de su daga, sosteniéndose con la derecha en la pared, deteniéndose á cada paso para sentar la punta del pié de modo que no crujiese el piso, acercándose lenta y sutilmente hácia aquella cama, de la que no apartaba ni un minuto la vista, describiendo para llegar hasta ella una línea circular como la del tigre, y estremeciéndose al ruido de las palpitaciones de su corazon, que alternaban con el resuello abandonado del anciano. Una sola cortina descorrida casi del todo, era lo único que le ocultaba el rostro de su padre; dió algunos pasos mas, estendió la mano, la apoyó sobre la columna de la cama, detúvose un instante para respirar, y encogiéndose todo á espensas de la rigidez de sus corvas, deslizó bajo la almohada su mano húmeda y trémula, fué adelantándola línea por línea, reprimiendo la respiracion, y sin sentir los dolores que atormentaban sus miembros á consecuencia de aquella posicion forzada, porque tenia ante sí la horrible idea de que un movimiento, un suspiro de parte del padre, hacia del hijo un parricida.

Sintió por último el frio del hierro y sus dedos crispados

Digitized by Google

tocaron las llaves; pasólos uno por uno en el anillo que servia para llevarlas unidas, las tiró poco á poco hácia sí, las recibió con la otra mano y las apretó con ella de tal modo, que fuese imposible el mas ligero rechinamiento. En seguida, tomando las mismas precauciones que cuando entró, se dirigió hácia la salida, poseedor del tesoro que debia asegurar su venganza.

Flaquéáronle las piernas en la puerta de la calle, y cayó sobre las gradas de la escalera que conducia á la muralla. Haria que estaba allí algunos minutos, cuando el relój del convento de Franciscanos dió las once.

Perrinet se enderezó á la última campanada. El señor de Ile-Adam y sus quinientos hombres debian estar á algunos pasos tan solo de la muralla.

Leclerc subió á la escalera como el relámpago, y cuando llegó á lo alto oyó un ruido de caballos que se acercaba hácia aquel lado: el ruido venia de la ciudad.

—¡Quién vive! gritó el centinela.

—¡Ronda de noche! contestó la voz áspera del condestable.

Perrinet se echó boca abajo en el suelo y la patrulla pasó á dos toesas de él; relevaron al centinela dejando otro en su lugar: la patrulla siguió adelante.

Arrastróse Perrinet como una serpiente hácia la mitad de la línea que el centinela describia en su paseo, y cuando este llegó á su lado se enderezó de repente, y antes que tuviese tiempo de defenderse ni de dar un solo grito, le clavó la daga hasta la empuñadura en la garganta. El soldado cayó sin lanzar un solo gemido.

Perrinet cogió el cadáver por los brazos, le llevó arras-

Digitized by Google

trando hasta un sitio en que la misma sombra de la puerta aumentaba la oscuridad, y poniéndose su casco y agarrando su propia parte sana, para que le tomasen por el centinela, se acercó al borde de la muralla; fijó largo tiempo sus miradas en la llanura, y luego que sus ojos se habituaron á la oscuridad, creyó divisar una línea oscura y compacta que se acercaba en silencio.

Perrinet arrimó ambas manos á la boca é imitó el canto del buho. Un sonido igual le contestó desde la esplanada: era la seña convenida.

Bajó y abrió la puerta. Un hombre estaba ya echado de bruces contra una de las hojas por la parte de afuera: era sire Ile-Adam, cuya impaciencia le habia hecho acercarse antes que los otros.

—Bueno, veo que eres fiel, le dijo en voz baja.

—¿Y vuestra gente?

—Aquí está.

En efecto, la columna, mandada por el señor de Chevreuse, sire de Ferry de Mailly y el conde Lionel de Bournonville, apareció en la esquina de la última casa del arrabal de Saint-Germain, introdujo su cabeza bajo el rastrillo levantado, y como una gran serpiente se deslizó por aquella abertura en lo interior de la ciudad. Luego que hubo pasado volvió á cerrar la puerta Perrinet, subió á la muralla y arrojó las llaves á los fosos llenos de agua.

—¿De dónde vienes? le dijo Ile-Adam.

—Vengo de quitaros la posibilidad de mirar atrás, le contestó él.

—Adelante, pues, repuso este.

Digitized by Google

—Ahí teneis vuestro camino, añadió Leclerc señalándole la calle del Pavo-Real.

—¿Y tú?

—Yo... me voy por otro.

Y se precipitó hácia la calle de Franciscanos, llegó al puente de Notre-Dame, atravesó el rio, volvió á bajar por la calle de Saint-Honoré hasta el palacio de Armañac y se escondió detrás de la esquina de una tapia, donde permaneció inmóvil como una estátua de piedra.

Entre tanto Ile-Adam consiguió llegar hasta el rio, en cuya direccion subió hácia el Chatelet, y luego que llegó allí, dividió su escasa fuerza en cuatro partidas: la una, mandada por el señor de Chevreuse, se dirigió hácia el palacio del delfin, que vivia en la calle de la Verrerie: la segunda, guiada por Ferry de Mailly, bajó por la calle de Saint-Honoré para acometer el palacio de Armañac y sorprender al condestable, que Ile-Adam habia mandado le trajesen vivo, bajo pena de muerte: la tercera, á las órdenes del mismo Ile-Adam, se encaminó hácia el palacio de San Pablo, donde estaba el rey: la cuarta, que tenia por gefe á Lionel de Bournonville, permaneció en la plaza del Chatelet para poder prestar socorro á cualquiera de las otras tres que le necesitase. Todos gritaban ¡Virgen de la Paz! ¡viva el rey! ¡viva Borgoña! ¡que se una y nos siga todo el que quiera paz!

A los gritos se iban abriendo las ventanas que correspondian á las calles por donde pasaban; dibujábanse en la sombra rostros espantados y medrosos que escudaban el vocinglco, y cuando reconocian los colores y la cruz de Borgoña, prorumpian en los gritos de *¡mueran los armañacs! ¡vivan los*

Digitized by Google

borgoñones! Pueblo, artesanos, estudiantes, bajaban corriendo armados á la calle y seguian en tropel alguna de las bandas.

Gran imprudencia fué por cierto, por parte de los gefes que las mandaban, armar aquel alboroto antes de tiempo, porque fué causa de que se les escapara el prisionero de mas importancia entre cuantos pensaban hacer. Tanneguy Duchatel corrió al primer murmullo á la cámara del delfin, echó al suelo cuanto le estorbaba el paso, penetró en la estancia en que se habia recogido y hallóle recostado sobre el codo en la almohada, escuchando el rumor que llegaba hasta allí: entonces sin perder un minuto, sin contestar á sus preguntas, le envolvió con la cubierta de la cama, se le echó sobre sus robustos hombros, ni mas ni menos que pudiera hacer una nodriza con un niño, y le sacó fuera de allí. Roberto Masson, su canciller, le habia aprestado un caballo; subió en él rápidamente, y diez minutos despues la inespugnable Bastilla abrió sus puertas para ellos, y las volvió á cerrar dando asilo entre sus fuertes murallas al único heredero de la antigua monarquía francesa.

Ferry de Mailly, que se encaminaba al palacio de Armañac, no fué mas feliz que el señor de Chevreuse: el condestable, que como ya hemos dicho, hacia su ronda á la cabeza de algunos hombres, oyó los gritos de los borgoñones, y en vez de volverse á su casa, despues de haber visto que era inútil toda defensa, pensó en su vida. Se refugió en casa de un pobre albañil, le confesó quién era, y le prometió una recompensa proporcionada al servicio que exigia de él: el hombre le escondió y juró guardar secreto.

Digitized by Google

La partida que creia sorprenderle se acercó al palacio de Armagñac, puso gente en todas sus salidas y empezó á echar abajo la puerta principal. En el instante que esta cedió á los golpes, vióse salir un hombre de la pared de enfrente, el cual separó á la gente y se precipitó el primero en el palacio: Ferry de Mailly fué el segundo que entró.

Durante este tiempo, el señor de Ile-Adam, mas dichoso que los demás, embestia al palacio de San Pablo, y despues de una lucha de pocos momentos con los guardias, penetró en lo interior de las cámaras y llegó hasta la del rey. El pobre y anciano monarca, de quien se burlaban hasta sus criados, que ya hacia algun tiempo no obedecian sus órdenes, parecia que aquella noche habia sido completamente olvidado por ellos; una moribunda lámpara alumbraba escasamente la estancia; unos cuantos tizones, consumidos casi del todo, y que no bastaban ni con mucho á templar el frio y la humedad de aquel vasto salon, ocupaban un rincon del *hogar* de una gran chimenea gótica; sobre un taburete de madera tiritaba un anciano medio desnudo.

Aquel era el rey de Francia.

Ile-Adam se precipitó en la cámara, fuese derecho á la cama, que encontró vacía, y volviéndose advirtió en el anciano monarca, que estaba juntando los carbones medio apagados con sus manos trémolas y rugosas.

Acercóse respetuosamente al rey, y le saludó en nombre del duque de Borgoña.

El rey se volvió sin apartar las manos que tenia estendidas hácia el fuego, miró indiferentemente al que le hablaba, y preguntó:

Digitized by Google

—¿Cómo está mi primo el de Borgoña? Hace mucho tiempo que no le he visto.

—El duque, señor, me envia á vos para poner un término á las calamidades que destruyen vuestro reino.

El rey se volvió hácia el fuego sin responder.

—Señor, añadió Ile-Adam, que vió que en aquel momento de demencia el rey no podia ni queria comprender las razones políticas que iba á manifestarle; señor, el duque de Borgoña os suplica que monteis á caballo y salgais al lado mio por las calles de la capital.

Cárlos VI se levantó maquinalmente, se apoyó en el brazo de Ile-Adam y le siguió sin la menor oposicion, porque aquel infeliz príncipe no conservaba ya ni memoria ni razon. Poco le importaba á él lo que se mandaba á nombre suyo, ni en manos de quién caia. Ni menos se acordaba ya de lo que era Armañac ó Borgoñon.

Ile-Adam se encaminó hácia el Chatelet con su presa. Estaba persuadido que la presencia del monarca entre los borgoñones seria una especie de aprobacion real hácia todo lo que iba á pasar; dejó su prisionero en manos de Lionel de Bournonville y le encargó que observase con él una estrema vigilancia y los mayores miramientos.

Satisfecha esta medida política, tomó á galope la calle de Saint-Honoré y bajó hasta la puerta del palacio de Armañac, dentro del cual no se oian mas que voces y blasfemias. Lanzóse á la escalera con tal ímpetu, que tropezó rudamente con un hombre que bajaba, y ambos hubieron de agarrarse uno á otro para no venir al suelo. En este movimiento se reconocieron.

Digitized by Google

—¿Dónde está el condestable? dijo Ne-Adam.

—Le ando buscando, contestó Perrinet Leclerc.

—¡Maldito sea Ferry de Maitly que le ha dejado escapar!

—No tiene él la culpa : el condestable no ha vuelto esta noche.

Y ambos se precipitaron fuera como dos locos, tomando cada cual por su lado la primera calle que se les presentó.

Entre tanto se hacia en París por todas partes una carnicería horrorosa. No se oian mas que los gritos de *¡Mueran, mueran los armañacs, á degüello, á degüello todos!* Bandadas de estudiantes, artesanos y carniceros recorrian las calles, echando abajo las puertas y casas de los que sabian que eran partidarios del condestable, y haciendo pedazos á los infelices á fuerza de hachazos y estocadas. Turbas de mujeres y niños acababan con puñales y cuchillos á los que respiraban aun.

El pueblo nombró preboste de París, al punto que se vió libre del yugo del condestable, á Vaux de Bar en lugar de Duchatel. El vizconde magistrado, viendo á la gente desenfrenada y furiosa, no se atrevió á oponerla resistencia; y mirando aquel horrible desastre, decia á los amotinados: Amigos, haced lo que querais. Así fué que á las pocas horas París ofrecia el aspecto de una carnicería.

Habianse refugiado los armañacs en el interior de la iglesia priorato de San-Eloy, pero unos cuantos borgoñones descubrieron el asilo y se lo avisaron á sus compañeros. En vano salió hasta la puerta para protegerlos sire de Villete, abad de San Dionisio, revestido con sus hábitos sacerdotales y con la sagrada forma en la mano. Las hachas teñidas de sangre sal-

Digitized by Google

picaban su casulla y zumbaban ya alrededor de su cabeza, cuando llegó allí felizmente el señor de Chevreuse, que le acogió bajo su proteccion y le sacó de las manos de los amotinados. Su marcha fué la señal de una mortandad espantosa en lo interior de la iglesia; no se oian mas que gritos y lamentos, no se veian mas que las centellas que despedian las hachas y espadas: los muertos estaban hacinados en la nave, y de aquel monton de cadáveres caia de arriba abajo, como el manantial de una montaña, un arroyo de sangre que se componia de infinitos reguero.

Ile-Adam, que pasaba por allí justamente en aquel momento, oyó las vociferaciones, y metiendo espuelas hizo entrar el caballo bajo la portada.

—¡Bueno! dijo viéndolos ciegos en la matanza; ¡así me gusta; eso se llama ser buenos carniceros! Chicos, ¿no habeis visto al condestable?

—¡No, no! contestaron veinte voces á la vez. ¡No! ¡muera el condestable! ¡mueran los armañacs!

Y siguió el degüello.

Ile-Adam volvió grupa y fuese á buscar á su enemigo á otra parte.

En la torre de palacio pasaba una escena del mismo género. Habíanse refugiado en ella hasta un centenar de hombres y se defendian como desesperados. En medio de ellos estaban, con el crucifijo en la mano, los obispos de Coutances, de Bayeux, de Senlis y de Xaintes: el asalto no duró mas que un instante. Los borgoñones escalaron la torre, á pesar de la lluvia de piedras que caia sobre ellos, y luego que fueron dueños del palacio, pasaron á cuchillo á cuantos en él estaban encerrados.

Digitized by Google

Un hombre mas pálido, mas desalentado y mas cubierto de sudor que todos los demás, se precipitó en medio de los combatientes en lo mas sangriento de aquel trance.

—El condestable, preguntó: ¿está aquí el condestable?

—No, contestaron en tropel los borgoñones.

—¿Dónde está?

—No se sabe, compadre Leclerc: el capitan Ile-Adam ha dado por órden que el que descubra dónde está escondido, tendrá por premio mil escudos de oro.

Perrinet no escuchó mas; saltó á una de las escalas arrimadas á la pared, deslizóse por ella y se encontró en la calle.

En el cláustro de Saint-Honoré fué sorprendida una partida de ballesteros genoveses; habíanse rendido bajo promesa de que sus vidas serian respetadas, y no obstante, los pasaron á cuchillo despues que los vieron desarmados: los infelices eran degollados, á pesar de que pedian perdon de rodillas; parecia que sus enemigos se disputaban por cuál le descargaria mas golpes. Empero dos hombres que llevaban una tea en la mano, se contentaban con arrancarles los cascos y examinarlos uno por uno, con la prolija minuciosidad de hombres sedientos de venganza, dejando á los que venian detrás el trabajo de matarlos. Encontráronse los dos frente á frente en medio del tropel, y se reconocieron.

—¿Y el condestable? dijo Ile-Adam.

—Le ando buscando, contestó Perrinet.

—¡Señor Leclerc! gritó al mismo tiempo una voz.

—Perrinet volvió la cabeza, y conoció al que le dirigia la palabra.

Digitized by Google

—¡Hola, Thiebert! le contestó; ¿qué me quieres?

—Podeis decirme dónde encontraré al capitan Ile-Adam?

—Yo soy, contestó este.

Entonces se acercó á él un hombre vestido con una ropilla toda manchada de yeso y cal.

—¿Es verdad, le dijo, que habeis prometido mil escudos de oro al que os entregue al condestable?

—Sí, repuso Ile-Adam.

—Pues venid á aprontármelos, continuó el albañil, y os diré el sitio donde está escondido.

—Apara en el mandil, dijo Ile-Adam; y le tiró varios puñados de monedas de oro. Ahora dime dónde está.

—En mi casa; venid conmigo.

Al propio tiempo oyeron una carcajada detrás de ellos: Ile-Adam se volvió para buscar á Perrinet Leclerc; ya habia desaparecido.

—Vamos pronto, dijo el capitan; sígueme.

—Poco á poco, repuso Thiebert. Tenedme esa tea en tanto que cuento.

Ile-Adam, trémulo de ira é impaciencia, alumbró al albañil, que contó uno por uno hasta el último escudo; faltaban como unos cincuenta.

—Señor mio, esta no es la cuenta, dijo el hombre.

Ile-Adam le echó en el mandil una cadena de oro que valia seiscientos escudos. Thiebert empezó á andar delante de él.

Un hombre les llevaba bastante distancia: era Perrinet Leclerc. Apenas hubo oido el ajuste de sangre que hacian Thiebert y el capitan, echó á correr fuera de sí con direccion

Digitized by Google

á la casa del condestable, y detúvose delante de la puerta de Thiebert; estaba cerrada por dentro, pero su daga le prestó el mismo servicio que en la plaza de la Sorbonne, y abrió la puerta. En el mismo instante oyó ruido en el cuarto que estaba mas adentro.

—¿Quién está ahí?... preguntó.

—¿Sois vos, patron? contestó en voz baja el condestable.

—Sí, repuso Leclerc; apagad la luz, porque andan registrando casas y puede hacernos mal tercio.

Y vió al través de las hendiduras que dejaban entre sí las tablas del tabique, que el condestable seguia su consejo.

—Ahora, abridme.

Entreabrióse la puerta, y Perrinet se lanzó sobre el condestable, que dió un grito: la daga de Leclerc acababa de atravesarle el hombro derecho.

Trabóse una lucha mortal entre aquellos dos hombres.

El condestable, que se creia en seguridad bajo la salvaguardia de la promesa de Thiebert, estaba desarmado y medio desnudo. A pesar de tan notoria desventaja hubiera ahogado á Leclerc entre sus nervudos brazos, pero la herida le imposibilitaba el movimiento de uno de ellos; esto no obstante, abarcó al jóven con el que le quedaba sano, apretóle fuertemente contra su pecho, y echando hácia él todo el peso de su cuerpo unido á su fuerza, se tiró al suelo, esperando sin duda hacerle trizas el cráneo contra el pavimento.

En efecto, así hubiera sucedido si Perrinet no hubiera ido á dar, afortunadamente para él, con un colchon que habia tendido en el suelo para que sirviese de cama.

El condestable lanzó un segundo gemido mas fuerte que el

Digitized by Google

primero. Perrinet, que no habia soltado la daga, acababa de escondérsela hasta la empuñadura en el brazo izquierdo.

Soltó entonces al jóven, levantóse con gran dificultad y fué á caer dando tropezones sobre una mesa que estaba en medio del cuarto, perdiendo sangre y fuerzas por las dos heridas.

Perrinet se levantó tambien buscándole y llamándole. De repente apareció en la puerta un tercer personaje con una tea en la mano y alumbró aquella escena.

Era Ile-Adam.

Perrinet se arrojó otra vez sobre el condestable.

—¡Detente!.... gritóle Ile-Adam; ¡por tu vida, detente!

Y le cogió el brazo.

—Señor Ile-Adam, la vida de este hombre me pertenece, le dijo Leclerc: la reina me la ha dado; ahí teneis su sello, dejadme.

Y diciendo esto sacó un pergamino del pecho y se le enseñó al capitan.

El conde de Armañac, derribado sobre la mesa é imposibilitado de defenderse por sus heridas, miraba alternativamente á aquellos hombres; sus dos brazos caidos y atravesados chorreaban sangre.

—Está bien, dijo Ile-Adam, yo no quiero su vida: todo puede componerse.

—¡Palabra de caballero! interrogó Leclerc deteniéndole otra vez.

—¡Palabra de caballero! contestó él, pero tengo que cumplir un voto. Mirame hacer.

Digitized by Google

Leclerc se cruzó de brazos y se dispuso á mirar lo que iba á suceder. Ile-Adam sacó su estoque, abarcó con toda la mano el ancho de la hoja por el estremo, de modo que la punta no sobresaliese mas que como cosa de una pulgada desde el dedo pequeño, y se acercó al condestable.

Este, conociendo que todo habia acabado ya en este mundo para él, cerró los ojos, echó la cabeza atrás y se puso á rezar.

—Condestable, le dijo Ile-Adam arrancándole la camisa que le tapaba el pecho, condestable, ¿te acuerdas de un dia en que juraste por Cristo y la Virgen no llevar la roja cruz de Borgoña mientras vivieses?

—Sí, contestó el condestable, y he cumplido mi juramento, porque voy á morir.

—Conde de Armañac, repuso Ile-Adam bajándose hácia él y rasgándole el pecho con la punta del estoque, de modo que le dejara trazada una cruz sangrienta, has mentido con toda la boca, porque has llevado antes de morir la cruz de Borgoña grabada en el pecho. Eres un caballero desleal y mal nacido, pues faltas á tu juramento, en tanto que yo he cumplido el mio.

El condestable no contestó mas que con un suspiro. Ile-Adam volvió á envainar su espada.

—Esto es todo lo que yo queria de tí, añadió; muere ahora como un perjuro y villano. A tí te toca, Perrinet Leclerc.

El condestable volvió á abrir los ojos, y repitió con moribunda voz:

—¡Perrinet Leclerc!

Digitized by Google

—Sí, dijo este arrojándose de nuevo sobre el malhadado conde de Armañac, próximo á espirar: sí, Perrinet Leclerc, aquel á quien medio mataron á golpes los soldados por órden tuya. Parece que todo el mundo ha hecho aquí su juramento. Pues sabed que yo he hecho dos. El primero, condestable, era que sabrias á la hora de tu muerte que la reina Isabel de Babiera era la que te arrebataba París en cambio de la vida del caballero de Bourdon: ese está ya cumplido, puesto que lo sabes. El segundo, conde de Armañac, era que habias de morir al saberlo, y este, añadió clavándole la daga en el corazon, le he cumplido tan religiosamente como el primero. Dios se lo pague en este mundo y en el otro al que cumple honradamente su palabra.

Digitized by Google

CAPITULO XXI.

Maese Capeluche.

De este modo París, que habia sido inespugnable para el poderoso duque de Borgoña y su numeroso ejército, dió libre entrada, como una cortesana caprichosa, en la oscuridad y silencio de la noche á un simple capitan al mando de setecientas lanzas. Los borgoñones se diseminaron por las antiquísimas callejuelas de la ciudad con la tea en una mano y el acero en la otra, apagando el fuego con sangre y secando la sangre con fuego.

Perrinet Leclerc, causa inmediata y oscura de aquel gran acontecimiento, despues de haber sacado de él la parte que

Digitized by Google

deseaba sacar, la vida del condestable, volvióse á confundir con el pueblo, en donde la historia se esforzará vanamente en describirle para encadenar su nombre vulgar con uno de los mayores desastres de la monarquía; asustóle sin duda la idea de la inmortalidad debida á una traicion.

Acudian á París por todas las puertas, á la manera que los cuervos acuden á un campo de batalla, caballeros y gente de guerra, que anhelaban sacar su parte en aquel rico botin, que hasta entonces solo la magestad habia tenido derecho de pillar. Sire de Ile-Adam, que llegó el primero, escogió para sí la parte del leon; vinieron en seguida sire de Luxemburgo, los hermanos Fosseuse, Crevecœur y Juan de Poix; detrás de los señores, los capitanes de las guarniciones de Picardía y de la Isla de Francia; en fin, sucedian á los capitanes los villanos de los alrededores, que para que no quedase nada despues de ellos, robaban el cobre, mientras que sus señores robaban el oro.

Cuando quedaron fundidos hasta los vasos sagrados de las iglesias, vacíos los cofres del Estado, sin una franja ni una flor de lis de oro el manto real, cubrieron los hombros del anciano Cárlos con uno de terciopelo y sin adornos: obligáronle á sentarse en su trono medio derribado, pusiéronle una pluma en la mano y cuatro despachos sobre la mesa. Ile-Adam y Chateux fueron nombrados mariscales: Cárlos de Leus, almirante: Roberto de Mailly, panetero mayor; y despues de haber firmado creyó el rey haber reinado.

El pueblo miraba todo aquello por las ventanas del Louvre.

—Bueno, se decian unos á otros: no contentos con ha-

Digitized by Google

hernos robado el oro, hételos que se arrebatan los empleos; por fortuna, el rey podrá hacer salir muchas firmas de la punta de sus dedos, pero no podrá hacer que sus arcas den un solo escudo. Tomad, tomadlo todo, señores. Todavía tiene que venir Hannotin de Flandes, y si no está contento con lo que le habeis dejado, pudiera suceder que él se haga una parte con todas las vuestras.

Sin embargo, Hannotin de Flandes (así se llamaba por diversion el duque de Borgoña) no se daba mucha prisa á llegar; no habia visto sin envidia que uno de sus capitanes hubiese entrado en aquella ciudad, á cuyas puertas habia llamado dos veces con su espada sin que estas se abriesen. Recibió en Montbeillard el aviso que le participaba aquella noticia inesperada, y en vez de continuar su direccion inmediatamente, se retiró á Dijon, una de sus capitales.

La reina Isabel continuaba por su lado en Troyes, temblando aun del éxito de su empresa: el duque y ella no se veian ni se escribian; parecian dos cómplices de una muerte nocturna, que no se atreven á presentarse cara á cara á la luz del sol.

Entre tanto París sufria aquella vida febril y convulsiva. Como corrian voces de que ni el duque ni la reina volverian á entrar en la ciudad mientras hubiese en ella un solo armañac, y los deseos eran volver á ver al duque y á la reina, estas voces, á las que su obstinada ausencia parecia dar algun fundamento, servian todos los dias de pretesto para alguna nueva matanza. Todas las noches se dejaba escuchar el grito de ¡A las armas! El pueblo vociferaba en las calles con teas encendidas. Tan pronto corria la voz de que los armañacs

Digitized by Google

entraban por la puerta de Saint-Germain, como por la del Temple. Infinidad de grupos de hombres, á cuya cabeza se distinguian los cortadores por sus enormes cuchillos lucientes y sus brazos desnudos y tendinosos, atravesaban París en todos sentidos; si por acaso alguno de entre ellos decia: ¡Hola! ¡chicos, aquí teneis la casa de un armañac! los cuchillos daban cuenta del amo y el fuego de la casa. Era preciso para salir con seguridad llevar capirote azul y cruz encarnada.

Los iniciados en los misterios de las reuniones secretas formaban una compañía de borgoñones, llamada de San Andrés: los individuos que la componian llevaban una corona de rosas; y como entre ellos se contaban muchos sacerdotes, sea por prudencia ó por adhesion, decian misa con aquel adorno en la cabeza. Cualquiera hubiera dicho al ver tales cosas, que París estaba entregado á las fiestas y placeres de Carnaval; bien es verdad que pronto le hubieran desengañado tantos escombros ennegrecidos en cada calle, en lugar de las casas que antes existian en el mismo sitio, y tanto reguero de sangre, que indicaba los recientes asesinatos.

Entre los alborotadores mas encarnizados que recorrian las calles por las noches, habia uno que se distinguia por su impavidez durante la carnicería y por la presteza y ejecucion de su terrible mano. No habia incendio en que no danzase su tea, ni muerte en que no anduviese su mano. Al verle con su caperuza encarnada, su túnica color de sangre de toro, su cinturon de ante, sosteniendo con el brazo un enorme espadon de á dos manos, cuyo pomo le daba en la barba y la punta en los piés, le seguian sin chistar los que querian ver degollar con limpieza y prontitud algun armañac; porque habia

Digitized by Google

un refran muy valido entre el pueblo, que decia: que maese Cappeluche hacia saltar á uno la cabeza sin que lo echase de ver el casquete.

Por lo dicho es fácil colegir que Cappeluche era el héroe de aquellas fiestas: los mismos carniceros le tenian por maestro y le cedian el paso. Era el cabecilla de todos los alborotadores y el alma de todos los motines: en una palabra, detenia á su placer á la gente que le seguia, ó la hacia pasar adelante con sus gestos únicamente: era cosa de mágia el ver cómo obedecian á aquel hombre todos los demás.

Mientras que París repetia en el silencio de la noche los gritos de los amotinados, se iluminaba con la luz de sus antorchas, y sus habitantes tenian cada vez un nuevo sobresalto, la antiquísima Bastilla elevaba hasta los cielos su mole oscura y triste en la estremidad oriental de la ciudad Las voces de afuera no hallaban eco dentro, ni la luz de las antorchas despedia bastante claridad para que penetrase en ella uno solo de sus reflejos; su sólido puente estaba levantado y el rastrillo bajado. Ningun ser viviente se presentaba en sus murallas de dia, y parecia que la ciudadela se guardaba ella sola á sí misma; solamente cuando algun grupo se acercaba á ella mas de lo que le parecia conveniente, veíanse salir de cada piso, en direccion de la turba, tantas flechas cuantas troneras habia, sin que fuese posible distinguir si eran disparadas por hombres ó por alguna máquina. A tal insinuacion, la cuadrilla, aunque fuese capitaneada por el mismo Cappeluche, volvia la espalda meneando la cabeza: las flechas iban escaseando á medida que la gente se alejaba, y la veterana fortaleza volvia á recobrar á breve rato un aspecto de descui-

Digitized by Google

do y buena fé, parecido al del puerco-espin que, cuando desaparece el peligro, deja caer sobre el lomo las infinitas y aguzadas puas á que debe el respeto que le tienen los demás animales.

Por la noche reinaba el mismo silencio y la misma oscuridad; en vano París iluminaba sus calles ó ventanas: la Bastilla ni dejaba vislumbrar luz alguna al través de los hierros de sus rejas, ni menos escuchar voz humana dentro de sus murallas; tan solo se veia pasar de tiempo en tiempo la cabeza vigilante de algun centinela por las ventanas de las torres que se elevan á los cuatro ángulos del edificio, y en aquella postura cuidar de que no se intentase ninguna sorpresa al pié de la muralla; por lo mismo la cabeza permanecia muchas veces inmóvil durante largo rato, de tal suerte, que si por acaso caia sobre ella algun rayo de luna, pudiera tomarse aquella cabeza por uno de esos mascarones góticos con que el capricho de los arquitectos adornaba fantásticamente los arcos de los puentes ó el cornisamento de las catedrales.

Esto no obstante, durante una sombría noche del mes de junio, y mientras que los centinelas vigilaban en los cuatro ángulos de la Bastilla, subian dos hombres por la escalera estrecha y tortuosa que conducia á la plataforma. El primero que apareció en el terraplen era un hombre de cuarenta y dos á cuarenta y cinco años, de estatura colosal y de músculos correspondientes á lo que esta prometia. Estaba cubierto de una armadura completa, aunque solo pendia del cinturon por única arma ofensiva, al lado del sitio que debia ocupar el estoque, uno de aquellos puñales largos y agudos que lla-

Digitized by Google

maban de misericordia; su mano izquierda descansaba en él maquinalmente, en tanto que en la derecha llevaba, en ademan respetuoso, una de aquellas tocas de terciopelo guarnecida de pieles, que los caballeros trocaban en sus momentos de descanso por sus cascos de batalla, cuyo peso ascendia á cuarenta y cuarenta y cinco libras. Su cabeza descubierta dejaba ver el brillo de sus ojos azules bajo unas grandes cejas; una nariz aguileña y un cútis moreno y tostado del sol daban á aquel semblante un aire de austeridad, que su barba cortada en redondo, de la longitud de una pulgada, y su negra melena que le llegaba hasta la mejilla por ambos lados, aumentaba mas y mas.

Apenas salió á la plataforma el hombre que acabamos de describir, aunque imperfectamente, volvióse y estendió el brazo hácia la abertura por la que habia subido; una mano delicada y pulida salió de abajo para apoyarse en aquella otra fuerte y nervuda, y casi al mismo tiempo, merced á aquel apoyo, saltó sobre el terraplen un mancebo de dieziseis á diezisiete años, vestido de terciopelo y seda, de cuerpo gracil, miembros delicados y rubia guedeja: en seguida apoyóse sobre el brazo de su compañero, como si aquel ligero ejercicio le hubiese cansado estremadamente, y buscó como por costumbre un asiento donde reposar. Pero viendo que sin duda habian juzgado inútil semejante adorno en el terraplen de una ciudadela, varió de resolucion, y formando con la otra mano, que cruzó con la primera, una especie de anillo, hizo soportar al brazo atlético que le sostenia, y en el que mas bien que apoyado parecia que iba suspendido, la mitad por lo menos del peso que la naturaleza habia destinado á ser sostenido por

Digitized by Google

sus piernas; de este modo emprendió su paseo, en el que ponia mas condescendencia que voluntad.

Pasáronse algunos minutos sin que uno ni otro turbasen el silencio de la noche con una sola palabra, ni menos interrumpiesen su paseo, que no podia ser muy desahogado á causa de la estrechez de la plataforma. El ruido de los pasos de aquellos dos hombres no formaba mas que un solo sonido, tan ligeras eran las pisadas del niño, que se confundian con el pesado caminar del soldado; cualquiera hubiese dicho que eran un cuerpo y su sombra, y que uno solo de ellos vivia por los dos. Detúvose de repente el armado con el rostro vuelto hácia París, y obligó á hacer lo mismo al doncel que le acompañaba: desde allí dominaban toda la ciudad.

Era precisamente una de aquellas noches de alboroto y turbulencias que hemos hecho lo posible por describir. En un principio no se distinguia desde la plataforma mas que un conjunto confuso de casas, que se estendia de Oriente á Occidente, y cuyos techos parecian apegados unos á otros con la oscuridad, á la manera de los escudos de una partida de soldados que vá al asalto. Pero de repente, y cuando algun tropel de gente tomaba un camino paralelo al rádio hasta donde podia estenderse la vista, la luz de las teas que iluminaba la calle en su longitud, parecia que surcaba todo un barrio de la ciudad; móvianse en medio de la claridad muchas sombras rojizas dando gritos y carcajadas, y poco despues desaparecia el tropel por la primera callejuela con sus voces, pero no con su ruido. Todo volvia á quedarse oscuro, y el rumor lejano que hasta allí llegaba parecia el gemido apagado de la ciu-

Digitized by Google

dad, cuyas entrañas estaban desgarradas por el hierro y fuego de la guerra civil.

El semblante del soldado se puso mas sombrío y adusto que de costumbre á la vista de aquel espectáculo; frunció las cejas con violencia, estendió el brazo derecho en direccion del Louvre, y no sin gran trabajo llegaron á oidos de su jóven compañero estas palabras, que dejó escapar entre sus dientes fuertemente apretados.

—Señor, ahí teneis vuestra ciudad: ¿la reconoceis?....

La cara del jóven tomó una espresion melancólica, de que momentos antes no se le hubiera creido capaz. Fijó sus ojos en los del hombre armado, y despues de haberle mirado un instante con gran silencio, le dijo:

—Aguerrido Tanneguy, muchas veces me he puesto á mirarla á estas horas desde las ventanas del palacio de San Pablo; algunas la he visto silenciosa y tranquila, pero no creo haberla visto nunca feliz.

Tanneguy se estremeció; no aguardaba aquella respuesta por parte del adamado delfin. Le habia interrogado creyendo hablar con un niño, y este le habia contestado como pudiera haberlo hecho un hombre.

—Perdóneme vuestra alteza, dijo Duchatel: creia que hasta ahora se habia ocupado mas de fiestas y placeres que de los asuntos de Francia.

—Padre (así llamaba el delfin á Duchatel desde que le habia salvado de manos de los borgoñones), esa queja está lejos de ser justa; es cierto que mientras que he visto al lado del trono de Francia á mis dos hermanos, que ahora se hallan al lado del trono de Dios, no he pensado mas que en fies-

Digitized by Google

tas y devaneos; pero tambien lo es, que desde que el Señor los ha llamado á sí de una manera tan terrible, he olvidado esas frivolidades para no acordarme mas que de una cosa, y es, que á la muerte de mi padre querido (que Dios conserve) no tiene este poderoso reino mas dueño que yo.

—¿Es decir, noble leonzuelo de casa real, repuso Tanneguy con una espresion visible de alegría, que estais dispuesto á defenderle con garras y dientes contra Enrique de Inglaterra y Juan de Borgoña?

—Contra los dos aisladamente, Tanneguy, ó contra los dos juntos, si lo tuvieren por mas conveniente.

—¡Ah! Señor, Dios os inspira esas palabras para que sirvan de consuelo al corazon de vuestro anciano amigo. Esta es la vez primera desde hace tres años que mi pecho respira con entera libertad. Si supiéseis las dudas que asaltan el alma de un hombre como yo cuando la monarquía, á la cual ha sacrificado su vida y hasta su honor tal vez, ha llevado tan recios golpes como los que ha llevado la que cuenta en vos su única esperanza; si supiéseis cuántas veces he pensado que quizás era llegado el tiempo en que esta monarquía debia ser sucedida por otra, y que era revelarse contra Dios el empeñarse en sostenerla, cuando él la abandonaba; porque... perdóneme el Señor si blasfemo, porque de treinta años á esta parte, si se ha dignado tender la vista hácia vuestra ilustre progenie, ha sido para destruirla en vez de tener misericordia de ella. Sí, continuó, no habrá uno que no tenga por signo fatal para una dinastía, el que el cabeza de ella esté enfermo de cuerpo y ánimo, como lo está el rey nuestro señor; no habrá uno que no diga que deben ocurrir grandes trastornos en

Digitized by Google

una nacion, cuando vea que el primer vasallo de la corona descarga golpes sin piedad con hacha y espada sobre las ramas del árbol real, como lo ha hecho el traidor Juan con vuestro noble tio el duque de Orleans; no habrá uno que no crea que una nacion camina á su ruina, cuando vea dos nobilísimos mancebos, como vuestros dos hermanos mayores, morir uno despues de otro tan repentina é imprevistamente, que si no fuera por temor de ofender á Dios al propio tiempo que á los hombres, se pudiera decir que el uno no habia querido intervenir en esta desgracia, y los otros habian intervenido en ella demasiado; y cuando para oponer resistencia á la guerra estranjera, á la guerra civil, á las asonadas populares, solo existe un jóven débil y delicado como vos, ¿estrañareis, señor, que las dudas hayan hecho vacilar mi dolorido corazon? ¡Oh! Perdonadme, señor, por haber pensado mal de vos.

El delfin se arrojó en sus brazos diciendo:

—Tanneguy, la duda es permitida al que despues de haber obrado, al que como tú piensa que Dios quiere descargar su justa cólera sobre una dinastía, destruyendo hasta su último heredero; y sin embargo le pone á cubierto de la cólera del Señor.

—Juro á ese mismo Dios que no he titubeado en hacerlo cuando he visto á los borgoñones entrar á saco en la ciudad. He corrido á buscaros como una madre en pos de su hijo; porque ¿quién sino yo hubiera podido salvaros, señor? El rey vuestro padre no estaba en estado de hacerlo: la reina no hubiera podido conseguirlo desde lejos; y si se hubiese hallado cerca (perdónela la Vírgen) quizá no la hubiese asaltado

Digitized by Google

ese deseo. Vos mismo, señor, aun cuando hubiéseis sido dueño de huir, aun cuando hubiéseis encontrado desiertos los corredores de San Pablo y la puerta abierta, si hubiéseis llegado á pisar las calles, os hubiérais visto mas apurado entre las mil encrucijadas y callejuelas de vuestra ciudad, que el último de vuestros súbditos. No teníais mas que á mí, y os confieso que aquel momento fué uno de los que creí que Dios no habia apartado la vista de vuestra familia, porque me sentí animado del mayor esfuerzo. Os cogí en mis brazos y me pesásteis tan poco como á una águila puede pesar el pajarillo que arrebata entre sus garras. Creo que aun cuando hubiese salido á mi encuentro todo el ejército con el duque de Borgoña á la cabeza, hubiese derribado al duque y atravesado su ejército sin desgracia para ninguno de nosotros dos, porque Dios me inspiraba en aquel momento. Pero ahora, señor, estais en seguridad dentro de los muros de la Bastilla. Todas las noches despues de haber contemplado desde este terraplen el espectáculo que ahora miramos los dos, despues de haber visto París, vuestra ciudad real, hecha presa de rebeliones y banderías, de tal suerte, que no parece sino que es el pueblo el que manda y el rey el que obedece; despues que aturdidos los oidos con este tumulto y fatigada la vista con el resplandor de esas teas, regresaba á vuestro cuarto, me ponia á contemplaros silencioso é inmóvil mientras dormíais, y no podia menos de decir entre mí mismo, al veros dormir tan tranquilo mientras la guerra civil devastaba vuestro reino, que no era digno de una alma real entregarse á tan plácido sueño, cuando la nacion pasaba unas veladas tan terribles y sángrientas.

Digitized by Google

El rostro del delfin tomó de repente una espresion de enojo y disgusto, que desapareció á breve rato como una nube pasajera en un cielo despejado.

—¿Es decir, que tú espias mis acciones, Tanneguy?

—Señor, lo que yo hacia entonces y lo que hago ahora siempre que me detengo delante de vuestra cama mientras dormís, es rogar á Dios por la Francia y por vuestra alteza.

—Y si esta noche no te hubiera respondido como tú deseabas, ¿cuál era tu intencion?

—Hubiera ocultado á vuestra alteza en algun sitio seguro, y hubiera ido á arrojarme solo y sin armadura entre las filas enemigas en el primer encuentro; porque como entonces no me hubiera quedado mas que la muerte, la mas pronta hubiera sido la mejor.

—Pues mira, Tanneguy, en vez de ir solo y sin armadura al enemigo, saldremos los dos á su encuentro bien armados: ¿qué te parece?

—Que el Señor, que os ha dado la voluntad, es preciso que os dé la fuerza para llevar á cabo ese proyecto.

—Tú estarás á mi lado para sostenerme.

—Fatigosa y larga es la guerra que vamos á emprender, señor; fatigosa y larga, no para mí, que hace treinta años que no me quito la coraza de los hombros, sinó para vos, que hace quince vestís tercippelo y sedas. Teneis que combatir á dos enemigos, de los cuales uno solo bastaria á dar temor á un rey poderoso. Fuera ya la espada de la vaina y la bandera real de San Dionisio; es necesario que ni una ni otra vuelvan á esconderse de la luz sin que vuestros dos enemigos, Juan de Borgoña y Enrique de Lancaster, no estén, el primero enter-

Digitized by Google

rado en Francia y el segundo fuera de Francia. Para conseguirlo tendremos que resistir duras refriegas. Las noches de escucha son frias, los dias de batalla mortíferos; hay que trocar la regalada vida de príncipe por la ruda existencia de soldado; no es una hora de torneo la que hay que soportar, son largos dias de combate; no son meses de escaramuzas y encuentros los que hay que sufrir, son años enteros de lucha contínua y de batallas sangrientas. Señor, pensad bien en ello.

El jóven delfin soltó sin contestar el brazo de Tanneguy, y fuese al guerrero que velaba en una de las torrecillas de la Bastilla; en un instante pasó el cinturon que sujetaba el coleto del archero á sujetar el talle del delfin, las manos del príncipe empuñaron el arco de *fresno* del soldado, y volviéndose á Duchatel le dijo con una voz llena de entereza y energía:

—Padre mio, espero que esta noche dormirás tambien tranquilo, porque tu hijo se queda á velar las armas por primera vez.

Duchatel iba á contestarle, cuando un nuevo lance de la escena que pasaba debajo de la Bastilla hizo cambiar la direccion de sus ideas.

Ya hacia rato que el ruido se sentia mas cercano, y un gran resplandor subia de la calle de la Cerisée; sin embargo, era imposible descubrir á los que hacian aquel ruido, ni adivinar el verdadero orígen de aquel resplandor, porque la situacion trasversal de la calle y la altura de las casas estorbaban que alcanzase la vista hasta el sitio donde estaba el tropel. De repente se oyeron mas distintamente algunos gritos, y un hombre medio desnudo salió corriendo y pidiendo socorro de la calle de la Cerisée á la de San Antonio. Perseguíanle al-

Digitized by Google

gunos otros á corta distancia, é iban gritando tambien ¡Muera! ¡Muera el armañac! ¡Matarle! A la cabeza de los que perseguian á aquel hombre era fácil conocer á maesse Cappeluche por su espadon de á dos manos, que llevaba al hombro desenvainado y goteando sangre, por su túnica color de sangre de toro y por sus piernas desnudas y musculosas. Empero tal era la velocidad que con el miedo llevaba en su carrera el fugitivo, que ya iba á escapar de manos de sus perseguidores tomando la esquina de la calle de San Antonio y perdiéndose detrás de las tapias de las Torrecillas, si su mala estrella no le hubiera hecho tropezar y enredarse los piés con la cadena que servia para cerrar las calles por la noche. Venia con tal violencia, que luego que tropezó con la cadena, dió algunos pasos desiguales, y vino al suelo á tiro de ballesta de las murallas de la Bastilla; advertidos ya por la caida del fugitivo, saltaron por encima de la cadena los que le perseguian, otros pasaron por debajo, de suerte que cuando el desventurado quiso volverse á levantar ya tenia encima de su cabeza el formidable espadon de Cappeluche. Persuadióse entonces que ya no habia remedio para él, y volvió á caer de rodillas gritando: *Gracia*, no á los hombres, sino á Dios.

Desde el momento en que aquella escena tuvo por teatro la calle de San Antonio, ni el príncipe ni su compañero perdieron ni un solo movimiento de los personajes que figuraban en ella. Aquel especialmente, menos acostumbrado á tales espectáculos, no apartaba la vista del grupo, y era fácil percibir el interés que se tomaba en lo que allí pasaba por los movimientos convulsivos de su rostro y por los mal articulados sonidos que de vez en cuando se escapaban de su garganta.

Digitized by Google

De tal modo le impresionó aquella escena, que apenas cayó el armañac, no fué tan pronto Cappeluche en arrojarse sobre su víctima, como el delfin en sacar una ballesta del carcaj y acomodarla en la cuerda del arco con dos dedos de la mano derecha. Doblegóse el arco como un junco descendiendo hasta la mano izquierda, al paso que la derecha traia la cuerda hasta el hombro del jóven, y hubiera sido cosa difícil decidir, á pesar de la diferencia de distancias, cuál de los dos objetos hubiera llegado antes al blanco que se proponian, si la ballesta del príncipe ó el espadon de Cappeluche. Al advertir la accion del jóven, Tanneguy alargó el brazo de pronto, cogió la ballesta por en medio y la rompió entre las manos del archero real.

—¿Qué haces, Tanneguy, qué haces? le dijo el delfin dando un golpe con el pié en el suelo; ¿no ves que ese hombre vá á matar á uno de los nuestros, que un borgoñon vá á asesinar á un armañac?

—Prefiero que mueran todos los armañacs, á que vuestra alteza manche la acerada punta de sus ballestas con la sangre de ese hombre.

—Pero... ¡mira, Tanneguy, mira! ¡Ah!...

Tanneguy volvió la vista de nuevo hácia la calle de San Antonio al oir el grito del delfin: la cabeza del armañac estaba en el suelo á diez pasos del cuerpo, y Cappeluche con el brazo estendido miraba gotear muy sereno la sangre que destilaba la hoja de su espada, al paso que silbaba la tan conocida cancion:

«Duque de Borgoña,
Dios te dé la gloria.»

Digitized by Google

—¡Mira, Tanneguy, mira! repetia el delfin llorando de rábia; ¡por tí, por tí!... pero no has visto...

—Sí, sí, ya lo veo, contestó Tanneguy... vuelvo á decir que ese hombre no debia morir á vuestras manos.

—Pero, ¡ira de Dios! ¿quién es ese hombre?

—Señor, ese hombre es maese Cappeluche, verdugo de la ciudad de París.

El delfin dejó caer los brazos é inclinó la cabeza sobre el pecho.

—¡Oh, primo de Borgoña! dijo con ronca voz; por todos los reinos del mundo, no quisiera valerme de los viles medios y hombres de que os valeis para arrebatarme lo que me resta del mió.

Durante este dialogo, uno de los hombres que acompañaban á Cappeluche cogió por los pelos la cabeza del muerto y la acercó á la luz de una tea que llevaba en la mano izquierda: la luz dió de lleno sobre la cara de aquella cabeza; y sus facciones estaban tan poco desfiguradas por la agonía, que desde lo alto de la Bastilla pudo distinguir Tanneguy las de Enrique de Marlé, su amigo de infancia, y uno de los armañacs mas decididos y leales. A su vista exhaló Duchatel un hondo suspiro.

—Por San Dionisio, maese Cappeluche, dijo el hombre del pueblo llevándole la cabeza al verdugo, alma se necesita tener y puños de hierro para cortar el pescuezo al primer canciller de Francia, con tanta limpieza y prontitud como si fuera la del último pechero (1).

(1) Por si alguno nos acusase porque describimos estas horrorosas escenas, advertiremos á nuestros lectores que el hor-

Digitized by Google

El verdugo se sonrió con orgullo y satisfaccion; tambien él tenia aduladores.

En aquella misma noche, dos horas antes que rayase el primer albor de la aurora, salió con sigilo y precaucion por

---

cerlo no es gusto ni culpa nuestra, sino de la historia, de la cual es esta un fiel traslado. Una cita tomada en la *vida de los duques de Borgoña* de M. Barante, probará que ni hemos escogido los colores mas sombríos, ni los cuadros mas lúgubres, para dar una idea exacta de la época. Cuando los reyes y príncipes arman á los pueblos para sostener guerras civiles; cuando se sirven de instrumentos humanos para decidir sus contiendas y satisfacer su ambicion, no está la culpa de parte del instrumento que obedece, y la sangre derramada recae juntamente sobre la cabeza que dispone y el brazo que ejecuta.

La cita indicada dice así:

«Habia sangre hasta la rodilla en los patios de las cárceles; cometianse muertes públicamente en calles y plazuelas. Los infelices ballesteros genoveses eran arrojados de sus alojamientos y entregados al furor del populacho.

»Despedazaban hasta las mujeres y niños. Arrojaron á la calle el cadáver de una mujer en cinta; y como advirtiesen los asesinos que la criatura se moviese en el vientre, esclamaron, riéndose unos con otros: mirad, mirad, el cachorro resuella todavía. Cometian mil atrocidades con los cuerpos muertos; no escapaba uno sin que se le hiciese en el pecho una cruz ó una banda de sangre: los cuerpos del conde de Armañac, del canciller Roberto-Masson y de Raimundo de la Guerra, fueron paseados por la ciudad en unas parihuelas y espuestos en seguida durante tres dias en las gradas de palacio.»

M. de Barante tomó todos estos apuntes de Juvenal de los Ursinos, autor contemporáneo, de quien ya tienen noticia nuestros lectores.

Digitized by Google

la puerta esterior de la Bastilla una partida de ginetes bien montados y armados, tomó el camino del puente de Charenton, y despues de haberle atravesado, cabalgó durante ocho horas, poco mas ó menos, siguiendo la orilla derecha del Sena; en todo aquel tiempo ni se oyó una sola voz ni se alzó una sola visera. Por último, serian las once de la mañana cuando dieron vista á una plaza de guerra.

—Señor, dijo Tanneguy al ginete que iba á su lado, aquí ya podeis alzar la visera y gritar en alta voz: «San Cárlos y Francia,» porque ahí ondea la blanca enseña de los armañacs, y vais á entrar en vuestra muy noble y leal ciudad de Melun.

Tal fué exactamente la noche que veló sus primeras armas y la primera jornada de guerra que hizo el delfin Cárlos, que la historia apellidó despues el *Victorioso*.

Digitized by Google

Digitized by Google

CAPITULO XXII.

La paga de un gran servicio.

Los motivos políticos que detenian lejos de la capital al duque de Borgoña, son fáciles de esplicar.

Desde el punto en que otro mas feliz que él se apoderó de Paris, pensó no disputarle el honor que á él solo pertenecia; pero al propio tiempo discurrió sacar de aquel acontecimiento el mayor partido posible. No le fué difícil prever que la reaccion natural que es consiguiente á semejantes trastornos, arrastraria tras sí asesinatos y venganzas sin cuento, las cuales no podria estorbar si se presentaba en Paris, de otro modo que perdiendo su popularidad, al paso que la ausencia le evitaba la responsabilidad de la sangre derramada. Por otra

Digitized by Google

parte, aquella sangre la daban los armañacs, y era una copiosa sangría que debilitaba para mucho tiempo el partido en el que mas enemigos contaba: sus adversarios irian cayendo uno en pos de otro, sin que él se tomase ni aun el trabajo de herirlos. Mas tarde ya era otra cosa: despues que el pueblo se hubiese cansado de matar; cuando la ciudad llegase á aquel estado en que dá á entender por su hartura que necesita un freno que la aquiete; cuando sin pena y sin riesgo pudiese salvar los mutilados restos del partido contrario, seria oportuno entrar en París, como el ángel de la guarda de sus murallas, apagando el fuego, estancando la sangre y proclamando paz y amnistía general.

El pretesto en que fundaba su ausencia tiene tal hilacion con lo restante de esta historia, que es indispensable que le pongamos en conocimiento de nuestros lectores.

El gallardo jóven sire de Giac, que hemos visto disputar á los de Graville y de Ile-Adam el corazon de Isabel de Babiera en el castillo de Vincennes, habia, segun ya dejamos dicho, acompañado á la reina á Troyes. Encargado por su soberana de varios mensajes importantes para el duque de Borgoña, tuvo ocasion de fijar la atencion, en la córte del príncipe, en Catalina de Thian, una de las camaristas de la duquesa de Charolais (1). Como jóven, valiente y gallardo, creyó que estas tres cualidades, unidas á la confianza que le daba la conviccion de poseerlas, eran títulos suficientes para aspirar al amor de tan hermosa cuanto noble doncella; ad-

(1) El conde de Charolais, hijo del duque Juan, estaba casado con la princesa Micaela, hija del rey Cárlos VI.

Digitized by Google

mirúse, pues, sobremanera cuando advirtió que sus obsequios eran recibidos ni mas ni menos que los que la tributaban los demás señores. La idea de que tenia un rival fué la primera que le ocurrió á sire de Giac; siguió por do quiera á Catalina de Thian, espió sus menores acciones, observó hasta sus miradas, y acabó por convencerse, á pesar de la perseverancia de los celos, de que ninguno de los jóvenes que la pretendian era mas feliz ni mas afortunado que él. Empero él era rico, tenia un nombre ilustre, por lo que juzgó que la oferta de su mano halagaria la vanidad de la jóven á falta de amor. La respuesta de la señorita de Thian fué á la vez tan lacónica y fina, que sire de Giac perdió todas sus esperanzas, sin conseguir por eso perder su amor. Tan apasionado estaba, que creia volverse loco á fuerza de cálculos y conjeturas que á nada le conducian: el único recurso que le quedaba era la ausencia; tuvo energía bastante para llamarla á su socorro: presentóse por consiguiente á recibir órdenes del duque, y regresó al lado de la reina.

No se habian pasado seis semanas cuando un nuevo mensaje le hizo volver á Dijon. La ausencia le habia sido mas favorable que la presencia. El duque le recibió con mayor agasajo; y la señorita de Thian, con mayores muestras de predileccion, dudó algun tiempo de su felicidad; por último, el duque Juan le hizo un dia la oferta de hablar en favor suyo á la que amaba. Tan poderosa proteccion debia allanar muchas dificultades; sire de Giac aceptó la oferta lleno de alegría, y dos horas despues tuvo una respuesta tan favorable como seca habia sido la primera, lo cual probaba, ó que la señorita de Thian habia fijado mas detenidamente su atencion

Digitized by Google

en las bellas prendas del caballero, ó que el influjo del duque habia sido muy poderoso; y en ambos casos, que no hay que desanimarse del todo por la primer negativa de una mujer.

El duque manifestó que no volveria á entrar en París hasta que se celebrasen las bodas de los dos jóvenes. Fueron magníficas y espléndidas. El duque pagó los gastos; por la mañana hubo justas y torneo: la comida se suspendió varias veces para dar lugar á magníficos intermedios, y por la noche se representó con gran aclamacion un oratorio, cuyo asunto era Adam recibiendo á Eva de manos del Señor. Hízose venir al efecto un poeta de gran nombradía, el cual, además de reembolsarse los gastos del viaje, recibió veinticinco escudos de oro. Pasaron todas estas cosas del 15 al 20 de junio de 1418.

El duque Juan pensó por último en hacer su entrada en la capital. Comisionó á sire de Giac para que le precediera y anunciase su llegada. Este no consintió en separarse de su tierna esposa, sino despues de haber conseguido que el duque la nombrase dama de honor de la reina, y de este modo pudiese entrar con ella en París. De Giac iba encargado además de avisar al paso á Isabel de Babiera, que el duque estaria en Troyes el 2 de julio y que estuviese prevenida para encaminarse á la capital.

El 14 de julio se despertó París al bullicioso clamoreo de las campanas. El duque de Borgoña y la reina estaban en la puerta de San Antonio; toda la poblacion se hallaba en la calle; todas las casas de la carrera estaban colgadas de tapices como en dia de procesion; todas las fachadas y graderías llenas de flores; todos los balcones de mujeres. Seiscientos

Digitized by Google

hombres del comun de la ciudad, vestidos con túnicas azules y conducidos por el señor de Ile-Adam y sire de Giac, salian á recibir al duque y á la reina y á entregarles las llaves de la ciudad como á vencedores: despues seguia el pueblo, dividido en gremios y corporaciones, cada cual bajo su respectivo estandarte, victoreando con alegría, sin duda para olvidar el hambre que pasaron el dia antes y distraer la que ya les estaba amenazando para el siguiente.

El cortejo llegó por fin adonde se hallaban la reina, el duque y su comitiva esperando á caballo. Dirigióse al duque el encargado de la villa, que llevaba las llaves de oro en una bandeja de plata, é hincó la rodilla en tierra delante de él.

—Señor, dijo Ile-Adam tocándolas con la punta de su espada, ahí teneis las llaves de vuestra ciudad; nadie ha osado recibirlas en vuestra ausencia, y todos os esperábamos con anhelo para entregároslas.

—Dádmelas vos, sire de Ile-Adam, dijo el duque, porque en ley y conciencia vos teneis derecho á tocarlas antes que yo.

Ile-Adam echó pié á tierra y presentó las llaves respetuosamente al duque; este las colgó en el arzon de la silla, frente de su hacha de armas. Mucha gente culpó aquella atrevida accion de parte de un hombre que entraba como pacificador y no como enemigo; pero era tal la alegría de volver á ver á la reina y al duque, que aquel incidente no entibió en lo mas mínimo el público entusiasmo.

Adelantóse entonces un vecino de la ciudad, y presentó al duque dos coletos de terciopelo azul, uno para él y

Digitized by Google

otro para el conde Felipe de San-Pol, su sobrino (1).

—Gracias, señores, contestó él; alabo vuestro pensamiento, porque habeis adivinado sin duda el gusto que tendria en entrar en la ciudad llevando los colores de la reina.

Quitóse entonces su larga túnica de terciopelo, púsose el coleto que acababan de presentarle, y mandó á su sobrino que hiciese otro tanto. Al ver aquello gritó el pueblo á una voz: ¡Viva Borgoña! ¡Viva la reina!

Sonaron las trompetas y clarines, separáronse en dos filas los vecinos, y colocáronse al lado del duque y de la reina: el pueblo los seguia apiñándose y vocando.

Por lo que hace á sire de Giac, luego que divisó á su mujer entre las damas de madama Isabel, dejó el puesto que la etiqueta le tenia destinado, y ocupó á su lado el que su impaciencia deseaba. La comitiva rompió la marcha.

Por toda la carrera resonaban gritos de alegría y esperanza en cuanto descubrian aquel brillante acompañamiento; caian las flores de los balcones como una lluvia embalsamada y cubrian el empedrado por donde pasaba el caballo que montaba la reina; parecia que la gente deliraba de goze y entusiasmo. Era cosa de llamar loco á cualquiera que en medio de aquella fiesta hubiese venido á decir que las mismas calles donde se deshojaban tantas flores, donde se dejaban oir tantos gritos de júbilo en aquel momento, habian estado cubiertas de sangre la víspera y habian sido testigos de la agonía de infinitas víctimas.

---

(1) El conde de San-Pol era hijo del duque de Brabante, muerto en la batalla de Azincourt.

Digitized by Google

Llegó la comitiva frente del palacio de San Pablo, en cuyas gradas aguardaba el rey. La reina y el duque echaron pié á tierra y subieron las gradas: el rey y la reina se abrazaron y besaron; vitoreó el pueblo con mayor algazara en aquel momento, porque creia que aquel beso entre las dos personas reales ponia fin á sus desgracias: olvidaba que desde Judas acá las palabras traicion y beso se escriben con las mismas letras.

El duque puso la rodilla en tierra: el rey le levantó.

—Primo mio, el de Borgoña, dijo, olvidemos todo lo pasado, porque nuestros disturbios han acarreado grandes desventuras; espero que con la ayuda de Dios y la vuestra pondremos pronto remedio á todos nuestros males.

—Señor, contestó el duque, lo que yo he hecho siempre ha sido para bien de la Francia y gloria de vuestra alteza: los que hayan dicho lo contrario eran mas enemigos vuestros aun que mios.

Acabado que hubo estas palabras, besó el duque la mano al rey, que volvió á entrar en palacio seguido de la reina, el duque y los de su servidumbre. Todo lo dorado entró en el edificio: el pueblo solo se quedó en la calle. Dos guardias colocados á la puerta de palacio establecieron en breve la barrera que separa señor y vasallos, magestad y pueblo. ¿Qué importa? el pueblo estaba en aquel momento alucinado en demasia para reparar en que á él era únicamente á quien no se le habia dirigido una sola palabra, á quien no se le habia hecho ninguna promesa. Dispersóse gritando: ¡Viva el rey! ¡Viva Borgoña! y solo allá, cuando entró la noche, echó de ver que tenia mas hambre que la víspera.

Digitized by Google

Al dia siguiente se formaron, segun costumbre, grandes corrillos; como no habia fiesta ni acompañamiento que ver pasar, encaminóse el pueblo hácia el palacio de San Pablo, no ya para gritar viva el rey, viva Borgoña, sino para pedir pan.

El duque Juan se mostró al balcon, y dijo se ocupaba en hallar los medios de remediar el hambre y la miseria que desolaban á París; pero añadió que el hallarlos era empresa difícil por los estragos y rapiñas que los armañacs habian cometido en los alrededores de la capital.

El pueblo se penetró de la fuerza de aquella razon y pidió que le entregaran los presos que estaban en la Bastilla; porque, decian á gritos, los que tan guardados están se rescatan siempre á peso de oro, y nosotros somos los que á la postre pagamos el rescate.

El duque respondió á los hambrientos que verian sus deseos satisfechos. Entregóseles por consiguiente, á falta de pan, una racion de siete prisioneros: fueron estos messire Enguerrand de Marigny, mártir descendiente de otro mártir; messire Hector de Chartres, padre del arzobispo de Reims, y Juan Tarranne, rico vecino de París: la historia ha echado en olvido el nombre de los otros cuatro (1). El populacho los hizo pedazos y con esto se logró que mostrase un poco de paciencia. El duque quitaba de en medio con este motivo siete enemigos y gozaba además un dia de descanso: siempre era un buen beneficio.

Al siguiente dia hubo nuevos corrillos, nuevos gritos, nueva racion de prisioneros; pero en esta ocasion el gentío tenia mas hambre de pan que sed de sangre: llevó á la cárcel del

(1) Juvenal, Enguerrand de Monstrelet.

Digitized by Google

Chatelet á los cuatro desgraciados con grande asombro de estos, y los puso en manos del preboste; en seguida acudió en tropel á saquear el palacio Borbon, y habiendo encontrado allí un estandarte en el cual habia bordado un dragon, se encaminaron derechamente á enseñárselo al duque de Borgoña, como una nueva prueba de la alianza de los armañacs con la Inglaterra; hiciéronle trizas y arrastraron los pedazos por las calles gritando: ¡Mueran los armañacs! ¡mueran los ingleses! pero sin matar á nadie.

Sin embargo, el duque veia que la sedicion iba acercándose á él poco á poco como la marea á las costas, y llegó á temer que el pueblo, despues de haberse encarnizado contra las causas aparentes, la emprendiese al fin en pos de las causas reales; por lo mismo reunió por la noche en el palacio de San Pablo á los mas opulentos y respetados vecinos de París, los cuales le prometieron que si queria restablecer la paz y volver las cosas á su antiguo y verdadero ser, le ayudarian de buena fé. Confiado en su apoyo, aguardó el duque mas tranquilo el dia siguiente.

Al otro dia no se oia mas que un solo grito, porque no habia mas que una sola necesidad: ¡pan! ¡pan!

El duque salió al balcon y quiso hablar: el vocerío y los gritos cubrieron su voz. Bajó, se introdujo sin armas y con la cabeza descubierta en medio de aquel pueblo amotinado y hambriento, dando la mano á todo el mundo y arrojándoles puñados de dinero. El pueblo se apiñó en torno suyo, estrechándo-

, que cada vez se hacia mas compacta,

eadas, tan temible es, ya en su cariño

de tigre.

Digitized by Google

El duque conoció que era perdido si no se valia de la fuerza moral de la palabra para contrarestrar aquella descomunal fuerza física; quisose hacer escuchar otra vez, y su voz se perdió entre otras mil sin ser oida; encaróse, por último, con un hombre del pueblo que parecia ejercer algun influjo sobre aquella masa humana. Este conoció lo que queria el duque, subióse sobre un guardacanton y dijo:

—Silencio: el duque quiere hablar, escuchadle.

La turba obedeció y calló. Llevaba el duque un esquisito justillo bordado de oro y una preciosa cadena le pendia del cuello: el hombre del pueblo no llevaba mas que una caperuza encarnada y raida, una túnica de color de sangre de toro y las piernas al aire. Esto no obstante, habia alcanzado lo que en vano habia pedido el poderoso duque de Borgoña.

No fué menos feliz, ni dejó de ser tan puntualmente obedecido en sus demás mandatos. Cuando vió que todos guardaban silencio, gritó:

—Ensanchad el corro.

Todos se hicieron atrás.

El duque se mordia los lábios de rábia, avergonzado de tener que recurrir á tales estremos y de servirse de tales hombres; volvióse, y subió las gradas de la escalera que tan pesaroso estaba de haber bajado.

El hombre del pueblo, que le seguia, paseó sus miradas sobre la inmensa multitud para averiguar si estaba toda dispuesta á escuchar; y volviéndose despues al duque, le dijo con gran naturalidad:

—Ya podeis hablar, señor duque; no os interrumpirán.

Y se echó á sus piés, como un perro á los de su amo.

Digitized by Google

Al mismo tiempo se colocaron detrás del duque de Borgoña algunos señores de su servidumbre, que habian salido de palacio por si fuese necesaria su presencia y ayuda. El duque hizo seña con la mano; un *chist* imperioso y prolongado salió á la manera de un rugido de la boca del hombre del coleto rojo, y el duque tomó la palabra.

—Amigos mios, dijo, pedís pan, y me veo en la imposibilidad de dárosle: los reyes mismos le tienen escaso en su mesa; en vez de recorrer sin fruto las calles de París, haríais mejor y sacaríais mas fruto en sitiar á Marcoussis y Montlhery, donde están los delfineses (1); allí encontrareis víveres, y confundireis al paso á los enemigos del rey, que vienen á devastarlo todo, hasta la misma puerta de Saint-Jacques, y no dejan hacer la cosecha.

—No queremos otra cosa, dijo el gentío á una voz, pero necesitamos gefes.

—Señores de Coheu y de Rupes, dijo el duque volviendo un tanto la cabeza y mirando á los visibles que estaban detrás: ¿quereis un ejército? os doy el mando.

—Sí, señor, contestaron ellos acercándose.

—Amigos mios, continuó el duque dirigiéndose al pueblo y presentándole los que acabamos de nombrar, ¿quereis por gefes á estos nobles caballeros? os los ofrezco.

—Esos ú otros, con tal que vayan delante.

—A caballo entonces, señores, esclamó el duque, y pronto, añadió en voz baja.

---

(1) Así se llamaban después de la muerte de Armañac los partidarios del delfin.

Digitized by Google

Y ya iba á retirarse, cuando el hombre que estaba á sus piés se levantó y le tendió la mano: el duque se la estrechó como habia hecho con los otros; era deudor de muchos favores á aquel hombre.

—Dime tu nombre, le preguntó.

—Cappeluche, contestó este quitándose respetuosamente la caperuza con la mano que el duque le dejaba suelta.

—¿Tu profesion? prosiguió el duque.

—Verdugo de la muy leal ciudad de París.

El duque soltó la mano como si fuera un hierro ardiendo, se hizo atrás y palideció. El mas poderoso príncipe de la cristiandad acababa de escoger aquella escalera como un pedestal para pactar delante de todo París con el ejecutor de altas obras.

—Verdugo, le dijo el duque con voz hueca y temblona, anda al gran Chatelet, que allí te espera trabajo.

Cappeluche obedeció aquel mandato como hombre que estaba acostumbrado á tales órdenes.

—Gracias, señor, respondió.

Y luego que estuvo al pié de la escalera, añadió en alta voz:

—El duque es un príncipe noble, campechano, y que quiere mucho al pobre pueblo.

—Ile-Adam, dijo el duque alargando el brazo en la direccion que llevaba Cappeluche, mandad seguir á ese hombre; es preciso que caiga sin tardanza mi mano ó su cabeza.

Aquel mismo dia salieron de París los señores de Coheu, de Rupes y messire Gualtero Raillard, con gran número de cañones y otras máquinas á propósito para sitiar plazas. So-

Digitized by Google

bre diez mil hombres de los mas acérrimos promovedores de alborotos los siguieron voluntariamente; cerráronse detrás de ellos las puertas de París y por la noche tendiéronse las cadenas, así en cada estremo de las calles, como en la parte alta y baja del rio. Las corporaciones que formaban los vecinos honrados repartian el servicio con los archeros encargados de patrullar y hacer rondas, y aquella noche fué tal vez la primera despues de dos meses que empezó y acabó sin que se oyese una sola voz que gritase muera ó fuego.

Entre tanto Cappeluche se encaminaba hácia el gran Chatelet, muy pagado del apreton de manos que habia recibido y de la comision que le habian dado, pensando en la ejecucion que tendria sin duda lugar al dia siguiente, y en el gran honor que le cabria, si como solia suceder y era de esperar en aquella ocasion, la córte asistia al acto. Cualquiera que le hubiese encontrado hubiera dicho al ver su porte desembarazado: Ahí vá un hombre contento de sí, y hubiera adivinado por los movimientos que hacia surcando el aire en diversas direcciones con su mano derecha, que iba haciendo un ensayo mental de la escena en la que creia ser él uno de los principales actores al otro dia.

De este modo llegó á la puerta del gran Chatelet, á la cual llamó dando un solo golpe: la prontitud con que abrió el portero era prueba de que habia conocido que el que llamaba de aquel modo tenia privilegio para no aguardar.

El carcelero estaba cenando rodeado de su familia y brindó á Cappeluche á que se sentara; este aceptó con aire de amistosa proteccion, muy natural en un hombre que acababa de hablar mano á mano con el mas poderoso vasallo de la coro-

Digitized by Google

na de Francia. Por consiguiente arrimó á la pared, cerca de la puerta, su espada y se sentó en el lugar de preferencia.

—Maese Ricardo, dijó Cappeluche al cabo de un instante, ¿quiénes son los principales señores que teneis alojados en esta antigua hospedería?

—Ya sabeis, messire, contestó Ricardo, que hace poco tiempo que estoy empleado aquí, con motivo de la muerte de mi predecesor y su mujer, que entregaron el alma á Dios cuando los borgoñones tomaron el Chatelet. Puedo deciros el número de gamellas que bajo todos los dias á los presos, pero ignoro el nombre de los que comen la sopa de esta cárcel.

—Sin embargo, sabreis si es grande su número.

—Son ciento veinte.

—¡Bueno! maese Ricardo, mañana no serán mas que ciento diezinueve.

—¿Cómo así? ¿Pues qué, hay jarana? ¿anda alborotada la plebe? esclamó con presteza el carcelero, que temia se reprodujesen con él las escenas que habian costado la vida á su predecesor. Si supiese cuál era el que me iban á pedir, le preparaba corriendo para no hacer esperar al pueblo.

—No, no, repuso Cappeluche, ya veo que no me habeis entendido: la plebe está á estas horas andando hácia Marcoussis y Montlhery; conque ya veis que no vá muy derecha para venir aquí. No se trata de motin, sino de ajusticiamiento.

—¿Estais seguro de lo que decís?

—Bueno es eso: ¡que me hagais á mí esa pregunta! replicó Cappeluche dando una carcajada.

Digitized by Google

—¡Ah, tonto! es verdad, habreis recibido órdenes del preboste.

—No, traigo la noticia de mas arriba: la traigo del duque de Borgoña.

—¡Del duque de Borgoña!

—Sí, continuó Cappeluche meciéndose con dejadez en la silla, que estaba sostenida en el suelo por los piés de atrás únicamente, sí, del duque de Borgoña; no hace todavía una hora que me dió la mano y me dijo: amigo Cappeluche, hazme el servicio de ir cuanto antes puedas al gran Chatelet y espera allí mis órdenes. Yo le contesté: señor, podeis contar conmigo; soy vuestro hasta la muerte. Conque es evidente que mañana saldrá á la plaza de la Greve algun noble armañac, y que el duque, que debe asistir sin duda, quiere que se haga la cosa con lucimiento, y por eso me ha encargado de ella. Si no hubiera de ser así, la órden me la hubiera dado el preboste y la hubiera recibido Gorju, mi criado.

No bien acabó estas palabras, cuando se oyeron dos aldabonazos á la puerta esterior: el carcelero pidió á Cappeluche permiso para llevarse la luz, y este hizo con la cabeza una señal de asentimiento: salió el carcelero y dejó á todos los convidados en tinieblas.

Al cabo de diez minutos volvió á entrar, se detuvo en la puerta del cuarto, la cual cerró con sumo cuidado, miró con una espresion particular á su huésped, y le dijo sin volverse á sentar:

—Maese Cappeluche, es preciso que me sigais.

—Bien está, contestó este bebiendo de un trago el vino que aun quedaba en su vaso y dando un chasquido con la lengua,

Digitized by Google

como un hombre que aprecia al amigo de quien se vá á separar; bien está, ya sé para qué.

Y maese Cappeluche se levantó y siguió al carcelero, despues de haber cogido el espadon que puso al entrar cerca de la puerta.

Unos cuantos pasos por un callejon húmedo, los condujeron á la entrada de una escalera tan estrecha, que parecia que el arquitecto se habia penetrado de una manera admirable de que las escaleras no son mas que cosas accesorias en una prision de Estado. Cappeluche bajaba por ella con la facilidad de un hombre para quien era familiar aquel camino, silbando al tonillo de su cancion favorita, deteniéndose en cada tramo, y diciendo luego que veia que el portero seguia adelante:

—¡Oiga! ¡Oiga! pues es un gran señor.

De este modo bajaron hasta sesenta escalones poco mas ó menos.

Entonces abrió el portero una puerta tan baja, que maese Cappeluche, que era de una estatura muy mediana, se vió obligado á agacharse para entrar en el calabozo con quien comunicaba. Al entrar reparó en su solidez; era de madera de encina, tenia cuatro dedos de espesor y estaba forrada de una planchuela de hierro. Hizo un movimiento con la cabeza, como de inteligente que aprueba. El calabozo estaba desocupado.

Cappeluche lo advirtió á la primera ojeada, pero pensó que el sentenciado que le iban á enviar estaba en el interrogatorio ó en el tormento; dejó la espada en un rincon y se dispuso á aguardar al preso.

Digitized by Google

—Aquí es, dijo el carcelero.

—Bien, contestó lacónicamente maese Cappeluche.

Ricardo iba á marcharse llevándose la luz, pero maese Cappeluche le pidió por favor se la dejáse. Como el carcelero no tenia órden de dejarle sin ella, accedió á la peticion. Apenas la tomó Cappeluche se puso á registrar los escondrijos; tan distraido estaba en su requisa, que no oyó que la llave daba dos vueltas en la cerradura y que echaban los cerrojos por fuera.

Habia encontrado entre la paja que servia de cama en aquel calabozo, lo que con tanto cuidado buscaba: era una gran piedra de que se servia el preso para ponerla en vez de almohada.

Puso maese Cappeluche la piedra en medio del calabozo, arrastró hácia sí un escaño de madera que allí habia, colocó encima la lámpara, fué á tomar su espada al rincon donde la habia puesto, mojó la piedra con un poco de agua que se estaba corrompiendo en un cántaro roto, y sentándose en el suelo con la piedra entre las piernas, empezó á afilar su espadon con mucha calma, por si habia sufrido algun detrimento en los repetidos servicios que habia prestado en los últimos alborotos. Solo interrumpia su tarea para probar el filo pasando el dedo pulgar por el corte y para volver despues á su trabajo con mayor afan.

De tal modo obsorvia su pensamiento aquella interesante ocupacion, que no advirtió que habian abierto y vuelto á cerrar la puerta y que se le habia acercado un hombre muy pausadamente. Miróle asombrado un momento el recien llegado, y por último rompió el silencio.

Digitized by Google

—¡Por vida mia, dijo, maese Cappeluche, os ocupais en un diabólico trabajo!

—¡Ah! eres tú, Gorju, dijo Cappeluche levantando la vista y volviéndola á fijar sobre la piedra, que absorvia toda su atencion; ¿qué dices, hombre?

—Digo que es necesario ser de muy buena pasta para ocuparse en las menudencias en que vos os ocupais.

—Qué quieres, añadió Cappeluche, en todas las cosas que el hombre hace, pone su poco de amor propio; y no veo por qué no hemos de tenerle en nuestro oficio tan bien como los demás en el suyo. Esta espada, á pesar de que estaba mellada, hubiera podido pasar perfectamente en un motin todavía, porque en esos casos, con tal que uno mate, no importa que sea de una ó de dos veces; pero el uso que debo hacer con ella mañana, no tiene comparacion con el que está haciendo de un mes á esta parte, y por muchas precauciones que uno tome nunca son bastantes cuando se trata de salir con honor de un lance.

Gorju pasó al oir aquello del asombro á la estupidez; miraba á su amo sin contestarle, y este se daba cada vez mas prisa en su tarea, porque conocia que ya se acababa.

Por último, maese Cappeluche levantó de nuevo la vista hácia Gorju.

—¿No sabes, le dijo, que mañana tenemos reo?

—Sí tal, sí tal, contestó este, lo sé muy á fondo.

—Pues entonces.... ¿de qué te admiras?...

Y volvió á pasar nuevamente la espada por la piedra.

—¿Pero segun veo, no sabeis, dijo entonces Gorju, el nombre del que van á ajusticiar?

Digitized by Google

—No, respondió Cappeluche sin dejar su faena, eso no me importa, á menos que no sea algun jorobado; porque en ese caso tendria que tomar de antemano ciertas precauciones en razon á la dificultad.

—No, maese, prosiguió Gorju, el reo tiene el pescuezo ni mas ni menos que vos y yo; y me alegro de ello en el alma, porque como no tengo aun muy suelta la mano....

—¿Qué diablos estás diciendo ahí?

—Digo, que como hasta esta noche no he sido nombrado verdugo en forma, hubiera sido una desdicha que por la primera vez hubiese tenido que despachar á un....

—¡Tú verdugo! dijo Cappeluche interrumpiéndole y dejando caer la espada.

—Sí, por Dios. Hace una hora que me ha llamado el preboste y me ha entregado el nombramiento.

Y diciendo esto, sacó Gorju un pergamino de su ropilla y se le presentó á Cappeluche. Este no sabia leer, pero reconoció las armas de Francia y el sello del prebostazgo, y comparándole en su memoria con el suyo, se convenció de que era idéntico.

—¡Oh! esclamó lleno de pena y como un hombre abatido, ¡hacerme esta afrenta la víspera de una ejecucion pública!

—Pero si era imposible que fuéseis vos el ejecutor, maese Cappeluche.

—¿Y por qué ha de ser imposible?

—Porque vos no podríais ajusticiaros á vos mismo; seria la primera vez que se viese una cosa igual.

Maese Cappeluche empezó á comprender; fijó los ojos lle-

Digitized by Google

nos de asombro en su criado, erizáronsele los cabellos y empezaron á destilar desde sus raices anchas gotas de sudor que bajaban hasta sus enjutas mejillas.

—¡Conque es decir que soy yo! esclamó.

—Sí, maestro, contestó Gorju.

—¡Y eres tú!....

—Sí, maestro.

—¿Quién ha dado esa órden?

—El duque de Borgoña.

—¡Es imposible! aun no hace una hora que me apretó la mano.

—Pues bien está, dijo Gorju, ahora os quiere apretar el pescuezo.

Cappeluche se enderezó poco á poco tambaleándose como un borracho y se agroximó á la puerta: agarró la cerradura entre sus férreas y tendinosas manos, y la dió dos sacudidas capaces de hacer saltar los goznes si hubiesen sido menos sólidos.

Gorju le seguia con la vista, y su fisonomía manifestaba por aquel hombre todo el interés que era posible pudiese pintarse en su rostro impávido y atezado.

Cuando Cappeluche se convenció de la inutilidad de sus esfuerzos, volvió á sentarse en el sitio en que le habia encontrado Gorju, recogió la espada, y poniéndola de nuevo sobre la piedra, empezó á darla la última mano.

—¿Otra vez? dijo Gorju.

—Si ha de servir para mí, repuso Cappeluche con ronca voz, doble razon para que corte bien.

En aquel instante entró en el calabozo Vaux de Bar, pre-

Digitized by Google

boste de París, seguido de un sacerdote, y procedió al interrogatorio por mera fórmula. Maese Cappeluche confesó ochenta y seis muertes despues de las que habia hecho en el ejercicio que desempeñaba; gran parte de ellas habian sido cometidas en las personas de mujeres y niños.

Una hora despues volvió á salir el preboste, dejando á Cappeluche con el sacerdote y el criado ascendido á verdugo.

Desde las cuatro de la mañana del siguiente dia estaban cubiertas de gente las calles de Saint-Denis, la de Feves y la plaza del Pilori, y los balcones y ventanas de todas las casas tapiadas de cabezas. El matadero grande, inmediato al Chatelét, y la tapia del cementerio de los Inocentes, contigua al mercado, parecia que iban á hundirse bajo el peso que sobre ellas cargaba. La ejecucion habia sido señalada para las siete.

A las seis y media un movimiento ondulatorio, un estremecimiento eléctrico, un confuso clamoreo levantado por los que estaban cerca del Chatelet, anunciaron á los de la plaza del Pilori que el reo emprendia la marcha. Habia obtenido de Gorju, porque de él dependia este favor, que no seria llevado en burro ni en carreta: venia con paso firme entre el sacerdote y el verdugo novel, saludando con palabra y gesto á los que conocia entre la multitud. Por último, llegó á la plaza del Pilori, y entró en un círculo como de veinte piés de diámetro, formado por una compañía de arqueros; en el centro de aquel círculo habia un tajo y delante un monton de arena: el círculo, que se abrió para darle paso, volvió á cerrarse detrás de él. Los que estaban muy distantes habian colocado de antemano en posiciones respectivas sillas y bancos para que les

Digitized by Google

permitiesen ver por encima de las cabezas de los delanteros: cada cual ocupó su puesto en aquel vasto anfiteatro circular, cuyas últimas gradas eran los tejados de las casas, y que parecia un inmenso embudo de cabezas humanas sobrepuestas unas á otras.

Cappeluche se fué derecho al tajo, se cercioró de que sentaba bien en el suelo, le volvió un poco mas hácia el monton de arena, de que estaba demasiado retirado, y examinó de nuevo el filo de su espadon; despues de estas disposiciones, se hincó de rodillas y púsose á rezar en voz baja: el sacerdote le hizo besar el crucifijo. Gorju estaba de pié á su lado apoyado en la espada: la campana empezó á dar las siete, y maese Cappeluche gritó: ¡Misericordia, Dios mio! y puso la cabeza encima del tajo.

Hubo un instante en que parecia que entre tantas bocas no habia una sola que respirara, en que aquella inmensa muchedumbre no hizo el menor movimiento; todos parecian clavados en su sitio; solo los ojos vivian.

De repente brilló en el aire la espada de Gorju; dió el relój la última campanada, cayó la espada y la cabeza fué rodando á dar en el monton de arena, que besó y tiñó de sangre.

El tronco retrocedió por un movimiento convulsivo y contrario, arrastrándose de un modo repugnante sobre manos y rodillas: la sangre saltaba de las arterias del cuello, á la manera que el agua de los agujeros de una regadera.

El gentío dió un grito: era la respiracion de cien mil personas que habia estado paralizada durante cinco minutos.

Digitized by Google

CAPITULO XXIII.

El mensajero.

Cumplióse la prevision política del duque de Borgoña: la ciudad de París, harta de la agitacion y desórdenes que en ella reinaban hacia largo tiempo, atribuyó el fin de sus males á la presencia del duque, sin pensar que fuese consecuencia de los acontecimientos, á la severidad que habia manifestado y sobre todo á la decapitacion de Cappeluche, uno de los principales promotores de alborotos Restablecióse el órden despues de la muerte de este, y todo el mundo se deshacia en alabanzas al duque de Borgoña, cuando un nuevo azote vino á descargar su furia sobre aquella desgraciada ciudad, en cuyas calles aun

Digitized by Google

no habian desaparecido los rastros de sangre: la peste, hermana macilenta y descarnada de la guerra civil, empezó á hacer estragos en París.

Declaróse al cabo una epidemia terrible. El hambre, la miseria, los cadáveres olvidados en las calles y barrancos, las pasiones políticas que hacen hervir la sangre en las venas, fueron las voces infernales que la llenaron. El pueblo, que empezaba á entibiarse y que estaba espantado de sus propios escesos, creyó sentir la mano de Dios en aquel nuevo azote; un vértigo febril se apoderó de él. En vez de aguardar la enfermedad á pié firme en las casas y tratar de tomar en ellas las precauciones necesarias para preservarse del mal, se esparció la poblacion entera por las calles; algunos hombres corrian como dementes gritando que los quemaban las llamas del infierno, y abriéndose paso á través de la turba, que se apartaba despavorida ante ellos, los unos se arrojaban en los pozos, los otros en el rio. Por segunda vez faltaron sepulcros á los muertos y religiosos á los moribundos. Los hombres que se sentian acometidos de los primeros síntomas del mal, detenian á los ancianos en la calle y los obligaban á escuchar su confesion. Los grandes no estaban libres de la cruel epidemia, ni mas ni menos que la plebe: el príncipe de Orange y el señor de Poix murieron de ella; uno de los hermanos Fosseuse se sintió con los primeros síntomas de la dolencia al subir la escalera del palacio de San Pablo, adonde iba á presentarse al duque; quiso continuar su camino, pero apenas hubo subido seis escalones, se detuvo pálido y demudado, con los cabellos erizados y las rodillas vacilantes. No tuvo tiempo mas que para cruzar los brazos sobre el pecho, diciendo: Señor, tened

Digitized by Google

piedad de mí; y cayó muerto. El duque de Bretaña, los de Anjou y de Alenzon se retiraron á Corbeil, y sire de Giac, con su mujer, á la quinta de Creil, que les habia regalado el duque de Borgoña.

En el palacio de San Pablo se divisaban de tiempo en tiempo detrás de los cristales, como sombras, el duque ó la reina, que dirigian sus ojos hácia aquellas escenas de luto y desolacion; pero nada podian para remediarlas y continuaban guardándose en palacio. Con respecto al rey, se decia que habia vuelto á ser acometido por otro acceso de locura.

Entre tanto, Enrique de Inglaterra, al mando de un poderoso ejército, se dirigia á poner sitio á Rouen. Aquella ciudad dió un grito de tristura que se confundió con los clamores del pueblo de París, antes de llegar á los oidos del duque de Borgoña, y sin embargo, era la voz de una ciudad entera que pedia socorro. Los de Rouen abandonados, habian no obstante cerrado sus puertas y jurado defenderse hasta el último estremo.

Los delfineses por otro lado, capitaneados por el infatigable Tanneguy, por el mariscal de Rieux y por Barbasán, apellidado el *Caballero sin tacha*, despues de haberse apoderado de la ciudad de Tours, defendida por el duque Guillermo de Rommenel y Cárlos Labbe, intentaron varios reconocimientos hasta las mismas puertas de París.

El duque Juan tenia por consiguiente á su izquierda á los delfineses, enemigos de Borgoña, á su derecha á los ingleses, enemigos de Francia, y á su frente y retaguardia la peste, enemiga de todos.

En tan estrema situacion pensó entrar en ajustes con el

Digitized by Google

delfin, dejando á los reyes y á este la responsabilidad de la defensa de París, y salir con él con presteza á socorrer á Rouen.

La reina y el duque de Borgoña firmaron de nuevo, por consiguiente, los arreglos del tratado de paz, estendido poco tiempo antes en Bray y en Monterán. El 17 de setiembre fueron publicados á son de trompeta en las calles de París, y el duque de Bretaña, portador del tratado, quedó encargado de someterle á la aprobacion del delfin: al mismo tiempo, y para inclinar su ánimo á una reconciliacion, iba comisionado para acompañar á la tierna esposa del delfin (1), que se habia quedado en París, y con la cual habian tenido los mayores miramientos la reina y el duque.

El duque de Bretaña halló en Tours al delfin y obtuvo una audiencia. Cuando le introdujeron en presencia del príncipe, tenia este á su derecha al jóven duque de Armañac, que habia llegado el dia anterior de Guiena pidiendo justicia por la muerte de su padre, y al cual le habia prometido hacérsela cumplida y entera; á la izquierda se hallaba Tanneguy Duchatel, enemigo declarado del duque de Borgoña; detrás de él estaban el presidente Louvet, Barbasán y Cárlos Labbe, que se habian pasado del partido de Borgoña, gente toda deseosa de armar guerra, porque tenian mucho que esperar del delfin y mucho que temer del duque Juan.

Aunque al primer golpe de vista se persuadió ya el duque

(1) María de Anjou, hija de Luis, rey de Sicilia, casóse con el delfin en 1413; pero no tuvo efecto el matrimonio hasta 1416, por no tener María mas que once años en aquella época.

Digitized by Google

de Bretaña de cuál seria el resultado de la negociacion, hincó la rodilla en tierra y presentó el tratado al duque de Turena. Este lo tomó, y sin abrirlo dijo al duque levantándose:

—Ya sé lo que es; me llaman á París, ¿no es verdad? ¿Me ofrecen la paz si consiento en volver allí? Tened entendido, primo mio, que jamás haré la paz con asesinos, y que no deseo volver á entrar por ahora en una ciudad cubierta aun de luto y sangre. El señor duque que ha causado el mal puede remediarle; por lo que á mí hace, como no he cometido el crímen, no quiero ofrecerme para espiarle.

El duque de Bretaña quiso insistir, pero todas sus instancias fueron inútiles. Regresó á París con la negativa del delfin, y halló al duque de Borgoña dispuesto para entrar en el consejo, adonde debia ser oido un enviado de la ciudad de Rouen.

El duque escuchó con atencion el relato que le hizo su embajador; despues que este hubo acabado de hablar, dejó caer la cabeza sobre el pecho, reflexionó algunos instantes, y esclamó de repente:

—El tendrá la culpa.

Dicho esto, entró en la sala del consejo del rey.

Fácil es esplicar el pensamiento del duque de Borgoña.

El duque era el primer y mas ilustre vasallo de la corona de Francia y el mas poderoso príncipe de la cristiandad. El pueblo de París le adoraba; ya hacia tres meses que gobernaba á nombre del rey, y la terrible y crónica enfermedad de este desventurado príncipe habia desesperanzado hasta á sus mas adictos partidarios de verle tomar de nuevo las riendas del gobierno, al paso que los rectificaba mas y mas en que no

Digitized by Google

podria vivir por mucho tiempo: en caso de muerte, no habia mas que un paso de la regencia á la soberanía para el duque. Los delfineses solo poseian la Maine y el Anjou; la cesion de Guiena y Normandía al rey de Inglaterra harian de este un formidable apoyo y aliado. Las dos Borgoñas, Flandes y Artois, que le correspondian como vínculos de su casa y que pensaba reunir á la corona de Francia, le indemnizarian de aquella pérdida; en fin, no estaba tan lejos el ejemplo de Hugo-Capeto, para que no soñase en reproducirle; y una vez que el delfin rehusaba la paz y queria guerra, á nadie tendria que quejarse despues si las consecuencias de su negativa recaian sobre él.

Para todas estas consecuencias tenia muy poco que trabajar el instinto político del duque de Borgoña; no necesitaba mas que dejar que durase el sitio de Rouen, entablar negociaciones con Enrique de Inglaterra y concertarse con él: de modo, que habiendo reconcentrado en sí todo el poder antes de la muerte de Cárlos VI, luego que muriese este no tuviese mas que adornarse con el título de rey, pues ya tenia el poder, que era lo único que le faltaba.

No podia presentarse ocasion mas favorable para poner en práctica tan gran designio: el rey, cuyo juicio continuaba trastornado, no podia asistir al consejo y ni aun tenia noticia de su convocacion: por consiguiente, el duque era dueño de enviar á la ciudad de Rouen la respuesta que le pareciese mas conveniente, si no á los intereses de la Francia, á los suyos propios por lo menos.

Preocupado con aquel pensamiento, entró en la sala del consejo y fué á sentarse, como para ensayar el papel que

Digitized by Google

despues esperaba representar, en el trono del rey Cárlos.

Solo á él aguardaban para mandar que se presentase el mensajero.

Era este un religioso anciano y de cabellos blancos; habia venido desde Rouen descalzo y apoyado en un báculo, cual conviene al que pide socorro. Adelantóse hasta en medio de la sala, y despues de haber saludado al duque de Borgoña iba á esponer el objeto de su mision, cuando de repente se dejó sentir un gran ruido en una puertecita cubierta de un tapiz, que comunicaba con la cámara real. Todos volvieron la cabeza y vieron llenos de sorpresa levantarse el tapiz y aparecer el rey Cárlos, que se encaminó paso á paso por aquella sala donde nadie le esperaba, con un mirar frenético y paso firme, hácia el trono en que prematuramente se habia sentado el duque Juan de Borgoña.

Aquella aparicion inesperada llenó á todos los circunstantes de un vago sentimiento de temor y respeto. El mismo duque de Borgoña le miraba acercarse, levantándose gradualmente del trono á medida que el rey adelantaba, como si una fuerza sobrenatural le impeliese á hacerlo; y cuando el rey puso el pié en la primer grada del trono para subir á él, el duque, volviéndose hácia el lado opuesto, le puso maquinalmente en la última para bajar: todo el mundo miraba en silencio aquel singular columpio.

—Entiendo vuestro asombro, señores, dijo el rey; sin duda os habian dicho que estaba loco y quizás muerto.

Echóse á reir de un modo que hacia daño el verlo, y continuó:

—No, señores, no: estaba preso. Pero ha llegado á mi no-

Digitized by Google

ticia que el consejo estaba reunido durante mi ausencia, y he querido asistir á él; espero, primo de Borgoña, que advertireis con gusto el estado de mi salud, el cual sin duda os habian exagerado, y que mi enfermedad no me estorbará ponerme al frente de los negocios del reino.

En seguida, volviéndose hácia el religioso:

—Hablad, padre mio, le dijo: el rey de Francia os escucha.

Y se sentó en el trono.

El religioso se puso de hinojos ante el rey, cosa que no habia hecho con el duque de Borgoña, y empezó á hablarle en aquella postura.

—Señor, esclamó, los ingleses, enemigos vuestros y nuestros, han puesto sitio á la ciudad de Rouen.

El rey se estremeció.

—¡Los ingleses en el centro de mis reinos, y el rey lo ignora! dijo. ¡Los ingleses sitiando á Rouen!.... ¡A Rouen, que es ciudad francesa desde Cloves, ascendiente de todos los reyes de Francia; que si fué perdida una vez recobróse al punto por Felipe Augusto!.... ¡Rouen, mi mejor plaza.... uno de los seis florones de mi corona!.... ¡Oh! ¡traicion, traicion! susurró en voz baja.

El religioso, viendo que el rey habia acabado de hablar, continuó:

—Vengo, señor y príncipe nuestro, comisionado por los habitantes de la ciudad de Rouen, para hacer llegar sus palabras hasta vos como soberano, y contra vos, duque de Borgoña, que estais encargado del gobierno del rey y de su reino; para pedir favor, señor, contra la opresion que sufren por parte de

Digitized by Google

los ingleses. Y os hacen saber por mi voz, que si su negra fortuna hiciese que por falta de socorro vuestro llegasen á ser súbditos del rey de Inglaterra, no tendríais peores enemigos que ellos, y que harian lo posible por esterminaros á vos y á toda vuestra raza.

—Padre, dijo el rey levantándose, habeis cumplido con vuestra mision y me habeis recordado la mia. Volved adonde os esperan los decididos habitantes de Rouen; decidles que se sostengan, y que yo juro salvarles por medio de negociaciones ó socorros oportunos, aun cuando tuviese que entregar mi hija Catalina al rey de Inglaterra para conseguir la paz, aun cuando para emprender la guerra tuviese que salir en persona á combatir á los enemigos y reunir por mí mismo toda la nobleza del reino.

—Señor, replicó el religioso saludándole, os doy gracias por vuestro buen deseo y ruego á Dios que no le haga variar ninguna voluntad que no sea la vuestra. Pero ya sea para paz, ya sea para guerra, es necesario que os deis prisa, señor; porque la mayor parte de los habitantes de vuestra ciudad han muerto ya de hambre, y hace dos meses que no nos alimentamos mas que de carnes que no destinó Dios para comida humana. Doce mil pobres entre hombres, mujeres y niños se han visto obligados á echar los defensores fuera de la ciudad, los cuales se mantienen en los fosos con raices y aguas cenagosas; de tal modo, que cuando alguna pobre mujer en cinta llega á ser madre, las gentes caritativas suben en cestas con cuerdas á los recien nacidos, los hacen bautizar y se los devuelven á sus madres para que al menos mueran cristianados.

Digitized by Google

El rey lanzó un hondo suspiro y se volvió hácia el duque de Borgoña.

—Ya lo oís, le dijo dirigiéndole una mirada que decia mas que las mas amargas quejas; no es estraño que yo, el rey, me encuentre en tan lastimoso estado, ni que mi cuerpo y espíritu padezcan y se aniquilen, cuando tantos desgraciados, que creen que yo ocasiono sus males, elevan hácia el trono del Señor un griterío de maldiciones capaz de hacer retroceder al ángel de misericordia. Marchad, padre, continuó dirigiéndose al religioso, regresad á esa desgraciada ciudad, á la cual quisiera enviar mi propio pan; decid que no dentro de un mes, no dentro de ocho dias, no mañana, sino hoy mismo, en el acto, saldrán embajadores mios por el puente de Arche para tratar la paz y que el rey irá en persona á San Dionisio á sacar con sus propias manos el oriflama para aprestarse á la guerra.

Primer presidente, añadió volviéndose á Felipe de Morvilliers, y sucesivamente á los demás á quienes dirigía la palabra: messire Regnault de Folville, messire Guillermo de Champ-Divers, messire Tierry-le-Roy, esta tarde misma saldreis con plenos poderes para tratar de las paces con Enrique de Lancaster, rey de Inglaterra; y vos, primo, id á dar las órdenes necesarias para que marchemos á San Dionisio; saldremos al instante.

Levantóse el rey en cuanto hubo dicho estas palabras y todos le siguieron. El religioso vino á él y le besó la mano.

—Señor, le dijo, Dios os tenga en cuenta el bien que vais á hacer: mañana bendecirán vuestro nombre ochenta mil personas.

Digitized by Google

—Que rueguen por mí y por la felicidad de la Francia, padre mio, porque bien lo necesitamos ambos.

Dichas estas palabras, se concluyó el consejo.

Dos horas despues descolgaba el rey por sus propias manos el oriflama de las antiguas paredes de San Dionisio. En seguida preguntó al duque por un caballero de ilustre nombre y acreditado esfuerzo para confiársele: el duque le designó uno.

—¿Cómo os llamais? le dijo el rey al presentarle la santa enseña.

—Sir de Montmort, contestó el caballero.

El rey revolvió en su memoria buscando á qué noble rama, á qué gran suceso se enlazaba aquel nombre.

Despues de un momento le entregó el oriflama exhalando un suspiro; era la primera vez que la bandera real se confiaba á un vástago de familia tan poco conocida.

El rey envió sus instrucciones á los embajadores sin regresar á París. Uno de ellos, el cardenal de Ursinos, recibió un retrato de la princesa Catalina; llevaba encargo de dejárselo ver al rey de Inglaterra.

El 29 de octubre de 1418 hizo noche la córte en Pontoise, en donde debia aguardar el resultado de las negociaciones del Puente-de-Arche; mandóse en aquel mismo dia á todos los caballeros que fuesen á reunirse allí con sus escuderos, hombres de armas y equipos de guerra.

Sire de Giac fué uno de los primeros que se presentó: adoraba siempre á su mujer, pero al grito lastimoso que en nombre de la Francia habia lanzado su rey, lo dejó todo, su hermosa Catalina y sus caricias de niña, su quinta de Creil y sus

Digitized by Google

voluptuosos salones, su alameda y sus deliciosas calles en que era tan grato pasear, hollando con los piés las amarillentas hojas que los vientos de otoño hacian caer de los árboles, y cuyo susurro melancólico estaba tan en armonía con la vaga meditacion de un corazon jóven y enamorado.

El duque le recibió como á un amigo, y dió una comida á muchos jóvenes y nobles señores con motivo del arribo de su favorito: por la noche hubo reunion y juego en casa del duque. Sire de Giac era el héroe de aquella noche, como lo habia sido del dia; todos le preguntaban por Catalina, que habia dejado en pos de sí mas de un recuerdo en el alma de varios nobles donceles.

El duque estaba pensativo, pero su frente risueña manifestaba que le ocupaba algun pensamiento festivo.

De Giac, para librarse de los cumplimientos de los unos, de las chanzas de los otros, y aun mas para sustraerse de la abrasada atmósfera de la sala de juego, se paseaba con su amigo sire de Gravillé en la primera estancia de las que formaban la habitacion del duque. Como este se habia instalado allí desde la víspera únicamente, el servicio de pajes, escuderos y mezнaderos, no estaba aun repartido ni organizado; de suerte que un aldeano entró hasta aquella primera estancia sin haber encontrado á nadie, y dirigióse al señor de Giac para saber cómo haria para que llegase á manos del duque de Borgoña una carta.

—¿De parte de quién? preguntó Giac.

El aldeano se quedó algo cortado, y repitió su pregunta.

—Escucha, le dijo Giac, no tienes mas que dos medios: el primero es atravesar conmigo esos salones, atestados de

Digitized by Google

apuestos caballeros y nobilísimas damas, entre los cuales haria muy mal efecto un villano como tú: el segundo consiste en traerte aquí al duque, lo cual no me perdonaria si la carta que dices no merece que se tome ese trabajo, como yo sospecho.

—¿Y cómo lo he de componer entonces? dijo el pechero.

—Dame la carta, y aguarda aquí la respuesta.

Y antes que el campesino tuviese ni aun tiempo para retirarla, tenia de Giac la carta entre dos de sus dedos y se encaminaba hácia el cuarto que estaba en el fondo de la estancia, llevando siempre del brazo á su amigo Graville.

—Por vida mia, dijo este, que esa carta tiene todas las trazas de ser amorosa, segun lo delicadamente que está doblada, la finura del papel y el embalsamado olor que despide.

De Giac se sonrió, fijó maquinalmente la vista en la carta y detúvose de pronto como herido del rayo. Habia reconocido en el sello que la cerraba la señal de una sortija que su mujer llevaba antes de su casamiento, y cuya esplicacion no habia querido darle nunca, á pesar de habérsela pedido muchas veces: era una estrella aislada en un cielo tempestuoso, con este mote: *la misma*.

—¿Qué tienes? le dijo Graville viéndole palidecer.

—Nada, nada, repuso Giac recobrándose al punto y enjugando su frente, por la cual corria un sudor de hielo: un desvanecimiento, un mareo. Vamos á llevar esta carta al duque.

Y arrastró á Graville con tal viveza y fuerza, que este creyó se habia vuelto loco de repente.

El duque estaba en lo último de su cámara, vuelta la espalda á una chimenea, en la cual ardia un haz de leña; de

Digitized by Google

Giac le presentó la carta, diciéndole que un hombre aguardaba la respuesta.

El duque la abrió. A las primeras líneas se advirtió en su semblante un ligero movimiento de sorpresa; pero desapareció al punto, gracias al imperio que tenia sobre sí mismo. De Giac estaba de pié delante de él, fijando sus penetrantes miradas en el rostro impávido del duque. Luego que este hubo acabado de leer, arrolló indiferentemente el papel entre sus dedos y le arrojó al fuego por detrás.

De buena gana hubiera metido de Giac la mano en aquel brasero ardiendo por coger la carta; pero se contuvo.

—¿Y la respuesta? dijo con una voz, cuya alteracion en vano procuró reprimir.

Una rápida y escudriñadora mirada salió de los ojos azules del duque Juan, y vino como á reflejarse en el rostro de Giac, á la manera que en la tersa superficie de un espejo.

—¿La respuesta? contestó con frialdad: Graville, decid á ese hombre que yo mismo la llevaré.

Al acabar estas palabras, cogió el brazo de Giac como para apoyarse en él, pero mas bien para estorbarle que siguiera á su amigo.

Toda la sangre de Giac se agolpó á su corazon y trastornó su vista cuando sintió el brazo del duque que se apoyaba en el suyo. No veia ni oia: veníanle deseos de matar al duque en medio de aquella concurrencia, en lo mejor de la fiesta, al resplandor de las luces, pero parecia que su daga estaba enclavada en la vaina; todo andaba á su alrededor, se encontraba como en un círculo de fuego; y cuando el duque soltó su brazo de pronto luego que vió volver á Graville, cayó como hé-

Digitized by Google

rido de muerte sobre un sillon que felizmente se encontraba al lado.

Cuando volvió en sí dirigió la vista hácia la reunion, que continuaba bulliciosa y festiva, arrastrando oro y respirando placeres, sin pensar que en medio de ella habia un hombre que encerraba el infierno en su seno. El duque ya no estaba.

De Giac se levantó de pronto como si un resorte le hubiese puesto violentamente de pié, y fuese de cuarto en cuarto como un loco, con los ojos desencajados y la frente cubierta de sudor llamando al duque.

Todo el mundo acababa de verle pasar.

Bajó hasta la puerta esterior; un hombre embozado en su capa acababa de salir y montar á caballo. Giac oyó el ruido del galope al estremo de la calle; vió las chispas que lanzaban los pedernales heridos por las herraduras del caballo.

—Es el duque, dijo.

Y se precipitó en las caballerizas.

—¡Ralff! gritó al entrar. ¡Ah, Ralff mio!

Y de tantos caballos como allí se encerraban, uno solo relinchó, levantó la cabeza é hizo esfuerzos por romper los lazos que le tenian sujeto al pesebre.

Era un hermoso caballo español, color Isabela, de raza pura, de cola y crines pobladas y airosas, de descarnadas piernas, por las cuales se entrecruzaban mil veces sus nudosas venas como una red.

—Ven, Ralff, dijo Giac cortando con su daga la atadura que le tenia sujeto.

Y el caballo, libre y alborozado, saltó como un cervatillo.

Digitized by Google

Giac prorumpió una blasfemia dando con el pié en el suelo: el caballo, asustado á la voz de su amo, se quedó quieto doblándose por los corvejones.

—Vamos, Ralff, vamos.

Arrimóle el acicate, y el caballo salió como un rayo.

—Vamos, vamos, Ralff, es preciso alcanzarle, decia Giac hablando á su caballo como si pudiese entenderle. ¡Mas aprisa! ¡mas aprisa, Ralff mio!

Y Ralff se comia el camino, no tocando al suelo mas que á saltos, arrojando espuma por la boca y fuego por los ojos.

—¡Oh! ¡Catalina, es posible que encierre tu corazon tanta perfidia y tu boca sea tan pura, tus ojos tan hechiceros, tu voz tan melodiosa; rostro de ángel, alma de demonio! Esta misma mañana me despedia con caricias y besos; pasaba por tus crines su pálida mano, albagaba tu cuello con sus suaves y bien torneados dedos, diciéndote: Ralff, Ralff mio, vuélvemele pronto, mira que él es mi delicia. ¡Infame escárnio!.... ¡Mas aprisa, Ralff, mas aprisa!

Y el caballero descargaba el puño apretado convulsivamente sobre el cuello del caballo, en el mismo sitio en que Catalina le habia acariciado. Ralff iba cubierto de espuma.

—¡Catalina, tu amado llega, y es Ralff quien te le vuelve!... ¡Oh! si es cierto, si es cierto que me engañas.... ¡Oh! ¡venganza! Mucho tiempo he de necesitar para encontrar una digna de vosotros dos. Vamos, vamos, es preciso que lleguemos antes que él: Ralff, ¡mas aprisa! ¡mas aprisa!

Y le disluceraba los ijares con el acicate: el caballo relinchaba de dolor.

Oyóse á alguna distancia el relincho de otro caballo, y

Digitized by Google

muy luego descubrió Giac un ginete que iba tambien á escape. Ralff atajó de un salto al caballo y caballero, y pasó adelante como un águila alcanza y pasa al buitre con solo un vuelo. De Giac reconoció al duque: el duque creyó ver pasar á su lado alguna aparicion fantástica.

Aquello probaba que el duque Juan iba en efecto á la quinta de Creil.

El duque continuó su camino, y despues de algunos segundos desaparecieron caballo y caballero; aquella aparicion en nada distrajo su espíritu, demasiado ocupado en aquel momento por dulces ilusiones amorosas. Iba á descansar un momento de las contiendas políticas y de las contiendas á mano armada. Habia por consiguiente dicho adios por aquella noche á las fatigas del cuerpo y á los tormentos del alma. Iba á adormecerse en los brazos de su hermosa dama, el amor iba á posarse en su frente: los corazones de leon, los hombres de hierro, son los que sobre todos saben amar.

Llegó por fin á la puerta de la quinta. Todo estaba oscuro: solo brillaba una oscilante luz al través de una ventana y detrás de la recamada cortina se dibujaba una sombra. El duque ató su caballo á un anillo y tocó una corneta de marfil que llevaba pendiente del cinturon.

Agitóse la luz, desapareció primero de la estancia en que al principio se descubrió, y pasó sucesivamente al través de la larga série de ventanas, iluminándolas una á una consecutivamente. Al cabo de un instante oyó el duque al otro lado de la tapia unas pisadas que hacian crugir levemente la yerba y las hojas secas, y una voz dulce y delicada dijo al través de la puerta:

Digitized by Google

—¿Sois vos, duque?

—Sí, sí, no temas, hermosa Catalina; sí, soy yo.

Abriése la puerta: la jóven estaba trémula de miedo y de frio.

El duque la echó sobre los hombros el embozo de su capa y la acercó á su pecho: de este modo atravesaron un patio esterior en medio de la mas profunda oscuridad. Al pié de la escalera ardia una lámpara de plata con aceite perfumado. Cogióla Catalina, que no se habia atrevido á salir con ella por miedo de ser vista ó de que el viento se la apagase, y ambos subieron la escalera abrazados y aproximados uno á otro.

Era preciso atravesar para llegar á la alcoba una larga y oscura galería. Catalina se acercó mas al pecho de su amante.

—¿Creereis, duque, le dijo Catalina, que he pasado sola por aquí?

—¡Oh! teneis mas valor que un guerrero, Catalina mia!

—Era por iros á abrir.

Catalina posó su cabeza sobre el hombro del duque, y este sus lábios sobre la frente de Catalina, y atravesaron así la galería. La lámpara formaba en torno de ellos un círculo de luz oscilante que iluminaba el rostro moreno y varonil del duque y la cabeza agraciada y bella de su querida: al verlos creia uno estar mirando un cuadro del Ticiano que se movia. Llegaron á la puerta de la estancia, en la cual se respiraba un ambiente suave y balsámico: la puerta se cerró en pos de ellos; todo volvió á quedar en tinieblas.

Habian pasado á muy corta distancia de Giaq y no ha-

Digitized by Google

bian visto su rostro lívido entre los inmensos pliegues de la roja cortina que tapizaba la última ventana.

¡Oh! ¡quién es capaz de describir lo que sintió su corazon cuando los miró acercarse tan amorosamente enlazados! ¡Qué venganza imaginaria aquel hombre, pues no se lanzaba sobre ellos y los cosia á puñaladas!....

Atravesó tambien la galería, bajó paso á paso la escalera dando traspieses como un viejo, con las piernas dobladas y la cabeza sobre el pecho.

Cuando llegó al estremo del parque abrió una puertecita que daba al campo, y de la cual solo él tenia llave. Nadie le habia visto entrar ni salir. Llamó á Ralff con voz ronca y temblorosa: el noble animal dió un salto y vino á él.

—¡Silencio, Ralff, silencio! dijo poniéndose á caballo.

Dejó caer las bridas sobre el cuello de su corcel, entregándose á él; se sentia incapaz de guiarle, y se cuidaba poco además del sitio adonde podia conducirle.

Preparábase una gran tormenta; negros y espesísimos nubarrones rodaban por el cielo, y una lluvia finísima y glacial caia sobre la tierra. Ralff andaba al paso.

De Giac ni veia ni sentia, sino que estaba absorto en sus ideas. Aquella mujer acababa de destruir su felicidad y porvenir con un adulterio.

Los ensueños de Giac siempre habian sido la gloria en los combates, la felicidad en el amor; en fin, gozar la verdadera vida de un caballero. Aquella mujer, que aun podia contar veinte años de hermosura, habia recibido como en depósito su dicha y juventud. ¡Infame! todo lo habia desvanecido, ensueños de gloria y amor: un solo pensamiento debia encer-

Digitized by Google

rarse desde aquella noche en la imaginacion de aquel hombre, un pensamiento de venganza duplicada, un pensamiento capaz de hacerle perder la razon.

Caia la lluvia cada vez mas espesa, y cada vez arreciaba mas el temporal: los árboles se doblaban hácia el camino, como frágiles juncos azotados por la furia del viento, que arrancaba con violencia las amarillentas hojas que aun los adornaban: destilaba el agua por la frente de Giac, y no lo sentia: su sangre, que por tanto tiempo estuvo agolpada en su corazon, refluia con ímpetu hácia su cabeza, y sus arterias latian con ruido: veia pasar objetos estraños é ilusiones fantásticas ante sus ojos, ni mas ni menos que las que debe divisar un hombre demente; un solo pensamiento, eterno, abrasador, hervia en su cerebro confuso, informe, escitante del delirio.

—¡Oh! esclamó de pronto, daria mi mano derecha al demonio con tal de vengarme.

Dió al mismo tiempo Ralff un salto lateral, y al resplandor de un azulado relámpago advirtió Giac que pegado al lado suyo cabalgaba otro caballero.

Hasta entonces no habia reparado en aquel compañero de viaje: no podia darse razon tampoco de cómo se hallaba aquel hombre á su lado tan de repente. Ralff demostraba en su inquietud que participaba del asombro de su amo, y le temblaban todos sus cuartos como si acabase de salir de un rio helado. De Giac dirigió de nuevo una rápida mirada al advenedizo, y se admiró de verle tan distintamente, á pesar de la oscuridad de la noche. Un ópalo que el desconocido llevaba en el cintillo que sostenia la pluma, despedia un resplandor que

Digitized by Google

permitia distinguirle perfectamente en medio de aquellas tinieblas. De Giac bajó los ojos para mirarle la mano: llevaba un anillo en uno de los dedos, en el cual había engastada una piedra de la misma especie; pero sea que no fuese tan fina, ó que estuviese montada de un modo diferente, no poseia aquella virtud luminosa; despues de esto volvió á levantar la vista sobre el desconocido.

Era un mancebo de rostro pálido y melancólico, vestido de negro y montado en un caballo del mismo color; de Giac observó con asombro que ni tenia silla, ni brida, ni estribos: el caballo obedecia á la simple presion de las rodillas. Empero como no estaba para entablar conversacion, clavó los acicates á Ralff, que ya sabia lo que tenia que hacer, y salió á galope.

Otro tanto hicieron por un movimiento espontáneo el caballero y caballo negros. Volvióse de Giac al cabo de un cuarto de hora, creyendo haber dejado ya muy lejos á su importuno compañero; pero su asombro subió de punto cuando advirtió á la misma distancia al nocturno viajero. Sus movimientos y los de su caballo estaban regulados por los de Giac y Ralff, solo que el ginete parecia dejarse guiar mas bien que conducir; parecia que su caballo galopaba sin tocar el suelo; porque ni hacian ruido alguno sus pisadas, ni despedian la menor centella los guijarros del camino.

De Giac sintió un estremecimiento interior en sus venas; tal era la sorpresa que le pasaba. Detuvo al caballo: la sombra que le seguia hizo otro tanto. Estaban en un sitio del camino adonde desembocaban otros dos: uno de ellos conducia hasta Pontoise, al través de la llanura: el otro se perdia en la

Digitized by Google

espesa y sombría selva de Beaumont. De Giac cerró los ojos por un momento, creyendo hallarse poseido de un vértigo: cuando volvió á abrirlos encontró en el mismo sitio al caballero negro, y perdió la paciencia.

—Señor mio, le dijo señalándole con la mano el sitio en que se subdividia el camino, probablemente no tenemos los mismos negocios que desembrollar, y no llevamos el mismo objeto; conque elegid entre esos dos caminos el que mejor os pareciere: el que vos dejeis será el mio.

—Te engañas, Giac, contestó el desconocido con blando acento: los dos tenemos que ventilar los mismos asuntos y llevamos el mismo objeto. Yo no te buscaba, tú me has llamado y he venido.

De Giac recordó al punto la esclamacion vengativa que se le habia escapado y el modo con que el caballero se le habia aparecido, ni mas ni menos que si hubiese salido de la tierra. Examinó nuevamente al hombre estraordinario que tenia delante de sí. La luz que despedia el ópalo parecia una de esas llamas que arden en la frente de los espíritus infernales. Era de Giac crédulo, como caballero de la edad media, pero al propio tiempo tan valeroso como crédulo. No retrocedió un solo paso; únicamente sintió que, á pesar suyo, se le erizaban los cabellos: Raiff por su parte se encabritaba, piafaba y tascaba el freno con desasosiego.

—Si eres quien aseguras ser, repuso Giac con voz entera, si has venido porque te llamaba, ya sabes para qué te he llamado.

—Quieres vengarte á la vez de tu mujer y del duque, pero quieres sobrevivirles y volver á gozar alegría y felicidad entre sus tumbas.

Digitized by Google

—¿Y podrá ser eso?

—Podrá ser.

Una sonrisa convulsiva se apoderó de Giac.

—¿Qué es lo que quieres por ello? dijo.

—Lo que me has ofrecido, contestó el desconocido.

De Giac sintió crispados los nervios de su mano derecha; vaciló.

—Dudas, repuso el caballero negro; invocas la venganza y tiemblas delante de ella. ¡Corazon de mujer! has tenido valor para presenciar tu deshonra y no le tienes para ser testigo de la espiacion del crímen.

—¿Los veré morir á los dos? contestó de Giac.

—A los dos.

—¿Delante de mis ojos?

—Delante de tus ojos.

—¿Y gozaré despues de su muerte luengos años de amor, poderío y gloria, que ya creia perdidos para siempre? añadió de Giac.

—Llegarás á ser despues marido de la mujer mas hermosa de la córte, el privado mas querido del rey, y serás, como ya lo eres en el dia, uno de los caballeros mas esforzados del ejército.

—Bien está. ¿Qué he de hacer ahora? dijo de Giac con tono resuelto.

—Venir conmigo, respondió el desconocido.

—Hombre ó demonio, puedes echar á andar; ya te sigo.

El caballero negro se precipitó, como si su caballo tuviese alas, por el camino que conducia á la selva: Ralff, el veloz

Digitized by Google

Ralff le seguia con trabajo, aunque iba desbocado, y desaparecieron á breves instantes los dos caballeros como dos sombras bajo los arcos que por espacio de muchos siglos forman los árboles de la selva de Beaumont.

La tempestad duró toda la noche.

Digitized by Google

CAPITULO XXIV.

La toma de Rouen.

Los embajadores franceses llegaron por fin al puente de Arche: el rey de Inglaterra habia escogido por su parte para representarle al conde de Warwick, al arzobispo de Cantorbery y á otras personas de gran crédito, que eran miembros de su

Digitized by Google

consejo. Empero desde la primera entrevista quedaron persuadidos los enviados franceses de que el rey Enrique estaba de inteligencia con Guy-el-Copero, comandante de la plaza de Rouen, que como tenia la certeza de tomar la ciudad, no queria mas que ganar tiempo. Entablaronse primeramente acaloradas discusiones para resolver si las actas debian redactarse en francés ó en inglés. Era una cuestion de palabras que rebozaba una cuestion de cosas: los embajadores franceses lo conocieron y cedieron.

Apenas se allanó aquella dificultad se les opuso otra: el rey de Inglaterra escribió que acababa de saber que su hermano Cárlos VI habia sido atacado de un nuevo acceso de locura; que por consiguiente no podia firmar tratado alguno con él en tal circunstancia; que el delfin su hijo aun no era rey y no podia sustituirle; que en cuanto al duque de Borgoña, no tenia autoridad para intervenir en los asuntos de Francia y disponer de la herencia del delfin. No podia ser mas claro que el rey de Inglaterra, lleno de ambiciosas esperanzas, no tenia por ventajoso á sus intereses entrar en tratados ni ajustes sobre una porcion de la Francia, cuando podia conquistársela entera, merced á los grandes trastornos que por entonces habian enemistado al delfin y al duque de Borgoña.

Cuando el cardenal de los Ursinos, que habia enviado el papa Martin V para que hiciese lo posible por restablecer la paz entre los príncipes de la cristiandad, y que como encargado de una mision pontifical y conciliadora habia acompañado á los embajadores al puente de Arche, vió todos aquellos retardos, se encaminó á Rouen para conferenciar de viva voz con el mismo rey de Inglaterra. Este recibió al enviado del

Digitized by Google

Santo Padre con todos los miramientos que exigia su mision; pero no quiso escuchar nada sobre el asunto.

—La bendicion de Dios, le dijo al cardenal, es la que me ha inspirado venir á este reino para castigar á los súbditos que en él nacieron y gobernarlos como su verdadero rey: aquí se encuentran reunidas todas las causas por las que un reino debe ser trasferido de una persona á otra y cambiar de manos. Lo voluntad de Dios es la que ha dispuesto esta traslacion y que yo entre en posesion de la Francia; de ahí viene mi derecho.

Habló le entonces el cardenal de una alianza con la casa real de Francia, y le presentó el retrato de Catalina, hija del rey, que no tenia aun dieziseis años, y pasaba por una de las mujeres mas hermosas de la época. El rey de Inglaterra tomó el retrato, le miró por largo rato con admiracion y prometió dar una respuesta al cardenal al dia siguiente; cumplió su palabra.

Enrique aceptaba la alianza propuesta, pero exigia que trajese por dote la princesa Catalina cien mil ducados de oro, el ducado de Normandía, del cual ya habia conquistado una gran parte, el ducado de Aquitania, el condado de Ponthieu y otros muchos señoríos y dominios, todo ello sin juramento de vasallaje ni dependencia al rey de Francia.

Viendo el cardenal y los embajadores que no quedaba ninguna esperanza de conseguir cosa mejor, llevaron aquellas proposiciones al rey, á la reina y al duque de Borgoña: eran inadmisibles; fueron desechadas, y el duque y su ejército avanzaron hasta Beauvais.

Cuando los de Rouen supieron que se habian entablado ne-

Digitized by Google

gociaciones, volvieron á sentir renacer la esperanza en su corazon, mas esta desapareció cuando llegó á su noticia que habian cesado; resolvieron, una vez que estaban privados de socorros de guerra, ir hasta Beauvais á buscarlos.

Reuniéronse con este motivo hasta diez mil hombres bien armados, y nombráron por gefe á Alain Blanchard. Era este un valiente que traia su orígen mas del bajo pueblo que de la clase media, y que desde el principio del sitio habia sido escogido por la gente baja para capitan. Cada hombre hizo provision de víveres para dos dias, y á la caida de la noche se aprestaron para poner en ejecucion su proyecto.

Habia quedado convenido que saldrian todos por la puerta del castillo; empero Alain Blanchard juzgó oportuno cambiar aquella disposicion, reflexionando que era mejor atacar por dos lados á la vez; por consiguiente, salió con dos mil hombres por una puertecita próxima á la del castillo, con el objeto de dar principio al ataque. Los ocho mil hombres restantes debian sostener el encuentro y salir á la misma hora por otro lado, combinando su movimiento con el de aquel.

Alain Blanchard y sus dos mil hombres salieron sin ruido á la hora convenida, fueron avanzando á favor de la oscuridad, y al primer grito del centinela enemigo se arrojaron como desesperados al través de las tiendas del rey de Inglaterra é hicieron una terrible carnicería en sus tropas, porque estaban desarmados y dormidos la mayor parte de los soldados; empero cundió en breve el grito de alarma por el campo, sonaron las trompetas, y caballeros y peones acudieron armados al pabellon del rey. Halláronle medio armado: no gastó ni aun el tiempo preciso para ponerse el casco; y con el objeto de que

Digitized by Google

sus soldados no le creyesen muerto y se desalentasen, hizo que á cada lado de su caballo fuesen dos hombres con teas encendidas, para que amigos y enemigos le reconociesen bien. En tanto iba creciendo el número de los que se habian formado alrededor del rey y vieron la reducida tropa que habia venido á atacarlos; lanzáronse á ella como fieras, los acometidos acometieron á su vez, y desplegándose en semicírculo, empezaron á atacar por el flanco á aquella escasa fuerza con sus poderosas alas. Alain Blanchard y su gente se defendian como leones sin poderse dar razon del abandono en que los dejaban sus compañeros. Oyéronse por fin muchos gritos por la parte que correspondia á la puerta del castillo: los franceses creyeron que aquellos gritos eran de los que venian á socorrerlos y cargaron con nuevo ardor; eran gritos lastimeros.

El traidor Guy, no pudiendo participar al rey de Inglaterra la resolucion súbitamente tomada, determinó estorbarla por lo menos; hizo serrar las tres cuartas partes de los maderos sobre que se apoyaba el puente y limar las cadenas que le sostenian. Pasaron sin ningun incidente hasta doscientos hombres; pero en seguida el peso de los cañones y de la caballería hundió el puente y fueron rodando al foso, mezclados unos con otros, hombres, caballos y artillería; así los que cayeron como los que los veian caer, dieron un grito agudo, los unos de desesperacion, los otros de terror. Aquel grito fué el que habian oido Alain Blanchard y su gente.

Los doscientos hombres que estaban ya al otro lado del foso, no pudiendo entrar en la ciudad, corrieron al socorro de sus compañeros. Creyeron los ingleses que venia sobre ellos la guarnicion entera, y les abrieron paso. Entonces fué cuando

Digitized by Google

Alain Blanchard supo la traicion que los habia vendido, pero al propio tiempo se penetró con una rápida ojeada del provecho que podria sacar del error de los ingleses. Dispuso la retirada, la cual emprendió en el mejor órden, sostenida por los doscientos hombres que acababan de llegar. Retrocedieron peleando siempre hasta la puerta por donde habian salido. Los amigos que se habian refugiado en la ciudad de resultas del hundimiento del puente, favorecieron su retirada desde la muralla, descargando sobre los enemigos una lluvia de piedras y ballestas. Bajóse por fin el puente levadizo, abrióse la puerta, y aquel reducido ejército entró de nuevo en la ciudad, no sin haber sufrido la pérdida de quinientos hombres. Tan de cerca le iban los ingleses al alcance á Alain Blanchard, que este les gritaba á los de la muralla que levantasen el puente, por miedo de que entrasen en la ciudad, á pesar de hallarse él todavía al otro lado del foso.

Esta malograda tentativa empeoró la situacion de los sitiados. Aunque el duque de Borgoña habia llegado con grande aparato hasta Beauvais, no por eso recibian socorro alguno; por lo tanto, determinaron enviarle de nuevo cuatro diputados; eran portadores de una carta concebida en los términos siguientes:

«A vos, señor y rey nuestro, y á vos, noble duque de Borgoña, los honrados vecinos de Rouen os han significado y hecho saber repetidas veces la gran necesidad y angustia en que se encuentran por vosotros, á cuyo remedio no habeis sin embargo ocurrido como prometísteis. Esto no obstante, somos enviados á vosotros por última vez para anunciaros por los ya dichos asediados, que si no son socorridos con la mayor pres-

Digitized by Google

teza y en muy breves dias, se rendirán al rey inglés; y os envian desde ahora, por si no lo hiciéreis, la fé, juramento, lealtad y obediencia que hasta aquí os guardaron.»

Contestóles el duque de Borgoña, que el rey no habia logrado reunir aun en torno suyo el suficiente número de fuerzas para obligar á los ingleses á levantar el sitio, pero que muy pronto serian socorridos con la ayuda de Dios. Los enviados pidieron que se les fijase un término, y el duque empeñó su palabra para el cuarto dia despues de la Navidad.

Regresaron los diputados, al través de mil peligros, á llevar aquellas palabras á la pobre ciudad, estrechada por los ingleses, abandonada por el duque y olvidada por el rey, que por entonces habia sido acometido en efecto por uno de sus frenéticos arrebatos.

Llegó el cuarto dia despues de Navidad y no pareció ningun socorro para Rouen. Dos simples hidalgos resolvieron acometer entonces la empresa que no se habia atrevido á intentar Juan Sin-miedo: fueron messire Santiago de Harcourt y el señor de Moreuil. Reunieron dos mil combatientes, é intentaron sorprender á los ingleses; pero aunque tenian gran valor, contaban con escasa fuerza: derrotóles el señor de Cornouailles, y en la derrota quedaron prisioneros el señor de Moreuil y el bastardo de Croy. El mismo Santiago de Harcourt debió su salvacion á la estrema ligereza de su caballo, que de un salto salvó un foso de diez piés de anchura.

Los sitiados conocieron entonces que se les consideraba como cosa perdida; estaban en tan miserable estado, que su mismo enemigo tuvo lástima de ellos. En celebridad de la Natividad de Jesucristo mandó el rey de Inglaterra llevar algunas

Digitized by Google

provisiones á los infelices que perecian de hambre en los fosos de la ciudad. Viéndose los sitiados abandonados por el rey, que estaba demente, y por el duque de Borgoña, que era un perjuro, resolvieron capitular. Tambien se acordaron del delfin, pero este se hallaba en mortal contienda en la provincia de Maine, y tenia harto á que atender; pues con la mano izquierda tenia que descargar sobre los ingleses, y con la diestra sobre los borgoñones.

Presentóse un heraldo al rey de Inglaterra, de parte de los sitiados, pidiendo un salvo-conducto, que les fué concedido. Dos horas despues atravesaron y se encaminaron paso á paso hácia la tienda de Enrique seis embajadores vestidos de negro y con la cabeza descubierta, en guisa de suplicantes: eran dos hombres de iglesia, dos caballeros y dos plebeyos. El rey los recibió en su trono, rodeado de toda la nobleza armada de punta en blanco; y despues de una gran pausa, durante la cual reinó un profundo silencio, para probarles que estaban á merced suya, les hizo señal para que hablaran.

—Señor, dijo uno de ellos con voz llena de entereza, no es digno de vuestra gloria ni de vuestro acreditado valor vencer por hambre á un pobre pueblo inocente y fiel. ¿No seria mas heróico y magnánimo por vuestra parte, dejar pasar á esos infelices que están pereciendo en nuestros fosos y murallas para que pudiesen ir á ganar su subsistencia á otra parte, y someternos por el valor y la fuerza con un asalto vigoroso? De ese modo adquiriríais mayor gloria á los ojos de los hombres, y alcanzaríais la misericordia divina por haber tenido compasion de esas desventuradas gentes.

Digitized by Google

El rey habia empezado á escuchar aquel discurso jugando con los blondos rizos de su favorito, que estaba sentado á sus piés; pero muy luego dejó caer la mano y se quedó atónito de sorpresa, porque no se aguardaba á escuchar quejas de aquellos hombres, sino súplicas. Frunciéronse involuntariamente sus cejas, y una sonrisa amarga entreabrió sus lábios; despues de haberlos mirado por largo rato, como para darles tiempo de retractar sus palabras, les contestó con un acento altanero y burlon, viendo que callaban:

—La deidad que preside á la guerra tiene á sus órdenes tres serviciales vasallos: el acero, el fuego y el hambre. En mi mano estaba emplearlos todos tres juntos, ó cada uno por separado; empero he llamado en mi ayuda al menos terrible de esos súbditos para castigar á vuestra ciudad y hacerla entrar en la senda de la razon. Por lo demás, sea cual fuere el que un capitan emplee, con tal que lleve adelante su empresa, siempre el éxito será honroso, y solo á él toca decidir cuál puede serle mas ó menos ventajoso.

Por lo que hace á los desgraciados que mueren en los fosos, no me deben á mí esa muerte, sino á vosotros, que habeis tenido la crueldad de echarlos, á pique de que yo los hubiese mandado matar. Si han recibido algun socorro lo deben á mi caridad, y no á la vuestra; y pues es tan atrevida vuestra demanda, no debe ser por cierto grande vuestra necesidad; por tanto, los volveré á dejar á vuestro cargo para que os ayuden á acabar presto las provisiones. En cuanto al asalto, ordenaré que se dé cómo y cuándo quisiere; á mí, y no á vosotros, compete esa determinacion.

—Y decid, señor, repusieron los diputados, ¿qué condicio-

Digitized by Google

nes pensais imponernos en el caso de que viniésemos comisionados por nuestros conciudadanos para capitular?

Una sonrisa de triunfo apareció en los lábios del rey.

—Las condiciones, respondió, serán las que generalmente se conceden á hombres cogidos con las armas en la mano y á toda ciudad tomada por el enemigo; habitantes y edificios á merced del vencedor.

—Entonces, contestaron con el acento de la resignacion, pediremos al cielo que tenga misericordia de nosotros, pues tan poca hemos alcanzado de vos; porque hombres y mujeres, viejos y niños, pereceremos todos antes que rendirnos bajo tales condiciones.

Dicho esto, inclináronse respetuosamente y despidiéronse del rey, llevando aquellas palabras á los tristes habitantes de la ciudad, que los esperaban con impaciencia.

No se oyó mas que una sola voz en aquella heróica poblacion, vivir ó morir peleando, antes que entregarse á discrecion en manos de los ingleses. Resolvióse, en consecuencia, que en la noche del dia siguiente se echaria abajo una cortina del muro, pegarian fuego á la ciudad, meterian en medio de la gente las mujeres y niños, y con el acero en la mano tratarian de abrirse paso por medio del ejército enemigo, hasta que fuesen á parar adonde Dios dispusiese.

Enrique de Inglaterra supo aquella noche misma tan heróica resolucion: Guy-el-Copero se la participó. Queria la ciudad y no sus cenizas; por lo tanto, envió un heraldo á los sitiados con las siguientes condiciones, que fueron leidas á son de pregon en las plazas públicas.

Por la primera, se exigia que todos los habitantes y ve-

Digitized by Google

cinos de la ciudad de Rouen pagasen la cantidad de trescientos cincuenta y cinco mil escudos de oro, acuñados en Francia.

Fué admitida.

En la segunda, pedia el rey que se le entregasen á discrecion tres hombres, á saber: messire Roberto, vicario general del arzobispado de Rouen, Juan Jourdain, comandante de artillería y Alain Blanchard, caudillo de la gente baja.

Un grito de indignacion, que fué seguido de vociferaciones negativas, salió de la boca de todos: Alain Blanchard, Juan Jourdain y Roberto de Linet se presentaron al frente.

—Este es asunto nuestro, y de ninguna manera os atañe, esclamaron. Si á nosotros nos place entregarnos al rey de Inglaterra, nadie tiene que intervenir en ello: dejadnos pasar.

El pueblo abrió paso y los tres mártires emprendieron el camino del campamento inglés.

En la tercera, reclamaba el rey Enrique obediencia, sumision y juramento de fidelidad á él y sus sucesores de todos los ciudadanos indistintamente, prometiendo defenderlos por su parte contra cualquier fuerza ó violencia, y conservarles todos los privilegios, franquicias y libertades que poseian en tiempo del rey Luis. Los que quisieren salir de la ciudad para eximirse del cumplimiento de esta tercera condicion, no podrian hacerlo mas que con el traje que llevasen encima, debiendo ser confiscado el resto de sus bienes en beneficio del rey: la gente de guerra se dirigiria al punto que el vencedor tuviese á bien enviarla, y tendria que hacer el viaje á pié, con un báculo por único apoyo, como los peregrinos y

Digitized by Google

mendigos. Esta última condicion era cruel en estremo, pero no obstante, fué forzoso aceptarla.

Al punto que se juró la observancia del tratado, autorizó el rey á los sitiados transidos de hambre para venir á buscar víveres á su campo: tan abundante estaba todo en él, que un carnero entero no costaba mas que seis sueldos *parisis*.

Pasaron las cosas que acabamos de narrar el dia 16 de enero de 1419 (1).

El 18 por la tarde, víspera del dia señalado por el rey para verificar su entrada en la ciudad rendida, el duque de Bretaña, que ignoraba la toma de Rouen, llegó al campo de Enrique para proponerle una entrevista con el de Borgoña, en la cual tratarian del levantamiento del sitio.

El rey Enrique le dejó en su error, le contestó que al dia siguiente le daria la respuesta, y no se separó de él en toda la noche.

A las 8 de la mañana siguiente, 19 de enero, entró el rey en la tienda del duque y le propuso dar un paseo hácia el monte de Santa Catalina. Una espesa niebla que se elevaba del Sena envolvia la ciudad; pero á los primeros rayos del sol levantóse un viento Norte que deshizo la niebla en grandes copos, los cuales desaparecieron rápidamente á la manera que las olas de una marea que empieza á bajar, y presentaron á la vista el magnífico panorama que se descubre desde el sitio en que todavía se encuentran los restos de un campo romano que llaman *Campó de César*.

---

(1) Estilo moderno: 1418 segun el antiguo estilo. El año empezaba el 26 de abril.

Digitized by Google

Los ojos del duque de Bretaña estendieron sus miradas con admiracion por aquel vasto y bellísimo cuadro: á la derecha, la vista halla por límite una cadena de colinas cubiertas de viñas y pobladas de aldeas; enfrente corre el Sena y atraviesa el valle de tal modo, que parece una inmensa pieza de tela de seda desdoblada y ondulante; despues empieza á ensancharse progresivamente y vá á perderse en un horizonte tan estenso, que es fácil adivinar detrás de él al Océano; á la izquierda se estienden á modo de alfombras las ricas y fértiles llanuras de la Normandía, metiéndose en el mar, ni mas ni menos que una isla, en la cual vela siempre con los ojos fijos en la Inglaterra, Chebúrgo, la centinela de Francia.

Empero cuando puede decirse que fijó verdaderamente la vista, fué cuando dirigió sus miradas al centro del cuadro, y descubrió un espectáculo tan estraño como inesperado.

La ciudad triste y vencida estaba bajo sus piés; en sus murallas no ondeaba bandera alguna; todas sus puertas estaban abiertas: la guarnicion desarmada aguardaba en las calles lo que tuviese á bien hacer con ella el vencedor: el ejército inglés estaba, por el contrario, sobre las armas con banderas desplegadas: los caballos piafaban inquietos al toque de los clarines; parecia una cintura de hierro que estrechaba á la ciudad al través de sus murallas.

El duque de Bretaña adivinó la verdad: dejó caer lleno de vergüenza la cabeza sobre el pecho. Gran parte de la mengua de la Francia recaia sobre él, que era el segundo vasallo de la soberanía, el segundo flóron de la corona.

El rey Enrique no manifestó haber conocido lo que pasaba en el corazon del duque; llamó á un escudero y le

Digitized by Google

dió algunas órdenes en voz baja: el escudero salió á galope.

Un cuarto de hora despues vió el duque de Bretaña romper la marcha á la guarnicion. Segun lo tratado, iban todos los que la componian con la cabeza descubierta, descalzos y con el báculo en la mano. Salió por la puerta del Puente y fué escoltada por la orilla del Sena hasta el puente de San Jorge, donde el rey de Inglaterra habia puesto varios guardas que registraban, así á los caballeros como á los hombres de armas, les quitaban el oro, plata y alhajas que llevaban, y les daban en cambio dos sueldos *parisis*. Llegó hasta el caso de arrancarles á algunos de ellos sus túnicas ó batas forradas de martas ó recamadas de orbefrerías, y obligarles á que se pusiesen en vez de aquellas, túnicas de paño burdo ó de mal terciopelo. Viendo aquello, los que venian detrás arrojaban las alhajas, bolsillos y joyeles al Sena, para que así no pasasen á manos de sus enemigos.

Luego que estuvo toda la guarnicion al otro lado del puente de San Jorge, se volvió el rey al duque de Bretaña, y le dijo sonriéndose:

—Señor duque, ¿quereis entrar conmigo en mi ciudad de Rouen? Sereis bien recibido.

—Os doy las gracias, señor, contestó el duque de Bretaña; no quiero serviros de acompañamiento. Sois vencedor, es cierto; pero no soy todavía vencido.

Apenas hubo acabado estas palabras, se apeó del caballo que le habia prestado el rey Enrique, á pesar de las instancias que este le hizo para que le guardase á título de don, manifestando que esperaria allí su comitiva, y ningun respeto

Digitized by Google

hermano le haria poner el pié en una ciudad que no pertenecia ya al rey de Francia.

—Lástima grande es, por cierto, dijo Enrique resentido de aquella tenacidad, porque mañana hubiéseis presenciado un curioso espectáculo: las cabezas de los tres villanos que han sostenido el sitio caerán mañana mismo en la plaza mas pública de la ciudad.

Dicho esto, picó espuela sin despedirse del duque, que se quedó solo en aquel sitio aguardando á sus gentes y caballos. Vió al rey dirigirse hácia la plaza seguido de un paje, que en vez de estandarte llevaba en la punta de la lanza una cola de raposa. Delante de él se divisaba el clero vestido de sus hábitos sacerdotales y cargado de reliquias: condujéronle cantando á la soberbia catedral de Nuestra Señora, en donde dió gracias á Dios de rodillas, tomando de este modo posesion de la ciudad de Rouen, que el rey Felipe Augusto, abuelo de San Luis, habia arrebatado á Juan Sin-tierra doscientos quince años antes, cuando fueron secuestrados sus bienes con motivo de la muerte de su sobrino Arturo.

Entre tanto, la comitiva del duque de Bretaña se reunió con su señor.

Montó al punto este á caballo, lanzó una postrer mirada hácia la ciudad, exhaló un hondo suspiro pensando en la suerte futura de la Francia y echó á galope sin volver mas la vista.

Al dia siguiente, segun el rey de Inglaterra habia dicho, cayó en la plaza pública de Rouen la cabeza de Alain Blanchart. Roberto Linet y Juan Jourdain rescataron las suyas á fuerza de dinero.

El traidor Guy fué nombrado lugar-teniente del duque de

Digitized by Google

Glocester, que tomó el mando de la ciudad sometida. Prestó juramento de fidelidad al rey Enrique, el cual le regaló á los dos meses de aquel suceso, sin duda para recompensarle, el castillo y haciendas de la viuda de messire de la Roche-Guyon, muerto en la batalla de Azincourt.

Y segun la Inglaterra, fué aquel hecho justicia, porque la noble y hermosa viúda de la Roche-Guyon se habia negado á prestar juramento al rey Enrique. Tenia dos hijos, de los cuales el mayor no contaba siete años; su castillo era digno de un huésped real y capaz de dar envidia á una duquesa; vivia en sus tierras y entre sus vasallos con el lujo de una reina, y lo dejó todo, castillos, tierras, vasallos: cogió en cada mano uno de sus inocentes y tiernos hijos, y se fué por el mundo pidiendo pan para ella y para ellos, por no consentir en ser mujer de Guy-el-Copero ni ponerse en manos de los antiguos y mortales enemigos del reino.

Si nos hemos detenido tanto en los pormenores del sitio de Rouen, ha sido porque la toma de aquella ciudad fué un fatal acontecimiento, que encontró un eco pronto y terrible en todo el reino. Desde aquel dia pusieron realmente los ingleses ambos piés sobre el suelo de Francia, cuyos dos estremos poseian, la Guiena bajo fé y homenaje, y la Normandía por derecho de conquista. Los dos cuerpos de ejército enemigo no tenian mas que encaminarse uno hácia otro para juntarse y atravesar la Francia, como un espada atraviesa el corazon.

Todo el baldon de la toma de Rouen recayó sobre el duque de Borgoña, que vió venir al suelo aquella capital, á la cual pudo haber salvado con solo estender el brazo, y no lo

Digitized by Google

hizo. Sus amigos no sabian qué título dar á aquella inaccion estraña; sus enemigos la calificaban de traicion. Los que rodeaban al delfin sacaron de aquí nuevas armas contra el duque; porque si no las habia entregado, habia al menos dejado coger las llaves de la poterna por la cual los ingleses podian entrar en París; y fué tal el terror que se esparció, que veintisiete villas de Normandía abrieron sus puertas luego que supieron la toma de la capital.

Cuando los de París vieron aquellas cosas y que el enemigo estaba á treinta leguas solamente de la ciudad, se reunieron: el parlamento, la universidad y el vecindario enviaron una embajada al duque Juan; suplicábanle que volviese con el rey, la reina y toda su gente á defender la capital del reino. La única respuesta del duque fué enviarles á su sobrino Felipe, conde de San-Pol, de edad de quince años, con el título de teniente del rey y el encargo de dirigir los negocios de la guerra de Normandía, Isla de Francia, Picardía y los bailíos de Senlis, Meaux, Melan y Chartres. Cuando vieron entrar aquel niño en la capital y supieron los de la ciudad que venia á defenderlos, conocieron que eran abandonados como sus compatriotas de Rouen, y allí tambien se alzaron grandes murmullos contra el honor del duque de Borgoña.

Digitized by Google

Digitized by Google

CAPITULO XXV.

La contestacion.

Una elegante barca, en cuya popa campeaba un pabellon recamado de flores de lis y coronado con el escudo de las armas de Francia, se deslizaba muellemente al impulso de doce remeros y una belilla en una de las deliciosas mañanas del mes de mayo del año siguiente. Las cortinas del pabellon hácia la parte del Mediodia estaban descorridas, sin duda para dejar paso hasta las personas que en él se albergaban, á los rayos matinales del temprano sol de mayo y á las primeras

Digitized by Google

brisas, que tan embalsamadas y templadas nos envia la primavera. Iban en el pabellon dos mujeres sentadas, ó por mejor decir echadas, en una rica alfombra de terciopelo azul bordado de oro, apoyándose en unos cogines de la misma estofa: á sus espaldas se veia en pié otra tercera, que guardaba la mayor compostura y respeto.

Difícil empresa hubiera sido encontrar en todo el reino otras tres mujeres que pudieran disputar á estas el premio de la hermosura; pues no parecia sino que la casualidad habia querido reunir en ellas los tres tipos mas pronunciados y diferentes de cuantos pueden verse. Nuestros lectores conocerán ya por la descripcion que hemos hecho á la de mas edad, cuyo rostro pálido y altanero estaba cubierto en este momento de un colorido facticio, debido al reflejo ardiente de la tela encarnada del pabellon, en cuyo respaldo estaba dando el sol, y que añadia á su fisonomía una espresion estraña. Era Isabel de Babiera.

La niña que estaba echada á sus piés, cuya cabeza descansaba sobre sus rodillas, cuyas dos manezuelas tenia ella estrechadas en una de las suyas, cuyos cabellos negros se escapaban de una redecilla dorada, formando hermosos rizos guarnecidos de perlas, cuyos ojos, ardientes como los de una italiana, despedian, sonriéndose apenas, rayos tan dulces que parecian incompatibles con su color moreno, era la jóven Catalina, tierna y blanca paloma, que estaba destinada á salir del arca para traer á dos naciones el ramo de oliva.

La que estaba en pié detrás de ellas era la señorita de Thian, dama de Giac, de rostro sonrojado, cabellera rubia y medio inclinada sobre el hombro desnudo, talle frágil, que pa-

Digitized by Google

recia iba á romperse al menor soplo, boca y piés de niño, cuerpo aéreo y aspecto de ángel.

Apoyado en el palo de la barca y enfrente de ellas, una mano puesta en la guarnicion de la espada y sosteniendo con la otra una toca de terciopelo forrada de marta, contemplaba un hombre este cuadro del Albano. Era el duque Juan de Borgoña.

Sire de Giac se habia quedado en Pontoise encargado de la guardia del rey, que, aunque convaleciente, no estaba todavía en estado de asistir á las conferencias que iban á celebrarse. En nada se habian alterado las relaciones del duque, de sire de Giac y de su mujer, á pesar de la escena que hemos procurado pintar en uno de los capítulos precedentes; y los dos amantes, clavándose mútuamente sus miradas, silenciosos y absortos en un solo pensamiento, en el de su amor, estaban muy lejos de creer que habian sido espiados y descubiertos aquella noche en que vimos desaparecer á sire de Giac en el bosque de Beaumont arrastrado por Ralff siguiendo las huellas de su desconocido compañero.

Cuando hemos llamado la atencion de los lectores sobre la barca que bajaba por el rio, estaba ya esta muy cerca del paraje donde debia dejar los pasajeros; y desde el punto donde habian llegado, podíanse distinguir claramente en el pequeño valle situado entre la ciudad de Melun y el rio Oise muchas tiendas, coronadas unas con los trofeos de las armas de Francia y otras con el estandarte de Inglaterra. Habian sido construidas estas tiendas á cien pasos de distancia enfrente unas de otras, de modo que pareciesen dos campos. En medio del espacio que las separaba se veia un pabellon abierto, cuyas

Digitized by Google

dos puertas opuestas caian en la direccion de dos entradas de un parque cerrado con macizas puertas, cercado de estacadas y anchos fosos. Esta cerca rodeaba por ambas partes el campo que acabamos de describir, cuyas entradas estaban guardadas por mil hombres cada una, los unos pertenecientes al ejército de Francia y de Borgoña y los otros al de Inglaterra.

A las dos de la mañana las puertas del parque se abrieron simultáneamente en las dos estremidades opuestas. Los clarines tocaron, y por la parte de los franceses entraron los personajes que hemos visto ya en la barca, al mismo tiempo que salia á su encuentro por la parte opuesta el rey Enrique V de Inglaterra acompañado de sus hermanos los duques de Gloucester y de Clarence.

Estas dos pequeñas comitivas reales se dirigieron á encontrarse en el pabellon. El duque de Borgoña traia á su derecha á la reina y á la izquierda á madama Catalina: el rey Enrique venia en medio de sus dos hermanos, y detrás les seguia el conde de Warwick á algunos pasos de distancia.

Cuando estuvieron en el pabellon donde debia verificarse la entrevista, el rey saludó respetuosamente á madama Isabel y la besó en ambas mejillas, así como á la princesa Catalina. El duque de Borgoña dobló un poco la rodilla, pero el rey, cogiéndole de la mano le levantó; y estos dos poderosos príncipes é ínclitos caballeros al hallarse frente á frente se miraron algunos instantes en silencio con la curiosidad de dos hombres que habian deseado encontrarse en los campos de batalla. Ambos conocian la fuerza y poderío de la mano que estrechaban: el uno habia merecido el sobrenombre de *Sin-miedo*, y el otro se habia ganado el de *Conquistador*.

Digitized by Google

No tardó, sin embargo, el rey en acercarse á la princesa Catalina, cuyo lindo rostro le habia ya vivamente interesado, cuando el cardenal Ursinos le presentó su retrato al frente de Rouen. La acompañó, así como á la reina y al duque, hasta los sitiales que se habian preparado para recibirlos, y sentándose enfrente de ellos, hizo que se adelantase el conde de Warwick para que sirviese de intérprete. Este hincó entonces una rodilla en tierra.

—Señora, dijo en francés, habeis deseado tener una entrevista con nuestro *gracioso* soberano el rey Enrique para convenir en los medios de celebrar la paz entre ambos reinos. Monseñor el rey, deseando tanto como vos esta paz, se ha apresurado á aceptar esta entrevista. Ya estais en presencia el uno del otro, teniendo, como Dios, la suerte de los pueblos en vuestra diestra. Hablad, señora reina; hablad, monseñor duque, y plegue á Dios que vuestras reales y soberanas bocas pronuncien palabras de conciliacion.

La reina hizo una señal, y levantándose el duque de Borgoña tomó á su vez la palabra.

—Hemos recibido, dijo, las peticiones del rey, que consisten en tres reclamaciones: la ejecucion del tratado de Bretigny, el abandono de la Normandía y la soberanía absoluta sobre todo lo que le sea cedido por este tratado. Aquí están las réplicas presentadas por el consejo de Francia.

El conde de Warwick cogió el pergamino que le presentaba el duque.

El rey Enrique pidió un dia para examinarlo y poner sus observaciones; luego, levantándose y ofreciendo la mano á la reina y á la princesa Catalina, las acompañó hasta su tienda

Digitized by Google

con muestras de respeto y de tierna cortesanía, que probaban cuál era la impresion que le habia causado la hija de los reyes de Francia.

Al dia siguiente tuvieron nueva conferencia; pero madama Catalina no asistió á ella, lo que disgustó al rey de Inglaterra. Este entregó al duque de Borgoña el pergamino que habia recibido de él la víspera. La entrevista fué fria y corta.

El rey de Inglaterra habia puesto de su puño al pié de cada réplica del consejo condiciones tan exorbitantes, que ni la reina ni el duque se atrevieron á tomar sobre sí la responsabilidad de aceptarlas. Las enviaron, pues, á Pontoise para que fuesen presentadas al rey, suplicándole al mismo tiempo que las aceptase, pues la paz, decian, era el único medio de salvar la monarquía.

El rey de Francia estaba en uno de esos momentos de sana razon que pueden compararse á la hora del crepúsculo matinal, cuando el dia, luchando todavía con la noche, á la que aun no ha vencido, presenta todos los objetos en una forma confusa y flotante. Los rayos del sol al ponerse bañan tan solo la cúspide de los montes mas elevados; pero los valles están todavía envueltos en las sombras. Del mismo modo en el vacilante cerebro del rey los pensamientos primitivos, pensamientos de instinto general y de conservacion personal, atraian hácia sí los primeros rayos de luz que la razon hacia resplandecer, dejando en la oscuridad todo lo que era bajo interés y abstraccion política.

Estos momentos de transicion que seguian á las grandes crísis físicas, venian siempre acompañados de una debilidad de espíritu y de un abandono de voluntad, que eran causa de

Digitized by Google

que el viejo monarca cediese á cuanto le pedian, aun cuando de ello resultase todo lo contrario á lo que aspiraba en favor de su interés personal ó en el del reino: lo primero que sentia en esas horas de convalecencia era una necesidad de reposo y de sentimientos dulces, cuya continuacion era el único remedio que podia volver aquella máquina desgastada por los disgustos intestinos, la guerra estranjera, las turbulencias civiles, á los dias felices de calma, de los que tenia tanta necesidad su prematura vejez. Ciertamente que si Cárlos hubiese sido un simple y honrado vecino de su *buena villa*, y que otras circunstancias lo hubiesen conducido al estado en que se veia, una familia cariñosa y amada, la tranquilidad del alma, el cuidado del cuerpo, hubieran podido durante mucho tiempo todavía prolongar su débil existencia; ¡pero era rey!

Los partidos bramaban al pié de su trono, como los leones á los de Daniel; de sus tres hijos mayores, triple esperanza del reino, habia visto morir dos en edad temprana, sin atreverse, sin embargo, á investigar las causas de su muerte; solo habia sobrevivido uno, jóven y hermoso.... el que se le aparecia en los accesos de delirio, en medio de los demonios de sus ensueños, como un ángel de amor y consuelo. Y sin embargo, este último hijo de sus entrañas, este último vástago del trono viejo, este mismo, que cuando su padre yacía abandonado en poder de criados, olvidado de la reina, despreciado de sus mas nobles vasallos, se deslizaba algunas veces durante la noche en su cuarto sombrío y solitario para consolar al anciano con sus palabras, cuyas manos calentaba con su aliento, y cuya frente acariciaba con sus besos: este mismo, apoderándose la guerra civil de él, lo habia arrojado lejos de los

Digitized by Google

brazos de su padre; desde su ausencia, siempre que en la lucha del alma con la materia, de la razon con la locura, habia quedado vencedora la razon, todo conspiraba á abreviar esos momentos lucidos, durante los cuales el rey tomaba las riendas del poder de las manos fatales que abusaban de él: al paso que cuando por el contrario la locura podia mas que la razon, como una enemiga mal vencida, tenia por fieles auxiliares á la reina y al duque, señores y criados, en fin, á todos los que reinaban por el rey, cuando el rey no podia reinar.

Cárlos VI conocia á la vez el mal y la imposibilidad de remediarlo; veia el reino despedazado por tres partidos, que una mano fuerte hubiera podido someter: estaba penetrado de que era necesaria una voluntad de rey, y el desvalido anciano y pobre insensato apenas era un fantasma de rey; en fin, como un hombre sorprendido por un terremoto, oia crujir en torno suyo el grande edificio de la monarquía feudal; y persuadido que ni tenia poder para sostener la bóveda pronta á desplomarse, ni fuerzas para huir, bajaba su blanca y resignada cabeza y esperaba el golpe.

Acababan de entregarle el mensaje del duque y las condiciones del rey de Inglaterra: sus criados le habian dejado solo en su cuarto; en cuanto á sus cortesanos, hacia ya tiempo que no tenia ninguno.

Habia leido el pergamino fatal que forzaba á la legitimidad á tratar con la conquista; tenia ya la pluma en la mano para firmar, pero al tiempo de ir á escribir las siete letras que componian su nombre, considerando que cada una de estas letras le costaba una provincia, arrojó lejos de sí la pluma dando un grito de angustia y dejó caer su cabeza entre las

Digitized by Google

dos manos diciendo: ¡Dios mio, Dios mio, compadeceos de mí!

Hacia ya una hora que estada absorto en mil pensamientos incoherentes, muy semejantes al delirio, procurando apoderarse en medio de ellos de esa voluntad de hombre, que su cerebro irritado no tenia fuerzas ni para alcanzar ni retener, y que huyendo siempre de él, despertaban en su frente mil ideas nuevas, que no tenian relacion alguna con la voluntad que tanto deseaba tener. Empezaba á presentir ya que iba á escapársele la razon en aquel caos, y apresaba con ambas manos su cabeza como para retenerla en ella: el cuarto daba vueltas alrededor suyo; los oidos le zumbaban; sus cerrados ojos veian resplandores horribles; conocia, en fin, que la infernal locura se posaba sobre su calva cabeza royéndole el cráneo con sus dientes de fuego.

En este momento supremo la puerta, cuya guardia se habia confiado á sire de Giac, se abrió suavemente. Un jóven, deslizándose por ella ligero como una sombra, vino á apoyarse en el respaldo del sitial del anciano; despues de haberlo contemplado un instante con compasion y respeto se inclinó, y arrimándose al oido le dijo: ¡Padre mio!

Estas palabras produjeron un efecto mágico sobre aquel á quien habian sido dirigidas: al oir el sonido de aquella voz, sus manos se apartaron; levantó la cabeza, y siguió encorvado el cuerpo, respirando apenas, fijos los ojos sin atreverse á volver todavía; tanto temia haber creido oir, y no haber oido.

—Soy yo, padre mio, dijo segunda vez la voz dulce.

Y el jóven, dando una vuelta alrededor del sillon, vino

Digitized by Google

con el mayor cuidado á ponerse de rodillas sobre el almohadon en que descansaban los piés del anciano.

Este le miró con desencajados ojos; y luego, dando de repente un grito, le echó sus brazos alrededor del cuello, estrechó aquella rubia cabellera sobre su pecho, y apoyando los lábios sobre sus cabellos los besó con un amor muy semejante al furor.

—¡Oh! ¡oh! dijo sollozando, ¡oh, hijo mio, querido hijo mio, Cárlos de mis entrañas! y las lágrimas le saltaban. ¡Oh, hijo de mi corazon! ¡Conque eres tú! ¡Tú en los brazos de tu anciano padre!... ¡y es cierto, cierto! Vuélveme, pues, á hablar.... sí, háblame siempre.

Luego separaba con ambas manos la cabeza del jóven y clavaba sus desencajados ojos en los de su hijo; y este, que tampoco podia hablar, porque las lágrimas anudaban su voz, le hacia, sonriéndose y llorando al mismo tiempo, señas con la cabeza que no se engañaba.

—¿Cómo has venido? decia el anciano; ¿qué camino has traido? ¿cuántos peligros has corrido por mí, por volverme á ver? ¡Oh! mil veces bendito seas, hijo mio, por tu amor filial: ¡el señor te bendiga como te bendice tu padre!

Y el pobre anciano cubria de nuevo á su hijo de besos.

—Padre mio, dijo el delfin, estábamos en Meaux cuando supimos las conferencias que iban á abrirse para ajustar la paz entre la Francia y la Inglaterra: al mismo tiempo hemos sabido, que padeciendo y enfermo, no podiais asistir á la entrevista.

—¿Y cómo lo has sabido?

—Por uno de mis mas fieles amigos, que lo es tambien vues-

Digitized by Google

tro, padre mio; por el que está encargado de guardar de noche esta puerta.

Y señaló á la que le habia servido para entrar.

—¡Por sire de Giac! dijo el rey asustado.

El delfin movió la cabeza afirmativamente.

—Pero ese hombre es partidario del duque, prosiguió el rey cada vez mas atemorizado; ese hombre se ha traido sin duda para entregarte.

—Desechad esos temores, padre mio, replicó el delfin: sire de Giac es enteramente nuestro.

El tono de conviccion con que habló el delfin tranquilizó al rey.

—¿Y cuándo has sabido que yo estaba solo? preguntó el anciano.

—Deseaba ya veros; y Tanneguy, á quien negocios importantes obligaban á verse con Giac, ha consentido en acompañarme; sin embargo, para mayor seguridad vienen con nosotros otros dos valientes caballeros.

—Dime sus nombres para que los grabe en mi corazon.

—Sire de Vignolles y Pothon de Xaintrailles. A las seis de esta mañana hemos salido de Meaux; hemos dado la vuelta á París por Louvres, donde hemos mudado de caballos, y al caer de la tarde nos hallábamos en la puertas de la ciudad, en las que nos estaban esperando Pothon y Vignolles. La carta de sire de Giac nos ha servido de salvo-conducto; y sin que nadie haya sospechado quién somos, hemos llegado hasta esa puerta, que sire de Giac me ha abierto, y ¡aquí me teneis, padre mio, aquí me teneis á vuestros piés.... en vuestros brazos!

Digitized by Google

—Sí, sí, dijo el rey dejando caer su abierta mano sobre el pergamino que iba á firmar cuando fué el delfin, y que contenia las condiciones onerosas que acabamos de referir; sí, hijo mio, estás en mis brazos, viniendo como un ángel de la guarda del reino á decirme: «Rey, no entregues la Francia:» viniendo como un hijo á decirme: «Padre, consérvame mi herencia.» ¡Oh! ¡los reyes.... los reyes!... gozan de menos libertad que el último de sus vasallos; tienen que dar cuenta, primero á sus sucesores y despues á la Francia, del patrimonio que les legaron sus antepasados. ¡Ah!... cuando dentro de poco tiempo me encuentre frente á frente con mi real padre Cárlos el Sábio, ¡cuán fatal será la cuenta que tendré que darle del reino que él me dejó, rico, tranquilo y poderoso, y que yo le dejo pobre, agitado por mil turbulencias y hecho mil pedazos! ¡Ah! tú vienes á decirme: «No firmes esa paz.» ¿No es verdad que me lo vienes á decir?

—Es verdad, señor, que esta paz es onerosa y fatal, dijo el delfin, despues de haber leido el pergamino en que estaban escritas las condiciones; mis amigos y yo, continuó, romperemos hasta la última espada en el casco de los ingleses, antes que firmar con ellos semejante tratado, y moriremos todos sobre esta tierra de Francia antes que cedérsela por nuestra libre voluntad á nuestro antiguo enemigo. Sí, padre mio, creedme.

Cárlos VI cogió con temblorosa mano el pergamino, lo miró largo espacio, y luego por un movimiento espontáneo lo rompió en dos pedazos.

El delfin se echó en sus brazos.

—Sea, dijo el rey: guerra tendremos; mas vale una batalla perdida que una paz ignominiosa.

Digitized by Google

—El Dios de los ejércitos nos protegerá, padre mio.

—¿Y si el duque nos abandona y se pasa á los ingleses?

—Entablaré relaciones con él, respondió el delfin.

—Hasta hoy, jamás has querido concederle una entrevista.

—Pues ahora le pediré yo una.

—¿Y Tanneguy?

—Consentirá, padre mio, y hasta será portador de mi peticion y la apoyará: entonces el duque y yo revolveremos nuestras fuerzas unidas contra esos ingleses del demonio y los obligaremos á refugiarse en sus malditas naves. Tenemos nobles hombres de armas, soldados leales y una buena causa, que es mas de lo que necesitamos para vencer; una sola mirada de Dios, y nos hemos salvado.

—¡El Señor te oiga!

Y cogió el roto pergamino.

—Suceda lo que sucediere, esta es mi contestacion al rey de Inglaterra.

—¡Sire de Giac! gritó en este momento el delfin.

Y sire de Giac entró levantando la tapicería que estaba colgada en la puerta.

—Esta es, dijo el delfin, la contestacion á las proposiciones del rey Enrique. Mañana se las llevareis al duque de Borgoña, y le entregareis al mismo tiempo esta carta, en la que le pido una entrevista para arreglar, como buenos y leales amigos, los negocios de este pobre reino.

Giac se inclinó, cogió los dos pliegos, y salió sin responder.

Digitized by Google

—Ahora, padre mio, continuó el delfin acercándose al anciano, ahora ¿quién os puede impedir el sustraeros á la reina y al duque? ¿quién puede estorbar que me sigais? A cualquiera parte que vayais, allí estará la Francia. Venid, os tendremos á nuestro lado; mis amigos os respetarán y se sacrificarán por vos; y yo os amaré y cuidaré con toda la solicitud de un hijo querido. Venid, pues, padre mio, tenemos grandes ciudades bien guarnecidas; Meaux, Poitiers, Tours y Orleans, y tendrán que demoler sus altos torreones, pasar á cuchillo las guarniciones y matar á todos mis amigos y á mí para que os suceda la menor desgracia.

El rey miró al delfin con la mayor ternura.

—Sí, sí, le dijo, todo lo haríais como lo prometeis.... mas es imposible que acepte. Vé, pichon mio, tus alas son todavía jóvenes, fuertes y rápidas; vete, y deja en su nido al águila vieja, cuyas alas están ya rotas y entumecidas con la edad; vé, hijo mio, y bástete haberme proporcionado una noche feliz y el haber alejado la locura de mi frente con tus caricias; ¡vete, hijo mio, y ojalá Dios te pague el bien que me has hecho!

Entonces el rey se levantó, pues el temor de una sorpresa le obligaba á acortar los instantes de felicidad tan raros que la presencia del solo ser de quien era amado sembraban en su vida. Condujo al delfin hasta la puerta, le volvió á estrechar en sus brazos con su corazon, y el padre y el hijo, que no debian volverse á ver, se dieron el último adios y el último beso. El jóven Cárlos salió.

—No tengais cuidado, estaba diciendo en aquel instante Giac á Tanneguy, yo lo conduciré debajo de vuestra hacha,

Digitized by Google

como se lleva á un toro debajo de la maza del carnicero.

—¿A quién? preguntó el delfin presentándose á su lado.

—A nadie, monseñor, respondió friamente Tanneguy; me está contando sire de Giac una aventura acaecida muchos años hace.

Tanneguy y Giac se echaron una mirada de inteligencia.

Sire de Giac los acompañó hasta dejarlos fuera de las puertas de la ciudad: al cabo de diez minutos se unieron á Pothon y La Hire, que les estaba esperando.

—¡Y bien! dijo La Hire, ¿y el tratado?

—Rasgado, contestó Tanneguy.

—¿Y la entrevista? continuó Pothon.

—Se tendrá dentro de pocos dias, Dios mediante; por ahora lo mas urgente es dejar atrás todo el camino que podamos. Tenemos que estar mañana al amanecer en Meaux, si queremos evitar alguna escaramuza con esos condenados borgoñones.

La pequeña comitiva debió de convencerse de la exactitud de esta observacion, pues los cuatro caballeros emprendieron la marcha con toda la rapidez de que eran susceptibles sus pesados caballos de guerra.

Al siguiente dia se presentó Giac en Melun, comisionado con su doble mensaje para el duque de Borgoña, y entró en el pabellon en que este príncipe estaba conferenciando con Enrique de Inglaterra y el conde de Warwick.

El duque Juan rompió con la mayor ánsia la hebra de seda encarnada que cerraba la carta que le presentó su favorito, y de la que colgaba el real sello, y encontró debajo de

Digitized by Google

la cubierta el tratado rasgado; era la única contestacion del rey, segun se lo habia prometido al delfin.

—Nuestro buen señor está en un momento de sus muchos delirios, dijo el duque encendido el rostro de cólera; porque Dios le perdone, ha roto lo que debia haber firmado.

Enrique miraba fijamente al duque, que se habia comprometido formalmente en nombre del rey.

—El rey nuestro señor, respondió Giac con la mayor calma, jamás ha estado en mas cabal juicio ni salud de lo que está en este momento.

—Entonces soy yo un loco, dijo Enrique levantándose, en haber creido promesas que ni podian ni tal vez querian cumplir.

Al oir estas palabras, saltó el duque Juan de su asiento; todos los músculos de su semblante temblaban de cólera; su aliento resonaba como la respiracion de un leon, y sin embargo, no tenia nada que decir, no se le ocurria nada que contestar.

—Muy bien, primo mio, continuó Enrique, dando con intencion á Juan de Borgoña el título que le daba el rey de Francia; muy bien. Tengo el gusto de deciros que arrancaremos á la fuerza á nuestro rey lo que le pediamos que nos cediese de buena voluntad, nuestra parte en esta tierra de Francia y un lugar en su real familia; tendremos, pues, sus ciudades y su hija, y todo lo que hemos pedido con ellas, y le echaremos, á él de su reino y á vos de vuestro ducado.

—Señor, respondió el duque en el mismo tono, ahora os es muy fácil el hablar segun vuestros deseos; pero antes de haber echado á mi rey y señor de sus reinos, y á mí de mi

Digitized by Google

ducado, os queda tanto que hacer, que desde ahora aseguramos puede ser muy bien que en vez de lo que creeis, os deis por muy contento de estar seguro en vuestra isla.

Diciendo esto, volvió las espaldas al rey de Inglaterra, sin saludarlo ni esperar contestacion, y salió por la puerta que conducia á sus tiendas.

Sire de Giac le siguió.

—Monseñor, le dijo despues de haber andado algunos pasos, traigo todavía otro mensaje para vos.

—¡El diablo cargue con él, si se parece al primero! dijo el duque; me basta, pues, con uno.

—Monseñor, continuó Giac en el mismo tono, es una carta del delfin, mi señor, que os pide una entrevista.

—¡Ah! Hé aquí lo que todo lo arregla, dijo el duque volviéndose vivamente; ¿dónde está esa carta?

—Aquí, señor.

El duque se la arrancó de las manos y la leyó con la mayor ánsia.

—¡Que se levanten las tiendas, que se destruyan las empalizadas, dijo el duque á sus servidores y pajes, y que para esta noche no exista ni la menor señal que recuerde esta maldita entrevista! ¡Y nosotros, continuó dirigiéndose á sus caballeros, á quienes estas palabras habian hecho salir de sus tiendas á caballo, arrojemos las vainas al viento, y guerra de esterminacion, guerra á muerte á todos esos lobos hambrientos que vienen de ultramar, y á ese hijo de asesino, á quien ellos llaman su rey!

Digitized by Google

Digitized by Google

CAPITULO XXVI.

Muerte del duque de Borgoña.

El 11 de julio siguiente, hácia las siete de la mañana, dos grupos considerables, uno de borgoñones que salian de Corbeil, y otro de franceses que venian de Melun, marcharon uno contra otro para darse batalla. Lo que hubiera podido dar

Digitized by Google

mas peso á esta suposicion, es que todas las precauciones acostumbradas en semejantes ocasiones habian sido estrictamente observadas por los dos bandos: los hombres y los caballos estaban cubiertos de sus armaduras de guerra, los escuderos y los pajes llevaban sus lanzas, y cada caballero tenia colgada á mano el hacha de armas en el arzon de la silla.

Habiendo llegado cerca del castillo de Poulli, en la calzada de los estanques de *Veri*, las dos tropas enemigas se hallaron á la vista: al instante de una parte y de otra se hizo alto, las viseras se bajaron, los escuderos presentaron sus lanzas, y con un movimiento unánime las dos tropas se pusieron en camino con la lentitud de la desconfianza y de la precaucion.

Llegados á dos tiros de flecha unos de otros, se detuvieron de nuevo: de cada uno de los dos bandos salieron once caballeros con la visera baja, y se adelantaron dejando la tropa á que pertenecian inmóviles detrás de ellos como una muralla de bronce; á veinte pasos solamente hicieron nuevo alto; de cada uno de los lados se apeó un hombre, echó la brida al brazo de su vecino, y se adelantó al encuentro del que venia á buscarlo hasta la mitad del espacio que hasta entonces les habia separado. A cuatro pasos uno de otro levantaron la visera de sus cascos, y cada uno reconoció en el otro de estos dos hombres al delfin Cárlos, duque de Lorena, y en el otro á Juan Sin-miedo, duque de Borgoña.

Luego que el duque Juan vió que el que avanzaba á su encuentro era el hijo de su soberano y señor, se inclinó doblando una rodilla en tierra.

Digitized by Google

El jóven Cárlos le tomó la mano, le besó en ambas mejillas y quiso hacerle levantar; pero el duque se negó á ello diciendo:

—Monseñor, sé cómo debo hablaros.

El delfin le obligó á levantarse.

—Bello primo, le dijo presentándole un pergamino con su firma y sello, si en el tratado que está á la vista, hecho entre nosotros y vosotros, se encuentra alguna cosa que no os agrade, es nuestra voluntad que lo corrijais, y en adelante queremos y querremos lo mismo que vos querais y querreis.

—Yo soy el que me conformaré con vuestras órdenes, monseñor, respondió el duque, porque es mi deber y voluntad el obedeceros en adelante en todo lo que deseeis.

Despues de estas palabras cada uno puso la mano en la espada, á falta de evangelio ó de santa reliquia, jurando mantener la paz de un modo duradero.

Al instante todos los que les habian acompañado se reunieron gozosos gritando Noël, y maldiciendo de antemano al que en adelante volviese á tomar las armas por tan fatal querella.

Entonces el delfin y el duque cambiaron sus espadas y sus caballos en señal de fraternidad; y cuando el delfin montó, el duque le tuvo el estribo, aunque el primero le suplicó no lo hiciese; en seguida cabalgaron algun tiempo al lado el uno del otro platicando amistosamente: los franceses y borgoñones de su séquito les seguian mezclados unos con otros.

Despues de haberse abrazado segunda vez se separaron, el delfin para volver á Melun, y el duque de Borgoña á Corbeil. Los del delfin y borgoñones siguieron cada uno á su señor.

Digitized by Google

Dos hombres quedaron los últimos.

—Tanneguy, dijo uno de ellos con una voz sorda, he cumplido mi promesa; ¿has cumplido tú la tuya?

—¿Era posible, señor de Giac, respondió Tanneguy, estando cubierto de hierro y acompañado? Pero sosegaos; antes de que concluya el año encontraremos mas lindo juego y mejor ocasion.

—¡Satanás quiera! dijo de Giac.

—Dios me lo perdone, dijo Tanneguy.

Y los dos metieron espuelas á los caballos, volviéndose, el uno para reunirse con el duque y el otro con el delfin.

En la noche de aquel dia se formó una gran tempestad en el punto mismo de la conferencia, y un rayo partió el árbol bajo el cual se habia jurado la paz. Muchos miraron este incidente como un mal presagio, y algunos dijeron por lo bajo que esta paz no seria mas sincera que duradera.

Algunos dias despues el delfin y el duque publicaron sus letras de ratificacion del tratado.

Los parisienses recibieron la noticia con mucha satisfaccion, y pensaron que el duque ó el delfin volverian á París para defenderlos; pero su esperanza fué frustrada. La reina y el rey salieron de Pontoise, ciudad demasiado vecina de los ingleses para permanecer en ella con seguridad, y dejaron en aquel punto al señor de Ile-Adam con una numerosa guarnicion. El duque se reunió con ellos en San Denis; y los parisienses, no viendo hacer ninguna reunion para marchar contra los ingleses, volvieron á recaer en su anterior desaliento.

El duque se habia abandonado de nuevo á una apatía inconcebible, de que se hallan ejemplos en la vida de algunos

Digitized by Google

hombres llenos de valor y actividad, y que muchas veces ha sido una señal de su próximo fin.

El delfin le escribia carta sobre carta para obligarle á defender con empeño á París, mientras que él hiciese una diversion sobre las fronteras del *Maine*. El duque al recibirlas daba algunas órdenes; mas como si fuese incapaz de continuar la lucha que hacia doce años sostenia, y cual niño cansado, se acostaba á los piés de su hermosa querida, perdiendo la memoria del mundo entero en una mirada de sus ojos. Es propio de un amor violento mirar con desden todas las cosas de la vida que no tienen relacion con este mismo amor; por eso dicen que las demás pasiones se conciben en la cabeza y el amor solo en el corazon. Mientras tanto, las murmuraciones que la paz habia calmado renacieron prontamente; voces vagas de traicion empezaron á circular, y un acontecimiento que tuvo lugar en aquella época las dió nuevo crédito.

Enrique de Lancaster, que habia juzgado con acierto cuán desventajosa seria la alianza del delfin y del duque, resolvió en consecuencia apoderarse de Pontoise antes que sus dos enemigos tuviesen tiempo de combinar sus movimientos.

Para este efecto tres mil hombres conducidos por Gaston, segundo hijo de Archambault, conde de Foix, que se habia hecho inglés, marcharon de Melun en la noche del 31 de julio, y llegaron, cerrada la noche, al pié de las murallas de la ciudad de Pontoise; pusieron con el mayor silencio escalas sobre ellas á alguna distancia de una de las puertas, y sin ser vistos de los centinelas, subieron de uno en uno hasta trescientos, se dirigieron hácia la puerta, degollaron la guardia que la defendia y abrieron á sus camaradas, que se disemina-

Digitized by Google

ron en las calles gritando ¡San Jorge y ciudad ganada!

Cuando Ile-Adam oyó estos gritos, que reconoció por haberlos proferido él mismo, se arrojó de la cama, se vistió apresuradamente, y estaba todavía medio vestido, cuando los ingleses fueron á llamar con golpes repetidos en la casa que habitaba. No tuvo mas tiempo que para coger una pesada hacha de armas, apagar la lámpara que podia hacerle traicion y arrojarse por una ventana que daba á un patio.

En el mismo instante los ingleses forzaron la puerta de la calle.

Ile-Adam corrió á sus caballerizas, saltó sobre el primer caballo que se presentó sin silla y sin brida, se arrojó al pórtico lleno de ingleses que subian á los cuartos, y pasó por medio de ellos en el momento en que menos le esperaban, con una mano agarrada á las crines del caballo y con la otra haciendo jugar su hacha.

Un inglés se presentó delante de él y cayó con la cabeza hecha pedazos; sin este hombre ensangrentado y estendido á sus piés, los otros hubieran creido ver una aparicion.

Ile-Adam se arrojó hácia la puerta de París, pero estaba cerrada: la confusion era tal, que el conserge no pudo hallar las llaves; era menester romperla á hachazos. Ile-Adam intentó hacerlo. Detrás de él, los ciudadanos fugitivos se reunian en una calle estrecha, aumentándose á cada instante el número, sin otra esperanza que en la prontitud con que el hacha de Ile-Adam se levantaba y caia sin cesar para abrirles un camino.

Poco despues se oyeron gritos de desesperacion en el otro estremo de la calle: los fugitivos mismos habian indicado el

Digitized by Google

camino á sus enemigos. Los ingleses oyeron los golpes que resonaban sobre la puerta; y para llegar á Ile-Adam cargaban á una multitud desarmada, que no oponia sino una masa inerte, pero numerosa y profunda muralla, ancha, viva y apretada, que su temor mismo hacia mas difícil dispersar. Mientras los hombres armados daban lanzadas á diestra y á siniestra y los arbaleteros derribaban filas enteras, las flechas volaban alrededor de Ile-Adam y se clavaban retemblando sobre la puerta, ya conmovida, pero que todavía se resistia. Los gritos se iban acercando; hubo un instante en que creyó que la muralla de madera seria mas fácil de romper que la de carne: los ingleses no estaban mas que á tres lanzas de distancia de él; en fin, la puerta se rompió vomitando una multitud de hombres, á la cabeza de la cual el caballo espantado se llevó á Ile-Adam como un relámpago.

Cuando el duque de Borgoña supo esta noticia, en lugar de reunir un ejército y marchar contra los ingleses, hizo subir en un coche al rey, á la reina y á madama Catalina, montó á caballo, y con los señores de su casa se retiró por Provins á Troyes, en Champagne, dejando en la ciudad de París al conde de San-Pol como teniente, á Ile-Adam como gobernador y á Mr. Eustache de Delaistre como canciller.

Dos horas despues de la salida del duque de Borgoña, los fugitivos empezaron á llegar á San Denis. Daba compasion ver las pobres gentes heridas, derramando sangre, medio desnudas, muriendo de hambre y estenuadas de una marcha de siete leguas, durante la cual no se habian atrevido á descansar un instante. La relacion de las atrocidades cometidas por los ingleses era escuchada en todas partes con tanta ánsia co-

Digitized by Google

mo terror; se formaban grupos en las calles alrededor de aquellos infelices, y despues esclamaban: ¡los ingleses, los ingleses! y cada uno huia, volvia á su casa, cerraba sus ventanas, atrancaba sus puertas y pedia misericordia.

Mientras tanto los ingleses pensaban mas en aprovecharse de su victoria que en continuarla: la mansion de la córte en Pontoise la habia hecho una ciudad de lujo: Ile-Adam y una parte de los señores que se habian enriquecido en la toma de París, habian amontonado sus tesoros: los ingleses hicieron un saqueo, con el que reunieron dos millones. Al mismo tiempo se supo la toma de Chatean-Gaillar, una de las ciudadelas mas fuertes de la Normandía. Olivier de Manni era el capitan, y aunque no tenia mas guarnicion que ciento veinte caballeros, se defendió dieziseis meses, y no se rindió sino por una circunstancia que no se habia podido prever: las máquinas para sacar el agua de los pozos se inutilizaron; sufrieron siete dias la sed, y despues se rindieron á los condes Huntington y de Kime, que eran los sitiadores.

El delfin supo al mismo tiempo en Bourges, donde reunia su ejército, la rendicion honorífica de Chatean-Gaillar y la sorpresa inesperada de Pontoise. No dejaron de representarle esta última ciudad como rendida á los ingleses. Lo que daba alguna apariencia á estas voces es, que el duque de Borgoña habia confiado su custodia á uno de los señores que le eran mas adictos, y que este señor, aunque de un valor reconocido, lo habia dejado tomar sin hacer ostensiblemente nada en su defensa. Los enemigos del duque que rodeaban al delfin aprovecharon esta ocasion de introducir las sospechas que habian ya alimentado hacia tiempo. Todos pedian el rompimiento del

Digitized by Google

tratado y una guerra franca y leal en lugar de una alianza falsa y traidora: Tanneguy solo, á pesar de su odio bien conocido contra el duque, suplicaba al delfin que reclamase segunda entrevista antes de recurrir á una demostracion hostil.

El delfin tomó una resolucion que conciliaba al mismo tiempo los dos pareceres, y vino con un ejército de veinte mil combatientes á Monterán, á fin de estar pronto al mismo tiempo á tratar ó á empezar de nuevo las hostilidades si se negaba á ello. Tanneguy que, con grande admiracion de todos los que conocian su carácter decidido, habia estado constantemente por los medios conciliativos, fué enviado á Troyes, donde hemos dicho que estaba el duque; llevaba á este cartas firmadas del delfin, que fijaba en Monterán la nueva entrevista; y como no habia lugar en el castillo para Duchatel y su séquito, el señor de Giac le dió hospitalidad.

El duque aceptó la entrevista, pero puso por condicion que el delfin viniese á Troyes, donde estaban el rey y la reina. Tanneguy volvió á Monterán.

El delfin y los que le rodeaban eran de parecer de tomar la respuesta del duque por una declaracion y de acudir á las armas. Tanneguy solo, infatigable, impasible, ofrecia al delfin dar muchos pasos y se oponia con obstinacion á toda medida hostil. Los que sabian el odio que alimentaba en su corazon contra el duque Juan, no comprendian el motivo que le hacia obrar de este modo: le creian ganado como tantos otros lo habian sido, y daban parte de sus sospechas al delfin; pero este se lo comunicaba á Tanneguy, diciéndole:

—¿No es verdad, padre mio, que no me harás traicion?

Al fin llegó una carta del señor de Giac; gracias á sus ins-

Digitized by Google

tancias, estaba cada dia menos distante de venir á tratar con el delfin. Esta carta admiró á todo el mundo, menos á Tanneguy, que parecia esperarla.

En consecuencia, Duchatel volvió á Troyes en representacion del delfin, y propuso al duque el puente de Monterán como el lugar mas favorable para la entrevista.

Estaba autorizado en nombre del delfin á entregar al duque el castillo y la orilla derecha del Seine, con facultad de alojar en esta fortaleza y en las casas edificadas toda la gente de armas que creyese necesaria. El delfin se reservó la ciudad y la orilla izquierda: la lengua de tierra que se hallaba entre L'Yonne y la Seine, era un terreno neutral que no pertenecia á nadie; y como en esta época, á escepcion de un molino aislado que se elevaba en las orillas de L'Yonne, estaba completamente desierto, era fácil el asegurarse de que ninguna sarpresa se habia preparado.

El duque aceptó estas condiciones y prometió marchar á Bray sobre el Seine el 9 de setiembre: el 10 debia verificarse la entrevista; y el señor de Giac, que poseia siempre la confianza del duque, fué escogido por él para acompañar á Tanneguy y velar para que todas las seguridades fuesen observadas, tanto de una parte como de otra.

Al presente es menester que nuestros lectores echen una mirada sobre la posicion topográfica de la ciudad de Montorán, á fin de que les hagamos asistir en cuanto esté en nuestro poder á la escena que vá á pasar sobre el puente, al que Napoleon en 1815 ha añadido un segundo recuerdo histórico.

La ciudad de Monterán está situada á veinte leguas poco

Digitized by Google

mas ó menos de París, en el confluente de L'Yonne y de la Seine, donde el primero de estos dos rios pierde su nombre arrojándose en el otro. Si se remonta viniendo de París el curso del rio que le atraviesa, se tropezará á la izquierda, así que se dá vista á Monterán, con la montaña elevada de Surville, sobre la cual estaba edificado el castillo; y al pié de esta montaña se verá una especie de arrabal separado de la ciudad por el rio: este era el lado que se habia ofrecido al duque de Borgoña.

Enfrente de sí se descubrirá, á manera de un ángulo agudo semejante á una V, y poco mas ó menos en la posicion en que se halla en París la punta del puente nuevo, donde fueron quemados los templarios, la lengua de tierra, por la cual debia llegar el duque, que venia de Bray-sur-Seine; lengua de tierra que vá siempre ensanchándose entre el grande y el menor de los dos rios que la imitan, hasta el punto en que el *Seine* nace en Baiquens-les-Juifs, no lejos del paraje en donde estaba situada la antigua Bibracte, y donde en nuestros dias se eleva la ciudad de Autun.

A derecha, la ciudad toda entera se despliega graciosamente apoyada en medio de sus cosechas y de sus viñas, cuyo tapete rayado se estiende hasta que se pierde de vista sobre las ricas llanuras del Gatinais.

El puente sobre el cual debia verificarse la entrevista une aun en el dia de hoy, viniendo de izquierda á derecha, el arrabal á la ciudad, y atraviesa primero el gran rio, y en seguida el menor, echando en el punto de su reunion uno de sus piés macizos sobre la punta de tierra de que hemos hablado ya.

Digitized by Google

Sobre la parte derecha del puente, encima del rio L'Yonne, fué donde se dispuso para la entrevista una especie de pabellon de madera con dos puertas opuestas, las que por cada uno de los lados se cerraban por medio de una barrera con tres travesaños; otras dos barreras habian sido colocadas, una á la estremidad del puente por el lado de la ciudad, y otra un poco mas acá del camino por el cual debia llegar el duque. Todos estos preparativos se hicieron apresuradamente el dia 9.

La especie humana es al mismo tiempo tan débil y tan orgullosa, que siempre que sucede uno de estos acontecimientos que conmueven un imperio, derriban una dinastía, trastornan un reino, cree que el cielo, interesado en nuestras pobres pasiones y en nuestras miserias, cambia para nosotros el curso de los astros, el órden de las estaciones, y nos envia ciertas señales con la ayuda de las cuales el hombre podria, si no fuera tan ciego, sustraerse de su destino: puede ser tambien que al examinar los grandes acontecimientos, los que sobreviven á ellos y los han visto terminarse recuerdan las menores circunstancias que las han precedido, y este recuerdo les hace hallar una coincidencia tal con la catástrofe, que ciertamente no se hubieran acordado de ella á no ser por el suceso: de modo que sin este, las circunstancias que le precedieron hubieran sido perdidas en la multitud infinita de pequeños incidentes, que separados no tienen ninguna importancia individual, y que reunidos forman la cadena de este tegido misterioso que se llama la vida humana.

En todo caso hé aquí lo que los hombres que presenciaron estas cosas singulares nos han dejado por escrito.

Digitized by Google

El 10 de setiembre á la una del dia, el duque montó á caballo en el patio de la casa donde estaba alojado en Bray-sur-Seine; tenia á su derecha al señor de Giac y á su izquierda al de Noailles: su perro favorito habia aullado lastimeramente toda la noche; y viendo á su amo pronto á marchar procuraba arrojarse fuera del nicho donde estaba atado, con ojos ardientes y el pelo erizado: en fin, cuando el duque, despues de haber saludado á la señora de Giac, que desde su ventana asistia á la partida del acompañamiento, se puso en marcha, el perro hizo un esfuerzo tan poderoso, que rompió su doble cadena de hierro, y en el momento en que el caballo iba á pasar el umbral de la puerta, se arrojó á su pretal y le mordió tan cruelmente, que el caballo se levantó de manos y casi sacó de la silla al caballero. Impaciente Giac, quiso apartarle dándole un latigazo; pero el perro no hizo caso de los golpes que recibia, y se tiró de nuevo al cuello del caballo del duque: este, creyéndole rabioso, tomó una pequeña hacha de armas que llevaba en el arzon de su silla y le abrió la cabeza. El perro dió un grito y fué rodando á espirar en el umbral de la puerta, como para defender todavía el paso: el duque con un suspiro de sentimiento, hizo saltar al caballo por encima del cuerpo del fiel animal.

Veinte pasos mas lejos un anciano judío que era de su servidumbre y que se ocupaba de obras de mágia, salió de repente de detrás de una pared y detuvo el caballo del duque por la brida, diciendo:

—Monseñor, en nombre de Dios, no paseis adelante.

—¿Qué me quieres, judío? dijo el duque deteniéndose.

—Monseñor, respondió el judío, he pasado la noche con-

Digitized by Google

sultando los astros, y la ciencia dice que si vais á Monterán no volvereis.

Y tenia el caballo por el bocado para impedir que pasase.

—Y tú, ¿qué dices de esto, Giac? esclamó el duque volviéndose hácia su jóven favorito.

—Digo, respondió este ruborizándose de impaciencia, digo que este judío es un loco, á quien es menester tratar como á un perro, si no quereis que su contacto inmundo os obligue á hacer una penitencia de ocho dias.

—Déjame, judío, dijo el duque pensativo haciéndole con suavidad señal de que le dejase pasar.

—¡Atrás, judío! esclamó Giac empujando al anciano con el pecho de su caballo y haciéndole andar diez pasos atrás: ¿no has oido que monseñor te manda que sueltes la brida de su caballo?

El duque pasó su mano sobre la frente como para disipar una sombra; y mirando por última vez al judío tendido en el suelo sin conocimiento en un lado del camino, pasó adelante.

Tres cuartos de hora despues el duque llegó al castillo de Monterán, y antes de apearse del caballo dió órden á doscientos hombres de armas y á cien ballesteros de alojarse en el arrabal y de apoderarse del puente: á Jacobo de la Lima, gran maestre de los ballesteros, se le confió el mando de aquella pequeña tropa.

En este momento Tanneguy se acercó al duque, y le dijo que el delfin le esperaba sobre el puente hacia cerca de una hora. El duque respondió que ya iba en el mismo instante uno

Digitized by Google

de sus servidores, y como asustado le habló en voz baja: el duque se volvió hácia Duchatel.

—Por el santo nombre de Dios, dijo el duque, todo el mundo se ha empeñado en hablarme de traicion: Duchatel, ¿estás seguro de que nadie corre peligro? porque harias muy mal de engañarme.

—Muy poderoso señor, respondió Duchatel, preferiria morir y condenarme á engañaros ó engañar á otros; nada temais, porque monseñor el delfin no os quiere mal.

—Iremos, pues, dijo el duque, poniéndonos en manos de Dios; levantó los ojos al cielo, y en las vuestras, continuó clavándolos en Tanneguy con una de aquellas miradas penetrantes que no pertenecian sino á él. Tanneguy la sostuvo sin bajar los ojos.

Entonces presentó este al duque el pergamino sobre el cual estaban inscritos los nombres de los diez hombres que debian acompañar al delfin, en el órden siguiente: el vizconde de Narbone, Pierre de Beauvean, Roberto de Loire, Tanneguy Duchatel, Barbasán, Guillaume le Bonteillier, Guy D'Avangour, Olivier-Layet, Varches y Frotiers.

Tanneguy recibió en cambio la lista de los que habian sido nombrados por el duque para que le siguieran.

Monseñor Charles de Bourdon, el señor de Novailles, Jean de Fribourg, el señor de Saint-Georges, el señor de Montaigne, los señores Antonio de Vergy, el señor D'Ancre, los señores Guy de Pontarlier, los señores Charles de Lens y el señor Pierre de Giac. Además cada uno debia ir acompañado de su secretario.

Tanneguy llevó consigo la lista, el duque le siguió bajan-

Digitized by Google

do del castillo al puente; estaba á pié, tenia la cabeza cubierta con un sombrero de terciopelo negro, llevaba por arma defensiva una sencilla cota de malla, y por arma ofensiva una débil espada ricamente adornada y de puño dorado.

Al llegar el duque á la cabeza del puente le dijo Jacobo de la Lime que habia visto entrar muchas gentes armadas en una de las casas próximas á la otra estremidad del puente, y que al tomar posicion con su tropa, las habia visto cerrar apresuradamente las ventanas.

—Id á ver si eso es cierto, Giac, dijo el duque: aquí os espero.

Giac se dirigió al puente, atravesó las barreras, pasó por medio del pabellon, llegó á la casa designada y abrió la puerta. Tanneguy daba instrucciones á una veintena de soldados bien armados.

—¡Y bien! dijo Tanneguy al verlo.

—¿Estais dispuestos? respondió Giac.

—Sí; ahora ya puede venir.

Giac volvió á buscar al duque.

El gran maestre se ha equivocado. Monseñor, dijo, no hay nadie en esa casa.

El duque se puso en camino y pasó la primera barrera, que se cerró inmediatamente tras él, lo que le inspiró algunas sospechas; pero como vió delante de él á Tanneguy y al señor de Beauvean, que habian salido á su encuentro, no quiso retroceder. Prestó su juramento con una voz firme, manifestando al señor de Beauvean su ligera cota de malla y su débil espada.

—Ya veis, señor, cómo vengo; además, continuó volvién-

Digitized by Google

dose á Buchatel y pegándole sobre el hombro, vé aquí en quien yo me fio.

El jóven delfin estaba ya en el pabellon del puente; llevaba un vestido de terciopelo azul celeste guarnecido de martas y un gorro de la forma poco mas ó menos de los casquetes que ahora se usan, cuyo fondo estaba adornado con una pequeña corona de flores de lis de oro, y la visera y los rebordes eran de pieles semejantes á la guarnicion del vestido.

Al ver al príncipe, las dudas del duque de Borgoña se desvanecieron; marchó en seguida hácia él, entró en la tienda y observó que contra la costumbre y usos no habia barrera en medio para separar los dos partidos; sin duda creyó que era un olvido, porque ni aun hizo presente su observacion. Cuando los diez señores que le acompañaban hubieron entrado detrás de él, se cerraron las dos barreras.

Apenas habia en esta estrecha tienda un espacio suficiente para que las veinticuatro personas pudiesen caber ni aun de piés; borgoñones y franceses estaban mezclados hasta el punto de tocarse: el duque se quitó el sombrero y puso la rodilla izquierda en tierra delante del delfin.

—He venido obedeciendo vuestras órdenes, monseñor, dijo, á pesar de que algunos me han asegurado que esta entrevista solo habia sido pedida por vos con el objeto de hacerme reconvenciones; espero que no será así, monseñor, no habiéndolas merecido.

El delfin cruzó los dos brazos sin abrazarle ni levantarle como habia hecho en la primera entrevista.

—Os habeis engañado, señor duque, dijo con voz severa; sí, tenemos graves reconvenciones que haceros, porque habeis

Digitized by Google

cumplido mal la promesa que nos habíais hecho. Habeis dejado tomar nuestra ciudad de Pontoise, que es la nave de París; y en lugar de arrojaros dentro de la capital para defenderla, ó morir como vasallo real, habeis huido á Troyes.

—¡Huido, monseñor! dijo el duque estremeciéndose todo su cuerpo al oir una espresion tan ultrajante.

—Sí, huido, repitió el delfin recalcando la palabra habeis.

El duque se levantó, creyendo sin duda que no debia oir mas; y como en la humilde postura que habia tomado, uno de los adornos del puño de su espada se habia agarrado á una malla de su cota, quiso hacer recobrar á esta arma su posicion vertical. El delfin retrocedió un paso, no sabiendo cuál era la intencion del duque al agarrar la espada.

—¡Ah! ¡echais mano á la espada en presencia de vuestro amo! esclamó Roberto de Loire interponiéndose entre el duque y el delfin.

El duque quiso hablar. Tanneguy se bajó, cogió una corta hacha de armas que estaba oculta detrás de la tapicería, y empinándose la levantó sobre la cabeza del duque, diciendo:

—Ya era hora.

El duque vió el golpe que le amenazaba; quiso pararlo con la mano izquierda, mientras que llevaba la derecha á la guarda de su espada, pero no tuvo tiempo de sacarla: el hacha de Tanneguy cayó derribándole la mano izquierda, y del mismo golpe le abrió la cabeza hasta la barba.

El duque se sostuvo todavía un instante en pié, como una robusta encina que no puede caer. Entonces Roberto de Loire le clavó su puñal en la garganta, donde le dejó.

Digitized by Google

El duque dió un grito, estendió los brazos y fué á caer á los piés de Giac.

Hubo un gran clamor y una espantosa pelea, porque en un pabellon donde apenas dos hombres hubieran tenido lugar para batirse, veinte se arremolinaron los unos sobre los otros; hubo un momento en que no podia distinguirse sobre las cabezas mas que manos, hachas y espadas. Los franceses gritaban ¡matar! ¡matar! ¡mueran! y los borgoñones ¡traicion! ¡traicion! ¡alarma! Centelleaban las espadas al encontrarse, la sangre corria de las heridas. El delfin espantado tenia medio cuerpo fuera de la barrera. A sus gritos el presidente Louvet llegó, lo cogió en brazos, lo sacó fuera y le arrastró casi desmayado hácia la ciudad: llevaba el vestido de terciopelo azul teñido de sangre del duque de Borgoña, que habia saltado hasta él.

Entre tanto, el señor de Montaigne, partidario del duque, habia conseguido escalar la barrera, y gritaba: ¡Alarma! Novailles iba á saltarla tambien, cuando Narbone le abrió la parte posterior de la cabeza; cayó fuera del pabellon, y espiró casi al momento. El señor de Saint-Georges estaba profundamente herido de un hachazo en el lado derecho y el señor D'Ancre tenia partida la mano.

El combate y los gritos continuaban en la tienda, y pisoteaban al duque moribundo, que ninguno pensaba en socorrer. Hasta entonces los del delfin, mejor armados, llevaban la mejor parte; pero á los gritos del señor de Montaigne, Antonio de Thonlongeon, Simon Othelimer, Sambutier y Juan d'Ermag acudieron, se acercaron al pabellon, y mientras los tres vibraban sus espadas, el cuarto rompia la barrera. Por

Digitized by Google

su parte los hombres ocultos en la casa salieron y acudieron en ayuda de los del delfin. Los borgoñones, viendo que toda resistencia era inútil, tomaron la fuga por la barrera abierta.

Los del delfin los persiguieron, y solo tres personas quedaron dentro del pabellon, vacío y ensangrentado.

La primera, el duque de Borgoña tendido y moribundo: la segunda, Pedro de Giac en pié con los brazos cruzados viéndole morir; y la tercera, en fin, Olivier-Layet, que compadecido de los padecimientos de este desgraciado príncipe, le levantaba la cota para rematarle de una estocada; pero de Giac no queria abreviar su agonía, gozándose en cada una de sus convulsiones; y cuando conoció la intencion de Olivier le dió un gran golpe que le hizo saltar la espada de la mano. Olivier admirado levantó la cabeza.

—¡Eh! En nombre de Dios, dejad que muera este pobre príncipe con tranquilidad, le dijo riéndose.

Luego que el duque hubo dado su último suspiro, le puso la mano en el corazon para asegurarse de que estaba muerto; y como el resto le importaba poco, nadie reparó en él.

Entre tanto, los partidarios del delfin, despues de haber perseguido á los borgoñones hasta el pié del castillo, volvieron atrás. Hallaron el cuerpo del duque tendido en el mismo punto donde le habian muerto, y á su lado un sacerdote, que arrodillado sobre la sangre, rezaba las oraciones de los muertos. Quisieron separarlo del cadáver y este arrojarlo al rio; pero el sacerdote levantó su crucifijo sobre el duque, y amenazó con la cólera del cielo á cualquiera que se atreviese á tocar el cuerpo, cuya alma se habia separado de él tan violentamente. Entonces Cresmerel, bastardo de Tanneguy, le ar-

Digitized by Google

rancó del pié una de las espuelas de oro, jurando llevarla en adelante como una órden de caballería; y los criados del delfin, siguiendo su ejemplo, arrancaron las sortijas de que estaban cubiertas sus manos, igualmente que la magnífica cadena de oro que pendia de su cuello.

El sacerdote le veló hasta media noche, á cuya hora, solo con la ayuda dos de hombres, llevó el cuerpo al molino, cerca del puente, le depositó sobre una mesa y continuó rezando hasta el dia siguiente por la mañana. A las ocho, el duque fué enterrado al pié del altar de San Luis; estaba revestido de su ropilla y borceguíes, ninguna ceremonia religiosa acompañó al entierro; sin embargo, para reposo de su alma se dijeron doce misas durante los tres dias que siguieron á su asesinato.

De este modo cayó por traicion el poderoso duque de Borgoña, apellidado Juan Sin-miedo. Doce años antes habia él infamemente herido al duque de Orleans de los mismos golpes con que acababa de ser alcanzado á su vez; habia mandado cortar su mano izquierda, y su propia mano habia sido mutilada: lo habia hecho abrir su cabeza con una hacha de armas, y su cabeza acababa de ser abierta por la misma arma. Las gentes religiosas y creyentes vieron en esta coincidencia singular una aplicacion de las palabras de Cristo: «El que á hierro mata á hierro muere.»

Desde que el duque de Orleans habia muerto por órden suya, la guerra civil habia como una ave de rapiña hambrienta devorado sin descanso el corazon del reino. El duque Juan, como si arrastrase tras sí el castigo de su homicidio, no habia tenido desde que lo cometió un solo instante de reposo:

Digitized by Google

su fama habia sufrido mil afrentas, su felicidad duros contratiempos; se habia hecho irresoluto y aun tímido.

El hacha de Tanneguy Duchatel dió el primer golpe al edificio feudal de la monarquía de Capeto; derribó con estruendo la mas fuerte columna de aquel grande vasallaje que sostenia la bóveda, el templo amenazó ruina, y se podia creer que iba á desplomarse; pero para sostenerlo quedaban todavía en pié los duques de Bretaña, los condes de Armañac, los duques de Lorena y los reyes de Anjou.

El delfin, de un aliado incierto que tenia en el padre, se hizo un enemigo declarado del hijo: la reunion del conde de Charolais á los ingleses puso á la Francia al borde del precipicio; pero la usurpacion del duque Juan, que no podia hacerse sino por la cesion perpétua á los ingleses de la Normandía y de la Guyena, la hubiera sin duda precipitado.

Tanneguy Duchatel debe ser considerado como uno de los hombres de cabeza, de valor y ejecucion, de cuya historia pueden sacar estátuas bien admirables; su celo y adhesion á la dinastía le condujo al asesinato: su virtud fué causa de su crímen. Hizo una muerte en provecho de otro, guardando para sí la responsabilidad: su accion es de aquellas que los hombres no juzgan, que Dios pesa, y que el resultado absuelve; simple caballero, le fué dado dos veces casi poner término á los males del Estado y cambiar enteramente su afan: la noche en que arrebató al delfin del palacio de San Pablo, salvó la monarquía: el dia en que cortó la cabeza al duque de Borgoña en Monterán, hizo mas todavía, salvó la Francia.

Hemos dicho que al instante que el señor de Giac habia visto al duque muerto se habia separado del puente.

Digitized by Google

Eran las siete de la tarde: el tiempo se ponia sombrío, la noche se acercaba; desató su caballo, que habia dejado en el molino de que hemos hablado, y volvió á tomar solo el camino de Bray-sur-Seine.

A pesar del vivo frio que se sentia y de la oscuridad que cada vez iba siendo mayor, el caballo y caballero no caminaban sino al paso. De Giac estaba absorto en sus sombríos pensamientos: la muerte del duque no habia satisfecho mas que la mitad de sus deseos de venganza, y el drama político, en el que acababa de hacer un papel tan activo, acabado para todo el mundo, tenia para él solo un nuevo desenlace.

Eran las ocho y media cuando el señor de Giac llegó á Bray-sur-Seine. En lugar de encaminarse por las calles del lugar, dió la vuelta, ató su caballo en la tapia esterior de un jardin, abrió la puerta, penetró en la casa y subió á tientas una escalera estrecha que conducia al primer piso.

Llegado á la última escalera, la luz que penetraba entre los cristales le indicó el cuarto de su mujer. Se adelantó hasta el umbral de la puerta: la hermosa Catalina estaba sola y sentada, el codo apoyado sobre una mesita esculpida, cubierta de frutas; su vaso medio vacío manifestaba que habia interrumpido una ligera colacion para entregarse entera á uno de esos ensueños de jóven, tan dulces para el que es objeto de ellos, y tan infernal cuando escitan los celos.

De Giac no pudo soportar mas tiempo su vista; entró sin que le oyese, tal era la distraccion de Catalina; empujó la puerta con violencia: Catalina dió un grito y se puso en pié, como si una mano invisible la hubiera levantado por los cabellos.

Digitized by Google

—¡Ah! ¿sois vos? dijo pasando de repente de la espresion del espanto á la de gozo, y forzando sus facciones á que se sonrieran.

De Giac miró con amargura aquella deliciosa figura, que obedecia con tanto abandono hacia un momento á las impresiones del corazon, y que en aquel momento cedia á lo que su talento la dictaba.

Movió la cabeza y fué á sentarse á su lado; nunca la habia visto tan hermosa.

Catalina alargó su suave y blanca mano, toda cubierta de sortijas, y cuyo brazo se ocultaba desde el codo bajo las anchas mangas pendientes guarnecidas de pieles.

De Giac tomó su mano, la miró con atencion, y volvió uno de los anillos, que era el que tenia el sello que habia visto en el sobre de la carta escrita al duque. Encontró la estrella perdida en un cielo tempestuoso, y leyó las palabras que estaban grabadas debajo.

—*La misma*, dijo entre dientes: la divisa no mentirá.

Entre tanto Catalina, á quien este exámen causaba inquietud, procuró distraerlo, y puso su mano sobre la frente de Giac; aunque pálida, estaba ardiendo.

—Estais fatigado, señor, dijo Catalina; debeis tener necesidad de tomar alguna cosa; ¿quereis que llame?... La comida de una mujer, continuó sonriéndose, es un poco frugal para un caballero hambriento.

Se levantó y tomó un silbo de plata; iba á llevárselo á la boca, cuando su marido le detuvo la mano.

—Gracias, señora, gracias, dijo de Giac; es inútil llamar, me basta: dadme solamente un vaso.

Digitized by Google

Catalina fué á buscar ella misma el objeto que pedia su marido. Cuando salió, de Giac sacó apresuradamente un frasquito de su pecho, y vació el licor que contenia en el vaso medio lleno que habia quedado sobre la mesa. Catalina volvió sin advertir lo que acababa de pasar.

—Hé aquí, dijo llenando un vaso de vino y presentándolo á su marido: aquí está, bebedlo.

De Giac llevó á sus lábios el vaso como para obedecer.

—¿No continuais vuestra comida?

—Habia concluido cuando llegásteis.

De Giac frunció las cejas y echó una mirada hácia Catalina.

—Espero que no rehusareis mi brindis como yo he correspondido al vuestro.

Y presentó á su mujer el vaso envenenado.

—¿Y á quién es ese brindis, monseñor? dijo Catalina tomándolo en la mano.

—¡Al duque de Borgoña! respondió de Giac.

Catalina, sin ninguna desconfianza, inclinó la cabeza sonriéndose, llevó el vaso á la boca y lo vació casi enteramente. De Giac la seguia con los ojos con una espresion infernal.

Cuando concluyó se echó á reir; su estraña risa hizo estremecer á Catalina, que le miró admirada.

—Sí, sí, dijo de Giac, como respondiendo á esta interrogacion; os habeis dado tal priesa á obedecerme, que no he tenido tiempo para acabar de espresar mi brindis.

—¿Qué quedaba que decir? respondió Catalina con un sentimiento vago de temor. ¿El brindis no ha sido completo, ó no he entendido bien? Al duque de.... Borgoña.

Digitized by Google

—Sí, señora; pero iba á añadir y que Dios tenga mas misericordia de su alma que los hombres la han tenido de su cuerpo.

—¿Qué decís? esclamó Catalina con la boca entreabierta, los ojos fijos y perdiendo el color de repente; ¿qué decís? replicó segunda vez con mas fuerza.

Y el vaso que tenia en la mano se le escapó de entre los dedos, que habian quedado sin juego, y se hizo pedazos.

—Digo, respondió de Giac, que el duque Juan de Borgoña ha sido asesinado hace dos horas en el puente de Montereau.

Catalina dió un grito y cayó sobre un sillon que tenia detrás.

—¡Oh! no será cierto, dijo con el acento de la desesperacion; no es cierto.

—Es cierto, respondió de Giac.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Yo lo he visto, respondió friamente.

—¿Vos?

—Yo le he visto á mis piés, ¿lo entendeis, señora? he visto al duque retorcerse en su agonía, derramando su sangre por cinco heridas, moribundo, sin sacerdote y sin esperanza; yo he visto que su boca iba á exhalar el último suspiro, y me he acercado para oirlo pasar.

—¡Oh! ¡y no le habeis defendido! ¡no os habeis interpuesto! ¡no le habeis salvado!...

—A vuestro amante, ¿no es verdad, señora? interrumpió de Giac con una voz terrible y mirando á Catalina de frente.

Digitized by Google

Catalina dió un grito; y no pudiendo soportar la mirada devoradora que su marido fijaba sobre ella, ocultó su cara entre las dos manos.

—¿Pero vos no adivinais nada? continuó de Giac levantándose tambien. ¿Es estupidez ó descaro, señora?... ¿No adivinais que la carta que le habeis escrito, que habeis sellado con este sello que llevais en el dedo (y quitó la mano que cubria sus ojos); aquella carta en que le dábais una cita adúltera, soy yo el que la he recibido, el que le he seguido; el que esta noche (echó una mirada sobre su mano derecha), noche de delicias para vos, noche de infierno para mí, me cuesta mi alma? ¿Vos no adivinais que cuando entró en el castillo de Creil, entró antes que él; que cuando pasásteis enlazados en los brazos uno de otro por esta sombría galería, yo os veia, estaba allí, casi os tocaba? ¡Ah! ¡ah! ¿no adivinais nada? ¿es menester decíroslo todo?

Catalina espantada cayó sobre sus manos y sobre sus rodillas, gritando:

—¡Perdon, perdon!

—Y decid ahora, continuó de Giac cruzando sus brazos sobre el pecho y moviendo la cabeza, disimulábais bien vuestra vergüenza y yo mi odio; veamos ahora cuál de los dos ha disimulado mejor.... ¡Ah! ese duque, ese gran vasallo orgulloso, ese príncipe soberano, que los siervos de sus vastos dominios llamaban en tres lenguas duque de Borgoña, conde de Flandes y de Artois, palatino de Malines y de Salins, cuya palabra ponia en campaña cincuenta mil hombres sacados de sus seis provincias, ¡ha creido ese príncipe, ese duque, ese palatino que era bastante fuerte y poderoso para ultrajarme á

Digitized by Google

mí, Pedro de Giac, simple caballero! ¡y lo ha hecho el insensato!... y bien, y, no he dicho nada; no he escrito cartas soberanas, ni he convocado á mis hombres de armas, mis vasallos, ni mis escuderos, ni mis pajes; he reconcentrado la venganza en mi pecho y devorado mi corazon... despues, cuando ha llegado el dia he llevado á mi enemigo por la mano como á un niño débil, y le he conducido á Tanneguy Duchatel, diciéndole: ¡Hiere! Y al presente este hombre, que tenia bajo su dominio provincias que ocupan la mitad del reino de Francia, este hombre está tendido en el lodo, revolcándose en la sangre, y no hallará tal vez seis piés de tierra para descansar tranquilo en la eternidad.

Catalina estaba á sus piés pidiendo misericordia y arrastrándose sobre el vaso roto, que le heria las manos y las rodillas.

—Y bien, señora, ¿entendeis? continuó de Giac, á pesar de su nombre, á pesar de su poder, á pesar de sus hombres de armas, me he vengado de él; juzgad si me vengaré de su cómplice, que no es sino una mujer, que está sola, que yo puedo destruir con un soplo, que yo puedo ahogar con mis manos.

—¡Oh! ¿qué venís á hacer? esclamó Catalina.

De Giac la cogió del brazo diciendo:

—En pié, señora.

Y la puso delante de él.

Catalina echó una mirada sobre sí misma, su vestido blanco estaba manchado de sangre; á esta vista un vértigo cegó la luz de sus ojos, su voz se estinguió en su garganta, estendió los brazos y se desmayó.

Digitized by Google

De Giac la cogió en sus brazos descansando su cabeza en el hombro, bajó la escalera, atravesó el jardin, puso su fardo en la grupa de Ralff, lo sujetó con su banda, y montó á caballo, atando á Catalina á su cuerpo con el cinturon de su espada.

A pesar del doble peso, Ralff salió al galope luego que sintió la espuela de su amo.

De Giac dirigió su marcha atravesando los campos; delante de él se estendian las vastas llanuras de la Champagne, y la nieve que empezaba á caer á grandes copos cubria la tierra con una ancha mortaja y le daba el aspecto árido y salvaje de las llanuras de la Siberia; ninguna montaña se dibujaba en el Oriente, llanuras y mas llanuras; solamente de trecho en trecho algunos álamos blancos se balanceaban al impulso del viento, semejantes á fantasmas; ningun ruido humano turbaba aquellas soledades desoladas: el caballo, cuyos piés se hundian en la nieve, redoblaba sus esfuerzos silenciosos: el caballero mismo detenia su respiracion; parecia que en medio de aquella naturaleza helada todo debia tomar el aspecto de la muerte.

Pasados algunos minutos, los copos de nieve que pegaban en la cara de Catalina, el movimiento del caballo, que rompia su cuerpo débil, y el frio penetrante de la noche, tornáronla á la vida; y al volver en sí, creyó ser presa de uno de aquellos sueños dolorosos en que pensamos que algun dragon alado nos lleva por los aires. Bien pronto un vivo dolor en el pecho le hizo ver la terrible realidad: la verdad espantosa, sangrienta, inexorable se presentó delante de ella; todo lo que acababa de suceder la recordó las amenazas de su marido, las

Digitized by Google

que se renovaron en su imaginacion; y la situacion en que se hallaba la hacia temer que iba á ponerlas en ejecucion.

De repente un dolor mas agudo, mas ardiente, mas incisivo, le hizo dar un grito, que se perdió sin eco, deslizándose sobre la anchurosa alfombra de nieve; solamente el caballo espantado redobló su velocidád.

—¡Oh, monseñor! padezco mucho, dijo Catalina.

De Giac no respondió.

—Dejadme bajar, decia ella, dejadme coger un poco de nieve; mi boca está ardiendo, mi pecho se quema.

De Giac seguia callando.

—¡Oh! os ruego en nombre del cielo, por gracia ó por compasion; son llamas de fuego ardiente; ¡agua! ¡agua!

Catalina se retorcia en sus ataduras de cuero que la unian á su caballero. Procuró deslizarse al suelo, y la banda al detenia; parecia á Leonor ligada al fantasma: el ginete era tan silencioso como Welhom, y Ralff corre como el caballo fantástico de Buerger.

Entonces Catalina, sin esperanza sobre la tierra, se dirigió al Señor.

—¡Misericordia, Dios mio, misericordia!

Tales deben ser los tormentos de un envenenado.

A estas palabras de Giac dió una carcajada. Era una risa estraña, infernal; tuvo un eco. Otra risa le respondió ruidosa, que se estendia y huia sobre aquella llanura fúnebre. Ralff relinchó y sus crines se erizaron de terror.

Entonces la jóven vió que estaba perdida y que habia llegado su última hora; comprendió que nada podia retardarla, y se puso á orar en alta voz, interrumpiendo á cada instante

Digitized by Google

Misericordia ¡Dios mío misericordia!

Digitized by Google

Digitized by Google

su oracion por los gritos que le arrancaba el dolor. De Giac quedó mudo.

Bien pronto vió que se debilitaba la voz de Catalina; sintió aquel cuerpo que habia cubierto de caricias retorcerse en las convulsiones de la agonía, pudo contar los estremecimientos mortales que corrian por sus nervios, ligados á los suyos; poco á poco la voz se apagó, y quedó en una especie de ronquido contínuo: las convulsiones cesaron, y no fueron ya mas que estremecimientos casi insensibles; en fin, el cuerpo se endureció, la boca suspiró; era el último esfuerzo de la vida y la última despedida del alma. De Giac estaba atado á un cadáver.

Tres cuartos de hora continuó su camino sin pronunciar una palabra, sin volverse, sin mirar atrás.

En fin, se halló sobre las orillas del Seine, un poco mas abajo del punto en que desemboca l'Auve, que por consiguiente se hace mas caudaloso y mas rápido. Detuvo á Ralff, soltó la hebilla del cinturon que ataba á Catalina á su cuerpo, que nada sostenia mas que la banda que enlazaba á la silla, y cayó atravesado sobre la grupa del caballo.

Entonces de Giac se apeó: Ralff, lleno de espuma y mojado de sudor, queria entrar en el rio; su amo le detuvo con la mano izquierda por el bocado.

Despues con la derecha tomó su puñal, buscó sobre el cuello del animal la arteria, y abriéndola con su punta acerada y punzante, la sangre saltó.

Al instante Ralff se levantó de manos, dió un relincho, y arrancándose de la mano de su amo se arrojó al rio, llevando tras sí el cadáver de Catalina.

Digitized by Google

De Giac, en pié sobre la arena, le miró luchar contra la corriente, que hubiera fácilmente atravesado sin la herida que le debilitaba. Llegado al tercio del rio empezó á llevarlo la corriente y su respiracion se hizo mas ruidosa. Procuró volver sobre la orilla, su grupa habia ya desaparecido, y solo se distinguia sobre la superficie del rio el vestido blanco de Catalina. Luego dió una vuelta como arrastrado por un torbellino, sus manos batian el agua y la hacian saltar. En fin, el cuello se hundió lentamente, la cabeza á su vez desapareció poco á poco, una ola la cubrió: volvió á aparecer un instante, y se hundió segunda vez. Despues, algunos globulitos de aire vinieron á reventarse en la superficie del agua.

Todo se concluyó; y el rio, un instante turbado, al cabo de algunos momentos volvió á tomar su silencioso curso.

—¡Pobre Ralff! dijo el señor de Giac con un suspiro.

Digitized by Google

CAPITULO XXVII.

El desafio.

Al dia siguiente en que acaeció la muerte del duque de Borgoña, los hombres de armas á quienes habia encomendado la víspera la defensa del castillo de Monterán entregaron esta fortaleza al delfin, bajo condicion de que se habian de respetar sus vidas y bienes. Eran capitanes los caballeros de Sonville y de Montaigne.

En aquel mismo dia el delfin celebró un gran consejo, en el cual se escribieron muchas cartas á las ciudades de París,

Digitized by Google

Chalons, Reims y otras: en ellas daba cuenta de su conducta á fin de que no le acusasen de haber roto la paz jurada, ni de haber faltado á su real palabra. Hechas estas cosas, se retiró á Bourges con sus prisioneros, dejando por capitan de la villa de Monterán á messire Pedro de Guytry.

Cuando se supo en París el acontecimiento que acabamos de referir, causó en sus habitantes una triste y profunda sensacion. El jóven conde de *San-Pol*, teniente del rey en la ciudad, convocó en el acto al canciller de Francia, al preboste de París, al de los mercaderes, á todos los consejeros y oficiales del rey, y á otra porcion de nobles y pecheros: les participó la muerte sangrienta del duque Juan de Borgoña, y los hizo jurar sobre los Evangelios y las reliquias de no hacer tratado alguno con los sediciosos y matadores, y de denunciar y acusar ante la justicia á todos los que favoreciesen á los partidarios del delfin.

Felipe de Charolais, único heredero masculino del duque de Borgoña, supo el asesinato de Monterán estando en Gand, y anegado en llanto corrió á echarse en los brazos de su mujer.

—Micaela, le dijo, vuestro hermano el delfin ha hecho asesinar á mi padre.

Triste y turbada se quedó la princesa al oir esta noticia, porque temia que este acontecimiento influyese en el amor que la profesaba su marido.

Cuando se hubo calmado algun tanto la desesperacion del conde de Charolais, tomó solemnemente el título de duque de Borgoña, celebró consejo sobre lo que habia que hacer con las buenas gentes de Gand, de Bruges y de Ipres, y tomó po-

Digitized by Google

sesion del condado de Flandes. Incontinenti se presentó en Malins, donde conferenció con el duque de Brabante, su primo, Juan de Babiera, su tio, y la condesa de Hainault, su tia; todos tres fueron de opinion de contratar alianza con el rey Enrique de Inglaterra. En su consecuencia, el obispo de Arras, messire Athis de Brimeux y messire Roland de Heclekerk, fueron despachados á Rouen, donde fueron recibidos cordialmente por el rey inglés, quien vió en la alianza propuesta por el nuevo duque un medio de entablar con madama Catalina, de la que conservaba una viva y tierna memoria, las negociaciones para un matrimonio, en el que además cifraba cálculos de la mas alta política.

El rey de Inglaterra respondió, que sin la menor demora mandaria al duque Felipe, embajador encargado de presentarle un tratado. No perdió tiempo en redactar las condiciones; y hácia la festividad de San Andrés el obispo de Rochester y los condes de Warwick y de Kent fueron en nombre del rey Enrique á la villa de Arras, donde el duque los recibió con la mayor magnificencia.

Hé aquí lo que proponia el rey de Inglaterra y los artículos para cuya ratificacion el duque de Borgoña debia emplear su influencia con el rey Cárlos y sus consejeros; en ellos se verá lo mucho que se habian aumentado sus pretensiones desde que la apatía increible del duque Juan habia dejado caer en sus manos las ciudades de Rouen y de Pontoise, estas dos puertas de París, con cuya posesion el rey enemigo llevaba de antemano pendientes de su cintura las llaves de la capital.

1.° «El rey de Inglaterra ofrece casarse con madama Catalina sin imponer ninguna nueva carga al reino.»

Digitized by Google

2.° «Dejar al rey Cárlos la posesion y goce de la corona y rentas del reino durante su vida.»

3.° «Despues de la muerte del rey Cárlos, la corona de Francia pasará para siempre al rey Enrique y sus herederos.»

4.° «Con motivo de la enfermedad del rey, que le impide tener las riendas del gobierno, el rey de Inglaterra tomará el título y autoridad de regente.»

5.° «Los príncipes, los grandes y las audiencias prestarán juramento al rey de Inglaterra, tomará el título y se obligarán á reconocerle por soberano despues de muerto el rey Cárlos.»

El duque Felipe se obligó á hacer firmar al rey de Francia este tratado, con condicion de que el rey de Inglaterra se obligase á observar los artículos siguientes:

1.° «Uno de los hermanos del rey Enrique se casará con una de las hermanas del duque.»

2.° «El rey y el duque se amarán y asistirán como hermanos.»

3.° «Perseguirá de consuno el castigo del delfin y de los otros matadores del duque Juan.»

4.° «Si el delfin ó algun otro de los matadores fuese hecho prisionero, no podrá ser rescatado sin el consentimiento del duque.»

5.° «El rey de Inglaterra asignará al duque y á madama Micaela, su mujer, por valor de 20,000 libras de renta, cuyo homenaje será reconocido.»

Se vé que en este doble tratado que disponia de la Francia y que despojaba al rey, no se habian olvidado mas que

Digitized by Google

dos cosas, que probablemente fueron miradas como inútiles, y era el consentimiento del rey y la ratificacion de la Francia.

Estas son las condiciones con que bajo pretesto de vengar la muerte del duque Juan, la Francia fué vendida el 21 de diciembre de 1539 por el duque Felipe de Borgoña al rey de Inglaterra: el padre le habia hecho traicion, y el hijo la entregó.

Entre tanto, y mientras se concedia la monarquía como una pension vitalicia, el anciano rey estaba en Troyes con madama Isabel, á quien requeria de amores siempre que le volvia la razon, y la aborrecia cuando le volvia la locura.

La noticia del asesinato del duque Juan y la parte que los enemigos del delfin atribuyeron al jóven príncipe de haber tomado en él, produjeron sobre el débil anciano una impresion tal, que volvió á caer en la demencia mas completa. Aunque desde aquel momento hasta el de su muerte muchos mandatos importantes eran confirmados por él, y entre otros el tratado conocido bajo el título de tratado de Troyes, es evidente que no volvió á recobrar su razon, y que la responsabilidad de estos actos, mas y mas perjudiciales á los intereses de la Francia, debe pesar sobre la memoria del duque Felipe y de la reina Isabel; porque desde aquel dia la vida del rey Cárlos VI fué una agonía y no un reinado.

El 21 de marzo de 1520 el duque de Borgoña entró en la ciudad de Troyes en medio de las aclamaciones de los ciudadanos y del pueblo, y prestó fé y homenaje al rey como sucesor del duque su padre en la propiedad del ducado de Borgoña, del condado de Flandes, del de Artois y otros señoríos; pero el duque, antes de que la Francia fuese cedida á la Ingla-

Digitized by Google

terra, quiso dar su parte (sin duda en calidad de príncipe de la flor de lis) apoderándose de algunos espléndidos pedazos.

Sille, Donay y Orchies habian sido empeñadas á la casa de Borgoña, y se hizo renunciar al rey Cárlos á su derecho de rescate. El dote de madama Micaela no estaba pagado: el duque consintió en recibir en cambio las ciudades de Mondidux y de Perona la inexpugnable, que en medio de todos los asaltos de la guerra civil, conservó su nombre de vírgen como algunas montañas de los Alpes, que como no se pueden subir, tomaron el nombre de vírgenes.

De este modo el inglés y el borgoñon para vejar mejor la Francia, empezaban por arrancarle su cinturon de plazas fuertes.

El delfin solo defendia á su madre.

Cuando el duque Felipe hubo escogido entre dichas ciudades las que mas le convenian; cuando las hubo escalonado en una línea tan derecha que Mondidux, situada veinticinco leguas solamente de París, parecia penetrar en el corazon de la Francia como la punta de una espada cuyo puño estuviese en Gand, entonces, fiel como un cómplice, se ocupó de las promesas hechas al rey Enrique (es menester confesarlo) y las desempeñó con la mayor exactitud. El rey consintió en el matrimonio de su hija Catalina con Enrique de Lancáster, rectificó la esclusion del delfin su hijo y heredero, y anuló la sábia constitucion hecha en otros tiempos por sus predecesores, que prohibia la sucesion para las mujeres; de modo que el 13 de abril de 1420 el duque Felipe escribió al rey de Inglaterra que todo estaba concluido, y que podia venir.

En efecto, el rey inglés llegó el 20 de mayo siguiente,

Digitized by Google

acompañado de sus dos hermanos los duques de Glocester y de Clarence, escoltados de los condes de Hutington, de Warwick y de Kent, y seguido de mil seiscientos hombres de armas. El duque de Borgoña salió á recibirle, y lo acompañó hasta la casa que le habian preparado en la ciudad, como debia hacerlo el futuro vasallo con respecto á su soberano venidero.

Luego que llegó, el rey fué á ver á la reina y á madama Catalina; halló á esta mas graciosa y mas amable que nunca, y ni aun él mismo sabria cuál tenia mas ánsia de poseer, si la contratada esposa ó la Francia.

Al dia siguiente los dos reyes firmaron el famoso tratado de Troyes, que era el oprobio y la ruina del reino; y desde este momento cada uno pudo creer que el ángel de la pátria se habia remontado al cielo. El delfin fué el único que no desesperó nunca; con la mano en el corazon de la Francia contaba todos sus latidos, y admiraba que podia vivir todavía.

El 2 de junio se celebró el matrimonio de Enrique de Inglaterra y de Catalina de Francia; era la segunda flor que se desprendia del tallo real de las lises para adornar la corona de la Gran Bretaña. Dos veces el presente fué fatal á los que lo recibieron; dos veces la muerte entró en el lecho de los reyes de Inglaterra con los abrazos de las hijas de Francia: Ricardo no sobrevivió sino tres años á su matrimonio; Enrique debia morir á los dieziocho meses.

Desde este dia hubo dos regentes en Francia, dos herederos de la corona: el delfin era dueño del Mediodia y el rey de Inglaterra poseia el Norte: entonces empezó aquel famoso duelo cuyo precio debia ser un reino.

La ventaja de los primeros golpes fué del rey de Inglater-

Digitized by Google

ra; despues de un sitio de algunos dias, se rindió. Villeneuve fué tomada por asalto y lo mismo Monterán.

En esta plaza el duque de Borgoña debia una espiacion á la muerte de su padre, y fué su primer cuidado al entrar en la ciudad.

Algunas mujeres le indicaron el sepulcro del duque Juan; un paño de iglesia cubrió la piedra sepulcral y se encendieron hachas en las cuatro esquinas; toda una noche los sacerdotes cantaron el oficio de difuntos, y al dia siguiente por la mañana levantaron la piedra del sepulcro. Se halló el cuerpo del duque cubierto todavía de su ropilla y la mano izquierda desprendida enteramente; su cabeza, abierta por Tanneguy Duchatel, manifestaba la herida por donde los ingleses penetraron en la Francia.

El cadáver fué colocado en una caja de plomo llena de sal y espuesto despues al público en Borgoña, en un convento de cartujos situado fuera de la ciudad de Dijon: el cuerpo del bastardo Croi, que habia sido muerto en el ataque de la ciudad, fué bajado y enterrado en el mismo sitio de donde se acababa de sacar el cadáver del duque.

Cumplidos estos deberes, los borgoñones y los ingleses fueron á sitiar á Melun; pero esta ciudad les opuso una fuerte resistencia por estar llena de gente escogida. El señor de Barbasán, que era el principal capitan, tenia bajo sus órdenes á los señores Trean, Pedro de Borbon y un llamado ciudadano, que hizo prodigios durante el sitio. El rey de Inglaterra y el duque, viendo estos preparativos de defensa, estrecharon mas la ciudad: el primero fué con sus dos hermanos y el duque de Babiera á establecer sus acantonamientos por el lado del *Ga-*

Digitized by Google

tinais, y el segundo, acompañado del señor de Hutington y de otros muchos capitanes ingleses, plantó sus tiendas por el lado de *Brie*. Constituyeron sobre el Sena un puente de barcas para establecer las comunicaciones de un ejército á otro; y el duque de Borgoña y el rey, á fin de no ser sorprendidos por los sitiadores, hicieron cerrar cada uno sus recintos con buenos fosos y estacadas, vigilando con gran cuidado las entradas y salidas, que estaban cerradas por fuertes barreras.

Durante este tiempo el rey de Francia y las dos reinas dejaron á Troyes y fueron á establecer su córte en Corbeil. Este sitio duró cuatro meses y medio, sin grandes ventajas de parte de los sitiadores.

Entre tanto, el duque de Borgoña se habia apoderado de un fuerte arrabal que los sitiados habian fortificado delante de sus fosos, y desde el cual sus cañones y bombardas hacian mucho mal á los sitiadores. Entonces el rey de Inglaterra hizo por su parte abrir una mina; y ya se acercaban al muro, cuando Juvenal de los Ursinos, hijo del abogado en el Parlamento, creyó oir algun ruido subterráneo: reunió trabajadores y les mandó hiciesen una contramina. El mismo á la cabeza de los hombres de armas presidia la obra con una larga hacha en la mano, cuando por casualidad pasó el señor de Barbasán: Juvenal le contó lo sucedido, y le dijo que él quedaba para combatir en el subterráneo.

Entonces Barbasán, que le amaba como hijo, examinó su larga hacha y movió la cabeza diciendo:

—¡Ah, hermano mio! tú no sabes todavía lo que es batirse en una mina; se necesitan palos mas cortos que este para llegar á las manos.

Digitized by Google

Y sacando su espada, cortó el mango del hacha á una dimension conveniente.

Despues, con la espada en la mano dijo á Juvenal:

—Ponte de rodillas.

Este obedeció; entonces le dió espadazo.

—Y al presente, continuó levantándolo, pórtate como un caballero.

Despues de dos horas de trabajo, ingleses y franceses solo estaban separados por el grueso de una pared ordinaria. Este espacio desapareció en un instante, y trabajadores y hombres de armas empezaron á batirse tenazmente en aquel estrecho y sombrío paso, donde apenas podian marchar cuatro hombres de frente; entonces Juvenal reconoció la verdad de lo que le habia dicho Barbasán: su hacha cortada hacia prodigios: los ingleses huyeron, y el nuevo caballero ganó sus espuelas.

Una hora despues los ingleses volvieron con fuerza y establecieron una barrera en medio de la mina para cortar el paso á los del delfin; pero estando ocupados en este trabajo llegó un refuerzo á los de la ciudad y se batieron fuertemente toda la noche.

Este nuevo modo de combatir ofrecia la singularidad de que se podian herir, se podian matar, pero no podian cogerse: cada partido combatia á un lado de la barrera.

A la mañana siguiente, un heraldo inglés precedido de un clarin, se presentó delante de los muros de la ciudad: llevaba un desafio de parte de un caballero inglés que queria guardar el incógnito, y ofrecia á cualquier partidario del delfin un paso honroso, en el que cada uno de los adversarios romperia

Digitized by Google

dos lanzas; despues, si ni uno ni otro estaba herido, un combate á pié con hacha ó espada. El caballero inglés escogia por sitio del combate el paso subterráneo, y dejaba al caballero del delfin que lo aceptase, la eleccion del dia.

Cuando el heraldo anunció este desafío, fué á clavar á la puerta de la ciudad que estaba mas próxima el guante de su amo, como prenda del combate y señal del desafío.

El señor de Barbasán, que se habia presentado en la muralla con una gran multitud de gente del pueblo, arrojó su guante en señal de que tomaba por su cuenta el desafío del caballero desconocido, y despues mandó á un escudero que fuese á desprender el que el heraldo habia clavado en la puerta. El escudero obedeció.

Muchas gentes juzgaron que no correspondia á un capitan de plaza esponerse de ese modo en un combate singular; pero Barbasán los dejó decir y se preparó para el combate del dia siguiente.

Durante la noche se allanó el terreno para que nada estorbase el paso de los caballos; hicieron una especie de nichos socavados á uno y otro lado de la barrera para colocar las trompetas, y se clavaron en el suelo antorchas para iluminar el combate.

El dia siguiente á las ocho de la mañana los adversarios se presentaron á las dos estremidades, llevando ambos un clarin.

El inglés tocó el primero, el otro respondió; despues que concluyeron, los cuatro trompetas que estaban cerca de la barrera tocaron á su vez.

Apenas el último sonido espiró bajo la bóveda, cuando los dos caballeros se pusieron en movimiento con lanza enristre.

Se vieron venir de lejos como dos sombras marchando la

Digitized by Google

una sobre la otra en un callejon del infierno; solamente el pesado galope de sus caballos, armados como ellos, probaba, haciendo temblar todo el tránsito con gran ruido, que no eran fantasmas ni los hombres ni los caballos.

Como los dos combatientes no habian podido calcular la distancia tomando el campo que necesitaban, el señor de Barbasán, sea que su caballo fuese mas ligero, sea que la distancia fuese menor, llegó el primero, y comprendió desde luego la desventaja de su posicion, porque tenia que recibir inmóvil el choque de su adversario, aumentado con todo el impulso de la carrera del caballo, que llegaba como un rayo; solo tuvo tiempo á desprender su lanza del ristre en que la tenia puesta, y apoyándola contra su peto, como si fuese una muralla de hierro, se afirmó en la silla y estribos: esta maniobra le dió toda la ventaja que habia perdido su adversario, y á su vez recibió el choque en lugar de darlo. En efecto, se arrojó á cuerpo perdido contra la lanza de Barbasán, que se rompió como un vidrio: la lanza del caballero desconocido, apoyada en el ristre, se halló desde luego demasiado corta y no tocó á su adversario; mientras el caballero inglés, casi derribado del choque, tocó con la cabeza la grupa de su caballo, que retrocedió tres pasos, doblando el cuarto trasero. Cuando el desconocido se levantó se halló plantado en medio del pecho el hierro de la lanza de su enemigo, que habia atravesado su coraza, y que no se habia detenido sino encontrando una cota de malla que felizmente llevaba debajo. Barbasán se habia quedado como una estátua de bronce sobre un pedestal de mármol.

Los dos caballeros volvieron la brida y retrocedieron de nuevo á la entrada del subterráneo. Barbasán

Digitized by Google

tomó otra lanza y los clarines tocaron por segunda vez.

Los de las barreras respondieron, y los dos caballeros se metieron de nuevo bajo la bóveda, seguidos esta vez de un gran número de franceses ó ingleses, porque siendo esta carrera la última, y debiendo continuar el combate á pié y con el hacha, permitia á los espectadores penetrar en el tránsito subterráneo.

Las distancias habian sido tan bien calculadas esta vez, que los dos combatientes se encontraron justamente en medio del camino.

Esta vez la lanza del caballero desconocido fué á pegar en el costado izquierdo de la coraza de Barbasán, y deslizando sobre su bruñida superficie, habia levantado como una escama de la articulacion de hierro del espaldar y penetrado en el hombro como una pulgada: Barbasán alcanzó con tanta violencia el escudo de su adversario, que la fuerza del choque rompió la cincha de su caballo; y el caballero, demasiado firme para hacer perder los estribos, llevando consigo la alta silla en que estaba encajonado, fué rodando diez pasos: el caballo quedó desembarazado de su caballero.

Barbasán echó pié á tierra: el caballero desconocido se levantó al instante: los dos arrancaron unas hachas de armas de las manos de sus escuderos, y el combate se renovó con mas encarnizamiento que antes: entre tanto, cada uno de ellos en el ataque y en su defensa hacia uso de una prudencia que daba á entender la opinion que habia concebido de su adversario. Sus pesadas hachas vibraban en sus manos con la rapidez del relámpago y caian sobre sus escudos haciendo saltar una multitud de chispas: los caballeros se inclinaban alternativamente atrás para tomar vuelo, cual si fueran herreros en la

Digitized by Google

fragua; cada golpe hubiera derribado una encina, y ellos habian recibido veinte cada uno y permanecian en pié.

En fin, fatigado Barbasán de esta lucha de gigante, y queriendo concluir de un golpe, arrojó su escudo que le estorbaba servirse de su brazo izquierdo, y apoyó el pié sobre un travesaño de la barrera: el hacha silbó en sus manos como una honda, y chocando con el escudo de su adversario, fué á caer con un ruido espantoso sobre el casco del caballero desconocido.

Felizmente un movimiento maquinal y de instinto le hizo inclinar la cabeza á la izquierda; este movimiento ladeó el golpe y el filo del hacha resbaló sobre el casco; pero encontrando la visera por el lado derecho la rompió como si fuese vidrio. Entonces, sostenida esta tan solo por una parte, se abrió, y Barbasán estupefacto reconoció en el caballero incógnito que acababa de combatir á Enrique de Lancaster, rey de Inglaterra.

Entonces Barbasán dió respetuosamente dos pasos atrás, dejó caer su hacha de armas, soltó su casco y se confesó vencido. El rey Enrique, comprendiendo toda la cortesía de este paso, se quitó su guante y alargó la mano al antiguo caballero, diciéndole:

—Desde este momento somos hermanos de armas.

Barbasán aceptó esta honorífica fraternidad, que tres meses despues debió salvarle la vida.

Los dos adversarios tenian necesidad de reposo; volvieron el uno al campo y el otro á la ciudad. Muchos caballeros y escuderos continuaron esta singular lucha, que duró cerca de ocho dias.

Como los sitiadores se mantenian firmes, el rey de Inglaterra hizo venir á su campo al rey de Francia y á las dos rei-

Digitized by Google

nas: alojó á las últimas en una casa que habia hecho construir fuera del alcance del cañon, y delante de la cual dia y noche hacia reunir los clarines y otros instrumentos: nunca habia desplegado tanto lujo como al frente de este sitio.

La presencia del rey Cárlos no decidió á los sitiadores á que se rindiesen: respondieron que si el rey queria entrar en su buena ciudad era menester que entrase solo, y que entonces seria bien recibido; pero que nunca consentirian en abrir las puertas á los enemigos del reino. Todo el ejército del duque de Borgoña murmuraba del abandono en que el rey Enrique dejaba á su suegro y de la estrechez á que estaba reducida su casa. La toma de otras fortalezas y castillos, como la Bastilla, el Louvre, la torre de Nesle y el bosque de Vincennes, que fueron entregados á los ingleses, consolaron al rey Enrique de la prolongacion de este sitio.

Envió á la Bastilla á su hermano el duque de Clarence, con el título de gobernador de París.

Mientras tanto los sitiados carecian de víveres hacia mucho tiempo, no tenian pan, y habian comido los caballos, los gatos y los perros; escribieron al delfin para esponerle su estrechez y pedirle socorro. Esperaban una respuesta, cuando vieron una mañana aparecer en el Oriente una tropa considerable que marchaba hácia la ciudad; y creyendo era un refuerzo que les llegaba, subieron á las murallas, y mientras tocaban las campanas de la ciudad en señal de alegría, empezaron á gritar á los sitiadores que ensillasen los caballos aprisa, porque muy pronto serian rechazados. Harto pronto conocieron su error: era una tropa de borgoñones que el señor de Luxemburgo, capitan de Picardía, conducia á Perona

Digitized by Google

en socorro de los sitiadores. Los sitiados bajaron entonces de la muralla con la cabeza baja é hicieron callar sus campanas.

El dia siguiente recibieron una carta del delfin, que les anunciaba estaba demasiado débil para socorrerlos, y les autorizaba á negociar las mejores condiciones posibles en la primera intimacion que les hiciese el rey de Inglaterra. Entablaron negociaciones, y la guarnicion en la última estremidad se entregó prisionera, con la sola condicion de salvar sus vidas. Estaban esceptuados de este beneficio los matadores del duque de Borgoña y los que habiendo presenciado el asesinato no lo habian estorbado, y todos los caballeros ingleses y escoceses que se hallaron en la ciudad: en consecuencia, el señor Pedro de Borbon, Anaut de Guilhem, señor de Barbasán, y seis ó setecientos nobles hombres de armas, fueron conducidos á París y aprisionados en el Louvre, en el Chatelet y en la Bastilla.

A la mañana siguiente, dos monges de Joi-en-Bric y un caballero llamado Chaumont, que en la batalla de Azincourt se habia hecho inglés de francés que antes era, y despues habia pasado de los ingleses á los franceses, fueron decapitados en la plaza pública de Melun. Dejando despues guarnicion inglesa en la ciudad, el rey Enrique, el rey Cárlos y el duque de Borgoña marcharon á París, donde debian hacer su entrada.

Los ciudadanos los esperaban con impaciencia; un recibimiento magnífico les estaba preparado y todas las casas estaban colgadas por la carrera. Los dos reyes á caballo marchaban los primeros: el rey de Francia á la derecha; despues iban los duques de Clarence y de Bedfort, hermanos del rey de Inglaterra; y por el otro lado de la calle á la izquierda ginetea-

Digitized by Google

ban el duque de Borgoña vestido de negro, y con él todos los caballeros y escuderos de su casa.

A la mitad de la calle de San Antonio encontraron todo el clero de París que venia á pié á recibirlos, trayendo consigo santas reliquias para adorarlas: el rey de Francia abrazó al primero, despues el rey de Inglaterra. El clero los condujo en seguida á Nuestra Señora, donde hicieron su oracion delante del altar mayor, despues de lo cual volvieron á montar á caballo y fueron cada uno á su habitacion, el rey de Francia al palacio de San Pablo, el duque de Borgoña al de Artois y el rey de Inglaterra al castillo del Louvre. La mañana siguiente las dos reinas á su vez hicieron tambien su entrada.

Apenas se instaló esta nueva córte, cuando el duque de Borgoña trató de vengar la muerte de su padre. Con este objeto el rey celebró una sesion de tribunales en la sala baja del palacio de San Pablo.

Sobre el mismo banco que el rey de Francia, estaba sentado el rey de Inglaterra, y cerca de los dos reyes maitre Jean Leclerc, canciller de Francia, Felipe de Mowilliers, primer presidente del Parlamento, y muchos otros nobles hombres del consejo del rey Cárlos. Por otro lado, y hácia el medio de la sala, estaba sobre otro banco el duque de Borgoña, y con él para acompañarle los duques de Clarence y de Bedfort, los obispos de Theronane, de Tounay, Beauvais y d'Amiens, el señor de Luxembargo y muchos otros escuderos y caballeros de su consejo.

Entonces el señor Nicola Rolin, abogado por el duque de Borgoña y por la duquesa su madre, se levantó y pidió á los reyes permiso para hablar. Cuando lo hubo obtenido contó el

Digitized by Google

homicidio cometido en el duque Juan: acusó de esta muerte al delfin Cárlos, al vizconde de Narbone, al señor de Barbasán, Tanneguy Duchatel, Guillome, Boutellier, Jean Louvet, presidente de Provenza, al señor Roberto de Loire y Olivier Layet; su conclusion fué reclamar el castigo de los culpables. Pedia que fuesen arrastrados en serones por las calles de París durante tres dias, con la cabeza desnuda, teniendo en la mano hachas encendidas, y confesando en alta voz que habian falsa, villanamente y por envidia asesinado al duque de Borgoña; que en seguida fuesen conducidos al lugar en que se habia cometido el homicidio, y que allí dijesen y repitiesen las mismas palabras de espiacion; que además sobre el puente, y en el paraje mismo en que el duque habia dado el último suspiro, se edificase una iglesia, y mandase establecer doce canónigos, seis capellanes y seis clérigos, cuyo solo cuidado fuese rogar por el alma del difunto. Esta iglesia debia ser provista de ornamentos sagrados, de mesas, de cálices, de libros, de manteles, y en fin, de todo lo necesario, á espensas de los culpables; y además exigia una fundacion de doscientas libras parisis, de cien libras para los capellanes y de cincuenta para los clérigos; que la causa por la que se edificaba aquella iglesia se escribiese sobre la puerta con letras talladas, á fin de perpetuar la memoria de esta espiacion; que además se edificasen otras semejantes con el mismo objeto en París, en Roma, en Gand, en Dijon, en Santiago de Compostela, en Jerusalen y en el mismo punto donde Jesucristo espiró.

Esta proposicion fué apoyada por Pedro de Marigni, abogado del rey en el Parlamento, y aprobada por maitre Jean

Digitized by Google

l'Archer, doctor en teología, nombrado por el rector de la universidad de París.

Despues de estas proposiciones, el canciller de Francia respondió por el rey, que habia escuchado con indiferencia toda esta acusacion, que por la gracia de Dios, y con la ayuda y consejo de su hermano é hijo Enrique, rey de Inglaterra, regente de Francia y heredero de la corona, aprobada en justicia el cumplimiento de las cosas dichas y propuestas, como lo reclamaba el duque Felipe de Borgoña.

Dichas estas cosas, la sesion fué levantada, y los dos reyes y el duque fueron cada uno á su habitacion.

Trece años antes en la misma sala resonaron las mismas palabras de acusacion, con la sola diferencia de que el duque de Borgoña era el asesino y Valentina de Milan la acusadora. Pedia justicia, y justicia le fué prometida entonces, como acababa de prometerse al duque; y el viento se llevó la promesa real, como debia hacerlo la segunda vez.

Entre tanto, en virtud de letras dadas por el rey, el Parlamento empezó el 3 de enero de 1421 el procedimiento contra Cárlos de Valois, duque de Touraine, delfin de Francia. Fué citado tres dias bajo pena de destierro á toque de trompetas y sobre la mesa de mármol; y como no se presentó á este llamamiento, fué desterrado del reino y declarado indigno de suceder en todos los señoríos presentes y venideros.

El delfin supo esta noticia en Bourges de Berry; apeló á la punta de su espada, y juró que llevaria su cartel de desafío á París, á Inglaterra y á Borgoña.

Es verdad que á pesar de este juicio existia una gran simpatía en el corazon de los verdaderos franceses, que se

Digitized by Google

aumentaba todavía por la demencia de su padre: se sabia que no era el corazon del anciano rey el que desterraba á su hijo muy amado; todos estos actos hechos en nombre de un insensato, no parecian valederos á los ojos de muchas gentes. El lujo que ostentaba el rey de Inglaterra en el Louvre, opuesto á la miseria que rodeaba al rey de Francia en el palacio de San Pablo, hacia murmurar á todos los hombres honrados de la capital: este abandono llegó á punto que el dia de Navidad del año 1420, mientras las dos reinas, el duque Felipe y los caballeros de Francia y de Borgoña hacian en los salones del Louvre, magníficamente iluminados, su córte al rey de Inglaterra, el rey de Francia no tenia alrededor de sí en las salas oscuras y húmedas del palacio de San Pablo, sino algunos antiguos servidores y buenos ciudadanos que le conservaban antiguo y fiel afecto.

Una circunstancia imprevista vino á resfriar las relaciones del rey Enrique y del duque Felipe. Entre los prisioneros hechos en Melun se hallaba, como hemos dicho, el señor de Barbasán: este caballero estaba acusado de haber tomado parte en el asesinato de Montesau; y segun el tratado hecho entre el duque Felipe y el rey Enrique, todo fautor ó cómplice de este asesinato debia ser entregado al duque de Borgoña. Ya estaba formado el interrogatorio sobre el cual debia ser examinado por el consejo del duque en Dijon, cuando el prisionero invocó la fraternidad de armas ofrecida por el rey de Inglaterra despues del combate de las minas de Melun.

El rey Enrique hizo honor á su juramento: declaró que el que habia tocado su mano real no sufriria un castigo infame, aunque el mismo Santo Padre viniese á pedir justicia contra

Digitized by Google

él. El duque de Borgoña guardó de esta negativa un resentimiento, que no pudo calmar el suplicio del señor de Coesmerel, bastardo de Tanneguy, y de Juan Gault, que fueron descuartizados por sentencia del Parlamento. El primero hacia gloria del asesinato cometido en su padre, que habia hecho una vaina bordada para el hacha de pico de halcon con que el duque Juan fué herido, y llevaba colgada de una rica cadena la espuela que él mismo habia arrancado de la bota del duque.

Hácia fin de mayo el rey de Inglaterra y el duque de Borgoña se separaron, el rey Enrique para conducir al Louvre á madama Catalina y hacerla consagrar, y el duque para hacer un viaje á sus buenas ciudades, en muchas de las cuales no habia sido reconocido.

Esta doble ausencia fué muy perjudicial á los negocios del duque y del rey Enrique.

Los del Delfinado, desanimados con la toma de Melun y de Villeneuve-le-Roy, recobraron ánimo viendo los dos gefes enemigos, el uno en Lóndres y el otro en Bruselas. Entraron en la ciudad, sorprendieron el castillo de la Ferte, escalaron Saint-Riquier, y al fin batieron cerca de Beaugi á los ingleses, de tal modo, que el duque de Clarence, hermano del rey, el señor de Ros, mariscal de Inglaterra, el conde de Kinie y la flor de la caballería y de los escuderos ingleses cayeron á su rededor muertos sobre el campo de batalla: los condes de Somerset, de Hutington y del Perche se rindieron prisioneros, socorridos ó no socorridos. El cuerpo del duque de Clarence no cayó sin embargo en manos de sus enemigos; un caballero inglés lo puso atravesado sobre su caballo, y le defendió con tanto valor y fortuna, que pudo devolver este real depósito al conde

Digitized by Google

de Salisburg, que le envió á Inglaterra, donde fué enterrado

Por otra parte el duque de Exeter, capitan de París despues de la muerte del duque de Clarence, habia prontamente resfriado el entusiasmo de los habitantes: su gobierno era duro y altivo. Por un pretesto frívolo, hizo arrestar al mariscal de Villiers: Ile-Adam y el pueblo trataron de arrancarle de manos de los archeros que le conducian á la Bastilla, pero de Exeter hizo tirar sobre el pueblo: un inglés, un estranjero se atrevia á lo que no habia osado el duque de Borgoña.

El rey Enrique supo en Lóndres, y el duque Felipe en Gand, las cosas que acabamos de decir. Los dos pensaron que su presencia era indispensable en París: marcharon en consecuencia para ir á aquel punto, el rey de Inglaterra aunque enfermo, y el duque de Borgoña á pesar de no haber podido arreglar las pretensiones del duque Juan de Brabante, su primo, y de Jagnéline de Henault, su mujer.

Ambos aliados habian juzgado sus posiciones; era tiempo que llegasen. El delfin sitiaba á Chartres. Los ejércitos reunidos del duque Felipe y del rey Enrique marcharon al socorro de aquella ciudad: los del Delfinado eran demasiado inferiores en fuerza para aventurar una batalla; levantaron el sitio, y el delfin se retiró á Tours. El duque de Borgoña, en lugar de perseguirle, fué á tomar el puente de Saint-Remi-sur-Some y poner el sitio á Saint-Riquier; pero tambien su ejército era demasiado débil, y perdió un mes delante de la plaza.

Mientras se hacia este sitio, se supo en su campo delante de la ciudad, que el señor de Harcourt, que se habia hecho natural del Delfinado, acompañado de Pothon de Xaintrailles, marchaba contra él esperando sorprenderlos con las guar-

Digitized by Google

niciones de Compiegne, de Crespi en Valois, y otras ciudades que habian vuelto á entrar bajo el dominio del delfin. Entonces el duque marchó secretamente de noche, pasó la Somme y marchó al encuentro de los del Delfinado con intencion de admitir el combate.

El 31 de agosto á las once de la mañana, los dos ejércitos se hallaron enfrente uno de otro, y deteniéndose á tres tiros de flecha formaron sus batallas. En esta guerra de los tres cuñados era el primer combate importante en que el jóven duque se habia hallado, de edad de veinticuatro años, y en el que ensayó sus armas. Antes de empeñarle quiso ser hecho caballero: el señor de Luxemburgo fué el que le dió la celada; y al instante él mismo armó al señor Collar de Conmines, Jean de Robex, André de Villain, Jean de Villain y otros. Por parte de los del Delfinado, los principales caballeros hechos en esta ocasion fueron los señores de Gamache, Regnaut de Fontaines, Collibret de Villegniro, el marqués de Serre y Juan Royan.

La batalla se empeñó con encarnizamiento, mas desde luego una circunstancia singular pareció inclinar la victoria en favor de los del Delfinado. Por olvido, el estandarte de Borgoña quedó en manos de un criado, poco acostumbrado á las lides: al primer encuentro tomó la fuga y creyeron que el duque habia sido cogido: los reyes de armas gritaron que habia muerto; de modo que los que vieron caer el estandarte, sobrecogidos de un terror pánico, abandonaron el campo de batalla, donde el duque estaba haciendo todavía prodigios de valor.

Los del Delfinado sacaron mucho fruto de esta victoria.

El rey de Inglaterra habia ocupado varias plazas, y la for-

Digitized by Google

tuna se declaraba en su favor, cuando fué asaltado por una enfermedad en el castillo de Vincennes. La enfermedad hizo rápidos progresos, y el rey fué el primero que la creyó mortal. Llamó al lado de su cama al duque de Bedfort, su tio, al conde de Warwick y al señor Luis de Robestsartsaer, y les dijo:

—Veo que la voluntad de Dios es que deje el mundo y la vida.

Despues añadió:

—Hermano mio Juan, os ruego por la lealtad y amor que me teneis, seais siempre fiel á mi hijo Enrique; y os suplico no hagais ningun tratado con nuestro adversario Cárlos de Valois; que quede francamente en mis dominios el ducado de Normandía. Si mi cuñado de Borgoña quiere tomar la regencia del reino, os aconsejo que se la dejeis; si no, conservadla. Y vos, mi amado tio, añadió volviéndose hácia el duque de Exeter, que acababa de entrar, os dejo solo para el gobierno de Inglaterra, porque sé que la sabreis gobernar. Suceda lo que sucediere, no volvais nunca á Francia; sed el gobernador de mi hijo por el amor que me habeis tenido y visitadle con frecuencia. En cuanto á vos, mi bello primo de Warwick, quiero que seais siempre su ayo y esteis á su lado continuamente enseñándole la ciencia de la guerra, porque escogiéndoos no puedo escoger mejor: despues os ruego en cuanto puedo, no tengais ninguna disension con mi cuñado de Borgoña; prohibidle tambien que la tenga á mi cuñado Humphrey; porque si sucediese entre vos y él alguna disension, las necesidades del reino, que se hallan en tan buen estado, podrian empeorar; no saqueis por ningun caso de la prision á nuestro primo de Orleans, al conde de Eu, al señor de Gaucour y al de Chisay hasta que mi hijo sea de mayor edad. En cuan-

Digitized by Google

to á los otros, haced lo que os parezca mas conveniente.

Entonces cada uno habiéndole prometido cumplir cuanto habia pedido el rey, mandó que le dejasen solo. Luego que obedecieron sus órdenes, hizo llamar á los médicos, y les mandó le dijesen poco mas ó menos el espacio de tiempo que podria vivir; quisieron darle alguna esperanza, diciendo que Dios es el Señor de la vida; pero el rey sonriéndose tristemente les requirió le dijesen francamente la verdad, prometiendo que sabria morir como rey y como guerrero. Se retiraron algun espacio, y despues de haber consultado entre sí, se pusieron de rodillas al lado de su cama y le dijeron:

—Señor, pensad en vuestra alma, porque nos parece imposible vivais mas de dos horas.

Entonces hizo venir á su confesor y á los sacerdotes, y les mandó recitar los salmos penitenciales: cuando llegaron al versículo 20, *ut ædificentur muri Jerusalem*, les detuvo diciendo en alta voz, que si una muerte temprana no le hubiese sobrevenido, despues de pacificar la Francia hubiera ido á conquistar el santo sepulcro; despues les mandó que continuasen; pero los cantos sagrados fueron interrumpidos por un gran grito del enfermo, despues del cual dió el último suspiro el dia 31 de agosto de 1422.

Al dia siguiente las entrañas del rey fueron sepultadas en el monasterio de San Mauro, y su cuerpo embalsamado fué puesto en una caja de plomo.

De este modo desapareció de la tierra Enrique V, apellidado el Conquistador.

El duque de Bedfort acababa de tributar los honores fúnebres á Enrique el Conquistador, cuando recibió segundo

Digitized by Google

mensaje, en que le anunciaban la muerte de Cárlos VI de Francia, sucedida el 22 de octubre de 1422. En Roan, el cortejo fúnebre encontró á madama Catalina, que volvia á Francia en busca de su esposo, pués ignoraba su muerte. Su desesperacion fué tan grande, que no quiso dejar el cuerpo y se incorporó en el convoy. Cuando llegó á Calaix se embarcó para Douvres, desde donde marchó á Lóndres (1).

(1) Tal es el fin de la novela de Alejandro Dumas. No faltarán algunos lectores que deseen saber cuál fué la suerte de Isabel de Babiera; para satisfacer su curiosidad solo podemos decirles que murió el año de 1435 aborrecida del pueblo, el que siempre justo, aunque paciente, hace justicia. *(Nota del traductor.)*

FIN.

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

Láminas.		Páginas.
1.ª	Portada.	5
2.ª	Odetta en la Cámara Real.	104
3.ª	Cárlos VI.	183
4.ª	Se dormiria otra vez.	340
5.ª	¡Misericordia! ¡Dios mio, misericordia! . .	500

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY
BERKELEY

Return to desk from which borrowed.
This book is DUE on the last date stamped below.

Sep 20'48

LD 21–100m-9,'47(A5702s16)476

Digitized by Google

YC 71095

810461

UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

Digitized by Google

Digitized by Google